This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 7170.1.31

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

SAL 7170.1.31

PEDRO DÁVALOS Y LISSÓN

LA CIUDAD DE LOS REYES

NOVELA

EPOCA HISTORICA DE 1884 Á 1895

HABANA

IMPRENTA DE RAMBLA Y BOUZA

OBISPO NUMEROS 33 Y 35

1904

PEDRO DÁVALOS Y LISSÓN

LA CIUDAD DE LOS REYES

NOVELA

EPOCA HISTORICA DE 1884 A 1895

HABANA

IMPRENTA DE RAMBLA Y BOUZA

OBISPO NUMEROS 33 Y 35

1904

SAL 7170.1.31

HARVARD COLLEGE LIBRARY

MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Escoto Collection

ES PROPIEDAD

I.

El tren se detuvo como á un décimo de kilómetro del Cementerio General, y esta parada extraordinaria fué inmediatamente explicada por el conductor del convoy, quien impuso á los curiosos pasajeros del carro de primera, que había necesidad de aguardar, sobre parado, unos diez minutos, para que un tren fúnebre que conducía los restos mortales del Dr. Núñez, muerto en Europa, llegara al cambio de vía que existe en ese lugar.

Eran numerosos esos pasajeros, y entre ellos figuraba un joven como de 30 años, alto, de distinguido aspecto, cuyo rostro en otro tiempo de una blancura extraordinaria, estaba ahora tostado por las inclemencias de los climas andinos. Sus ojos muy grandes y muy hermosos, tenían un suave color azul, y sus cabellos y su barba eran de un rubio oscuro. Respondía al nombre de, Alfonso María Urzúa, y venía desde Iquitos por la vía Central, acompañando á dos respetables caballeros de este citado puerto fluvial del Amazonas. Llamábase el más viejo de los acompañados, don Juan Pazmiño; y el segundo, de menos canas, pero de más talento, don Manuel Palomares. Todos tres traían la amplia representación del Departamento de Loreto, para conferenciar con el Gobierno de Lima, sobre la forma legal que debía emplearse para resolver el problema político de esa sección territorial, que se encontraba en estado de insurrección, y con mucho dinero y muchas armas para imponer sus pretensiones autonómicas.

La curiosidad, por una parte; por otra, el ansia de nuevas sensaciones que experimentaban esos pasajeros,

cansados en su cuerpo y en su espíritu por lo monótono de un viaje, que había principiado en la Oroya á las siete de la mañana, para terminar en Lima junto con la tarde, los sacó fuera del carro y los llevó á un alto morrito de tierra, desde el cual se contemplaba la Ciudad de los Reyes, con sus elevadas torres de la Catedral, San Pedro, San Francisco y otros templos centrales, al parecer todos juntos, y colocados sin orden ni concierto alguno. Todo esto por lo alto, y como descollando de una masa informe de construcciones de todo género, la que estaba cortada por su centro, por ese mismo Rímac, que les había acompañado desde los nevados eternos de la cordillera, y al que, al término de su jornada, se le recibía bajo las arcadas de un hermoso puente de hierro, que á distancia parecía de grandiosa construcción. Urzúa estaba absorto en presencia de ese hermoso panorama que tenía á su vista. Hacía 14 años que faltaba de esa ciudad, en donde había visto la luz primera; y ahora, sin evocar los recuerdos de sus primeros y pasados años, los tenía todos juntos agolpados á su memoria, aumentados y embellecidos con ese encanto que da la imaginación á las cosas pasadas en la niñez. Allí había nacido; sus primeros años se habían deslizado bajo la solícita y maternal ternura de la que le dió el ser; allí estaban sus primos, que á falta de hermanos, le habían servido de compañeros de travesuras. Los más culminantes acontecimientos de su tiempo de infancia y de primera juventud vinieron á su memoria; y al mirar en su vecindad, á poca distancia, los altos pinos y tristes cipreses que dan sombra á los que descansan en paz en el Cementerio General, recordó los días de vida y de felicidad de su hermosa madre, cuyo cadáver, él mismo había dejado allí, en una mañana muy fría y húmeda del mes de Agosto. Después de ese terrible golpe, qué horas tan amargas y tan solas para él, que quedaba huérfano y sin hermanos, porque nunca los tuvo. Su padre no podía consolarse de la pérdida de una mujer á quien adoraba, y de tierno y muy cariñoso que era se puso descontento, iracundo y ex-

travagante. Le dió por viajar, y tomando por compañero á su único hijo, Alfonso, estuvo moviéndose en Europa de un punto á otro durante mucho tiempo, hasta que arregló un negocio para Iquitos y se estableció allí. Vivió en esa ciudad 10 años, dejando al morir á su hijo, una fortuna como de cien mil soles.

Los señores Pazmiño y Palomares iban á Lima por primera vez, y, naturalmente, no dejó de llamarles la atención el panorama de la ciudad de los Reyes, vista desde su entrada Oeste. Ambos eran hijos del departamento de Loreto. Nacidos en Moyobamba, habían negociado siempre juntos como comerciantes, llevando sombreros de paja al Brasil y retornando mercaderías. Posteriormente, cuando se principió á explotar las gomas en vasta escala, se radicaron en Iquitos; y en 15 años, con solo la compra de productos y las habilitaciones á las expediciones caucheras, hicieron una fortuna, que se avaluaba en un millón de soles. Conocían el Atlántico por el Sur hasta el Río de la Plata, y por el Norte hasta los Estados Unidos y Europa. En el Pacífico nunca habían estado.

Un padre de la venerable orden de los Ursulinos, criollo por su aspecto, y más aun por su nacimiento en los barrios de San Lázaro, explicaba á una runfla de imberbes mozos, todos de hábito, el nombre de las iglesias cuyas torres se veían desde el morrito de tierra; y éstos, que jamás habían salido del apacible y reducido pueblucho en que nacieron, miraban con la boca abierta una ciudad, que nunca soñaron pudiera ser tan enorme. Ninguno de ellos tendría más de 17 años, y sus caras estúpidas, su carencia de educación y maneras, revelaban á primera vista, que no pertenecían á esas familias ricas de la sierra, que toman gran interés en educar á sus hijos. Fray Luis, que así se llamaba el padre que los conducía, había sido el hombre escogido por el Superior de la Orden, para reclutar por las altiplanicies andinas ocho ó diez de estos pobres diablos; y, en realidad, su labor no era tan sencilla, pues tenía encargo especial de

no llevar al convento de Lima, un solo mancebo de raza india: todos debían ser blancos, ó cuando menos mestizos; siendo así, que de una y otra casta, no había abundancia en la sierra para el oficio de padre ursulino.

El señor Palomares quedó muy sorprendido de esa reclutada de novicios, que se hacía por mandato de un convento tan rico y tan importante como el de Santa Ursula; sobre todo, en la sierra, y entre gente de tan baja alcurnia. El padre Luis, que como buen criollo era muy francote, tuvo que darle explicaciones, y en el trayecto que media entre Chicla y Matucana, le confesó, que el caso tenía su causa, en la necesidad de completar el personal del convento. Entonces, le refirió que la Orden había estado á punto de desaparecer en el Perú, por falta de número; motivo por el cual, el Gobierno, instigado por herejes y masones, quiso clausurar el convento y tomarse sus riquezas; pero que, felizmente, el padre Superior, como hombre de mucho talento, arregló las cosas de tal manera con S. I., el señor Arzobispo, que de la noche á la mañana hubo número y no hubo clausura. Continuando el padre Luis en sus explicaciones, manifestó al señor Palomares,el desprestigio en el orden social y en el orden del saber, en que se encontraban las congregaciones religiosas peruanas.

—Ya no tenemos—le dijo—esos venerables padres que se llamaban de *Campanillas,* y que eran el orgullo de la iglesia nacional y de las ilustres casas á que pertenecían. Entonces, era un honor para una familia tener la visita y los consejos de uno de estos venerables varones. Hoy día qué diferencia: nadie nos busca, nadie nos consulta; y nosotros mismos nos abstenemos de pisar una casa, aunque en ella vivan solo viejas, porque al día siguiente la impiedad las habrá deshonrado. Además, prosiguió, hay que confesar, que ha habido de nuestra parte mucho abandono en los estudios teológicos y científicos, y mucho despilfarro de rentas, en las dos generaciones que han antecedido á la nuestra; pero en fin, esto no es nada, comparado con los escándalos que, en los últimos tiem-

pos, nos han promovido los masones, sacándonos del convento, sin orden eclesiástica ninguna, á varios novicios para ser reconocidos en la Intendencia de Policía, á fin de evidenciar una falta fea que se nos imputó, y que á Dios gracias, pudo probarse que todo era una grosera calumnia. Así, ¿cómo quiere usted, mi querido señor Palomares, que exista juventud en Lima, que quiera ingresar á nuestro convento? Ya no tenemos rentas, ni tampoco honores, y los que se dedican á la carrera eclesiástica, prefieren hacer su práctica evangélica en los curatos y no en los conventos. Por otra parte, aquí son muy amantes á las novedades, y si son extranjeros, mejor que mejor. Hoy para Lima no hay como los Jesuítas y los Redentoristas; así como hasta ayer, los favoritos eran los padres descalzos de la Orden Franciscana. Si aquéllos ponen un colegio, se les llena de niños; si suben al púlpito, se les llena el templo; si van al confesonario, allí encontrarán á las más distinguidas y aristocráticas señoras; todo por la novedad, porque son europeos. Por esto, nosotros hemos optado por traer de España algunos padres de la Orden, tanto para que nos reformen un poco, que bien lo necesitamos, especialmente en cuestión de administrar rentas, como para tener buenos oradores y buenos institutores, si nos decidimos á poner un colegio. Y, á propósito: nos escriben de Roma, que el padre Merciér, que nos visitará muy en breve, por mandato del General de toda la Congregación, nos trae el derrotero de un famoso *entierro* que hay en el convento. Si lo sacamos, hemos acordado, en comunidad, hacer una completa refección del templo, que en verdad bien lo necesita.

Fray Luis era muy expansivo y conversador, por lo que siguió contando al señor Palomares muchísimas cosas del género religioso. Este cansado de tanta charla mística, aprovechó de la parada del tren en Matucana, para bajar al hotel y tomar una copa de cerveza con el señor Moreno, un notable minero, que bajaba, también, á Lima por ese mismo tren. Por él tuvo noticia del na-

ciente impulso que recibían las industrias extractivas de la cordillera.

—Es en lo único en que progresamos—le dijo.—La gente de buen sentido ha comprendido que en el Perú nunca habrá una buena política, ni honradez administrativa, hasta que el poder no esté en manos de hombres independientes, de fortuna y de trabajo. Quien ha sabido administrar su hacienda propia, puede administrar la pública; y quien tiene una propiedad en explotación, tendrá buen cuidado de hacer política sana, á fin de no promover una revolución, que le arrebate en pocos meses, el trabajo de dos ó tres años. Hasta ahora nos ha faltado bienestar é independencia; y como hemos comprendido, que estos dos factores de la felicidad humana, no pueden adquirirse sino con el dinero que se ha ganado honradamente, nos hemos dedicado á buscarlo en la tierra. Hace 15 años que vivo entre Casapalca y Yauli, y créame, señor Palomares, que yo mismo estoy admirado del desarrollo que va adquiriendo la minería en estos centros. Como usted no es del oficio, me explicaré en pocas palabras, diciéndole, que ahora se produce en un día de trabajo, lo que antes se producía en un mes. Sin embargo, la minería es una industria muy llena de ingratitudes. Yo soy ingeniero de los graduados en Sajonia; he dedicado toda mi juventud, mi fortuna y parte de la de mis amigos al laboreo de minas, y recién en este año, acabaré de pagar la enorme deuda de doscientos mil soles que debía mi negociación. Mientras tanto, tiene usted pobres diablos que ayer no tenían ni calzones, que han sido mis dependientes en las minas, y que hoy son grandes señores. Fíjese usted en ese individuo de estúpida fisonomía, que ocupa el primer asiento; pues bien, ese animal hace tres años que está en *boya,* y hoy su firma vale, lo menos, trescientos mil soles. En cambio tiene usted multitud de jóvenes salidos de la Escuela de Ingenieros de Lima, que á duras penas ganan para vivir, y que muchas veces se ven obligados á servir á salvajes, como ese tipo, que todo reconocen, menos la ventaja de

los conocimientos adquiridos en las escuelas profesionales. Pero lo que es más insufrible, es la ingratitud de los hombres, ya sean socios de uno, vecinos de trabajo, ó simples prójimos. Ninguno nos juzga por nuestros méritos, por nuestros afanes y desvelos: para todos no hay sino el dios éxito. Saque usted mineral y será un grande hombre, un sabio. En cambio todo se pierde, y en primer lugar el crédito, cuando viene un *brocéo* de varios meses. Los que mejor nos tratan, en estos casos, nos reconocen fatalidad; y no faltan hombres racionales y doctos, que dicen en tono muy magistral: "No se meta usted con fulano, porque tiene muy mala sombra." Ya ve usted, señor Palomares, que la vida en las minas tiene, también, sus penalidades y tiempos económicos muy difíciles; y que no es únicamente la industria del caucho, de que usted me ha hablado, la única de sufrimientos y contrariedades.

En este estado se encontraba la charla del señor Moreno y su amigo, cuando el tren paró casi enfrente del Cementerio, y tuvo lugar la bajada de los pasajeros, y su demora por diez minutos. El convoy, con toda su gente, volvió á ponerse en marcha. El señor Pazmiño, y su compañero Urzúa, tomaron la ventanilla izquierda del coche, y pudieron ver el tren fúnebre, parado delante del Cementerio, y la numerosa concurrencia que acompañaba á un ataúd de roble, conducido en hombros por seis personas. El señor Miguel Colmenares, hacendado rico del valle de Ate, se acercó á los caballeros citados, y les sacó de curiosidad manifestándoles, que el ataúd contenía los restos mortales del doctor Núñez, notable médico de Lima, que peleó como coronel de un batallón en el heróico combate de Arica. Llevado herido y prisionero á Chile, fué canjeado en breve tiempo, y mandado después por el gobierno de Perú á Europa, en donde murió de resultas de sus heridas. "Hoy, añadió, la nación repatria sus restos, y sus numerosos amigos y compañeros de armas le tributan los últimos honores."

El señor Palomares ocupaba uno de los asientos de la

derecha, y miraba el panorama de las afueras de Lima, con sus enormes muladares, su río en completa libertad, lamiendo las raíces de tupidos cañaverales, que formaban en su conjunto un bosque chato y feo por la carencia de árboles, de siquiera mediana estatura. El tren avanzaba, y ya se veía á muy poca distancia el puente de Balta, construído de piedra y de hierro, y por cierto de muy hermosa y moderna construcción; pero también avanzaban los muladares, formando enormes colinas de una sustancia negruzca, que no era tierra, aunque contenía mucha parte de ella. El río se acercaba cada vez más á la línea, y el señor Palomares pudo ver con asombro numerosos muchachos completamente desnudos, haciendo ejercicios de natación, como también algunos hombres y mujeres, en indecente promiscuidad, bañándose en la orilla de un torrentoso brazo del río, apenas cubriendo las partes pudorosas de sus cuerpos.[1]

(1) Hace muchos años que en Lima se destruyeron los muladares; y se fabricaron baños públicos para el pueblo, siendo prohibido bañarse en los ríos.

II

El tren entró á Lima, é hizo su primera parada en Viterbo, la más modesta de todas las estaciones desde Oroya hasta el Callao.

La noticia, ya esparcida por toda la capital, de que en ese tren llegaban los delegados de Loreto, había aglomerado en la explanada del paradero, y en el mismo puente de Balta contiguo á la estación, á esa gente, por cierto bien numerosa en la ciudad de los Reyes, que siempre se da tiempo para asistir á los actos públicos de novedad y sensación. Un piquete de gendarmes con bayoneta calada, cuidaba el orden, y ahogaba en su principio, las manifestaciones de viva voz á que estaba dispuesto ese populacho. Tampoco se permitía que nadie subiera, ni se acercara al convoy, el que partió después de terminada su descarga de gente y equipajes.

Los pasajeros del tren, que por primera vez entraban á Lima, no abandonaron un momento el lado de la ventanilla; y es de creer, que hasta los monaguillos que conducía el padre Luis, se sintieran sorprendidos á la vista de los estrafalarios edificios que daban su frente al Rimac, en su paso por la ciudad. Qué fachadas tan indecentes, qué variedad de ventanitas, de balconcillos, de claraboyas y de puertas. Qué colores tan chillones los escogidos para pintar toda aquella colmena, en la que vivía solo gente sucia y pobre. Delante de esas fachadas, y como formando calle á toda esa construcción semiruinosa, se veía un pampón sin vereda ni pavimento. Seguía á este panorama el modestísimo paradero de los Desamparados, notable por lo original del edificio, que

de todo tenía menos de estación. Fué hecha en 1876, con el carácter de provisional; y solo así se explica que se hubiera cubierto el techo de la explanada con caña de Guayaquil, la que nunca pudo ser reemplazada, siquiera, con pino de oregón.

Pero no fué lo original de la construcción lo que sorprendió á los viajeros de Loreto, sino la plétora de gente que en esa explanada se había reunido, y la abundancia de policía que á duras penas podía poner orden á esa masa compacta de individuos. Cualquiera hubiera creído que ese pueblo se reunía para ver llegar á los hombres de Iquitos, como si éstos fueran unos seres extraños ó unos salvajes cubiertos de plumas. Sin embargo, algunos vivas dados á la federación, que fueron contestados con una rechifla casi general, dió á conocer que todo aquello no era curiosidad, sino una manifestación, al parecer algo hostil, que la policía reprimía, repartiendo palo y recibiendo bastonazos y puñadas á mano limpia. Un nuevo piquete de gendarmes, ya no con palos, sino armado de rifle y bayoneta, se abrió paso entre la multitud, y formando en dos hileras, hizo calle entre el carro de primera y la escala que conduce á la salida de la estación. Solo así, la gente del tren pudo desembarcar cómodamente, y los señores Pazmiño, Palomares y Urzúa pusieron pie en tierra y recibieron la bienvenida de numerosas personas, que allí se encontraban para saludar á los recién llegados. Entre estos figuraban los senadores y diputados por Loreto y Amazonas, el presidente y el secretario de la Sociedad Geográfica, el director de gobierno, algunos militares y marinos que habían estado de guarnición en Iquitos y no pocos repórters de la prensa, sin contar con algunos jefes de casas de comercio, y unos cuantos parientes del joven Urzúa. La comitiva, que no dejaba de ser numerosa, después de los saludos, presentaciones y frases de bienvenida, se puso en movimiento hasta llegar á la calle, que se llama de la "Pescadería," en donde la avalancha de gente bullanguera y curiosa era mayor, y las manifestaciones en pró

y en contra de los loretanos volvieron á ponerse en acción; en esta vez de una manera más ejecutiva, pues no faltaron sus pedradas; por lo que, una compañía de gendarmes á caballo tuvo que repartir, de plano un poco de sable, para calmar, no tan solo los ánimos así exaltados, sino esas aspiraciones de combate bien manifiestas.

Los delegados subieron á un coche particular, que á sus órdenes había puesto el senador por Loreto, don Armindo Peláez, y antes de que el carruaje se pusiera en movimiento, una pedrada rompió uno de los vidrios. Este hecho causó profunda indignación en la mayoría de la gente allí reunida y excitó á los gendarmes de á caballo, que volvieron á limpiar el campo: solo así el coche ya mencionado, pudo salir fuera de esa azonada y llegar tranquilamente al hotel de Francia é Inglaterra, situado en Santo Domingo, en donde se alojaron los tres señores venidos de Iquitos, y por cuya llegada, la gente de Lima se permitía hacer manifestaciones tan peligrosas como la que acababa de realizar.

Cuando don Juan Pazmiño se vió solo en su cuarto, libre de tanto personaje que le saludaba y de tanta pueblada que le silbaba, respiró con más tranquilidad; y dirigiéndose á sus dos compañeros de misión y de viaje, les dijo con mucha calma:

—Valiente recibimiento nos hace Lima. Si esta es la entrada, por cierto poco envidieble, ¿cuál será nuestra salida?

—Esto es si salimos,—contestó Urzúa.

—Tengan paciencia mi viejo y mi joven amigo,—agregó el señor Palomares.—Se conoce que ustedes nunca han sido hombres públicos. Por eso se impresionan con estas cosas. Un político ambicioso estaría contentísimo de ser objeto de una manifestación, es cierto un poco hostil, pero también algo favorable; pues casi por igual han menudeado las pedradas y los vivas á la federación.

A las siete de la noche, los delegados, después de una corta entrevista con los gacetilleros de "El Comercio,"

"El Nacional" y "La Opinión Nacional," bajaron al comedor, situado en el patio del hotel y en las habitaciones contiguas, todo muy profusamente iluminado con luz eléctrica y gas, y embellecido con plantas tropicales.

El mayordomo se acercó á ellos y, después de saludarles, les condujo á una mesita preparada para cuatro personas. Los señores Pazmiño y Palomares reconocieron en su atento servidor al señor Piñeyro, inteligente corredor de café en Río Janeiro, que ocupó allí una brillante posición, y tuvo que fugarse por haber sido acusado de bígamo. No obstante que les hizo gracia ver al opulento Piñeyro convertido en mayordomo de un hotel, ninguno de los dos se dió por entendido de la sorpresa.

Los nuevos comensales quedaron muy agradablemente impresionados del lujo que había en el servicio y de la numerosa concurrencia que ocupaba las otras mesas. Antes de que les sirvieran la sopa, entró al comedor un caballero de distinguido aspecto, alto, buen mozo, como de 50 años, quien al reconocerles, se dirigió hacia ellos para saludarlos. Era el recién llegado un exprefecto de Loreto, que cultivó muy buena amistad con los tres delegados, en el tiempo en que permaneció en Iquitos. Invitado el coronel Martínez, que así se llamaba el exfuncionario público, á tomar un asiento en la mesa, lo aceptó de muy buena gana. "Soy comensal en este hotel hace algún tiempo, les dijo, y tengo mi asiento en otra mesa, al lado de varios amigos; pero en esta noche les daré con la ausencia, para tener el agrado de estar con ustedes."

El viaje, los negocios del caucho, las reminiscencias de los buenos tiempos pasados en la montaña, sirvieron de tema favorito á la conversación. Abordaron después la cuestión política, y de una manera muy sucinta, el señor Palomares, le contó lo que pasaba en Iquitos y lo que pretendían ellos. "No todos saben hacer el buen gobierno que usted hizo, señor Martínez," le dijo con intención. Agradeció el militar la fineza, y se abstuvo de manifestar sus ideas, ni las del Gobierno, en ese grave

asunto de Loreto. El señor Pazmiño, no obstante que no era muy diplomático, se dió cuenta de las reservas del coronel, y cambió de conversación. El señor Palomares, también lo entendió así; y pensando que de más provecho podía serle, conocer la situación de los partidos políticos en esos momentos, solicitó del exprefecto, que le dijera algo sobre la influencia que ellos podían ejercer en las próximas elecciones.

—Como ustedes saben,— dijo el coronel,— estamos gobernados desde hace algún tiempo por el militarismo. Los históricos partidos, civil y demócrata, estuvieron tan desgraciados durante la defensa nacional, que, por fuerza nos han cedido el poder. Pero como somos pocos, y nos falta personal, hemos tenido que llamar en nuestro auxilio á los hombres del civilismo para completar nuestros ministerios, el personal de las cámaras, los empleados de la administración y los puestos diplomáticos. En el ejército les hemos dado muy poca parte, porque, aunque somos amigos y aliados, y comemos en el mismo plato, nunca nos han inspirado completa confianza. Es gente que no se conforma con el rango de segunda categoría, en que vive desde que murió Pardo. Los demócratas juegan más limpio, al menos, no nos ocultan su odio y abiertamente nos hacen la guerra en todo terreno. Sus manejos son terribles; no piensan sino conspirar y buscar la hora de promover una revolución. No por esto han buscado alianza con los civilistas; muy al contrario, se odian á muerte y mutuamente se echan la culpa de los desastres nacionales en la guerra del Pacífico. Sin embargo, al presente no están muy distanciados, como que el civilismo comienza á divorciarse con nosotros, y en la necesidad de buscar un nuevo apoyo, cree encontrarlo en los demócratas, para ver si unidos pueden escalar el poder. ¡Qué equivocados están! En el Perú no hay sino el militarismo, que es el único que nos ha gobernado hasta ahora, y que seguirá gobernando eternamente.

—¿Y Pardo?—le preguntó el señor Pazmiño.

—Pardo ha sido la excepción, y esto porque fué un genio. No se crea, tampoco, que fué enemigo del ejército, ni tan civilista como se le pinta. No obstante de ser paisano, militarizó todo el país, organizando la Guardia Nacional, la Escuela de Clases y la Escuela Militar. Ese hombre llegó á poner sobre las armas, cuando la revolución de Piérola el año de 1874, 30,000 soldados, ninguno de los cuales le hizo traición, pues el ejército le amaba y siempre le fué fiel. Repito, Pardo fué un genio, y mientras no tengamos otro, no queda sino la gente del sable. Recuerdo que me conoció por primera vez en 1873, la noche en que se levantó el batallón "Ayacucho" en el cuartel de San Francisco. Fuí presentado á él por el coronel Andrés Avelino Cáceres, que fué el héroe de esa acción. Yo entonces era un chiquillo, y no tenía sino el grado de teniente graduado. Después, me volvió á encontrar en Arequipa, cuando la primera revolución de Piérola y me reconoció en el acto; es cierto que yo fuí uno de los que salvó la ciudad, cuando la atacó Escobar á las cuatro de la mañana. El 76, cuando iba á dejar el poder, me llamó á palacio y me dió el puesto de capitán de la Escuela de Clases. "Necesito gente leal y militares de escuela, me dijo; por eso lo he nombrado á usted." Posteriormente, cuando la revolución de Mayo de 1877, en los castillos del Callao contra el presidente Prado, me escribió para que le viera de una manera secreta. Estaba en Chorrillos, en el *rancho* que llamaban Tenderini. "Martínez, me dijo cuando me vió: ¿Qué pasó con los *cabitos* en la artillería?" "Señor, le contesté, la Escuela de Clases recibió orden de ir á Palacio; pero el coronel Bazo nos llevó á Santa Catalina, no sé con qué objeto. Por el camino recibió órdenes verbales de contramarchar. El no obedeció, y continuó en marcha; pero con tan mala suerte, que Prado se le presentó, en el mismo momento en que íbamos á entrar al cuartel. Dicen que este movimiento obedecía á un plan combinado de antemano con el comandante general de artillería, para pronunciarse en contra del Gobierno, el que fracasó por

la presencia del jefe del Estado. No sé lo que haya de cierto. A mí no me hablaron una palabra, como tampoco á ninguno de los demás oficiales." Pardo se quedó pensando, y al cabo de un rato, dijo: "Y luego dirá Prado que yo le hecho la revolución. Martínez: si yo hubiera manejado esto, hoy estaría otra vuelta en Palacio de presidente de la república. La precipitación de esa gente los ha perdido." Yo estaba entonces muy joven; apenas era capitán, y no pude saber nunca quién fué el verdadero autor de ese movimiento. Lo que sí me consta es que, si Pardo hubiera vuelto al poder, Chile no nos hubiera declarado la guerra.

Habíase fijado el señor Pazmiño en un grupo de cuatro personas, dos caballeros y dos señoras, que ocupaban la mesa contigua. Uno de los primeros era muy blanco, casi rubio y usaba barba cerrada; el otro, de rostro moreno, tenía bigote y pera larga. Las señoras estaban elegantemente vestidas, y con profusión de alhajas. Ambas eran jóvenes, más bien delgadas que gruesas, y de muy escasa belleza. El señor Pazmiño atendía poco la conversación de sus amigos, para oir la de sus vecinos, cuya entonación y giros de lenguaje, parecíale no haberlos oído nunca en sus muchos viajes.

El coronel Martínez conoció la curiosidad de su amigo, y de una manera muy discreta le dijo en baja voz: "Nuestros vecinos son los miembros de la legación chilena. El de barba cerrada es el ministro, un señor Smith Colmenares; el otro es el secretario. A las señoras no las conozco." Esta noticia redobló el interés del señor Pazmiño, que con mucha educación para no ser notado, estuvo estudiando la fisonomía de aquellos hombres que representaban la patria que había vencido al Perú. Nunca en sus viajes tuvo amistad con un chileno. Era la primera vez que los tenía tan cerca, y todavía en su propio suelo, en donde estaban latentes, para él y para todos los peruanos, los horrores de la guerra del Pacífico.

—¿Y cómo se trata aquí á esa gente?,—le preguntó al señor Martínez.

—Mal,—contestó el coronel.—En Lima, como en todo el Perú, se les odia. Felizmente, ellos conocen su situación y no se radican en el país, como sucedía antes, ni toman parte en nuestros negocios industriales. Las legaciones gozan de respeto, debido á la acción oficial, y á la cultura y educación de las personas con quienes se rozan en los salones del cuerpo diplomático y en los clubs; con todo, la vida social dudo que pueda serles grata, como que es antipatriótico amistar con ellos. Ultimamente tuvo lugar en los alrededores de Lima, un paseo de campo, que varios ingleses le dieron á este señor, Smith Colmenares; y habiendo asistido á él dos jóvenes peruanos, han sido criticados con severidad.

—Y ¿quiénes son esos caballeros todos afeitados, que usan el chaleco tan abierto, y en los ojales de la rica bordada camisa, tan hermosos brillantes?—preguntó el señor Palomares.

—Son toreros,—respondió el coronel.—Y nada menos, que los famosos diestros de la temporada que acaba de concluir. Allí tiene usted á Regaterillo, que es espada de cartel, y que ha hecho bulla en Montevideo, en la Habana, en México, y aun se dice que en Madrid. Los demás son banderilleros. Y ya que tienen ustedes interés en conocer á la gente artista que come esta noche en el hotel, les mostraré á la Leardi, la primadona de la compañía Lírica Italiana, que debutará la semana entrante. Fíjense: es aquella hermosa señora que ocupa la mesa del extremo y que está en compañía de dos caballeros que son el tenor y el barítono de la misma empresa. Dicen que ella es una notabilidad en la escena. Como ustedes no se han de ir tan pronto, ya tendremos ocasión de juzgarla.

—Ya lo creo,—contestó Urzúa:—no se hace un viaje de veinte y cinco días por montañas y cordilleras, sufriendo toda clase de penalidades, para llegar á Lima y salir sin descansar algo.

A las nueve de la noche se puso término á la amigable charla de sobremesa. El coronel Martínez se fué á la calle y los viajeros se retiraron á sus habitaciones.

III

La mañana fué atareada para la gente de Loreto que se había hospedado el día anterior en el Hotel de "Francia é Inglaterra". Entre arreglar papeles, desbalijar maletas y poner la ropa en orden, les dieron las once del día. Urzúa se preparaba, á esa hora, á dar un paseo por las calles centrales de Lima, cuando llegaron á visitarle sus primos, Jorge y Abel, los mismos que, la víspera, lo habían recibido en la Estación de los Desamparados, y que venían ahora, de parte de sus padres, para llevarlo á la casa, donde se quería almorzar con él.

—Hoy es mal día,—les dijo,—pues á las dos y media tenemos que visitar al Presidente, cuyo saludo de ayer, tenemos que corresponder en primer término.

La excusa no tuvo fuerza, como que los invitados convencieron á Alfonso, que no se trataba de un almuerzo especial. "Antes de la una nos habremos levantado de la mesa" le dijo Jorge. Los tres primos ocuparon un coche de plaza que aguardaba en la puerta del hotel; pero primero, Urzúa, se puso de acuerdo con sus compañeros, acerca de la hora en que debían verse para ir á Palacio. El carruaje atravesó las calles centrales de la ciudad, y se detuvo en la portada de una grande y elegante casa de la calle de Belén. Los jóvenes atravesaron el patio y entraron en una habitación lujosamente amueblada, que servía de cuarto de estudio. Llamaba en él la atención dos hermosos estantes de caoba, repletos de libros, y un escritorio muy amplio y muy cubierto de papeles. Alfonso fué recibido por un caballero de hermosa presencia, muy alto y muy grueso, de cabellos y bigotes blancos, que

se levantó del asiento que ocupaba, y le recibió en sus brazos. Después de haberle estrechado con afecto, le dijo:

—Eres todo un hombre, Alfonso, y creeme, que á no haberte presentado en compañía de mis hijos, no te hubiera conocido. Cuando tu padre te sacó de Lima, no prometías ser tan alto. Yo no tuve tiempo para ir á la estación ayer á saludarte; pero Jorge y Abel cumplieron con este deber. Siéntate..... Jorge: llama á tu madre y á las niñas, y diles que hemos sido honrados con la visita de un buen mozo.

Urzúa solo tenía tiempo para contestar con frases cortas. Su tío, el señor don Juan de la Cruz García, que así se llamaba este caballero, se había entusiasmado con su presencia y no le dejaba hablar. Poco después entró una señora baja, delgada, de cabellos semicanos, y á juzgar por su rostro, ya muy cerca de sus sesenta años.

Alfonso se echó á sus brazos vivamente emocionado; y cómo no había de ser así, cuando aquélla que le besaba era su tía carnal, doña Rosa Azuaga de García, la misma que le había prodigado caricias y consuelos en los días de luto y amargura que siguieron á la muerte de su madre. Cuántas veces, en sus últimos tiempos de infancia, esa misma mujer le sentaba sobre sus rodillas, y le cautivaba su imaginación contándole aterradores cuentos de *penas,* que él oía con gran devoción, prometiendo ser más bueno y menos travieso de lo que había sido en la tarde de aquel día. Ella también estaba emocionada, y con los ojos llenos de lágrimas, besaba al hijo de su hermana Lía, al mismo que había visto nacer y jugar con su hija Marta; y que, después, ya huérfano de madre, había partido con su padre.

A esta escena indescriptible, como todas aquellas en que hay más sentimientos que palabras, siguió la presentación de Lía y Raquel, dos hermosas jóvenes de 22 y 20 años, respectivamente, á quienes Urzúa había dejado entretenidas con muñecas y haciendo casitas y comiditas de juguete, y que ahora, á juzgar por las pretensiones del novio de una de ellas, estaban á punto de ha-

cer todo esto muy á la de verdad. Las niñas saludaron á su primo con mucho cariño, empleando el *tú,* pero naturalmente, con esa cortedad propia á un trato de todo punto nuevo para ellas.

Por los tiempos á que esta historia se refiere, doña Rosa Azuaga era esposa en segundas nupcias de don Juan de la Cruz García, de cuyo enlace habían nacido Jorge, Abel, Lía y Raquel. En su primer matrimonio, doña Rosa, no tuvo más que una hija, la célebre Marta Avellaneda, que fué estrella de primera magnitud en el mundo joven de Lima, y á la que Urzúa no encontraba en la casa, por haber ingresado al monasterio de Santa Mónica. Alfonso preguntó por ella á su tía. "Marta está bien, le contestó; pero metida en un convento. Hace dos años que nos abandonó; y desde entonces este hogar está triste. Ya te contaremos con calma cuanto ha pasado aquí. Ahora vamos á la mesa, en donde espero nos contarás tus viajes, tus riquezas, porque me dicen que eres muy rico por esos mundos de Dios; y sobre todo, tus grandes proyectos con el Gobierno. Ah! oye: te advierto, que en casa todos somos enemigos de eso de Loreto. Solamente Juan está con tus ideas."

El doctor García se sonrió, dirigiendo una mirada de inteligencia á su sobrino. El tal tío de Urzúa era una nulidad completa como político y como jurisconsulto; pero su fortuna, su hermosa presencia, sus seis pies de alto, su nacimiento distinguido, su facilidad para expresarse, y la ventaja de tener por esposa á una mujer de talento, le habían sacado siempre avante en la vida pública. Había sido ministro tres veces, y en la época en que ocurieron estos sucesos, era senador de la república.

La familia pasó al comedor, en donde estaban en entretenida charla, monseñor Zavaleta y Beatriz Mompox, personajes de mucha confianza en la casa, y que, con mucha frecuencia, almorzaban con la familia García Azuaga. "Alfonso, le dijo doña Rosa, te presento á monseñor Zavaleta, dignidad del coro metropolitano y nuestro director espiritual."

El joven se inclinó con mucho respeto, ante un señor clérigo de estatura pequeña, muy barrigón y muy echado para atrás, quien se limitó á mirar con curiosidad al recién llegado, sin moverse del sitio en que estaba, hasta que el otro avanzó hacia él, y le dió la mano. "No puedes negar que eres hijo de Urzúa, le dijo tuteándole. Te pareces bastante á él."

—Aquí tienes otra presentación,—volvió á decir la tía al sobrino, y le puso en amistad con Beatriz Mompox, una de las más bonitas muchachas de Lima. Urzúa quedó absorto en presencia de un tipo tan perfecto de hermosura, y sin quererlo, cometió la falta de mirarla con demasiada atención. Ella, algo envanecida de su belleza, encontró impertinente aquel modo de mirar, y volvió la cara.

Los presentes tomaron asiento en la mesa sin ninguna etiqueta. Doña Rosa presidía, teniendo á su derecha á monseñor Zavaleta. Urzúa se colocó entre sus primas y la hermosa Beatriz.

Estaban tomando el *sancochado*, cuando entró muy de prisa, Peta Otzuarte, una solterona alta, flaca, de ojos negros, ya con algunas canas, y que llevaba como señal particular en su rostro, un bozo algo pronunciado sobre el labio superior. Vestía con toda sencillez, como beata que era, y llevaba sobre la cabeza una *manta* negra de las que se usan en Lima, la misma que se quitó con presteza.

—Peta,—le dijo doña Rosa,—¿á qué horas te apareces?

—No me digas nada, hija, que la mañana me ha sido muy atareada. Monseñor, buenos días..... Don Juan, ¿cómo está usted? ¡Oh Alfonso! hijo de mi alma! ¿No te acuerdas de mí? ¡Ven á mis brazos!

Urzúa correspondió el afecto de su tía Peta, la prima de su madre; y más que prima, la compañera inseparable de ella y de todas las Azuaga, con quienes había compartido sus días de juventud, y ahora, en sus 58 años, lo hacía con doña Rosa, la única que quedaba de la fa-

milia; siendo raro el día en que no se daba un brinco por la calle de Belén.

Peta ocupó su asiento de costumbre en la mesa, y Alfonso tomó el que ya le pertenecía. Naturalmente, las atenciones fueron para el recién llegado, que tuvo que satisfacer por partida cuádruple, las preguntas de monseñor, de don Juan y de sus dos tías. De todo le preguntaban, pero especialmente de su viaje, de lo que era la vida en Iquitos, y de si era verdad, que aquellos salvajes de los ríos fluviales querían ser independientes. Alfonso tenía fácil palabra y satisfizo la curiosidad de todos.

Terminado el almuerzo, doña Rosa ordenó á las niñas que fueran á sus quehaceres. Esto era un pretexto de la madre para ahuyentarlas de la sobremesa, en donde Peta y monseñor contaban lo que pasaba en Lima; y como á veces había algo de inconveniente en estos cuentos, doña Rosa, provocaba por este medio diplomático la ausencia de sus hijas. Con los jóvenes, naturalmente, no habían estos escrúpulos.

—¿Y qué hay de nuestro asunto?,—preguntó doña Rosa á monseñor.

—Nada he podido hacer en estos días, pues S. I., el señor Arzobispo, ha estado muy ocupado y de muy mal humor, por un disgusto que ha tenido con el Presidente.

—En el cual S. I. tiene razón,—dijo Peta interrumpiendo á monseñor.

—¡Qué no sabrá esta mujer!—exclamó don Juan de la Cruz.

—Pero vamos á nuestro asunto,—dijo doña Rosa.

—Pues bien,—continuó el canónigo.—Esta mañana encontré á S. I. tomando el desayuno con uno de sus familiares, y con mucha diplomacia volví á hablarle de Marta Avellaneda, y de lo conveniente que sería para la Iglesia que ella tomara la herencia que le ha dejado el tío. Que esta niña, como buena esposa del Señor, prometía hacer muchos bienes al convento, á los pobres, dar una gran limosna para el Dinero de San Pedro y para la reconstrucción de la casa arzobispal. "Ya lo comprendo,

me contestó. Te ves derrotado en el terreno de los cánones, que establecen la severa disciplina de la Iglesia, y te propones reducirme ahora, con dádivas y limosnas. Monseñor: no conseguirás nada. Marta Avellaneda es monja, ha muerto para el mundo, y no puede heredar."

—¡Vaya con un señor tan terco!—exclamó exaltada doña Rosa.

—Continué hablando sobre mi propósito y defendía con calor mi solicitud, apoyado en los mismos cánones de que me hablaba S. I. cuando, con el carácter de urgente, le entregaron una carta que leyó en alta voz el familiar, y en la cual, la abadesa de Santa Mónica se quejaba del hambre que hay en su convento por la negligencia del síndico, á quien, en términos muy comedidos, se acusaba de haber rebajado las raciones de pan, carne, y verduras, y por lo cual se hacía indispensable, decía la abadesa, pedirle su renuncia al señor Olivares y nombrar otro síndico.

—Todo esto es muy cierto,—dijo Peta.—Qué me contarán á mí, cuando Juanita, la madre abadesa, es *de tú y vos* conmigo, y todo me lo ha dicho.

—S. I.—prosiguió el canónigo,—se molestó muchísimo con la queja. Dejó de tomar su chocolate, é hizo visible su enfado contra las monjas, diciendo que eran unas mal agradecidas al hablar así de Sinforoso Olivares; que jamás habían tenido un síndico más honorable, ni que les dedicara tanto tiempo; y que por tanto, Sinforoso no sería removido de la sindicatura. Siguió machacando sobre esto mismo, hasta que entraron otras personas, y ya no fué posible seguir con el asunto de ustedes.

—Dios se lo pague á estas benditas monjas,—dijo doña Rosa,—y al ladrón de Olivares, que por culpa de la tal carta no se ha resuelto hoy nuestro asunto, como yo lo esperaba.

—Yo creo que nuestra causa está perdida,—contestó monseñor.—S. I. es muy tenaz y no cambiará de opinión. Tendremos, pues, el sentimiento de ver pasar á otras manos, el millón de soles, que el finado don Atanasio le

dejó á Martita; pues la verdad es que el Arzobispo tiene razón: las monjas no pueden heredar según el derecho canónico, y Marta tenía un mes de profesa cuando fué instituida heredera.

—Y bien, monseñor, ¿qué pasa entre el Arzobispo y el Presidente?—preguntó el señor García.

—Sencillamente, — contestó el señor Zavaleta. — que S. E. se ha propuesto echar abajo el palacio arzobispal para hacer una sola fachada con la catedral; y S. I. se niega á permitir tal desastre en su morada, y con razón, pues dinero no faltará para derribar el edificio; pero una vez en el suelo no habrá con qué reconstruirlo, y aquello se quedará así por una eternidad. El Presidente se ha molestado de la negativa, y no quiere pagarle sus sueldos al pobre Arzobispo.

Monseñor puso término á la conversación, levantándose de la mesa y despidiéndose de los presentes. Urzúa hizo lo mismo y se encaminó al hotel. A las dos, los tres delegados entraron á Palacio, donde fueron recibidos por un edecán, que los condujo á presencia de S. E., el Presidente de la República, quien los recibió de una manera privada y sin ninguna manifestación oficial, haciéndose acompañar, en la entrevista, por los ministros de gobierno, relaciones y guerra, y por su secretario.

—Os doy la bienvenida, ilustres hijos de Loreto,—les dijo.—Si vuestra misión es de paz, y si vuestros propósitos son los de unir, aún más de lo que están, vuestro suelo de montaña con el de la sierra y el de la costa, creedme que encontraréis en mi Gobierno la más decidida protección. Debo declararos con la sinceridad que me caracteriza, que la república entera está en contra de vuestras aspiraciones autonómicas, bajo la forma federal que habéis proclamado, y que, acatando sus deseos, me he visto obligado á enviar un buque de guerra á Iquitos, con suficientes fuerzas para practicar un desembarque. Dicho buque ha llegado á Manaos, y por cable he dado orden al comandante general de la expedición, que limite sus operaciones bélicas al bloqueo de vuestro puerto

fluvial. He tomado esta resolución, en vista del cablegrama de la junta de gobierno, que preside el Dr. Egoavil, en Iquitos, en el que se me anuncia vuestro viaje, y se me suplica evite toda acción hostil, hasta no ponerme al habla con vosotros.

Contestó el señor Palomares en los siguientes términos: "Excelentísimo señor: La delegación que tengo el honor de presidir, agradece en su propio nombre y en el del pueblo loretano, la bienvenida que le habéis dado, y vuestros deseos, muy patrióticos, de que sean mayores los lazos de unión, que Dios bendice, y que nos ligan á nuestros hermanos de la costa y de la sierra."

"Indudablemente que la Divina Providencia, muy pródiga en repartir riquezas en todo el suelo de la república, tuvo preferencias por la región de los bosques, por esa tierra bendita, libre y fecunda, en donde hemos nacido. ¿Qué son los áridos campos de la costa y los raquíticos valles andinos, comparados con nuestro suelo plano, fértil, vasto como el Océano, y propicio para el cultivo de todos los frutos tropicales? ¿Qué valen vuestras mentadas minas de la cordillera, comparadas con los placeres y filones de oro macizo que posee en abundancia toda la ceja de la montaña? Mucho se nos ha dado, pero por esto mismo, la república tiene fundadas sus exigencias con nosotros; y aunque sea inmodesto decirlo, es la verdad, que hasta ahora hemos cumplido con nuestro deber en la labor material, la misma que sirve de base á la regeneración del Perú."

"Sin embargo, no tenemos los medios políticos que necesitamos para realizar nuestros propósitos. Al lado del hombre que en los bosques lucha con las fieras, con los salvajes, con las furiosas tempestades y con el paludismo que aniquila, está la autoridad política enviada de Lima, como á su feudo, que hace más daño que las fieras, que el clima, que los salvajes, que las tempestades y que el paludismo. Allí todo es soportable, menos el jefe de la administración pública, que no conoce la región que gobierna, ni las necesidades de ella; y que

cuando principia á darse cuenta de lo que es aquello, regresa á Lima por diversas causas. Así no podemos ir adelante. La monarquía se hizo imposible en el Perú y por eso vino la república. En Loreto se hace imposible el centralismo de Lima, y por eso se ha proclamado la federación."

Los ministros escuchaban con cierto malestar, ese lenguaje libre y franco de aquel montañés. Acostumbrados á ver delante de S. E. á hombres hambrientos pidiendo un puesto público, á políticos de mala ley intrigando para derribar un ministerio, ó para obtener un monopolio ó un negociado con el Estado, todos los cuales se presentaban delante del *califa,* humildes y sumisos, les extrañaba esa especie de desacato, esa falta de forma con que el señor Palomares exponía sus quejas.

Prosiguió el delegado en su peroración, y abordando el asunto elecciones, habló resueltamente sobre la manera como la política de Lima imponía los representantes de Loreto, sin que ese desgraciado suelo pudiera nunca hacer sentir sus necesidades en el Congreso. "Varias veces, añadió, que se ha tratado de imponer la voluntad departamental, avasallando influencias contrarias que pretendieron realizar el fraude, nos hemos quedado sin representación en el Parlamento por largo tiempo, el que, una vez, llegó á ser de seis años."

S. E. puso término á las quejas del señor Palomares, y llevó la cuestión á un terreno menos espinoso.

—Vamos á la práctica,—dijo.—¿Qué pretende Loreto?

—Unicamente,—contestó el señor Palomares,—la forma autónoma que la constitución del Brasil ha concedido á sus estados; y en virtud de lo cual, Loreto, debiendo contribuir con dinero al sostenimiento del gobierno de Lima, ha resuelto fijar ese contingente, para principiar, en un millón de soles anuales, entregables por trimestres de 250,000 soles.

S. E. preguntó al ministro de relaciones, cuáles eran los puntos sustanciales de la legislación del Brasil, en

su parte federal. Este, algo cortado por su ignorancia en la materia, contestó, exponiendo generalidades sobre la forma en cuestión. El señor Pazmiño le sacó de apuros, entregando á Urzúa un ejemplar de la constitución aludida, y pidiéndole que leyera la parte pertinente al caso.

—Y bien mis queridos ministros ¿qué piensan ustedes de todo esto?—les preguntó el Presidente.

Contestó primero el de gobierno, el coronel Huapalla, que era el presidente del consejo; le siguió el de relaciones, el doctor Ferrier; y por último, habló el de guerra, don Bonifacio Calzetas. Cada uno, á su turno, expresó su opinión y estuvieron conformes en condenar la autonomía de Loreto. Quien más habló fué el coronel Huapalla, quien con un cinismo notable, manifestó á los delegados, que el gobierno no estaba muy firme por causa de su inmiscuencia en las últimas elecciones, y que aunque Loreto tuviera razón, no era el momento en que se le podía hacer justicia, pues ello implicaría un nuevo choque con la opinión pública, abiertamente pronunciada contra el gobierno federal de Iquitos.

La discusión duró media hora más, sin que al fin de ella se llegara á ningún acuerdo. El que sí estuvo verdaderamente diplomático fué S. E., quien solo hablaba para hacer preguntas, oyendo con mucha atención lo que se le contestaba; pero sin manifestar, ni siquiera con un gesto, si aprobaba ó no lo que se le decía.

En la despedida, el Presidente prometió á los señores de Loreto, ocuparse de preferencia sobre la misión que les había traído, y convocarlos, muy en breve, para una segunda conferencia.

IV

Urzúa tomó un coche de alquiler, que lo condujo á la portería del monasterio de Santa Mónica. Atravesó la vetusta puerta de calle y penetró en un espacioso salón, cuyas elevadas paredes, hechas de adobe y pintadas con cal, sostenían un hermoso techo de caoba tallada; rica y costosa obra, que hacía contraste con lo desmantelado del lugar, y su pavimento sucio y húmedo, formado de piedra rodada de río. Al fondo había otra gran puerta, de color verde, profusamente tachonada con enormes clavos de bronce, y sobre la cual se había colocado, con gruesos caracteres, un rótulo que decía: "Casa de Dios. Puerta del Cielo." Un torno, también de caoba, pero muy viejo y muy mugriento, quedaba frente á la calle, y en el momento en que entró Alfonso, estaba ocupado por un hombre como de 50 años, de raro aspecto y de mísero ropaje. Urzúa le miró con curiosidad. Había tanta vaguedad en su mirada, tanta exageración en sus gestos y movimientos, y tan marcadas señales de distracción, que al verle, era imposible dudar de la anormalidad de su espíritu. No era un idiota, ¡qué iba á serlo! cuando poseía todas las ruindades y los ansiados provechos del bellaco. Tampoco era un tipo desagradable: su rostro todavía conservaba algunas facciones correctas y hermosos ojos azules. Las viejas decían de él, que estaba en el mundo por causa de un incesto cometido por un marqués. Era glotón como un marrano y rabioso como un perro hidrofóbico; en cambio, ni su alma ni su cuerpo, despertaron jamás á los estímulos de la lujuria. Esta acrisolada castidad encantaba á las monjas, quienes le

habían tomado á su servicio como mandadero, y se permitían sin orden superior, introducirle en el convento, y aprovechar de sus hercúleas fuerzas, á fin que cargara muebles y otros objetos pesados.

En el momento en que Urzúa se acercó al torno, la madre portera daba algunos encargos á su bienaventurado servidor, que parecía algo desaguisado esa tarde.

—Monongo,—le dijo.—Irás donde S. I. para recoger la contestación de la madre abadesa. Eso en primer lugar. Después, donde misia Rosa Azuaga, á quien darás la carta que te acabo de pasar. ¿Has entendido, alma de Dios?

—Sí, he entendido,—contestó de mal humor el descendiente del marqués. Primero donde el *condenáo del arzobipo.*

—Monongo,—le interrumpió la monja:—te he dicho que esa palabra es fea, y no debes decirla.

—Bueno. Primero donde el *arzobipo* y después donde la *amoláa* de doña Rosa, que siempre me tiene una hora *platáo* en el comedor, para darme la contestación; y que me hace mil preguntas, por un poquito de chocolate con *bicochos* fríos que me dá.

Dejó el puesto el mandadero y se fué refunfuñando. Ocupó su lugar Alfonso, quien llamó con las consabidas frases: "Dios gracias," las que contestó una voz de mujer: "por siempre sean dadas." Después, dió á conocer su deseo de visitar á su prima Marta Avellaneda; y para identificar su persona, le fué necesario contar toda su historia, y hasta su llegada de Iquitos, en calidad de insurrecto. La monja suspiró al oir pronunciar el nombre de Lía Azuaga, la madre de Alfonso; y le refirió, lo mucho que la había conocido, y lo que la finada la había protegido en unos amores desgraciados que tuvo. "La comunidad está en el coro, le dijo, y tan pronto como termine su rezo, llamaré á Marta, que hoy se llama sor María de la Inmaculada. ¿Tendrá paciencia, Alfonso, en aguardar?"

Urzúa contestó afirmativamente, y se fué á tomar

asiento en una tosca y maciza banca de roble, único mueble en tan vasto salón. En el extremo de dicho banco, dormitaba muy acurrucada una viejecita morena, envuelta en su *manta* de merino negro, la que despertó en ese momento, y miró al recién llegado, con esa fijeza propia de los ancianos. Urzúa la reconoció en el acto, y la llamó por su nombre: "¡Ña Melchora!" Puso ella más atención, y habiendo conocido al que la llamaba, exclamó: "¡Alabado sea Dios! ¡si es el niño Alfonso! ¡Pobre su merced, la niña Lía, que no puede verlo ahora, que está tan grande." La anciana le abrazó con afecto, y al verle tan hermoso, y ya hecho todo un hombre, se emocionó notablemente. Urzúa le correspondió su cariño y la miró con fijeza, recordando su infancia y sus días de travesura, soportados pacientemente por ella; por esa buena servidora de sus abuelos, que entró de esclava á su casa á los 20 años, que quedó inmediatamente libre por amamantar á uno de sus tíos; y que ahora, en sus 75 años, todavía se mantenía fiel á doña Rosa, la única Azuaga que quedaba con vida.

—Cuánto gusto tengo en verte, Alfonsito. Ya sabía que llegabas á Lima y que almorzarías en la casa. Yo salí temprano y no he vuelto hasta ahora. Aquí he venido á ver á Martita. Tú, también habrás venido á lo mismo. ¡Ay Alfonsito! ya te contaré con calma el triste fin de su largo noviazgo.

Era Marta Avellaneda hija única de don Rafael Avellaneda y Salacios, que murió en el primer año de su matrimonio con doña Rosa Azuaga. Se distinguió desde muy niña, por su gracia y por su talento. A los 20 años era una de las señoritas más interesantes de Lima, no tanto por su belleza, que en físico no era una notabilidad, sino por los encantos de su amable carácter, de su entretenido trato y de su inagotable alegría. Unía á esto una inteligencia superior, notable facilidad para hablar y escribir, y una elegancia que hizo de ella la reina de la moda ,entre muchachas de su edad. Educada en el colegio de San Pedro que regentan las madres de los

Sagrados Corazones, captóse allí el aprecio y la amistad de numerosas condiscípulas de la clase aristocrática, á que ella pertenecía por su madre. Con estas relaciones, y las envidiables cualidades que ella reunía, la vida social le fué grata. Su madre y su padrastro no poseían una gran fortuna; pero sí lo suficiente para vivir con lujo y en una magnífica casa de la calle de Belén. Allí se reunían los domingos, Marta con su enorme círculo femenino, y un grupo todavía mayor de jóvenes distinguidos de la sociedad limense; y se cuenta que, llegaron á ser tan amenas y tan fructíferas en matrmionios esas tertulias, que por estas causas adquirieron fama en Lima. Una señorita, María Teresa Barba y otra de apellido Vila, encontraron novio y marido en esa casa, lo que no era tan fácil en la Ciudad de los Reyes, por aquellos tiempos de miseria.

Ya es de suponer, dados los atractivos de Marta en sus primaverales 20 años, cuán numerosos serían los pretendientes que asediaban su corazón y su mano, ninguno de los cuales obtuvo correspondencia, por la única causa, de que no supieron despertr en ella la pasión del amor. Quien en realidad había ganado más terreno en este asunto matrimonial ,no por las preferencias de ella, sino por la decidida protección de doña Rosa, era un joven muy simpático y muy correcto, que acababa de heredar por la muerte de su padre un millón de soles. Picada Marta en su amor propio, por esta imposición de su madre, lo trataba con frialdad, esperando por este medio, cortar de raíz toda pretensión amorosa de Polidoro Iturralde, que así se llamaba el joven rico y enamorado, y no correspondido por ella.

La señorita Avellaneda era pobre. Su padre al morir no le dejó nada; y aunque doña Rosa tenía algo, muy poco le podía tocar de estos bienes, desde que toda aquella escasa fortuna, debía dividirse entre ella y sus hermanos del segundo matrimonio. Sin embargo, Marta tenía por tío carnal á don Atanasio Avellaneda y Salacios, hermano de su padre, quien habían acumulado en los

setenta y pico de años, que llevaba de existencia en el mundo, la enorme suma de seis millones de soles; dinero que, en su totalidad, lo tenía depositado en Londres. No dejaba de ser algo misteriosa la manera como don Atanasio, que apenas heredó de sus padres unos cuantos miles, pudo haber adquirido tan enorme capital. Es cierto que, pocos hombres reunieron el alto grado las cualidades de valor, de sufrimiento, de audacia, de avaricia, de perseverancia y de crueldad, que caracterizaron el modo de ser indomable de este hombre. Dotado de una naturaleza de hierro, tuvo por campo de acción el mundo entero, y dominado por un espíritu de aventura, se dice, que fué hasta pirata en las costas del Africa. Llegó á hablar siete idiomas, y no quedó una sola zona rica en los cinco continentes, que él no visitara y que no trabajara. El primer millar de onzas de oro lo hizo en las minas de Copiapó, en Chile. De allí pasó á California y posteriormente á las minas de diamantes, del Sur de Africa. Cuando volvió á Lima, después de estos viajes, ya era muy rico. Había cumplido 48 años, de los cuales llevaba de ausencia 28. No le faltaron deseos de radicarse en su patria é invertir en ella parte de sus riquezas; pero bien pronto se convenció, que el Perú de aquel entonces, por las revoluciones que lo ensangrentaban diariamente, no era su centro de acción. Nuevamente se le vió abandonar las playas del Pacífico y seguir su vida de avaricia, de aventuras y de infatigable trabajo. No se casó nunca, y se dice que no tuvo hijos. Los 60 años le sorprendieron trabajando y acumulando dinero; pero la salud comenzó á faltarle, y cosa rara, se apoderó de su espíritu una especie de nostalgia por su patria, cierto deseo de vivir en ese suelo que nunca había amado. Todo esto le trajo á Lima por segunda vez, á donde vino casi como un mendigo, pues dominado por la avaricia, dejó toda su fortuna en Londres. Se hospedó en un *tambo* de indios y comía en una fonda de chinos. En esta situación, doña Rosa fué á buscarle para traerle á su casa. Le hizo comprender que era su cuñado, el tío carnal de

su hija Marta, y que no podía dejarle en ese abandono. El viejo ofreció pagar cinco soles mensuales por su comida y por un cuartito que se le diera en el traspatio de la casa; pero doña Rosa se negó á todo esto, diciéndole que no era decente cobrarle nada. Como el viejo insistiera en no ir de otra manera, temeroso de que lo votaran al día siguiente, arregló al fin con su cuñada un convenio, en virtud del cual, doña Rosa ó sus herederos, darían á don Atanasio casa y comida hasta el fin de sus días, mediante la suma de 400 soles, entregables en cinco años, por partidas adelantadas de 80 soles cada año. El contrato quedó formalizado por escritura pública, y las partes quedaron contentísimas de lo pactado. Doña Rosa había conseguido su propósito de traerle á su hogar, en donde esperaba domesticar su avaricia, y sacarle un testamento á favor de Marta Avellaneda. A su vez, don Atanasio, se puso á recordar los leoninos negocios qué había hecho en su vida, y no encontró uno tan judaico como el que había conseguido de su cuñada.

Fué por este medio, que el archimillonario Avellanéda entró en casa de la familia García Azuaga, en la que se le llegó á tomar cariño; pues don Atanasio, en quitándole la avaricia era un excelente viejo. No le faltaba imaginación y memoria, cualidades que le hacían muy entretenido, cuando de sobre mesa, contaba sus viajes por el mundo, llenos de peligrosas aventuras y de originales lances. Doña Rosa, que conocía su débil, le daba de balde ropa limpia y de cuándo en cuándo, los vestidos usados de su marido. Todas estas mezquindades caían muy en gracia á la familia García y tenían al viejo lleno de gozo.

Cuando el anciano entró en la casa, Marta acababa de cumplir sus 10 años. Sus gracias y sus travesuras cautivaron el corazón del tío, que como nunca había amado, llegó á encariñarse completamente de su sobrina, al extremo de llorar cuando la chiquilla peleaba con él y le reprendía, ó de no comer y enfermarse cuando ella se ausentaba por varios días de la ciudad. A su vez, Marta,

con toda la ingenuidad consiguiente á sus pocos años, y sin que en ello hubiera interés, llegó á tomarle gran afecto. Era la sangre de Avellaneda que de una manera instintiva se revelaba en ella, y encendía en su alma una pasión por la gente de su origen. El viejo le regalaba juguetes de á dos por medio y confites de á real la libra, y ella se los pagaba con ardientes besos, llenos de agradecimiento y afecto. En cambio, no besaba á su padrastro de la misma manera, no obstante que los juguetes de éste valían soles y no centavos.

Los 20 años cumplidos por Marta alcanzaron al tío en plena decadencia física. Más de una vez tuvo que guardar cama por cuatro ó cinco días, para curarse de los terribles constipados, que especialmente en invierno, le repetían con frecuencia. Era entonces, en esas tristes horas de soledad y casi de abandono, cuando Marta más le acompañaba, y mutuamente se hacían el tiempo agradable. Ella, contándole tonterías y amoríos de sus amigas, que el viejo oía con gran contento, no por la novedad de los temas, sino por la gracia y el encanto con que hablaba la sobrina; y él, refiriéndole historietas sociales de la época de Echenique, de Castilla y de Pezet, que ponían á la muchacha al corriente del origen y de las indecencias que tenían á cuestas, algunas familias que visitaban su casa, á las cuales el tiempo y la posterior buena conducta, les había borrado de su nombre lo pasado en esos antaños tiempos. Marta se ruborizaba de algunos de esos cuentos, pero al fin mujer, interrumpía al viejo cuando había concluido. Era tan agradable la compañía que la joven proporcionaba al tío, que éste, á veces, se fingía enfermo para tenerla á su lado; y más de una vez por estas mañas, Marta se privó de atender á sus amigas en las tertulias de su casa, y de asitir á fiestas públicas.

Por estos tiempos de las chocheras del tío avaro, de los 20 años de Marta y de las pretensiones amorosas de Iturralde y de otros, fué presentado á casa de la familia García Azuaga, el joven Carlos de Orbea y Barbanera,

que por las dos ramas de su origen, pertenecía á lo más aristocrático de Lima. De mediana estatura, ya en sus 25 años, singularizábase por la suave expresión de sus azules y hermosos ojos, su pelo rubio como el oro, su espíritu alegre, y su fisonomía franca, simpática y en extremo atrayente. Su familia estaba incluida en el corto número de las que resistieron el desastre económico de la primera época republicana, tan fatal para la nobleza y la aristocracia que figura en los comienzos del siglo XIX. Su padre heredó propiedades por valor de medio millón de pesos, y al morir solo legó pleitos é hipotecas. No tuvo más vicios que la ociosidad y el orgullo ;y sus administradores, que le conocían á fondo, supieron explotarlo con talento, y se quedaron legalmente con parte de las riquezas que él perdió. Por fortuna, para su familia, pasó á mejor vida estando joven: si hubiera vivido algunos años más, habría llegado á la mendicidad. Casó á los 33 años, con una señora de 35, doña Francisca Barbanera y Quiroz, hija de don Tomás Barbanera y Quintanilla, coronel del Real Regimiento de la Numancia, allá por los años del virrey Abascal. De este matrimonio nació Carlos Orbea, que fué hijo único, y la adoración de su madre y de sus tías carnales, doña Chepita y doña Candelarita, hermanas de doña Francisca.

En muy rancia atmósfera creció el niño Carlos. Sus tías le criaron con todos los mimos y las añejas costumbres en que ellas habían sido educadas. Le tuvieron con vestidos de mujer y con crespos hasta cerca de los seis años, y pusieron á su servicio, solo para que jugaran con él, á un negrito y á una vieja. El chiquillo, que no era bruto, llegó á comprender que era el único amo de la casa, y se puso tan engreído y tan malcriado, que á los doce años fué necesario ponerlo de interno en el colegio de San Pedro, que regentean los padres jesuítas. Allí el padre Arréjola, de muy grata memoria para los que se han educado en ese plantel, conoció en el acto, la bondad y la inocencia del alma del niño Carlos, y apoderándose de su corazón, le educó en el temor de Dios y en el

verdadero amor al prójimo; habiendo sacado un alumno tan obediente y aprovechado, que no le faltaron tentaciones, como también al padre superior de la orden en Lima, de conquistarlo para el cielo y para mayor lustre de la propaganda de San Ignacio. Sin embargo, en esta ocasión, las solteronas Barbanera, con toda su beatitud y respeto á los jesuítas, se opusieron tenazmente á las pretensiones de los padres de la Compañía. Comprendían ellas, que la toma de hábitos del único Orbea y Barbanera, significaba la soledad para sus últimos días y el término de su descendencia.

El sobrino de las tías fué sacado del colegio de San Pedro y puesto en la Universidad de San Marcos, para cursar ciencias políticas, á fin de que siguiera la carrera diplomática. Había cumplido Carlos sus 23 años, y estaba para graduarse de bachiller, cuando una noche, encabezando un grupo de numerosos condiscípulos, en una manifestación política delante de los balcones de Palacio, fué herido en una pierna. Excusado es decir, que poco faltó para que las tres Barbanera perdieran el juicio. Felizmente, la herida no fué grave, y esta declaración hecha desde un principio, por el doctor Villasana, médico muy antiguo de la casa, volvió á regularizar las funciones mentales de toda la parentela y servidumbre del joven herido, quien tardó como un mes en curarse; pero habiendo quedado muy débil, por consejo del mismo médico, lo enviaron á Madrid, en donde debía seguir sus estudios al lado de un tío paterno, con quien el sobrino hizo muy buena amistad, y en cuya agradable compañía vivió dos años, regresando después al Perú sin haber estudiado nada.

A la vuelta de este viaje, Orbea fué presentado en casa de doña Rosa; y cómo no había de ser así, cuando Carlos era por ese entonces el niño mimado de los salones de Lima y de su numeroso círculo de amigos, entre los que brillaba por su elegancia, su distinguido porte, su buen nombre, su amable carácter y su fecunda imaginación. Marta encontró en él el ser superior que había soñado,

y desde el primer momento quedó fascinada por su hermosa presencia. Posteriormente, tuvo ocasión de tratarle con bastante intimidad en el balneario de Chorrillos, donde ella estaba con su familia de temporada, y fué entonces cuando quedó verdaderamente encantada de su trato y de sus sentimientos.

Acostumbrada doña Rosa á la insensibilidad de su hija en el amor, no dió ninguna importancia á los primeros entusiasmos de Orbea y de Marta; pero cuando llegó á conocer, por lo que ella veía y por lo que le contaba su familia, lo mucho que se amaban los dos jóvenes, les miró con desagrado. Doña Rosa era muy extraña en su modo de pensar y de querer. Para ella era imposible que pudiera existir un amor loco, intenso, terriblemente apasionado y que lo arrollara todo. A su juicio, esto no era natural, y solo podía acontecer en personas que no tuvieran una buena y sólida educación ó que les faltara la dignidad personal. Siendo así su modo de pensar y encontrando insoportable el romanticismo de su hija, la ridiculizó hasta volverla á colocar en el nivel de seriedad y circunspección en que la había educado. Naturalmente, experimentó profunda adversión por el joven que había trastornado el cerebro y el corazón de Marta, y al verle dotado de poderosas cualidades físicas y morales, le tuvo miedo, y de una manera instintiva comenzó á odiarle.

Orbea, comprendiendo la dificultad en que se encontraba, trató de captarse el aprecio de la familia; pero al fin joven, sin experiencia, sin facilidad para la mentira, la adulación ó la hipocresía, no supo hacer bien su papel y cayó en ridículo. Doña Rosa explotó su difícil situación de una manera sangrienta, por lo cual, el rompimiento de Orbea se hizo inevitable, no solo con la madre, sino también con la hija; y comprendiendo que en Lima le faltaría voluntad para no verse con Marta, á quien seguía amando, se embarcó nuevamente para España, de donde su tío le llamaba con insistencia, resuelto á no volver más al Perú; resolución que comunicó por escrito á la señorita Avellaneda, antes de partir.

La madre cantó victoria, pero la hija se afectó tan profundamente por el abandono que Carlos hacía de ella, que al fin su estado moral se hizo alarmante para su padrastro, para el tío millonario y para sus hermanos. Solo doña Rosa permaneció indiferente, ó por lo menos, así parecía estarlo. Sin embargo, tras de esta depresión de espíritu vino la reacción, y á esos días de profundo desaliento y de aguda melancolía, sobrevino la esperanza y la conformidad. Marta, aconsejada por su viejo tío, el millonario don Atanasio, y servida por una de sus mejores amigas, que se prestó á servir de intermediaria en una correspondencia con España, envió su primera carta á Carlos. En uno de sus acápites le decía: "..... Seguramente estarás creyendo que han bastado algunos meses de ausencia, para que mi alma encuentre consuelo en otras afecciones, no diré humanas, ya que esto sería sacrílego para tu memoria; pero ni siquiera en la confortable fuente de la devoción divina; aunque también es cierto, que no he pedido á Dios alivio á mis penas, ni conformidad para mi desgracia, y mucho menos que me haga olvidar el inmenso cariño que siempre te profeso..... Qué diferencia tan notable entre tu amor y el mío. Para tí: fué suficiente una contrariedad, una falta de inteligencia con mi madre para que lo abandonaras todo: tu familia, tus amigos, tu Marta. Para mí: ni tu brusca despedida, ni tu ausencia, ni nada, ha bastado para dejarte de amar un solo día, ni para que pierda la fe muy profunda que tengo, mediante Dios, de que seamos algún día felices...."

Carlos, que buscaba en Madrid los medios de consolarse de una pasión, que tan terribles estragos había hecho en su alma, y que principiaba á conseguir su objeto en el amor mundano, experimentó una resurrección de su afecto por Marta. Sus palabras repercutieron en su alma y tuvieron eco en su conciencia. "Ella tiene razón, díjose á sí mismo. Y yo no puedo dejar de corresponder su perseverancia ,su mérito de seguir amándome á través de la distancia. Qué contraste tan visible en todo

esto, y qué parte tan pobre llevo yo en él." Marta obtuvo contestación de su amado y rota la etiqueta epistolar, ya ninguno de los dos esperó tener en mano comunicación que contestar, para escribir en el mes, por lo menos, dos veces.

Doña Rosa ignoraba todo esto y notaba con cierta satisfacción, que su hija volvía á sus antiguas alegrías, aunque muy reservada para los paseos y los teatros. Petita Otzuarte, por inclinación al oficio y por devoción á su prima Rosa, hacía el papel de policía secreta; pero con tan mala suerte, que ni siquiera tuvo sospechas de lo que pasaba. Lo más curioso en este asunto era que, Marta y su madre se confesaban con el padre Arréjola, de la Compañía de Jesús, que había educado á Carlos, y que tenía adoración por él. Marta, naturalmente, le abrió por completo su corazón, y le puso al corriente de las cartas que partían y que venían de España. No teniéndolas todas consigo el padre Arréjola, se consultó con el padre superior y con el padre Aspárrena, hombre de consejo en la orden, sobre si había pecado ó no, en que una niña hiciera cosas que no podían ser del agrado de la madre. El caso fué tratado con atención por los tres discípulos de Loyola, quienes juzgaron el asunto, en primer término, de una manera absoluta; ó sea, si había pecado en que una señorita de más de veinte años, se carteara con un caballero cristiano y poseído del santo temor de Dios, con el objeto de casarse con él. Naturalmente que no hubo cuestión sobre esto, y por unanimidad, los tres venerables varones, resolvieron que era lícita y exenta de malicia esta conducta. Pero no pasó lo mismo, cuando el padre Aspárrena planteó el asunto en el terreno de que había desobediencia, y por tanto pecado en una hija, al hacer cosas que no podían agradar á su madre, si ésta las supiera. El padre superior sostuvo, que ignorando la madre lo que pasaba, no había mandato de parte de ella, y no habiendo mandato, no podía haber obediencia ni desobediencia. Que cuando más, el acto podía calificarse de imprudencia temeraria de

parte de la hija, en hacer una cosa grave sin consentimiento de la madre. Pero que no siendo la acción mala, ni pudiendo tener malas consecuencias para la felicidad temporal y eterna de los dos enamorados, esa imprudencia no era pecado. El padre Arréjola convino en que el superior tenía la razón, y siguió confesando á Marta, su muy amada hija en el Señor, sin prohibirle su quincenal cambio de cartas con su presunto esposo.

Orbea completó dos años en Madrid. Su tío le había tomado enorme cariño; y como era viejo y solterón, encontró en él compañía, afecto y distracción en sus locuras. "No te muevas de mi lado, le decía. Sigue acompañándome los pocos años que me restan de vida, y heredarás toda mi modesta fortuna." La proposición no podía ser más halagüeña para Carlos, que tenía en su tío, conjuntamente, un padre y un amigo. Pero las cartas de Marta por un lado, y las de su madre por otro, despertaron en él el sentimiento del deber. La última le decía: "No sé hasta cuándo pienses permanecer en Europa, siendo para mí lo desagradable en esta ausencia, que no estás aprovechando en nada tu tiempo. Pocos años me restan de vida, y ya puedes imaginarte la impaciencia que me domina por verte á mi lado. Cada día estoy más achacosa, y el temor de que pueda morir sin echar sobre tu cabeza mi última bendición, me tiene nerviosa y enferma. Además, desearía verte en Lima, ocupando en lo social y en la vida pública el puesto que corresponde á tu talento, á tu linaje y á las plebendas que gozaron tus abuelos. Has estudiado dos años ciencias políticas y no veo inconveniente para que reanudes tu carrera. En poco tiempo más serías doctor y tendrías entrada á cualquier puesto diplomático ó administrativo. También estoy ansiosa de verte casado, ya sea con Marta, ó con cualquiera otra niña, igual en tu clase; aunque á decirte la verdad, preferiría que no fuera Marta; no por ella, que es una buena niña, sino por Rosa, su madre, que es muy difícil para todo. Es una ventaja casarse joven, y tú que puedes hacerlo en el día, no debes privarme del placer que yo

experimentaría al conocer á mi nieto, antes de entregar mi alma á Dios....."

Cansado Carlos de la vida ociosa y disipada que llevaba en Madrid; y sobre todo, sugestionado por la palabra de Marta, tan llena de amor y de fe, se decidió á regresar á Lima, cumpliendo así la voluntad de su madre. El tío de Madrid no estuvo razonable ante la justa determinación de su sobrino. Le trató de ingrato, de cruel y de insensible. La despedida fué casi un rompimiento.

Orbea recibió tarjeta de doña Rosa, motivo por el cual pasó á saludar á la familia García Azuaga. Felizmente el salón estaba lleno de visitas y así pudo disimularse la frialdad de relaciones entre la dueña de la casa y el recién llegado de Europa. Marta comprendió que su madre no había cambiado en nada sus hostiles sentimientos, y viendo que en su casa no había lugar para verse con Carlos, encontró la manera de conversar con él, una vez por semana, en casa de una amiga de colegio.

No pudo conseguir la señora Orbea que su hijo volviera á sus estudios universitarios. Alegaba él, que siendo pobre no le quedaba otro recurso que dedicarse al trabajo material, como único medio de hacer fortuna en poco tiempo.

La familia Barbanera poseía una chácara de pequeña área en las afueras de Lima. En ella se fijó Carlos para trabajar, y deseando andar rápidamente en su labor, se decidió á sembrar caña en el fundo, para lo cual tuvo que hipotecar la propiedad, para conseguir dinero. Es de advertir que, esta hipoteca, era la segunda; pues la primera se hizo para los gastos extraordinarios que demandó el viaje del *niño* Carlos á Europa.

La vida de los dos enamorados entró en un período de calma. Marta partió su corazón y lo entregó, casi por mitad, á Dios y á su amado. Su templo favorito era San Pedro. En él se confesaba cada mes, oía misa todos los días y se reunía con sus amigas, en sus congregaciones del "Perpetuo Socorro" y otras. Entregada como estaba

al misticismo y contrariada en su amor, la alegría huyó de su espíritu; se volvió apática, y acabó por retraerse de los teatros, de las tertulias y en general de la vida social. Su madre que veía con desagrado la transformación de su hija, se burlaba de su piedad religiosa, de sus escrúpulos por los bailes, por el teatro y por la moda, de la que ella había sido reina en años anteriores. "Podrás engañar al mundo y tal vez engañarte á tí misma, le decía; pero para Dios y para mí, que leemos en tu corazón como en un libro abierto, lo que hay en tí es encono, soberbia, terquedad. Quieres hacer ostensible tu amor, tu sufrimiento, tu contrariedad, tan solo por despecho, con el objeto de molestarme y de poner en trasparencia mi conducta. Siquiera por delicadeza, ya que soy tu madre, deberías disimular mi falta, si ella pudiera existir, al impedirte que te cases con un mozo holgazán y badulaque, que solo te traerá la sangre azul y los pergaminos de sus abuelos."

Si Marta encontraba ocupación, llenando el vacío de su alma con sus prácticas religiosas, en cambio, Carlos, retirado también de sociedad para corresponder al amor de ella, las encontraba en su trabajo agrícola y en la compañía de sus alegres y tunantones amigos. No visitaba sino muy de tarde en tarde, y jamás le fué infiel á Marta con el más venial coqueteo; en cambio, frecuentaba demasiado los teatros, las carreras y la plaza de toros, y una que otra vez, la sociedad de *medio pelo,* con motivo de bautizos de niños, en los cuales él, ó alguno de sus amigos era el padrino; y aunque es cierto que en todo esto no había nada de malo, sino el deseo, y á veces la obligación, de honrar con el compadrazgo á un pobre hogar, formado por esa gente de chácara, con quien él tenía que rozarse, es la verdad, que aquellos bautizos terminaban por una *jarana* en forma, á puerta cerrada, de la cual salían al día siguiente el *niño* Carlos y los demás *niños,* como les llamaba la *zambería,* más que avergonzados por el exceso de licor, las *marineras y resbalozas,* y la lujuria natural de esa gente, que con la misma faci-

lidad hace vida maritable por una semana, como por toda la vida.

Peta, que hacía causa común con doña Rosa, y que antes de almorzar recorría las principales iglesias, averiguando con las beatas todo lo que pasaba en Lima, era la que llevaba los cuentos á la casa García Azuaga. Y en verdad, que era un misterio para todos, el modo como se las componía, para tener noticias de una *jarana* habida la noche anterior, *Abajo el Puente,* y en la cual habían estado Carlos y otros jóvenes *decentes.*

Un acontecimiento de carácter económico, vino á reagravar la difícil situación en que vivía Orbea desde que había reanudado su amor con Marta. Su inexperiencia en la labor agrícola, y el poco capital con que contaba para el cultivo de la caña, lo pusieron exhausto de dinero, al extremo de no poder continuar su trabajo. Pedir más sobre el fundo era imposible, desde que ya grababan sobre él dos hipotecas. Si Carlos hubiera sido franco con su madre, ésta hubiera hipotecado la gran casa en que vivía; pero la poca fe en el negocio que había emprendido, y su excesivo sentimentalismo, le obligaron á guardar reserva con su familia. No pasó lo mismo con Marta, que adivinaba en el semblante de Carlos, hasta sus más insignificantes contrariedades, y que en esta vez, como en todas las anteriores, se impuso de la causa que le tenía tan preocupado. "Dios es muy grande, le dijo ella. Ten fe en El y te se proporcionará el dinero que te falta." Carlos se sonrió de la credulidad de Marta, y no volvió á ocuparse más con ella de este asunto; pero la señorita Avellaneda, que encontraba salida en toda situación, por imposible que fuera, combinó su plan salvador, y se fué directamente donde su tío Atanasio, á quien encontró enfermo y llorando, porque Marta se había ausentado todo el día de la casa. "Tú eres la única que aquí me quiere, le dijo, y créeme, que si llegaras á faltarme, me moriría de pena. Cada año me pongo más viejo y más achacoso, y cuando no puedo ir al comedor, como ha pasado hoy, no almuerzo ni como, porque me

es imposible hacerlo en esta soledad. Martita, ¡por amor de Dios! acompáñame, y si te casas, llévame á tu lado. Que tenga yo una mano piadosa que cierre mis ojos cuando me muera." La sobrina se conmovió de tanta miseria acumulada en el corazón del pobre viejo. En realidad que él tenía la culpa de todo lo que le pasaba, por la vida de avaricia y de egoísmo que había llevado; pero ¿acaso por ser culpable era menos digno de lástima, y menos merecedor de consuelos? Las lágrimas saltaron á los ojos de ella. Le arregló la cama, que la tenía en gran desorden, le abrazó, le besó, y confortó su espíritu con palabras llenas de ternura y de caridad. "Levanta tu corazón á Dios, díjole llena de emoción. Pídele consuelos y alegrías que para El no hay nada imposible. Además, eres injusto; por la vida de aislamiento que has llevado, estabas condenado á morir como un perro, entregado á gente pagada y egoísta, que te hubiera robado y acortado los días de tu vida. Y cuando todo afecto para tí parecía vedado en el mundo, Dios te pone en mi camino, y enciende en mi alma el amor que te profeso. Tú te quejas y lloras: qué diré yo, que estoy sola en el mundo en mi amor para con Carlos; que no encuentro, ni aun en él, una palabra de aliento, una mano que me levante del nivel moral á que he descendido; una voz que me hable mucho, y conforte mi alma."

El viejo quedó más tranquilo. Su corazón estaba tan lleno de gratitud por Marta, que ésta aprovechó su estado de ánimo, para contarle, con mucha sagacidad, lo que le pasaba á Carlos en su negocio agrícola; y dos ó tres días después, para insinuarle la idea de que hiciera el préstamo de los cinco mil soles que se necesitaban para salvar el crédito del joven agricultor. Don Atanasio al oir esta proposición se puso lívido, sudó frío, no pudo hablar por un momento, al fin contestó con rabia á su sobrina, y le dijo:

—Hija mía: nunca en tu vida me has pedido plata, porque siempre te has comportado como una niña respetuosa. Pero ya no eres la misma; estás dominada por

ese joven y ya eres capaz de todo. Hoy pides dinero; pero mañana si no lo consigues, lo robarás. Ahora mismo me veré con tu madre para contarle lo que pasa, y ver modo de salvarte del abismo á que caminas.

Marta quedó anonadada. Sus pocos años, su poca experiencia en la vida, la colocaban en la difícil situación de no poder juzgar sus actos.

—No sé, en realidad,—le contestó,—qué crimen puedo haber cometido al pedirte que salves el crédito de un hombre que, tarde ó temprano, tiene que ser mi esposo. No creas, tampoco, que me importa nada el juicio que te has formado de mí, ni que insistiré en pedirte dinero; pero lo que no puedo consentir, porque no es cierto, es que me digas que es él quien me ha sugestionado esta idea. Carlos es demasiado caballero y muy digno, para proponerme te pida que salves su crédito. Soy yo quien lo ha ideado todo. Puedes creerlo ó no. Ello muy poco me importa; pero lo que no harás, hoy ni nunca, es comunicar á mi madre esta conversación que hemos tenido. Con la misma avaricia con que guardas tu plata, esconde en lo más recóndito de tu alma, la diabólica suposición que ha inventado la pequeñez de tu espíritu; porque el castigo que yo daré á tu indiscreción, será el hacerte salir de esta casa. No olvides que me entiendo admirablemente con mi madre, y que en todo me da gusto, excepto en este desgraciado amor, que al fin acabará con mi vida.

Marta abandonó el cuarto del viejo inmediatamente que acabó de hablar, sin derramar una sola lágrima y desafiándolo con la mirada. Posteriormente, don Atanasio, trató de reanudar la conversación sobre el mismo tema, con el objeto de dar excusas á la sobrina. Marta nunca le contestó nada, esperando con esta conducta, conseguir el dinero solicitado. Excusado es decir, que ni ésta, ni ninguna otra, decidieron al avaro á dar un centavo de sus inmensos tesoros.

El desastre económico previsto por Orbea, se presentó á su tiempo con todo el cortejo de molestias y descré-

dito, consiguientes á todo negocio que pierde su estabilidad. La chácara tuvo que ser vendida, habiendo sobrado, después de ser pagadas las dos hipotecas que la gravaban, unos seis mil soles, con los cuales, Carlos resolvió irse á Loreto á explotar gomas. Marta vió con desagrado este proyecto de viaje. Para ella, como para toda la familia de Orbea, aquella aventura solo era propia de hombres desesperados, que quieren cambiar salud y aun vida por dinero. Sin embargo, toda aquella gente vivía tan fastidiada, especialmente la madre de Carlos, con la atención que en sociedad se daba á los actos de doña Rosa, y á la vida privada del joven, que al fin todos consintieron en este viaje.

Orbea partió por mar, y embarcado llegó hasta Iquitos. Tomó esta vía, para no oponerse á la voluntad de su familia que le prohibió el viaje por tierra, en en cual solo hubiera gastado la mitad de tiempo y de dinero. Su madre cubrió su cuerpo con escapularios y reliquias de santos, y llenó su alma de bendiciones y consejos. Marta se hizo cargo de su corazón, y consolándole en su inmensa pena, levantó su espíritu, infundiéndole fe y esperanza.

Avergonzado el joven de su ingratitud con el padre Arréjola, á quien hacía un año que no veía, y cinco que no se confesaba con él, le pidió por escrito que le perdonara y que le recibiera para pedirle su bendición. Al día siguiente, muy de mañana, encontró en su casa la siguiente respuesta:

"Hijo mío en nuestro Señor: He recibido tu carta; y me apresuro á responderte antes de entregarme al descanso, porque mi ánimo conmovido con su lectura no me dejaría reposar, si no le diera este desahogo, asegurándote que siempre soy tu padre, tu hermano, tu amigo de confianza, tu médico, tu pastor y tu juez lleno de misericordia."

"Puedes, pues, venir á buscarme, el jueves á las seis de la tarde, que, Dios mediante, estaré á tu disposición, en esta tu casa, y podré consolarte en el Oratorio."

"Comprendo tu situación, leo en tu conciencia, conozco tus miserias, y desde ahora te protesto que nada podrá sorprenderme de cuanto me digas. Te ofrezco también, que dulcificaré cuanto me sea dado los momentos que pases á mis pies, porque soy padre y eso lo dice todo. No vaciles, pues, ni temas al acometer la santa empresa de rehabilitarte ante Dios, ante tí mismo y ante tu indigno padre. ¡Pobre de mí, si no supiera conpadecerme de tí! ¡Oh! ¡que Dios bendiga tu santo propósito, fortifique tu generosa resolución, y ensanche tu corazón opreso por la culpa!"

"¿Sabes tú si este paso será el primero que te abrirá las puertas del cielo? Yo no lo dudo, hijo mío, porque San Agustín me enseña que el principio de las obras buenas es la confesión de las obras malas; y ya te siento arrodillado, satisfaciendo con humildad á la Justicia Divina, y bebiendo en ancha copa los consuelos de la misericordia."

"No haya resistencia al suave impulso de la gracia, que ya toca tu corazón, soy testigo de sus influencias, y no quiero acusarte delante de Dios de haberla desatendido, sino ayudarte á bendecirle por haberlas secundado."

"Te espero, pues, en el día y hora indicados; y, al celebrar el augusto sacrificio de la Misa, voy á pedirle á Dios que confirme lo que ha operado en tí."

"Tu padre en N. S. J. C.

Arréjola, de la Compañía de Jesús."

Orbea llevó numerosas cartas, entre ellas una de Marta para Urzúa, su primo, que de mucho le sirvió; pues en el acto, con solo un desembolso de cinco mil soles, se le abrió un crédito por 20,000 en una importante casa de comercio, y de la noche á la mañana, Orbea se vió dueño de una lancha, de operarios y de mercaderías. Con todo ese tren expedicionó al Yuruá, y á los tres meses regresaba á Iquitos con un cargamento de caucho, que le

dejó libre diez mil soles. En el segundo viaje no le fué muy bien; pero en tercero, obtuvo más utilidades que en el primero. Cuando emprendió su cuarta expedición, Orbea era dueño de la lancha, de la deuda de los operarios, y tenía depositados, en un banco de Nueva York, la suma de quince mil soles. Desgraciadamente no volvió más de ese viaje, pues fué muerto en él, de un flechazo que le partió el corazón, en un combate que tuvo que sostener con los infieles, para conquistar con su gente una *mancha* de caucho descubierta en el interior del Yuruá.

La noticia tardó en llegar á Lima; pero al fin llegó, y el hogar de Orbea sufrió el más rudo golpe moral que es posible imaginar. Carlos era en su casa la alegría, la esperanza, la luz, el todo de ella. Faltó él, y el vacío, ese horroroso imposible en la vida humana, se hizo en el corazón de las tres señoras. Siquiera las tías encontraron consuelo en sus abundantes lágrimas, en sus lamentos, gritos é imprecaciones, y en la compañía de su círculo íntimo; pero á la pobre madre le faltó esta reacción del dolor, que es el primer paso en el camino del consuelo. Su corazón, que tuvo vitalidad para resistir todo el peso de la terrible nueva, se vió falto de la fuerza moral necesaria para reacionar á tan inmenso dolor. Sus hermanas se alarmaron de su estado y la sacaron al campo, en donde á fuerza de auxilios espirituales, normalizaron su vida material, ya que su alma era un desastre, un campo de batalla en que todo se ha perdido.

En Marta, la desorganizació de su espíritu fué horrorosa. Tuvo primero una profunda depresión moral; y cuando todos esperaban que fuera la reconciliación y la conformidad, los sentimientos que confortaran su alma en su profundo abatimiento, la vieron erguirse con la rabia de una leona que vuelve á su cueva y se encuentra sin sus pequeñuelos. Su madre en el acto notó su estado anormal; pero dotada de un carácter superior al de ella, la contuvo con una sola mirada, en su propósito de revelarse contra su autoridad. Fueron Peta Otzuarte y el viejo avaro, quienes tuvieron que soportar toda la explo-

sión de su cólera comprimida. El viejo quedó anonadado. Vió á su sobrina en tan lastimoso estado, y tan expuesta á perder la razón, si ya no la había perdido, que por primera vez en su vida tuvo conmiseración de un ser humano, y lloró amargamente su avaricia. Peta, al fin su tía, sintió también remordimientos de haber contribuido, aunque con muy buenos deseos, á la desgracia de su sobrina. "¡Pobre Martita! pensó para sí. Si ella hacía bien ó mal en corresponder á Orbea no lo podré decir; pero es lo cierto que yo y su madre, no hemos hecho otra cosa, que amargarle los pocos años que esta niña lleva de existencia." La beata, que en realidad no era mala, lloró su participación en las desgracias de su sobrina, le pidió perdón y le ofreció, de todo corazón, dedicar los pocos años que le restaban, á amarla y á buscar los medios de hacerla feliz. El pobre viejo hizo otro tanto. Se le arrodilló, le abrazó las rodillas; y creyendo complacerla, le ordenó que mandara traer un escribano para testar á su favor toda su fortuna. "Te perdono, díjole ella, como ya he perdonado á mi madre y á mi tía Petita. Tus millones me llegan tarde; ahora no los quiero, ni los necesito. Pronto de mí no quedará más que el recuerdo." El anciano se alarmó del desprecio con que su sobrina miraba la fortuna y su propia existencia. Todo esto le tuvo inquieto por varios días, hasta aquella tarde, en que Marta salió de su casa para no volver más á ella. Esta salida clandestina, este violento abandono del hogar materno, causó viva contrariedad en el espíritu de toda la familia, especialmente en don Juan, doña Rosa y en tío avaro. Dominada Marta por un sentimiento en el que había más despecho que desconsuelo, y más pasión y romanticismo que juicio; aislada en el mundo, sin tener un ser á quien respetar en sus consejos, ni una voluntad fuerte que la dominara, entró en un convento. ¡Pobre niña! se vió sola, y su propia fuerza, su indomable carácter le fueron fatales en esta ocasión, y la precipitaron al suicidio moral de su personalidad.

Peta, en esta vez, como en todas las de su vida, cre-

yendo servir á Dios y á su sobrina, se metió en un lío más voluminoso que los anteriores. Fué ella quien arregló todos los trámites necesarios para el ingreso de Marta en el convento de Santa Mónica; asunto que tuvo que manejar con suma astucia, y en mucha reserva, para que doña Rosa no se impusiera de nada. Anduvo con suerte en sus gestiones, pues la publicidad vino cuando ya Marta estaba encerrada en el Monasterio: solamente que, cumplido su servicio, tuvo que hacer gran acopio de paciencia para soportar la cólera de su prima Rosa, que estuvo terrible con ella, al extremo de enfriarse la amistad por varios meses.

Horas antes de ingresar á Santa Mónica, estuvo Marta en casa de las Barbanera. Conducida á la habitación de la desolada madre, la encontró sentada al lado de su lecho, con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo. Marta corrió hacia ella; se arrodilló á sus pies: y reclinando su cabeza sobre su regazo, lloró su pena sin pronunciar una palabra. "Marta, hija mía, díjole la madre. Levántate, seca tus lágrimas y consuélate con rogar por él, ya que Dios así lo ha querido. Petita Otzuarte me anunció tu visita, mejor dicho, tu despedida. Agradezco tu deferencia y correspondo á tu amor, deseándote conformidad en tu dolor y olvido completo de las cosas humanas. A tu edad todo es posible, y tu indomable voluntad, tan tenazmente puesta á prueba en tu amor con Carlos, te servirá, en este caso, para sobreponerte al sufrimiento, y vivir en la tranquilidad de las almas entregadas á Dios." Concluida esta entrevista, Marta, acompañada de su tía, entró en el convento de Santa Mónica.

Al fin, como mal que no tiene remedio, todo el mundo se conformó del suceso en la casa García-Azuaga. Pero, para su desgracia, no le pasó lo mismo al anciano don Atanasio, que cayó en cama, y estuvo á punto de morirse de pena cuando supo la noticia. Repuesto de su dolencia, y de acuerdo con doña Rosa, se fué á Santa Mónica con el objeto de verse con Marta, y halagarla con sus millo-

nes, para que saliera del convento; pero la sobrina se negó á recibirlo. Posteriormente, le escribió varias cartas, en las que le ofrecía dotarla como á hija y entregarla, inmediatamente, diez mil soles. Marta le contestó muy lacónicamente, dándole negativamente las gracias por sus ofrecidas bondades.

Poco á poco el viejo se fué convenciendo, de lo imposible que era para él conseguir nada de su querida sobrina. Esta impotencia le tenía violento con todos, especialmente contra doña Rosa, á la que echaba la culpa de todo lo ocurrido. Su cuñada, que no perdía la esperanza de sacar á su hija del convento, y que pensaba servirse de sus millones para revocar la decisión piadosa de Marta, le soportaba sus canceras é insolencias; pero al último se puso tan grosero, que la señora le contestó con energía y tuvo que chocar con él. El anciano se dió por resentido, y de la noche á la mañana lió sus pobres y escasas ropas, y se fué al tambo de marras, al mismo de donde le había sacado su cuñada en años anteriores. A los ocho días de su escapada, volvió á la casa, con el propósito de que doña Rosa le devolviera los 400 soles, que le había recibido hacía 13 años, para darle habitación y comida durante sus días; y habiéndose ésta negado á su pretensión, la insultó groseramente delante de monseñor Zavaleta, diciéndole que era una vieja ladrona y mala, y que ella sola había causado la desgracia de Marta. Estuvo tan insolente don Atanasio, que fué necesario tomarlo de un brazo y ponerlo en la calle.

Después de esta molestia, el viejo avaro se encaminó á Santa Mónica; pero Marta se negó á recibirlo. Esto acabó de abatirlo, causándole tan profunda depresión moral, que cayó enfermo en cama, y casi se muere en su miserable tambo. La noticia de su gravedad y de su aislamiento, llegó á oídos de dos jóvenes de apellido Marpo, que se decían sobrinos de don Atanasio y hermanos de Marta. Ninguno de ellos había sido reconocido por el señor Avellaneda y Salacios; sin embargo, era voz pública, que este señor tenía relaciones con la madre en la

época en que nacieron. Sea de ello lo que fuera, es lo cierto del caso, que los dos jóvenes se titulaban hermanos de Marta, y sobrinos carnales de don Atanasio. Los Marpo sacaron al anciano del tambo y le llevaron á su casa, una pobre morada, en donde vivían miserablemente, en compañía de la madre y de la esposa de uno de ellos. Le instalaron en la mejor cama, le dieron buena alimentación, que era lo que más faltaba al enfermo, y lo pusieron bajo la *ciencia* de una vieja curandera, que se comprometió á ponerlo en pie por nueve reales, y que tuvo la suerte de sanarlo. En los días de gravedad, los sobrinos indujeron al tío á que testara. El viejo no se opuso á este deseo; pero guardó reserva de su última voluntad, haciendo un testamento cerrado.

Marta proseguía en el convento de Santa Mónica, haciendo su noviciado con notable arrobamiento místico. Las monjas le tomaron cariño y le hicieron gratos sus primeros tiempos de vida conventual. Doña Rosa se vió numerosas veces con ella; y no obstante su sagacidad y fuerza de persuación, le fué imposible conseguir su regreso al hogar materno.

No dejaba de causar cierta inquietud á los sobrinos Marpo, el que su tío hubiera hecho testamento cerrado, y que jamás les hubiera dicho, que les dejaba algo en su voluntad testamentaria. Inquietos por estas dudas, consultaron el caso con el doctor don Aniceto Cosmián, un abogado muy hábil y muy beato, pero de dudosa reputación en Lima. Este, de una manera muy reservada, se puso al habla con el escribano Pendales, ante el cual había testado el viejo avaro, y habiéndole sugestionado, le hizo cómplice en el robo y violación de ese testamento. Impuestos los dos hombres de leyes, por la lectura del documento, que don Atanasio dejaba toda su fortuna, ascendiente á seis millones de soles, á la reina de España, se pusieron furiosos contra el anciano.

Habían dado el primer paso en el camino de la violencia, y ya no les era posible volver atrás. Además, la existencia de seis millones en los Bancos de Europa,

puestos en sus manos de una manera casual, creó en ellos un sentimiento extraño; una mezcla de avaricia y despecho. "¿Cómo es posible, le decía el doctor Cosmián al escribano, que una reina riquísima, pueda llevarse los millones de un hombre que tiene parientes cercanos en el Perú y que está obligado por amor á los suyos, á remediar la situación de miseria en que han quedado las instituciones de beneficencia en Lima, después de la guerra con Chile? Esta reina, en conciencia, debería renunciar ese dinero; pero como no hará eso, Dios pone en nuestro camino este asunto, para que remediemos las cosas." Como siempre sucede, la acción exteriorizó bien pronto la voluntad de aquellos hombres; y un segundo testamento, anulando el primero, fué registrado en la notaría de don Cosme Pendales. Solo que, en esta ocasión, no intervino para nada, ni el testador don Atanasio Avellaneda y Salacios, ni su albacea, don Mariano Lagunas, un anciano muy venerable que intervino en el primero. Firmó el segundo testamento don Aniceto; siendo innecesario decir, que todas las demás firmas fueron falsificadas. Ansioso el nuevo albacea, de que el público conociera su relación de amistad con don Atanasio, se hizo presentar á él por los sobrinos; y con el pretexto de llevarle donde Marta, é influir con su confesor para que la niña desistiera de su monjío, se paseaba de continuo con el viejo por las calles centrales de la ciudad. Todo esto era un plan preparado, para que más tarde, en muerte de don Atanasio, no se encontrase extraño, que este hombre, en sus últimos días, hubiera nombrado albacea al doctor Cosmián.

Marta completó el tiempo de su noviciado; y tres días antes de que cumpliera sus 25 años, por permiso especial del señor Arzobispo, profesó de monja bajo el nombre de sor María de la Inmaculada. Esta resolución cumplida fué un terrible golpe para la familia García Aztaga. Doña Rosa, por primera vez en este asunto, perdió la firmeza de su carácter. Se dejó abatir y derramando algunas lágrimas, abrazó á sus cuatro hijos, diciéndoles:

"Marta nos ha dejado. ¡Pobre hija mía! Quiera Dios que nunca se arrepienta de haber sacrificado todo por su amor á Orbea; y que yo no me equivoque al creer que ha sido el despecho, y no la piedad, lo que ha movido su voluntad á enterrarse en ese convento."

Don Atanasio, ya muy achacoso y debilitado, sacó fuerzas de sus flaquezas, y embracetado con el doctor Cosmián y uno de los Marpo, llegó en tiempo al monasterio de Santa Mónica, para oir á Marta pronunciar sus místicos votos. Trató de verla, y al contemplarla á la distancia, muy hermosa, con la cabeza cubierta por la toca de su hábito, comenzó á llorar como un chiquillo de siete años. Todo aquello le parecía una pesadilla, una invención infernal. En este estado de ánimo, el canto fúnebre del coro y el lúgubre doble del campanario tocando á muerte, le hicieron comprender que Marta había muerto para el mundo; pero en especial para él. Todo esto le impresionó terriblemente, y le llevó por última vez á su triste lecho, del cual no se levantó más. Fueron manos mercenarias, entre las cuales había vivido toda su vida, las que vistieron su cuerpo, lo encajonaron y lo condujeron pobremente á la última morada. Marta y toda su parentela, vinieron á saber el suceso, ocho días después que el pobre viejo reposaba en el campo santo. La sobrina le lloró por muchos días. Por primera vez en su vida conventual, sintió remordimientos de haber abandonado el mundo antes de enterrar al tío. Pensó, que siquiera por piedad, ya que no por parentesco, debió haber cerrado los ojos del desgraciado anciano, después de haber preparado su alma para el reino de los Cielos. Pero su remordimiento fué mayor, cuando Marpo, su hermano natural, fué á verla, cumplido el mes del suceso, y le contó que el tío había muerto maldiciendo á doña Rosa, sin quererse confesar, y llamándola á ella hasta el último instante.

Cumplido el término legal, fueron abiertos con toda la solemnidad del caso, los dos testamentos otorgados por el finado Avellaneda. Era tan extravagante el primero, por

dejar de heredera á la reina de España, que hasta el mismo don Mariano Lagunas, se sintió avergonzado de haber servido de albacea para una voluntad tan insensata. En cambio, el segundo fué recibido con beneplácito general de toda la ciudad de Lima, por los crecidos donativos que se hacían á todas las casas de beneficencia, y porque se iban á repartir en el país seis millones de soles, que debían venir del extranjero.

La familia Azuaga no fué olvidada en este testamento. A Marta se le dejaba un millón de soles. A doña Rosa, cien mil; y á cada uno de sus hijos, veinte y cinco mil soles. A los Marpo, medio millón á cada uno. Al doctor Cosmián cien mil soles y además los derechos consiguientes al cargo de albacea. A don Mariano Lagunas cien mil soles; pero si se empeñaba en hacer efectivo el primer testamento, á favor de la reina de España, esta donación debería pasar al municipio de Lima. No fueron olvidados, tampoco, ninguno de los numerosos Avellanedas y los Salacios, que tenían parentesco cercano al difunto.

Aquello fué la lluvia de oro hábilmente repartida entre todos los parientes y relacionados del viejo avaro, y entre numerosas instituciones de caridad y de instrucción. El doctor Cosmián desplegó en este reparto tal caudal de inteligencia y de equidad, que con muy rara excepción, casi todos quedaron contentos. Y como los herederos estaban prohibidos, por disposición testamentaria, interponer ninguna acción judicial, so pena de perder todo su dote, ninguno de los pocos descontentos hizo uso de su derecho legal.

V

Ña Melchora fué llamada al torno. Allí estuvo hablando en voz tan baja con la hermana portera, que sus palabras eran casi imperceptibles. No obstante, Urzúa oyó que se pronunciaba su nombre; y poco después supo, por ella misma, que se le había buscado para que informase sobre la veracidad de tal parentesco y la moralidad del primo.

Casi en seguida, el sacristán del convento abrió la puerta del locutorio, y Alfonso fué invitado á entrar en él, y á tomar asiento en una tosca banca de roble, colocada delante de una doble reja de hierro, separada entre sí por un espeso muro. Poco después, entraron dos señoritas muy elegantemente vestidas. Venían á visitar una monja hermana de ellas, y ocuparon el extremo de la misma banca.

Urzúa contempló los numerosos cuadros místicos que adornaban aquella sala. Impresionado con lo apacible de ese retiro conventual, púsose á pensar en lo que es la vida eterna, comparada con lo fugaz de la existencia humana. Marta le sacó de sus meditaciones, diciéndole con su voz de ángel:

—La paz sea contigo, Alfonso, mi primo muy amado. Anoche en mis oraciones dí gracias á Dios y á su Santísima Madre, por haberte traído hasta aquí sano y salvo, después de tan largo viaje.

El joven volteó la cara con precipitación. Vió á su prima detrás de las rejas del locutorio, y como si ella fuera una visión, un ser sobrenatural, la contempló absorto, sin poder responderle inmediatamente.

Marta estaba hermosísima con su hábito monacal. Tenía completamente cubierta la cabeza, parte de su frente y todo el cuello. No obstante lo burdo de sus ropas, conservaba su tipo aristocrático; y su rostro, aunque perfilado por los ayunos, poseía todavía toda la frescura de sus primaverales días. Sus ojos, que siempre fueron hermosos, parecían ahora más grandes, dada la flacura de sus demás facciones. Estaba pálida, triste y como sumida en profunda meditación. La voz de su primo la conmovió. Todo el pasado en sus múltiples y variados acontecimientos se agolpó á su memoria. Recordó á su tía Lía, á su primo Alfonso, ya en sus 16 años, haciéndose el hombrecito, y enamorado de ella, tanto como ella lo estaba de él. Después, un largo tiempo de ausencia, un cúmulo de sucesos, de alegrías y de sufrimientos; todo lo cual formaba en su conjunto una historia larga y triste, que había dado con ella en esa cárcel cristiana, como único asilo, después de todo lo pasado, y como si su persona no pudiera tener cabida en la tierra.

—Marta,—díjole él.—Si es enorme el placer que siento al volverte á ver, también es para mí muy sensible, encontrarte en un convento privada de libertad. Quiera Dios darte toda la conformidad y toda la fuerza de espíritu, que supongo se necesita para vivir en este claustro. Respecto á mí, en lo que me toca en todos estos sucesos, créeme que todavía no me conformo al verte fuera de nosotros. Solo en la vida, como estoy; sin hermanos, porque nunca los tuve; siempre mantuve la ilusión de encontrar en tí los afectos fraternales que me faltan, y un ser de mi propia sangre con quien compartir los sufrimientos de la vida, con quien recordar los sucesos alegres é inolvidables de los primeros años de nuestra existencia.

Marta quedó impresionada con las palabras de Urzúa. Levantó los ojos para mirarle, pero los volvió á bajar, inmediatamente, fascinada por la hermosa presencia de su primo.

—Por Dios, Alfonso,—díjole ella,—no hables así. De-

ja el pasado en su sitio. ¿Acaso ya y tú lo podemos remediar? Esto no quiere decir que me pesa haber entrado á esta mansión; pero sí seré franca en confesarte, que tenía otra idea del claustro, de esta vida consagrada á Dios, de este alejamiento del mundo y de las pasiones. Creía yo,—al menos así lo palpé en mi noviciado,—que aquí tendría paz y que nada turbaría la melancólica tranquilidad de mi espíritu. Pero qué lejos estoy de todo eso, y qué amarga me es la realidad. He desligado mi alma de su contacto con la vida social y la he entregado al Señor; pero acaso ¿puedo hacer lo mismo con mi pasado, con mi fortuna, con mis parientes y con todo el cúmulo de infortunios que me agobia?

Marta refirió en seguida la historia de su noviciado, de ese tiempo tranquilo que encantó su alma, la adormeció en sus sufrimientos y la decidió á profesar sus eternos votos monásticos. Fué después de esta consagración, que aconteció la muerte del viejo. "Hice mal en abandonarlo; te lo confieso, Alfonso. Debí haber cerrado sus ojos y preparado su alma para el terrible juicio de Dios. Me llamó en su enfermedad hasta el mismo momento en que principió su agonía; y en su delirio, me veía entrar á cada instante, y arreglarle la cama, como en los buenos tiempos en que vivíamos como padre é hija. En su desesperación maldijo á mi madre. ¡Ay! Alfonso, qué terrible cosa es no tener un consejero. Yo debí haber quedado en el mundo hasta después de haber cerrado sus ojos. Estos remordimientos me durarán lo que dure mi vida. ¡Dios me perdone!"

Urzúa la oía con profunda atención y la dejaba hablar sin interrumpirla. Su misma emoción, su lenguaje y hasta sus remordimientos, contribuían á presentarla con más interés. La monja continuó, sin darse cuenta de como la observaba su primo. Le contó los sucesos realizados en la muerte del viejo. Su participación en ese testamento por un millón de soles y la lucha en que, hacía ya tiempo, estaba empeñada su madre con el señor Arzobispo para que éste consintiera en que ella heredara. "Mi

familia se ha empeñado, le dijo, que yo le ayude en esta, para mí, ingrata tarea de reclamar el dinero de mi tío Atanasio. Quieren que yo tome parte activa en adquirir esta herencia, que se me hace repugnante por no ser merecedora de ella, ni venirme por la voluntad del testador, según se dice con insistencia. Y esta repugnancia que, cualquiera encontraría natural y correcta, en mí se toma como un egoísmo poco cristiano. Me creen la mujer más soberbia del mundo, y para armarse de razón acuden á mi pasado, á mi tenaz afecto por Orbea, á los recuerdos de ese tiempo que fué tan intranquilo en mi existencia, y del cual nunca me preguntes nada, porque estoy prohibida por mi confesor de hablar sobre él."

Ña Melchora se acercó á los primos. Dió á Marta los encargos que traía de su madre, y tomó parte en la conversación, hasta que Urzúa se retiró, prometiendo á sor María de la Inmaculada volverla á ver pronto, para contarle los detalles de la muerte de Orbea en la montaña.

La noche que siguió á aquella tarde no fué tranquila para la monja. Su primo, tal vez sin quererlo, le había hecho daño, hablándole de su perdida libertad, como si ella estuviera en una cárcel, y no en una mansión de paz y de amor á Dios. Y todo esto para manifestarle su pena, su profundo sentimiento al encontrarla consagrada al Divino Jesús, y en un estado poco propicio para corresponder sus aspiraciones de un afecto fraternal. "Evitaré á todo trance sus visitas, se dijo para sí. El es bueno, pero viviendo entre los salvajes se ha formado una alma franca, despreocupada de las formas, en lo humano; y en lo divino, desprovista del respeto que se debe á las personas consagradas á Dios. Su lenguaje sin quererlo —lo conozco—no es respetuoso; y si yo le sigo oyendo, acabará por envenenar mi alma, y hacerme imposible la existencia sobre la tierra. Aumentaré mis cilicios, mis ayunos y mis confesiones, y Dios mediante, conseguiré el triunfo de mi espíritu. Cuánto mejor me hubiera sido no recibirlo. Haré todo lo posible para no verlo más." No pudiendo tomar el sueño se puso en oración; pero

sus impresiones de la tarde le quitaban de su mente á Jesús Sacramentado, para llevarle delante de Alfonso. En esta batalla, ella luchaba lo mejor que podía con su indomable imaginación, tan fecunda en imágenes y tan rica en concepciones. Pero al fin fué vencida. Su voluntad no pudo más; y entonces, libre su fantasía, oyó una voz interior que le dijo: "Si te hubieras quedado en el mundo, hoy tendrías las riquezas de tu tío y el amor inmenso que te profesa tu adorable primo." Marta dió un horrible grito, y saltó á medio vestir de la cama. Su donada, que dormía en el cuarto contiguo, acudió en su auxilio. La monja le contó que el diablo andaba suelto en el cuarto, y que acercándose á ella, le había dicho tentadoras palabras al oído. La muchacha quedó tan horrorizada, que Marta tuvo que animarla para que saliera del pavor que la dominaba. A esa hora, que ya era muy tarde, las dos mujeres abandonaron la celda, se fueron al coro y llenaron una botella con agua bendita. De regreso, rezaron la *Magnificat* y regaron el cuarto con el agua santa. La donada vió, instantáneamente, un bulto negro que se escapó por la ventana; y entonces, las dos compañeras de soledad quedaron más tranquilas y tomaron el sueño con toda calma.

VI

Al siguiente día, Domingo 21 de Junio, Urzúa aprovechó la mañana para dar un paseo por la ciudad y recorrer sus templos, sus monumentos y todas aquellas calles que le fueron favoritas en la infancia de su vida. En la plaza de armas encontró, como única novedad, la fachada del vetusto palacio de los virreyes, construcción pobrísima en su conjunto y en sus detalles; pero siquiera superior al inmundo bazar oriental, que había conocido en ese mismo sitio antes de su partida, y que, á Dios gracias, fué consumido por las llamas.

Contempló después la Catedral, y al verla en tan ruinoso estado,con sus torres casi destruídas por los enormes boquetes abiertos en los bombardeos de las guerras civiles, sintió profunda pena por el templo metropolitano de su ciudad natal. Paseó su interior, y tuvo que evitar el paso por ciertas naves, porque el techo de ellas se venía abajo.

Estuvo también, en los templos de Santo Domingo, San Agustín, San Pedro y San Francisco, y los vió á todos 14 años más viejos y más sucios de los que él los había conocido. San Francisco era el mejor salvado de esa ruina, que ya duraba un siglo. Siquiera tenía blancas sus estucadas paredes; pero en los demás, todo era basura, tierra, telas de araña, imágenes con descoloridas vestiduras. Los techos estaban ruinosos; y el piso, arreglado con ladrillos rojos de tierra cocida, en su mayor parte

gastados y ennegrecidos, daban asco por lo mucho que se escupía en ellos.[1]

Vió entrar y salir en ellos á miles de personas, especialmente mujeres, todas muy decentemente vestidas, y por lo general cubiertas muy coquetonamente con mantos chinos de seda. El templo donde encontró más gente fué San Pedro, en cuyo atrio estuvo largo rato, confundido con un largo cordón de hombres, que hacen su paradero allí al final de cada misa, para ver la concurrencia. Contempló entre las señoritas que pasaron delante de él, muy hermosos tipos de belleza; tal vez como no los había visto en otras capitales más populosas que Lima. Petita Otzuarte le sacó de su entusiasmo, tirándole del brazo, para decirle cuando volteó la cara:

—¡Demente! ¿No oyes que te estoy llamando? Ven para presentarte á las Barbanera, que desean hablar contigo.

Tía y sobrino caminaron algunos pasos, y al llegar al extremo del atrio, se detuvieron delante de un grupo formado por dos señoras y dos señoritas.

—Alfonso,—díjole ella:—conoce á misia Chepita y á misia Candelarita, las tías de Orbea. A Beatriz ya te la he presentado; pero creo que no te has visto hasta ahora con Manuelita Cegama, á quien también te presento. "Qué general es la belleza en mi país," pensó el joven al dar la mano á la señorita Cegama, una hermosa morena de negros ojos y de un cutis tan fresco y tan rosado como una rosa primaveral. Beatriz, en aquella mañana, como siempre, estaba adorable. Las tías de Orbea parecían gemelas por su parecido; las dos eran bajas de cuerpo, gordas y ya con numerosos años encima, sin que por esto se les pudiera considerar como ancianas.

—Urzúa,—le dijo misia Candelarita,—le he molestado en la calle, y dispénseme esta libertad, porque vamos

(1) Los templos de Lima brillan en la actualidad por su limpieza. (1904.) Están todos refeccionados. Nadie escupe al suelo; y los pisos, que son de mármol ó de mosaicos hidráulicos, se lavan todos los días después de la última misa.

á saludarle hoy con una tarjeta; y como esperamos que usted nos corresponda con una visita, queremos advertirle, que Panchita, nuestra hermana, ignora que su hijo murió asesinado por los salvajes. Toda la familia, con el objeto de consolarla, le hizo creer que Carlos murió por efecto de la herida recibida en el combate, pero no en la misma montaña, sino después de haber sido llevado á Iquitos, en donde expiró confesado y con todos sus auxilios espirituales, como un buen cristiano que era. Le prevengo esto, porque no estando Vd. en antecedentes, hubiera podido cometer una involuntaria imprudencia al hablar con ella. También he deseado conocerle, para darle las gracias por sus inmensas bondades con nuestro sobrino. En fin, ya hablaremos de todo cuando le veamos por casa, lo que espero será muy pronto.

En la tarde de aquel día, los delegados de Loreto recibieron algunas visitas. Después de ellas, salieron á la calle á pagar las primeras que habían recibido. Todo esto les sirvió para compulsar la opinión y convencerse, una vez más, que la mayoría del país les era adversa. Los demócratas, que habían proclamado la federación en su programa, aceptaban la idea en principio, pero no de la manera como la realizaba Iquitos. Los civilistas estaban perfectamente definidos, como que eran centralistas convencidos y declarados. Los loretanos tuvieron oportunidad de llegar á esta convicción, después de haber oído al doctor Abadía, á quien encontraron aquella tarde en su casa, conferenciando con varios amigos sobre política de actualidad. El citado doctor era un abogado notable y rico, y tal vez la persona de más talento y de más influencia en el civilismo. Consideraciones de carácter personal, que nunca faltan en las agrupaciones sociales ó políticas, habían influído para que la jefatura recayera en el doctor Rovés, un hombre muy prudente, tal como convenía á una agrupación, como la civil, que aunque se titulaba liberal era eminentemente conservadora.

En esa tarde, la gente de Loreto encontró al doctor

Abadía, teniendo por visita al doctor Rovés y á tres personajes más de notable influencia en los asuntos públicos del país. Todos estaban de muy buen humor.

—Ustedes perderán su dinero, su tiempo y su sangre,—les dijo el doctor Abadía,—sin conseguir la autonomía que desean; porque ni tienen razón para pedirla, ni se hallan en condiciones para gobernarse por sí mismos. El Perú es Lima, y en saliendo de Lima, todo es anémico é incompleto en todo orden. Les advierto que yo soy camanejo. Todavía no tenemos civilización ni riqueza suficiente para dar esplendor á dos ó tres ciudades. Resulta de aquí, que la vida de provincias es deficiente. Pardo tuvo la gran idea de crear las juntas departamentales. Llevó á ellas lo más selecto del país; sin embargo, el resultado fué negativo. El hombre que vale en provincia se viene á Lima. Más todavía; para que los méritos de ese hombre sean conocidos, es menester que venga á la capital y que reciba aquí, lo que podía llamarse por similitud, la unción, que solo la da la prensa, el foro, el parlamento, el mundo científico ó el social de esta ciudad. Los provincianos que consiguen ser ungidos, se quedan de una manera definitiva, ó van y vuelven á sus pueblos. Por lo regular, los que no se radican en Lima, se convierten en una calamidad pública en los lugares en que viven. Se hacen jefes de los partidos que representan y son la pesadilla de las autoridades que manda el Gobierno, á las mismas que derrocan con su influencia, el día que se trastorna el orden público. Yo por eso, hace veinte años que no voy á Camaná; siquiera tendré ese pecado menos, entre los muchos que me achacan mis enemigos políticos. Con respecto á la forma federal que ustedes piden, me permitiré decirles, que están en una ilusión al creer que serían los amos de casa. Aun en el supuesto de que todos los loretanos piensen siempre de la misma manera que piensan hoy, y que á raíz del triunfo no se fomenten discordias y divisiones, ustedes no podrían evitar lo que yo llamaría invasiones de extranjeros perniciosos, formadas de camanejos, limeños, caja-

marquinos, celendinos, chachapollanos, etc., que irían á fastidiarles la paciencia, pidiendo puestos públicos, y que se permitirían armar partidas filibusteras para asaltar ese poder autónomo que ustedes piden. A no ser que estuviera prohibida por la constitución federal de Loreto, que los puestos públicos fueran ocupados por los demás peruanos, no nacidos en ese departamento, lo cual daría peor resultado. Sin ir muy lejos, el señor Urzúa es un limeño muy distinguido y entroncado con gente muy principal de aquí; el jefe de la fuerza actual en Iquitos, es arequipeño; y la aduana ha quedado en manos de un moquehuano. Mucha mezcla, mis amigos.

Urzúa se sonreía; pero á sus compañeros les hacía poca gracia las hábiles reflexiones del doctor Abadía, que ellos rebatían flojamente. Todo aquello era un discurso muy bien estudiado, que de pronto los dejaba paralizados.

—Veamos ahora,—continuó el mismo doctor,—si ustedes tiene razón para vivir descontentos de lo que llaman gobiernos centralistas; y en este terreno, les pregunto: ¿Es acaso Loreto, el único departamento á donde el gobierno manda autoridades malas, é impone representantes en las cámaras? Indudablemente que no. Todos los pueblos del Perú se quejan de igual calamidad; y según habrán leído ustedes en los periódicos, en estos días, es inícuo lo que están haciendo los prefectos de Cajamarca, de Ayacucho, de Puno y de Ica. El de Ayacucho ha llegado al extremo de flajelar á la gente en un cuartel; lo cual nunca ha sucedido en Loreto, dicho sea en verdad. A propósito de esto, un diario ha manifestado, que siendo más fácil sacar al prefecto de Ayacucho, y no á los ayacuchanos de la ciudad en que viven, el gobierno debería mediar en la cuestión, y cambiar la autoridad. Sin embargo, á pesar de ese clamor general, ese bárbaro sigue en su puesto, haciendo horrores en aquella capital. Con respecto á elecciones, pasa lo mismo. Para ser diputado ó senador es menester tener mayoría en la cámara respectiva. Tenemos representantes que ja-

más han conocido la provincia que representan. Como ustedes ven, el mal es general, está en toda la república; y la única manera de regeneranos, no es desunirnos, sino unirnos más de lo que estamos, y trabajar con energía, con patriotismo, con sacrificio de nuestros propios intereses para mejorar el país. La federación no resuelve el problema. Hay que fundar partidos fuertes y crear intereses valiosos, para que, por temor de perder lo que tenemos, seamos prudentes en el gobierno, y sufridos cuando estemos abajo. Comportándonos así, evitaremos las guerras civiles. Ustedes están en otro error: y es el creer, que es la gente de Lima la que gobierna en compañía de los forasteros alimeñados. Nada de esto: por lo regular gobiernan los comprovincianos del presidente. Si quieren una prueba de ello, fíjense en lo que pasa ahora con nuestro *exelentísimo,* que es arequipeño; y que se ha traído medio Arequipa para los puestos públicos; hasta los porteros, señores. ¡Esto es el colmo!.....

.....

VII

Los domingos se comía en casa de la familia García Azuaga con asistencia de su círculo íntimo. Alfonso, pariente muy cercano y muy querido, no hubiera podido dejar de concurrir. Todas las edades de la vida estaban allí bien definidas. La juventud, con su eterna belleza, con todos los encantos de las flores primaverales, se personificaba en Lía, en Raquel y en Beatriz. Urzúa entró á reforzar las reducidas filas de los jóvenes, entre los que se veía á Jorge García Azuaga y á Manuel Bengóa, el novio declarado de Lía. La edad madura, en el primer descenso de la vida, estaba representada por monseñor Zavaleta, ya en sus 48 años, pero sin querer representarlos; que en esto tenía sus puntillos de amor propio el ilustre prelado. Por fortuna, andaba feliz en sus aspiraciones de conservar su juventud; pues las canas y las arrugas le seguían respetando.

Un nuevo comensal en la casa, casi de reciente incorporación en el círculo íntimo de ese hogar, era el distinguido caballero don Antonio Leníz, casi en la misma edad que monseñor, y que sin tener ninguna relación de parentezco con los García Azuaga, ni antecedentes de antigua amistad, se había captado el cariño de la familia, al extremo de hacerse de toda confianza. Allí había conocido á Beatriz Mompox, á quien pretendía con afán; pero naturalmente, sin ninguna impetuosidad, lo que hubiera sido inadecuado á sus años.

Doña Rosa, su esposo, Petita Otzuarte y el doctor don Lino Alzania, un venerable anciano, vocal de la corte suprema, ya en sus 70 años, formaban el elemento mo-

derador de aquella mesa. Ese elemento tranquilo, de espíritu sereno, decepcionado de la vida; pero, por lo regular, con buen criterio.

Todos estos personajes tomaron asiento en la mesa de doña Rosa, en el ya citado domingo 21 de Junio. La conversación versó sobre asuntos de actualidad, especialmente sobre los políticos, que todos veían muy turbios. Interrogado Urzúa sobre las últimas novedades de Loreto, no pudo dar ninguna noticia nueva. Solo habló del transporte "28 de Julio," que debía estar al ancla en Iquitos, cumpliendo sus instrucciones de bloquear aquel puerto fluvial.

—Con respecto á nuestras gestiones con el gobierno, —añadió el joven,—el presidente nos ha ofrecido llamarnos muy pronto, para tener una segunda conferencia, la que estamos esperando con ansiedad.

—Alfonso,—díjole el señor Alzania,—ten por seguro, y esto puedes decirlo á tus compañeros, que la opinión pública rechaza toda forma política que tenga por base la autonomía de la sección más lejana y más amplia de toda la república. Ahora más que nunca necesitamos estar unidos, y bajo ningún concepto, el país aceptará una desmembración disimulada de territorio. Tal vez en un momento de locura, se pudiera conceder autonomía á Piura, Trujillo, Arequipa y Cuzco; pero bajo ningún concepto puede hacerse esto con Loreto, por su cosmopolitismo, su vecindad á dos estados ricos y poderosos de la federación brasilera y lo lejano que estamos en Lima de toda esa región, por la distancia y la falta de caminos. Todo esto nos dará muchísimo que hacer, y quiera Dios, que no se repitan las escenas de sangre y de miseria, para esta, ya imposible república. Se dice que el Presidente es partidario del movimiento operado en Loreto. No comprendo qué razón tenga para ello. Alfonso, te auguro mal éxito en tu empresa. Están ustedes arando en el mar.

Las palabras del magistrado produjeron sensación en los comensales. Urzúa no contestó. Veía muy claro el

asunto y muy razonables los conceptos del viejo jurisconsulto.

—Lo que es en esta, no me meto,—dijo Peta.—Con todo lo que me pasó en la última, ya tengo experiencia en el asunto.

Los presentes se sonrieron de la ocurrencia de la beata; pero doña Rosa confirmó la ingenuidad con que hablaba su prima, contando los importantes servicios que ella había prestado, en Lima, á los revolucionarios, en los momentos más difíciles; lo que dió por resultado que, una tarde, la tuvieron presa tres horas en la Intendencia.

Lía ocupaba el extremo de la mesa y tenía por compañero á su primo.

—¡Ay! Alfonso,—le dijo,—qué miedo me dan estas cosas. Yo estaba muy chica cuando la última revolución; pero me acuerdo muy bien de cómo silbaban las balas por encima de nuestro techo; y después los muertos y los heridos. ¡Qué horror! También me acuerdo que papá estaba escondido porque el gobierno quería tomarlo preso, y que mi tío Atanasio peleó con el oficial y los *celadores* que vinieron á registrar la casa. ¡Qué tiempo tan triste aquél! Después del combate, cuando todo se acabó y se firmó la paz, fuimos con tía Petita al hospital á visitar á los heridos. Yo les llevé cigarros. Pobres *cholos!* A uno le habían cortado la pierna y se estaba muriendo.

Los primos suspendieron su conversación para oir á Peta, que habían cambiado el tema político por el religioso, y que relataba los extraordinarios acontecimientos que pasaban en San Pedro, con una sierva de Dios.

—No hay duda que tenemos entre nosotros una santa, decía.—Su sólida virtud, la manera como disciplina su cuerpo y el poder de convicción que ejerce entre la gente pecadora, llenan de asombro.

—¿Quién es ella?—preguntó monseñor.

—Ella es una negra, de origen completamente oscuro, y hasta ayer, es probable, que nadie le haya conoci-

do; pero hoy está en camino de santidad; y quién sabe si después de muerta, sus virtudes merezcan su canonización y las generaciones futuras la veneren en un altar.

—Poco á poco, Peta,—le interrumpió el canónigo.—Ustedes son las que la harían la santa, si en ello tomaran empeño.

—Nada de eso, monseñor,—le replicó.—Nosotras no hacemos sino admirar la virtud de aquella mujer, cualidad que conocemos por todo lo que nos refiere su digno confesor, el padre Azcúnaga, que como todos saben, es el sacerdote más austero entre los padres jesuítas que tenemos en Lima. Es él, quien ha contado á sus confesadas el grado de perfección á que ha llegado Marcela, (que así se llama esta santa), por su infinito amor á Dios, sus ayunos y sus penitencias. "Jamás en mi vida, ha dicho el padre, he visto un arrepentimiento más perfecto, ni mayor horror al pecado." Pero su mérito no consiste, únicamente, en su austera virtud, sino en el apostolado que se ha impuesto, conquistando almas para el cielo. Son cuatro las mujeres de mala vida que han ido á postrarse á los pies del padre Azcúnaga, á confesarle sus faltas y á pedirle perdón con el más grande arrepentimiento. Una de ellas, tal vez la más pecadora, (y añadió casi en secreto para que no oyeran las tres señoritas, "que antes vivía en el Chivato en la mayor perversión,") derramó tan abundantes lágrimas en el confesonario, que el padre tuvo que emplear gran fuerza de convicción para consolarla. Parece que Marcela emplea con ellas tal rigor en sus prédicas y las amenaza de tal manera, que esas pobres mujeres se creen sin perdón de Dios.

Don Juan de la Cruz que, aunque oía misa porque su mujer se lo ordenaba, era un descreído en materias religiosas, se sonreía, encontrando deliciosa toda esta chismografía de las beatas. No pasaba lo mismo con monseñor, que tenían gran veneración por los santos de la Iglesia, y que hallaba insoportable, que Peta hablara de colocar á Marcela en un altar.

—No sabe el sexo fuerte,—dijo el prelado,—el mal que nos hace con no asistir al templo. Por culpa de su retiro, la mujer, naturalmente me refiero á la beata, al ver acéfala de hombres la casa de Dios, ha tomado el puesto de ellos. Yo supongo, que el criterio de un hombre que solo confiesa beatas, llegue á perturbarse, y que por sugestión comience á ver lo que no existe. Para mí, esto es lo que pasa con el padre Azcúnaga. Todas sus confesadas le cuentan algo nuevo de una sierva de Dios; y el hombre debe haber concluido por volverse medio loco, y por creer que tiene una santa entre sus hijas de espíritu. No hay beata vulgar que no sea milagrera. Para ellas todo lo que se realiza es sobrenatural; llegando en su manía á creer, que no hay deseo, por malo que sea, que no se pueda pedir á Dios. Una señora que se confiesa conmigo, y no se crea que en lo que cuento estoy faltando al secreto de la confesión, me explicaba, que cabalmente en el hecho de ser inmoral su pretensión, estaba el milagro que ella solicitaba; pues que cosa extraordinaria hay en pedir algo natural y que la Virgen, ó los santos, se lo concedieran. Como ustedes podrán suponer, la voté del confesonario; y le prohibí que se volviera á presentar donde mí, hasta que no estudiara la doctrina cristiana. Esa señora estaba blasfemando, sin conocer su falta; pues todo esto depende de la ignorancia.

Peta estaba impaciente con la plática de monseñor, quien la miró sonriente, y le dijo: "No lo digo por usted, Peta; de todo hay en la viña del Señor. Vea usted á misia Rosa, que también es mujer de iglesia y que no se ha dado por entendida."

—Otra cosa insoportable,—continuó el canónigo,—es la confianza que esta gente llega á tener en el templo. La frecuencia con que asisten á la Iglesia y la intimidad que les dan algunos sacerdotes, lo que dicho sea de paso está prohibido, hace que se permitan irreverencias imperdonables en todo cristiano. Como ven á los sacristanes darles de plumerazos á los santos, creen ellas que pueden hacer lo mismo. Las miradas de inteligencia, las

señas con las manos y hasta los cuchicheos, los he visto yo, en los momentos más solemnes. Recuerdo, una vez que predicaba en la Catedral ante un auditorio respetable, que una confesada mía se puso á hacerme señas. Preocupado con este aviso, voltié hacia la derecha, que era el punto que ella me marcaba; no ví nada, y acabé por cortarme en lo mejor de la oración. Tuve necesidad de hacer un gran esfuerzo de voluntad, y no mirar más á esa bendita señora, para poder continuar mi discurso. Pero vamos al caso, Peta,—añadió monseñor, dirigiéndose á ella.—¿Cuáles son los milagros de Marcela? Hasta ahora no ha referido usted ninguno de ellos. Aquello de conquistar almas para el cielo, lo hacen todos los días los misioneros.

—Ya no cuento nada; ¿para qué? Para que monseñor diga que son invenciones de las beatas, y para que Juan de la Cruz se ría. Nó, lo mejor es estarse callada.

—Pues yo diré lo que sé,—dijo doña Rosa, sonriéndose, como que, siendo una mujer superior, no creía nada en la santa de los padres jesuítas, y mucho menos siendo una negra.—Algo se ha hablado, de que una de las catequizadas de Marcela volaría al cielo.

—¡Dios mío!—exclamó el señor Alzania.—¿Así está la cosa?

—Parece que esto ha sido demasiado chusco,—continuó doña Rosa,—y que la invención viene de una persona de mala fe, ó de mucho candor. Sea lo que fuere, lo cierto es, que el chisme produjo mal efecto, y los padres de San Pedro han tenido muy mal rato. Pero lo que sí es verdad, y nadie lo niega, es que hay un pañuelo de Marcela que hace milagros. Se coloca éste en el seno de una persona enferma, y la mejoría viene de una manera lenta, hasta que sana del todo. Me contaron ayer, que son varias las personas que han sanado de esta manera. Anoche le pusieron el pañuelo á la señora de Gonzalo Pequeño, á Matilde.

—Que hoy amaneció sin fiebre,—añadió Peta,—por

lo que su médico se ha quedado con la boca abierta de la rápida mejoría.

—Esto último no lo sabía,—dijo doña Rosa;—pero averiguaré el caso, y para el domingo entrante, les ofrezco contar si el milagro se ha operado en Matilde. La verdad es que ella está desahuciada. Tiene veinte días de fiebre tifoidea.

A la hora del café, las señoritas, con exclusión de Peta, y los solteros, sin la compañía del señor Leníz, se levantaron de la mesa.

Les gustaba á los viejos hacer reminiscencias del pasado, ocupándose de sucesos y de personas que fueron de su juventud. Las niñas encontraban poco ameno, conocer esas antañas historias y preferían pasar al salón y charlar con entera libertad, ocupándose del presente, por cierto muy lleno de ilusiones para ellas.

Beatriz ocupó el piano y ejecutó, con suma maestría, los mejores trozos de "Africana" y "Aída." Lía y Bengóa, de pie á su lado, oían y acompañaban en voz baja, alguna de las partes más populares de estas óperas. Después, le pidieron que tocara un vals, y con mucha gracia, las dos jóvenes se pusieron á bailar. Raquel y Alfonso ocupaban un sofá, en el mismo salón, y conversaban íntimamente, sin ocuparse de los demás. La primera tenía la palabra y relataba á su primo la historia de Beatriz, cuya hermosura había despertado el interés del primo. "¿Quién es esta muchacha y de dónde viene la amistad con ustedes?" habíale preguntado á Raquel.

—Veo que te gusta,—le dijo ella;—pero temo mucho que hayas llegado tarde á Lima, porque Beatriz está enamorada de Pepe Cegama, el hermano de Manuelita: esa niña que tía Petita te presentó esta mañana en el atrio de San Pedro. La amistad con nosotras ha venido del colegio de Belén. Allí la conocimos, y desde entonces la queremos mucho, porque es muy buena muchacha, muy amiga de sus amigas y dispuesta siempre á sacrificarse por ellas. Generalmente las bonitas son tontas; pero Beatriz no lo es; siendo además muy juiciosa. Si alguna

muchacha pudiera coquetear en Lima á su gusto, sería ella, porque tiene los enamorados á montones; pero es algo fría, y en reserva te diré, un poco escasa. Lo más curioso en esta amistad, es que Abel, nuestro hermano mayor, está enamorado de nuestra amiga, y ha trabajado mucho con nosotras para que le ayudemos; pero, ¿qué podemos hacer en el asunto, cuando ya Beatriz está comprometida á casarse con Pepe Cegama? Naturalmente, aunque se trata de nuestro hermano, le damos la razón á ella. Resulta de todo esto, que el pobre Abel se ha remontado á las cordileras y está haciendo allí vida de minero; es cierto que esa es su profesión, para la cual ha estudiado seis años en Alemania. Otro que la pretende es el señor Leníz, un hombre muy rico y muy distinguido por su talento y por su alcurnia.

—¿Y ella le hace caso?—preguntó el primo.

—Le odia terriblemente; por lo que jamás le dirije la palabra. Es cierto que Leníz es un viejo, que mejor debía de pensar en una cuarentona, y no en una muchacha tan bonita y tan joven.

Alfonso se informó, también, con su prima, de los amores de Lía y Bengóa, que ya duraban dos años.

—Ya muy pronto se casarán,—díjole Raquel.—Seguramente para fin de año. Todo depende de que se concluya la casa, que actualmente construye el tío de Bengóa; y en la cual vivirán. Lía le quiere mucho. El no es buen mozo; pero tiene un corazón de oro y sabe hacerse querer. Además, es rico, ó mejor dicho, será rico cuando mueran sus tíos, que no tienen descendencia y que lo han adoptado por hijo. Bengóa es huérfano, no tiene hermanos, y desde que murió su madre, ha sido educado por su tía, doña Clara Bengóa, que es casada con don Saturnino Andújar, un hombre muy respetado y muy rico.

La tertulia se animó á las diez, con la llegada de nuevos visitantes, entre los que estaban los señores Pazmiño y Palomares, y con la presencia de la gente del comedor, que vino á los salones de recibo.

VIII

Pasaron varios días. Al término de ellos, la delegación de Loreto fué llamada por el Presidente de la República. Esta cita les llenó de alegría y puso término á la innacción en que vivían. Siquiera Urzúa tenía las distracciones de la vida social; no así los señores Pazmiño y Palomares, que se limitaban á recibir y pagar visitas de mucha etiqueta. Además, todos tres habían compulsado la opinión; y como la encontraban adversa, se habían vuelto pesimistas, y querían terminar de una vez. Los senadores y diputados de Loreto, con quienes habían conferenciado, tampoco les daban esperanzas de éxito. Reunidos todos ellos, para uniformar sus opiniones, habían resuelto defender en las cámaras la forma federal para toda la república; pero no, porque esta fuera su resolución y su empeño muy decidido de luchar con tenacidad, esperaban vencer en el Congreso. Y si á todo esto, como les decía el senador Narváez, el gobierno tenía el buen criterio de seguir la opinión en sus aspiraciones de unidad nacional, era indudable que lo de Iquitos podía concluir por consunsión, con solo el bloqueo del "28 de Julio," y sin que se derramara una gota de sangre.

El Presidente se hizo acompañar, únicamente, por el ministro de gobierno, en la segunda entrevista. La delegación se presentó desalentada. Ninguno de sus hombres estaba acostumbrado á la lucha política, y por más esfuerzos que hicieron, no les fué posible disimular la depresión de espíritu que les dominaba. El jefe del estado quedó sorprendido al verlos así. Dirigió la palabra al señor Palomares y lo encontró decepcionado. Ya no

era el hombre franco y audaz, que con tanto calor había defendido los intereses de Loreto en su primera entrevista. Todo esto le desagradó. Según sus cálculos, tal vez podía convenirle abrazar la causa de los federales; y para este caso, hubiera querido tener por compañeros de alianza á gente de más carácter.

—Hemos tenido numerosas entrevistas con los hombres de todos los partidos,—dijo el señor Palomares,—y faltaríamos á la verdad si dijéramos, á vuecencia, que la mayoría no simpatiza con nuestros propósitos. Casi todos los políticos nos combaten, especialmente los civilistas.

—En este caso,—díjoles el Presidente,—creo yo, que lo más cuerdo para ustedes sería volver á Iquitos, y decir allá la verdad de lo que pasa en Lima. No tengo la menor duda, que esa gente desistirá de sus propósitos, una vez que sepa por boca de sus propios delegados la manera cómo se les rechaza y lo imposible que les será conseguir la autonomía que piden.

—Así lo haremos,—contestó el señor Palomares.—Una lancha armada en guerra nos aguarda en el Pichis, y nos llevará lo más pronto posible al Amazonas. Sin embargo, estoy seguro que nuestras noticias no influirán para nada en el ánimo resuelto de nuestros comprovincianos. El movimiento ha sido universal y son muy sagrados los derechos que se invocan, para que todo termine sin dispararse un tiro. Loreto está armado hasta los dientes, tienen mucho dinero y la guerra civil será inevitable.

—Pero es un deber en ustedes el evitarla,—replicó S. E.—¿O acaso piensan triunfar, teniendo en contra todas las fuerzas de mar y tierra de la República? El crucero, "28 de Julio," está autorizado para bombardear la plaza, á la menor resistencia que encuentre en el desembarque de sus tropas. Y como los intereses extranjeros en Iquitos son valiosos, es probable que tengamos reclamaciones diplomáticas, que nos costarán mucho dinero, y complicaciones con el Brasil, que mandará buques en defen-

sa de sus connacionales. Es menester un poco de más patriotismo, señores míos. Los hombres que aman á su patria se sacrifican por ella; y si ustedes saben que á Loreto solo se le espera la ruina y la desolación, en esta desigual lucha contra toda la república, no les queda otro recurso que evitarla. A ustedes les consta, que no me han faltado deseos de servir la causa federal que han proclamado; que hasta ahora he llevado una política de conciliación, impidiendo que el "28 de Julio" haga ningún acto de guerra, y que me he prestado á recibirlos. Todo esto ¿por qué? Porque estoy animado de un espíritu de concordia; y porque solo aspiro á la tranquilidad de la república. Los periódicos que me son hostiles, que ya son casi todos, han juzgado de cobarde y antipatriótico este sentimiento de paz que me domina, habiendo llegado á decirme, "El Comercio," que estoy tan apurado por dinero, que acabaré por vender Loreto. ¿Ustedes creen que esto no me molesta? Pero en fin, en la vida pública, los hombres deben sacrificarse por los verdaderos ideales de la patria, que, por lo general, no son comprendidos inmediatamente por los pueblos. Algún día se me hará justicia; y entonces se verá que el móvil de muchas de mis arbitrariedades—sí, arbitrariedades, lo reconozco—está en mi deseo de que el poder quede siempre en manos fuertes como único medio de mantener la paz, sin la cual no puede haber nada. A mi juicio, ustedes deben volver lo más pronto posible á Iquitos, á fin de que den á conocer á sus comprovincianos, la verdad de lo que pasa en este asunto, y la peor parte que se les espera en él. En cuanto á mí, estoy dispuesto á conceder todo aquello que me permita la ley. Y como deseo que todo termine bien, prometo conseguir del congreso, próximo á reunirse, una ley de amnistía para todos los comprometidos en el movimiento, y nombrar desde ahora mismo, de prefecto, á la persona que ustedes me indiquen.

—V. E. tiene razón en aconsejar la paz,—contestó el señor Palomares.—En cuanto á nosotros, tampoco nos

falta deseo de trabajar por ella; pero sucede, que los hombres tienen que ser consecuentes con su política, aun cuando sepan que serán derrotados. La suerte está echada; y todo cuanto se haga en contrario, será arrollado por la indomable voluntad de nuestro pueblo, en su deseo de ser libre. Ya es tarde para volver atrás, y no seremos quienes aconsejemos el desarme. Con esta política, solo conseguiríamos, que se nos trate de cobardes y de traidores, sin obtener nada.

S. E. comprendió que aquellos hombres habían perdido toda esperanza de apoyo moral y material; pero que no por esto les acobardaba la lucha, y que estaban resueltos á llevarla á cabo. Viendo que era inútil insistir, se limitó á despedirlos muy amablemente.

—Antes de irse, vuelvan á verme,—les dijo.—Mientras tanto vayan meditando sobre mis observaciones, que tal vez con un poco de buena voluntad, todo se pueda arreglar en paz.

Fueron estas sus últimas palabras en aquella conferencia. Los delegados se limitaron á despedirse, sin insistir en su determinación; aunque íntimamente convencidos de su derrota en las esferas oficiales. En medio del profundo descontento que les produjo esta convicción, siquiera experimentaron el gozo que produce el término de la incertidumbre, por amarga que sea la verdad.

En la noche de aquel día, los diarios de la ciudad anunciaron el fracaso de las negociaciones iniciadas por la delegación de Loreto, y el inmediato regreso de sus miembros por la vía del Pichis; todo lo que, añadían los mismos diarios, significaba la inevitable guerra civil entre oriente y occidente.

Llegada la hora de comer, reuniéronse como de costumbre, los tres compañeros, en el comedor del hotel.

Todo estaba resuelto para ellos. Unas pocas semanas, habíales sido suficiente para conocer que Lima les era hostil; y que Loreto solo podía conseguir su autonomía, á fuerza de mucho dinero y mucha sangre. Los señores Palomares y Pazmiño estaban mudos. Este porvenir les

aterrorizaba. Poseían negocios y propiedades en aquella tierra, y preveían, que cualquiera que fuera el resultado de la contienda, las pérdidas materiales serían de consideración. Fué al final de la comida, al tomar el café, que ambos se dirigieron una mirada de inteligencia, y se sonrieron, al ver que se comprendían. El primero de ellos, dijo, moviendo la cabeza:

—Me lo esperaba.... Es ahora que puedo apreciar, lo imprudente que hemos estado, al embarcarnos en una empresa de tanta magnitud. Nuestra desgracia estuvo en no haber conocido antes á Lima. Y pensar que esos señoritos limeños, recién avecindados en Iquitos, nos decían que aquí se arreglaría todo admirablemente. Como ellos tienen muy poco que perder, y mucho que ganar, son unos federales decididos.

Urzúa los oía sin contestar nada, y sin que por esto dejara de pensar en los mismos sucesos. La guerra civil no le espantaba; por el contrario, sentía por ella la fascinación que produce en los espíritus jóvenes, lo sublime cuando es desconocido. "Qué puedo perder en ella, reflexionó, sólo mi vida y mi fortuna." La primera, por el aislamiento en que vivía, y su carencia de sentimientos religiosos, le era de muy poco valor. ¡Su fortuna! qué le importaba arruinarse, cuando se sentía con fuerza para recuperarla. La había heredado y no sabía lo que era hambre ni miserias. Marta le preocupaba mucho más que la política, como que estaba enamorado de ella, sin quererlo confesar; ó tal vez, si de buena fe, sin querer creer que en su alma habíanse despertado los románticos afectos de sus infantiles tiempos. Esta duda le mortificaba, y mantenía en su espíritu un extraño despecho. "Será que estoy prendado de ella, y por eso, su reclusión me molesta? No lo sé, pero sea lo que fuere, es ya tiempo de no pensar más en esto. Recuerdo que á los 14 años la amaba con todo el entusiasmo de la precocidad; ¿pero no fué todo aquello un juego de niños? ¿Es posible que algo de esa época juvenil haya quedado en mi alma? Felizmente para mí, todo ha concluido en Lima; y en breves

días más volveré á la vida de montaña, en donde trataré de buscar consuelo para mi desdicha, ya que tengo que guardar en lo más recóndito de mi alma, el dolor que me aflige. No quiero que nadie lo sepa, y menos ella, en quien supongo muerto todo sentimiento de amor por otro hombre, después de la trágica muerte del joven á quien entregó su corazón por entero. ¡Qué ganaría con despertarla! Solo afligirla con mis temerarias pretensiones; y tal vez, hacerle intolerable su vida conventual, si su alma no está del todo muerta á los estímulos de un nuevo amor."

—¿En qué piensa Vd.?,—le preguntó el señor Palomares.

—¡En la causa de Oriente!—exclamó el joven con entusiasmo.—En la libertad de nuestro pueblo; en la conquista de su independencia!

—¿Por medio de la guerra?,—le preguntó el señor Pazmiño.

—Por medio de la victoria!, en la cual estaré yo entre los más esforzados.

—¡Oh juventud!—exclamó el señor Palomares.—Ella nos lleva á los mayores desenfrenos; pero ella es, también, la única que triunfa sobre los mayores obstáculos.

Poco después llegó el coronel Martínez, sumamente impresionado por los sucesos del día.

—Lo sé todo,—les dijo,—y estoy horrorizado de lo que pasa. Conozco á Loreto: es un pueblo valiente, decidido y rico. Peleará hasta derramar la última gota de sangre. ¡Pobre Iquitos! un centro comercial tan importante. ¡Qué quedará de él después de la guerra civil! Pero ustedes no saben lo más grave del asunto, en lo que se refiere á mí: He sido nombrado comandante en jefe de las tropas que expedicionarán sobre ese departamento, y se me obliga á que salga, mañana mismo, con una división de ejército, por la vía de Moyobamba y Yurimaguas. Inmediatamente que el ministro de la guerra me

comunicó mi nombramiento, le hablé de mi renuncia; y como se niega á aceptarla, me veré esta noche con el Presidente, y exigiré de él, que se nombre á otro. Yo no voy en misiones de exterminio, ni quiero glorias asesinando á mis hermanos.

IX

Alfonso tuvo que dejarles; pues debía visitar aquella noche á la señora Orbea; lo que hizo, pasadas las ocho, dejándose llevar á la residencia de ella en un coche. "Qué caserón tan viejo," pensó, al atravesar el enorme patio de la solariega casa de las Barbanera. La puerta de calle, las columnas, el piso casi en su totalidad de piedra rodada, y las enormes mamparas que rodeaban los corredores, revelaban una construcción muy antigua y un espíritu muy conservador en los dueños de ella. Una pobre luz de gas, cubierta de un enorme farol, alumbraba probrísimamente el portal de entrada, dejando lo demás en la penumbra.

Un portero muy anciano y achacoso, le dejó parado en la mitad del corredor, después de preguntarle su nombre. Volvió de las habitaciones interiores, al cabo de un rato, y haciéndole una venia muy cortés, le dijo que esperara un momento, que ya le iban á abrir.

La señora Orbea estaba de tertulia en el salón con varias personas; y aunque todas eran de confianza, indudablemente que allí no podía recibir al hombre que debía hablarle de la muerte de su hijo y provocar una escena de lágrimas. Sus hermanas se lo hicieron comprender así; y después de muchos secreteos entre ellas y de pedir muchas excusas á los presentes, la llevaron á su alcoba. Mientras todo esto no se realizó, Urzúa no fué introducido en el salón. Le recibió la más habladora de las Barbanera, misia Chepita, quien le presentó al señor Ochoa, capellán de San José, que estaba de visita; y con él, Bea-

trix Mompox, Manuelita Cegama y su hermano Pepe, un antiguo amigo y condiscípulo de Urzúa.

Alfonso fué invitado á tomar asiento después de haber saludado á los presentes, y como todos quedaron en silencio, dedujo que algo extraordinario pasaba en la familia. Misia Chepita entró al cuarto de su hermana. Volvió á salir inmediatamente. Se acercó al señor Ochoa, con quien cambió algunas palabras en voz muy baja. Después llamó á su hermana Candelarita, con quien también consultó algo; y por último, hizo una seña á Alfonso, que se puso de pie y fué al alcance de ella.

—No olvide usted,—le dijo,—lo que le advertí el otro día. Hay que decirle que su hijo murió confesado en Iquitos, á donde le llevaron herido. Nada del flechazo en el corazón, ¡qué horror! ¡Dios mío! Nada, nada de eso; pero sí confesado. No olvide usted. Ahora, vamos. Panchita está en su cuarto.

Antes de entrar, misia Candelarita se acercó á los dos, y le dijo á su hermana.

—¿Ya le dijiste lo de la confesión?

—¡Alabado sea Dios! ¿Qué me crees *dementada?*

—No es eso; sino como te veo tan nerviosa.

—Vamos, Urzúa,—dijo la otra, sin atender á la excusa de su hermana.

Atravesaron varias habitaciones hasta llegar al dormitorio de la señora Orbea. Esta ocupaba, en su enorme cuarto, la misma silla baja, en que la había visto Marta cuando fué á despedirse de ella, antes de entrar á Santa Mónica. Una lámpara de aceite, puesta sobre una cómoda antigua, alumbraba con claridad los pies de un Señor Crucificado, hecho en marfil; y como su luz era suave y escasa, todo aquel recinto estaba casi en la oscuridad.

Alfonso, tomado de la mano por misia Chepita, fué conducido hasta el sitio en que estaba la anciana. Allí quedó de pie, mudo y sumido en profunda pena, al ver á la madre de su finado amigo, bañada en lágrimas, y todavía inconsolable por la muerte de su único hijo. Su

conductora tomó una silla baja y le obligó á sentarse, haciendo ella otro tanto en un reclinatorio.

Al fin la señora rompió el silencio, y con voz muy apagada, después de haberse lamentado de su suerte, interrogó repetidas veces, con la ansiedad de una persona que teme oir algo desagradable. Habiendo satisfecho su curiosidad, quedó muy consolada. Alfonso le aseguró haber visto morir á su hijo, haberle cerrado sus ojos, y haber quedado encantado de la piadosa muerte que había tenido, después de haber cumplido con todos sus deberes espirituales.

—Dios lo ha querido así. ¡Hágase su santa volunad! —exclamó ella.—Quién sabe cuántos sufrimientos se le esperaban en la tierra.... Esta niña le tenía loco. ¡Pobrecita! Ella también ha sido bien desgraciada y hoy busca su consuelo en un convento. Aquí estuvo á despedirse. Con respecto á usted, Alfonso, solo Dios sabe cuánto he bendecido su nombre, y cuánto le pido todos los días á la Santísima Virgen, que recompense sus bondades haciéndole feliz. Usted fué su providencia en ese desierto. Usted le puso en el trabajo y le enseñó á ganar dinero. Aquí se decía de él, que había nacido demasiado caballero y que no sabía hacer nada. Tenía con qué comer, y porque no se mataba trabajando, le creían inútil. Su heróica muerte ha confundido á todos aquellos que no le querían bien. ¡Pobre hijo mío! ¡Cuántas lágrimas hemos derramado juntos, en este mismo cuarto, por culpa de este amor, que solo fué para las dos familias una fuente de resentimientos! ¡Pobre Marta! ¡quién lo creyera! que los millones de su tío, antes de tenerlos, le habían de hacer profundo daño. Dicen que esa plata fué muy mal adquirida por don Atanasio. Yo no sé qué haya de cierto en esto; solo me consta que, hasta ahora, ese dinero no ha ocasionado sino desgracias á los parientes del difunto, y pleitos entre los que no lo son y figuran como herederos.

Alfonso agradeció, vivamente emocionado, las finezas de la señora Orbea. Por varias veces le repitió, que nada

tenía que agradecerle; que no había hecho otra cosa que cumplir con su deber. Al despedirse, le avisó su próxima partida para Loreto, y su propósito de volver para decirle adios.

—Esta visita ha sido para Panchita,—díjole al joven misia Chepita.—Ahora venga usted al salón para cumplir con nosotras.

Urzúa volvió á tomar asiento entre los contertulios de las Barbanera; y fué objeto de numerosos cumplimientos, cuando se supo la sagacidad con que había consolado á la pobre madre.

El señor Ochoa, uno de los visitantes en aquella noche, era un anciano muy bondadoso y muy simpático. Hacía 40 años que ejercía el cargo de capellán en San José. Hombre de verdadera virtud, y de una bondad de alma que rayaba en debilidad, habíase envejecido en su iglesia haciendo todo el bien posible, sin aspirar jamás á una canongía. No era persona de consejo, ni de muchos alcances intelectuales; pero sabía tomar tan buena parte en el dolor de los demás, que por esta sola cosa, se hacía necesario en el hogar de los que sufrían. Ingenuo y sin pretensiones de gran ilustración, tomó aquella noche á su cargo á Urzúa, en su deseo de saber cómo era la vida por Loreto, y qué cosa querían los hombres de aquella región. Oyó todo lo que su interlocutor le dijo; y cuando todo lo supo, se limitó á mantener su espíritu en la más completa tranquilidad, sin sentir el menor apasionamiento por el triunfo ó la derrota de los rebeldes. Siempre tomaba las cosas con mucha calma; y cuando se le obligaba á dar su opinión sobre la conducta de alguna persona, decía seráficamente: "Quiera Dios que todo eso sea para el bien de su alma." Dotado de una gran bondad, veía hasta en las faltas de los hombres, el camino de su salvación. "Es posible que esos malos pasos le lleven al arrepentimiento y le vuelvan al camino de la virtud," decía al juzgar á los malvados.

Urzúa tuvo que suspender la conversación con él; pues el sueño, que durante mucho rato le obligaba á cabecear

á menudo, al fin le rindió, dejándole completamente dormido.

Misia Chepita se sonrió y mirando al joven, le dijo:

—Se levanta muy temprano, como que dice la misa de seis en San José; así es que, en cuanto dan las nueve, ya no puede estar despierto. Lo más gracioso es que siempre se está quejando de desvelos, diciendo que pasa las noches en claro.

Manuelita Cegama conversaba con Beatriz. También era un tipo de belleza, y tan joven como su amiga, pues acababa de cumplir sus veintidos años. Habían principiado su intimidad en el Colegio de Belén, en donde hicieron su educación.

Manuelita y Pepe eran huérfanos, y encontrándose solos en el mundo, vivían en la más estrecha unión, en compañía de sus dos hermanos menores, Luis y Lucas, respectivamente de once y doce años de edad. La madre de los jóvenes había muerto hacía once navidades, cabalmente, por causa del alumbramiento de Luis. Manuelita y Pepe no estaban tan pequeños en ese tiempo, y conservaban muy tristes recuerdos del suceso. El padre pasó á mejor vida mucho tiempo después. Rico en su juventud, quedó arruinado por causa de la guerra con Chile. Este desastre económico, y la muerte de su esposa, debilitaron notablemente su cerebro; siendo así que, cuando murió, estaba casi demente.

Pepe hizo sus estudios en la Escuela Militar y se dedicó á la carrera de las armas. Tenía ya el grado de teniente de artillería, cuando el *viejo* principió á ponerse delicado de salud; y como la pobreza amenazaba invadir su hogar, se vió obligado á dejar la espada para dedicarse al comercio, lo que le era más laborioso, pero más lucrativo. Tenía entonces veintidos años. Desde esa edad mantuvo á su familia, de manera que, cuando el pobre anciano murió, ya él tenía 26, y en nada se trastornó el modo de ser económico de aquella casa. Posteriormente le fué mal en el comercio, por lo que volvió al militarismo; y en la época en que estos sucesos ocurrieron, era ca-

pitán de artillería y había cumplido sus 30 años. Manuelita y Pepe se amaban entrañablemente. Solos en la vida, casi sin parientes y en la necesidad de unirse para estar menos aislados, se buscaron mutuamente y se amaron con pasión. Tenían en su pasado una historia de doloroso recuerdo: la madre había muerto en la plenitud de su vida, en los momentos en que más falta hacía á sus hijos; el viejo, sin poderse consolar de sus desgracias, se dió al abandono. Educados en la escuela del infortunio, sin muchos días de ventura que recordar en los pocos años que llevaban de existencia; en él, como que tenía más edad, acentuábase su afecto por ella al verla huérfana y desheredada, sin otrós atractivos que su bondad y su belleza. A su vez, Manuelita, le veía tan bueno, tan abnegado, y tan valiente en la lucha por la vida; siempre tan pobre, no obstante su talento y su tenacidad por el trabajo, que sus ojos se le llenaban de lágrimas cuando sus amigos le hablaban bien de su hermano. "¡Pobre Pepe! exclamaba, ¿á dónde no hubiera llegado ya, dotado como está, de un espíritu audaz y perseverante, si teniendo á sus padres vivos y ricos, no estuviera obligado á sostener su casa y sus hermanos; y lo que es peor, á no ausentarse de su patria y buscar riquezas fuera de ella por la falta que nos haría á mí y á los muchachos. Así, ¿cómo podrá abrirse paso en la vida? Siempre está temeroso de perder su puesto, y esto le mantiene en tal grado de modestia, que ya le hace daño. Cuántos de sus compañeros, con menos talento que él, han subido ya muy alto! ¡Pobre hermano mío!"

Si la fortuna no les era propicia ,en cambio tenían buena suerte en amor. Pepe y Beatriz hacía mucho tiempo que estaban comprometidos para casarse. En medio de sus sufrimientos y miserias, Cegama poseía el inmenso consuelo de ser amado y admirado por su novia. Para Beatriz, lo mismo que para Manuelita, no había en Lima nada superior á Pepe: todo lo de él les encantaba, hasta su romanticismo literario, que el joven exteriorizaba en sentidos y muy leídos versos, que publicaban á

menudo los diarios de la ciudad. Cuando las dos amigas veían surgir á otro y ocupar un alto puesto en lo político ó en lo social, se miraban y se sonreían, hasta que al fin Beatriz, exclamaba: ¡Que tenga fortuna tu hermano, y ya veremos si no llega á ese puesto y otros más altos!

La verdad es que Cegama era un mozo muy simpático y muy agradable. Poseía talento, un gran corazón y una fuerza de voluntad indomable. Beatriz y Manuelita tenían tal fe en su criterio, que nunca hacían nada sin consultarle. Más de una vez, ellas, le habían referido sus lijerezas; y había bastado que él les hubiera dicho: "eso no está bien," para que las dos muy avergonzadas, hubieran resuelto no incurrir en censura.

Beatriz era la mayor entre sus siete hermanos. Su padre, persona muy distinguida en Lima y notable abogado, hacía dos años que estaba paralítico; y aunque su estudio seguía abierto y tenía numerosos clientes, ya no ganaba lo que en sus tiempos de buena salud, en los que podía informar en la Corte y sacar triunfante sus causas, con el poder de su oratoria. Tenía adoración por Beatriz; siendo él, y María Eugenia, otra hija suya de diez años, los únicos que en aquella casa, aprobaban y protegían los amores de la señorita Mompox con el caballero Cegama. Los demás hermanos, y la misma madre, odiaban á Pepe y juzgaban á Beatriz como una niña terca, que se había encaprichado en no casarse con el señor Leniz ó con uno de la García Azuaga. Estos amores habían dado lugar á muy serios disgustos en la familia; y á no ser por el temor de causarle molestias y aun la muerte, al abogado, la señora Mompox los hubiera cortado de raíz; pero ¿cómo hacerlo, cuando entre el padre y la hija existía un amor infinito? Beatriz contaba al paralítico todos los pormenores de su afecto por Pepe; y cuando la madre se incomodaba de esta falta de respeto de la señorita Mompox, y á solas, hacía cargos á su marido, éste, con mucha calma le contestaba: "Déjala que viva con sus ilusiones, que sea feliz siquiera en su juventud, que su

suerte no ha de mejorar, porque nosotros querramos enmendar el curso de sus afecciones. ¡Quién sabe qué porvenir se le espera! ¡Pobre hija mía! Y si al fin y al cabo, Pepe no puede casarse con ella, y tiene que escoger entre el hijo de García Azuaga, á quien no quiere; ó el vejete de Leníz, á quien detesta. En este caso, ¿las cosas no se desarrollarían de una manera natural, y no forzada como tu pretendes? Por lo demás, yo te garantizo, que Pepe y Beatriz son un par de chicos muy juiciosos; y que ni uno ni otro cometerán la calaverada de casarse, hasta que el primero no tenga con qué hacerlo."

Los amores de Manuelita con Pablo Florimbó eran de otro carácter. Dotado el novio de una fortuna propia y sin tener más voluntad que respetar, que la de su madre, que le amaba mucho, y que veía con muy buenos ojos su compromiso con la señorita Cegama, hubiera podido casarse en cualquier día, á no ser por ciertos entretenimientos que tenía el joven, con una guapísima mujer casada y perteneciente á lo mejor de la sociedad limeña. Las cosas pasaban sin escándalo; al menos, el señor Gonzálvez, que era el marido de María Carvo, no se había impuesto de las intimidades de su señora con el caballero Florimbó. Pablo era muy amigo de los esposos y se le recibía en aquel hogar como una persona de íntima confianza. Florimbó no tendría más de treinta años. Era pequeño y delgado; al paso que María Carvo tenía ya sus treinta y dos, y en verdad que estaba gruesa.

El novio de la señorita Cegama era periodista y diputado á Congreso. Dedicaba toda su actividad á la política del país; y por su constancia en la labor partidarista, se le había nombrado primer secretario del partido civil. Hacía como año y medio que estaba comprometido para casarse; pero la salud de su madre, que le obligó á llevarla á Europa; y su última campaña política, en el norte, para activar los trabajos eleccionarios de su diputación, le habían proporcionado excusas para no llevar á cabo su compromiso. Florimbó amaba á Manuelita; sabía que era correspondido; sabía, también, que debía

cumplir la voluntad de su madre, que deseaba verle casado; sin embargo, rico como estaba, muy lleno de amigos, y con el corazón dividido entre el amor digno de la señorita Cegama, y amor concupiscente de María Carvo, no se resolvía á cumplir con su palabra. Quería, según su propia expresión: "ser más tiempo libre, cansarse de la soltería," para después ser un esposo modelo.

Los hermanos Cegama estaban muy al corriente de cuanto en el público se decía de María Carvo; y aunque á Manuelita no le faltaban deseos de hacerle cargos á su novio, y aun hasta romper con él, Pepe la refrenaba y la instaba á que se manejase con dignidad y prudencia. "Es preferible, le decía, que Florimbó viva en la idea de que lo ignoramos todo, ó por lo menos en la duda de ello, á que se convenza de que sabemos sus enredos con esa mujer; y en este caso, al oir tus quejas, se vería obligado á engañarte ó á romper contigo. En la vida, lo que no se puede remediar hay que soportarlo. No acostumbres á la mentira al hombre que puede ser tu esposo. Tampoco le trates con demasiada dureza: que no comprenda, antes de casarse, que tendrá por mujer á una persona celosa é intransigente. Nunca le hables de María Carvo, y si él te dice algo de ella, disimula en cuanto te sea posible el desagrado que te ocasiona esa mujer. Si le obligaras á hablar, ten por seguro que te lo negaría todo. Al menos, si te quiere y te respeta, eso es lo único que puede hacer. El es caballero; parece que te ama; y si llega á casarse contigo, romperá con la otra sin hacer ningún escándalo, y sabrá guardarte los respetos que se deben á toda esposa. Si así no lo hiciera, tú primero y yo después, le colocaríamos en su lugar."

José Cegama acercó su silla al lado de la Urzúa, y tuvo un rato de conversación muy agradable con él. Recordaron sus buenos tiempos de colegio. Se conocían desde la niñez; y no obstante los muchos años que no se veían, al volverse á encontrar se habían abrazado con el mismo cariño que cuando fueron niños. Pepe fué á recibirle al tren el día que llegó, le visitó después en su ho-

tel, y ahora le comprometía para que no se fuera sin conocer su hogar.

—El 11 de Julio es santo de Manuelita, y si para esa fecha no te has ido,—le dijo Pepe,—te invito á comer en casa. No esperes nada extraordinario; ya sabes que soy pobre; pero en cambio te encontrarás con gente joven que te quiere. Nos sentaremos á la mesa Beatriz, una hermanita suya, Pablo Florimbó, Manuelita y yo. ¿No te parece un simpático grupo?Alfonso, si el Gobierno no te vota antes de esa fecha, no dejes de asisitr.

—Gracias, muchas gracias, mi querido Pepe , si estoy en Lima, creeme que no faltaré. Pero dime: ¿Florimbó no estuvo en el colegio de Toro con nosotros?

—Sí, pero muy pocos meses. Sus padres le sacaron para mandarle á Europa, en donde ha hecho toda su educación.

Conversaron después sobre negocios. Alfonso instaba á Cegama para que se radicara en Iquitos, en donde le garantizaba una fortuna en cuatro ó cinco años. "Aquello de morir flechado, como el pobre Orbea, es muy raro," le dijo. No le faltaban deseos á Pepe, de aceptar la protección de su amigo; pero también comprendía que abandonar Lima por cinco años, le era prácticamente imposible, estando de novio y teniendo tres hermanos á su cargo.

Dieron las diez, y una linda mulatita, nacida en la casa, é hija de *ña* Bonifacia, la criada de confianza de misia Candelarita, sirvió el té y unos *biscochuelos,* hechos en Santa Mónica, y obsequiados por Marta Avellaneda. El capellán de San José fué despertado; pero dijo que no quería té, pues éste le desvelaba. Prefirió irse. Pepe le puso su capa clerical, y un criado, que aguardaba en la antesala, le tomó del brazo y le condujo á su domicilio. Poco después se retiraron las demás visitas.

X

A las dos y media de la tarde del día 6 de Julio, los delegados de Loreto llegaron á la estación de los Desamparados, para tomar el tren que debía conducirlos á Oroya, en su viaje de regreso á las fluviales regiones de Oriente.

La noche anterior habían estado á despedirse del Presidente, y á darle gracias por sus finezas y atenciones. S. E. los recibió con el afecto de costumbre, emocionándose cuando llegó el momento de la verdadera despedida. "No había necesidad de que partiesen tan pronto, les dijo. ¿Por qué salen tan precipitadamente de Lima? Ya que así proceden, que conste, que no les he apurado para que se retiren."

Contestó el señor Palomares, excusándose con la verdad, que en este caso no había por qué negarla; como que era muy justo que ellos estuvieran en Iquitos al lado de los suyos, lo más pronto posible, ya que toda gestión de arreglo había terminado.

También habíanse despedido personalmente, en los días anteriores, de los ministros y casi de todas las personas que les habían visitado. Teniendo Loreto fama de ser un territorio inculto, querían probar lo contrario.

Un poco después de las tres, una locomotora y un coche se detuvieron delante del andén de la estación. Los delegados se despidieron de sus acompañantes. ¡Qué diferencia, en número, entre el personal que les había recibido y el que ahora les decía adios! Felizmente, Urzúa tenía algunos amigos personales, y todos ellos concurrieron á la estación. Pepe Cegama, elegantemente uni-

formado, le estrechó diciéndole: "Este abrazo es el mío, el de Manuelita y el de Beatriz. Yo no sé cuál de los tres ha simpatizado más contigo, en tu corta permanencia en Lima. Adios, Alfonso. Quiera el cielo, que el destino no permita encontrarnos algún día en filas opuestas, en esta inevitable guerra. No dejes de contestarme, que yo no olvidaré de escribirte."

Don Juan de la Cruz, monseñor Zavaleta, Jorge García Azuaga, el señor Leníz y Petita Otzuarte estaban también presentes, y no pudieron disimular su emoción. Peta, como buena tía, derramó sus lagrimones, recordando á su prima Lía, la madre de Alfonso, cuya amortiguada memoria vino á su mente, al ver partir para la guerra, al que había sido su hijo muy querido; á ese Alfonsito, que ella recordaba haberlo visto cuando chiquillo, insufrible y malcriado, y amado por su madre con frenesí.

Momentos antes de partir el tren, llegó muy apurado el señor Ochoa, el capellán de San José. Urzúa tuvo que bajar del coche para darle las gracias por la fina prueba de afecto que le daba, viniendo á despedirse de él. El anciano lo recibió en sus brazos.

—Urzúa,—le dijo,—recibe la bendición de este viejo, que hace varios años que te quiere, sin haberte conocido, por las muchas bondades que tuviste para con Orbea. Recibe, también, la despedida de misia Panchita, que te ha llorado, lo mismo que las otras Barbanera. Parte tranquilo, que los que aquí quedamos rogaremos por tí. Desde mañana, no dejaré de pronunciar tu nombre en el santo sacrificio de la Misa, para que el Señor te tenga presente. Dios te lleve con bien. ¡Ah! me olvidaba: misia Chepita te manda este escapulario. No dejes de ponértelo. Está bendito. Que no te falte la fe en Dios, Urzúa; y si no nos vemos más en la tierra, que sea el cielo nuestra patria futura.

El tren partió. Varios grupos de curiosos que habían venido á la estación, á presenciar la partida de los loretanos, se mantuvieron en silencio y con la mayor compostura. No hubo un viva; pero tampoco se oyó un silbido.

Los tres compañeros de viaje se sentaron separadamente, y tomando cada uno de ellos un asiento de ventanilla, buscaron tranquilidad y distracción para sus espíritus, contemplando los panoramas que forma el Rimac, en la estrecha quebrada de su nombre.

Alfonso sacó de su maleta una novela; pero bien pronto la dejó, no pudiendo pasar en su lectura de la primera página. Su imaginación estaba enardecida por múltiples recuerdos, que en confuso tropel se presentaban á su memoria, excitando su apasionamiento y causando en su alma un sentimiento de profunda pena, de inconsolable tristeza, como si esos seres, que había dejado en Lima, hubieran vivido con él toda la vida, ó como si se hubiera pronunciado la condena de no verlos más. Su familia y sus amigos le habían tratado con tanta distinción, con tan sentido afecto, que le habían cautivado por completo; y era ahora, en el momento del regreso, que se daba cuenta de las profundas raíces que el amor de esas personas había dejado en su alma. "Parece mentira, pensó, que esta gente sepa hacerse querer tanto. Con razón, la mitad de los extranjeros que arriban á estas playas, se casan en esta ciudad. ¡Qué manera de querer! ¡Dios mío! nunca lo había visto. Y esto es que no he encontrado, porque no lo he buscado, una Manuelita, una Beatriz ó una Lía que me quiera, como ellas saben querer. Desde que ví á Marta vivo en el mayor desequilibrio moral."

—Si mi fuerza de voluntad no fuera tan grande,—continuó,—hoy sería muy desgraciado. Solo Peta, mi buena tía, en su falta de seso, pudo enclaustrar á la pobre Marta. Por fortuna, ella no se ha dado, ni se dará cuenta jamás, del afecto que ha despertado en mí. Yo lo evitaré á todo trance; y si acaso mi voluntad flaqueara, los espesos muros de su convento y la religiosidad de su alma, estrellarían el ímpetu de mis locos deseos. Me voy sin haber podido hablar con ella una vez más. En dos ocasiones estuve en su convento, y por dos veces, la madre portera me habló de las austeras reglas monásticas de Santa Mónica, que solo permite visitas, en ciertos fe-

riados días del año. ¡Pobre Martita! Ayer quise verla para decirle adios por última vez; pero Raquel me dijo que no había ocutorio para nadie; y que me fuera sin pena alguna, que ella se encargaría de cumplir mi deseo.

Los viajeros pasaron la noche en Matucana, y al día siguiente, á las 12 meridianas, llegaron á Oroya. Como el tiempo estaba despejado y en la noche se tendría luna, decidieron salir á las tres de la tarde para Tarma, acompañados de un guía, que les ofreció hacer el viaje en cuatro horas. El equipaje podía enviarse al día siguiente, lo que no significaba ningún contratiempo.

A las cinco, la partida llegó á la altiplanicie que separa la hoya del Mantaro de la del Chanchamayo. Allí hicieron alto y echaron pie á tierra. El arriero que los acompañaba, sacó una botella de coñac y les dió de beber, con lo cual mitigaron el frío. Encendieron un cigarro y se recostaron sobre la raquítica vegetación de aquella puna. Ninguno estaba cansado y el buen humor, no obstante lo frío y tétrico del paisaje, no se había perdido.

El guía arregló las monturas, ajustó las cinchas y colocó los *pellones*. Iban á montar para seguir el viaje, cuando el mismo arriero les anunció, que al extremo de la pampa, como á distancia de un cuarto de legua, veía un pelotón de gente viniendo á todo galope. Los delegados dirigieron la vista al lugar señalado, y efectivamente, vieron un grupo de ginetes que caminaba en dirección hacia ellos. El guía se colocó la mano sobre la vista, y como tenía práctica en mirar de lejos, reconoció que los ginetes eran soldados y que estaban haciendo señas con sus pañuelos.

El señor Palomares opinó que el viaje se continuara sin hacer caso de aquella gente. Siguieron su consejo y principiaron á descender la altiplanicie. El conductor, que no las tenía todas consigo, volteaba la cara á cada momento y observaba con toda claridad, el movimiento de los soldados. Para él, no había duda, que esa gente venía en persecución de sus señores.

Cuando la tropa estuvo más cerca, comenzaron á oirse

vocés, que, á gritos, pedían algo incomprensible por la distancia. En esta situación se oyó un tiro y después otro. Los viajeros, muy asustados, detuvieron sus cabalgaduras. Urzúa sacó su revólver; pero sus amigos le aconsejaron que lo guardara. Ellos no eran más que tres y sus perseguidores llegaban á ocho.

—¿Qué será esto?—dijo muy impresionado el señor Pazmiño.

—Tal vez pretendan fusilarnos en un camino, como si fuéramos unos bandoleros,—contestó el señor Palomares.

—A mí me parece que vienen con malas intenciones, —agregó Urzúa.—Si tal cosa sucede, por lo menos, el oficial quedará sin vida. Yo me ocuparé de él.

—Tenga usted calma, joven,—le dijo secamente el señor Pazmiño.—Hasta que no sepamos lo que quieren de nosotros, no debemos emplear las armas. Es probable que solo vengan á tomarnos presos; y en este caso, sería una imprudencia resistir.

Mientras los viajeros discutían la actitud que debían tomar, los soldados siguieron avanzando hasta aproximarse á ellos. Entonces, el oficial, que era un mestizo indio, se adelantó y con voz altanera, mandó á los delegados que echaran pie á tierra y que entregaran las armas. Las dos órdenes fueron cumplidas; pero en la del desarme, el sargento estuvo sumamente grosero.

—Pero, ¿qué es esto?,—preguntó indignado el señor Pazmiño.—¿Creen ustedes, que somos unos bandidos?

—¡Silencio!—contestó el oficial.—Están ustedes presos, y si hacen la menor resistencia ó la menor protesta, los fusilo. Debería llevarlos á pie y amarrados; pero como tengo precisión de llegar á Oroya, les permitiré usar sus bestias. ¡Bueno! ya saben lo que hay; y ahora mucho orden, porque estoy muy ansioso de que me den un pretexto para pasarlos por las armas. Sargento: vaya usted por delante con cuatro hombres, que yo cerraré la retaguardia.

Los señores Pazmiño y Palomares, que se habían dado

por muertos, quedaron muy tranquilos al ver que todo se reducía á tomarlos presos. No pasó lo mismo con Urzúa, que estaba muy violento, y que cambió algunas palabras descompuestas con el oficial; pero al fin se calló por mandato de sus compañeros.

El viaje de regreso se hizo en el mayor silencio; y como el camino era de bajada, en menos de dos horas llegaron á la Oroya. A la entrada de aquel cacerío los aguardaba el comisario, que se adelantó á recibirlos muy atentamente, y muy solícito de dar sus excusas por haberlos hecho regresar.

—Estoy autorizado por el Ministro de Gobierno,—les dijo,—para suplicarles que regresen mañana á Lima por el tren ordinario. Como ustedes habían salido para Tarma, dí orden al capitán Chumpitáz, para que les avisara lo que pasaba y les hiciera volver.

—¿De manera que estamos libres?—preguntó Urzúa.

—Completamente libres, señores,—dijo el comisario.

—¿Y para decirnos esto, ha sido necesario que esta tropa haya querido fusilarnos en el camino, que nos hayan despojado de nuestras armas y tratado con palabras soeces?—preguntó Urzúa.

—Usted principió,—le dijo con grosería el capitán Chumpitáz.

—Ahora verá usted el telegrama que le pongo al Presidente,—le contestó Urzúa.

El comisario y los señores Pazmiño y Palomares mediaron entre los exaltados jóvenes, y cada grupo tomó un camino diferente. Los delegados se fueron al hotel y la tropa á su cuartel; pero Urzúa, sin consultar nada á su compañeros, telegrafió al Presidente, dándole cuenta de todo lo sucedido. Una hora después, el capitán Chumpitáz, por orden del Ministro de Gobierno al Comisario de la Oroya, estaba con una barra de grillos, debiendo marchar al día siguiente, preso á Lima. La delegación recibió también contestación al telegrama de Urzúa; y en ella se le daban excusas por los atropellos cometidos

por un oficial ignorante, que los había tomado por conspiradores. Se les anunciaba, además, el deseo que tenía el Presidente de reabrir las negociaciones de Loreto sobre una base muy favorable para ese Departamento. Esta última noticia los dejó completamente tranquilos, y libres de las dudas y negras suposiciones, que les habían mortificado, en las dos horas, que estuvieron bajo la prisión del bárbaro capitán Chumpitáz.

Entre los pasajeros del hotel con quienes amistaron, estaba el coronel Moretti, prefecto de Huánuco, quien, en mucho reserva, les contó los sucesos realizados en la ciudad de su mando, en la cual, los revolucionarios, encabezados por el doctor Cayo, habían asaltado la plaza; y aunque él había resistido durante ocho horas, en la prefectura, al fin había tenido que capitular, bajo la condición de que lo dejaran retirarse con su escasa tropa; la misma que había dejado en el Cerro. Hacían cinco días que estos sucesos se habían realizado, y el Gobierno de Lima, recién venía á tener noticia de lo ocurrido, por el telegrama que el jefe derrotado le había enviado de la Oroya, en la mañana de aquel día. En la noche, algunos pasajeros que llegaron de Tarma y de Huancayo, hicieron pública la noticia, añadiendo que, según toda probabilidad, el Cerro de Pasco debería estar tomado por el doctor Cayo, quien, si no encontraba resistencia, avanzaría hasta Jauja. Con esta alarma, la intranquilidad volvió á posesionarse del ánimo de los delegados. Casi no comieron, y unidos al prefecto de Huánuco y al doctor Milvela, un rico propietario de Huancayo, salieron del hotel á las ocho de la noche, á buscar nuevas noticias. En la estación del ferrocarril, supieron por el Comisario, que el capitán Chumpitáz les estaba dando dinero y licor á la tropa, para sobornarla y conseguir su libertad; que por tanto, no respondía del orden, pues solo tenía ocho hombres suyos, que le eran leales, para defenderse contra los quince del citado capitán, en caso de un levantamiento.

—Saque usted su gente del cuartel,—le dijo el coronel

Moretti, que era un hombre de valor y de sangre fría,—y véngase al hotel con ella.

El comisario partió á cumplir el consejo que se le daba. Los viajeros convinieron en regresar á su alojamiento. Por el camino, pudieron observar á los soldados del capitán Chumpitáz, embriagándose en las tiendas de los chinos. Media hora después, se presentó el comisario con cinco hombres, dos rifles y una caja de municiones. No había podido sacar más del cuartel. El resto de su gente estaba enrolada con los gendarmes y probablemente estaba mareada. El Prefecto de Huánuco mandó cerrar las puertas y organizó una guarnición, compuesta de él, su ayudante, su ordenanza, el Comisario, sus cuatro hombres y el delegado Urzúa. A las nueve de la noche se oyeron varios tiros, y como el hotel estaba lleno de pasajeros, que bajaban al día siguiente á Lima, se produjo un desorden espantoso, especialmente en las mujeres, que, con sus desesperados gritos, aumentaban el pánico. El coronel Moretti dominó la situación é impuso silencio. Obtuvo, mediante su sagacidad, que todas las personas sin armas ocuparan el comedor, y que los señores Pazmiño, Colmenares y Milvela, acompañaran á las señoras, que fueron alojadas en las caballerizas y defendidas por unas pacas de pasto seco, para librarlas de las balas. Habiendo puesto orden á toda la gente inútil para la resistencia, ocupó con sus hombres armados los altos de la casa, y los distribuyó perfectamente, colocándolos detrás de colchones de lana. Más tarde se tuvo noticia, que el capitán Chumpitáz estaba al frente de su tropa, en todo, unos veinte hombres, y que ocupaba el puente de la Oroya.

—Ese hombre debe saber que estamos armados y atrincherados,—dijo el coronel Moretti,—y si hasta ahora no nos ha atacado, es probable que ya no lo haga. Fuerza debe llegar de un momento á otro, y como él debe esperarla, también, es posible que tome el camino del Cerro, para unirse al doctor Cayo.

La noche se pasó intranquila, pero sin el esperado asal-

to. A las cuatro de la madrugada llegó de Lima un convoy con 400 hombres de línea, y la confianza se restableció por completo.

Conforme lo había dicho el coronel Moretti, el capitán Chumpitáz hizo su retirada á las 10 de la noche; y aunque á las seis de la mañana se despacharon partidas en todas direcciones para tomarlo, solo se encontraron rastros en el camino que va para el Cerro.

El tren de pasajeros partió á las siete de la mañana, y no obstante que se pusieron dos carros de primera clase, algunas personas tuvieron que ir de pie. Las señoras eran las más contentas de la partida; y ahora que todo había pasado, se reían de sus sustos y de la noche de perros tenida en el hotel. Olvidar los sufrimientos físicos tan pronto como ellos terminan, es un feliz privilegio en la mujer. Quien no salía aún del susto era el doctor Milvela.

—Amigos míos,—les decía á los señores Pazmiño y Palomares,—Lima es el único lugar del Perú donde se tiene completa garantía para la persona y para la propiedad. La vida en provincias es insegura, especialmente en época de revolución. Cuando hay paz la cosa es más pasable, como que la prensa de la capital chilla contra los prefectos y autoridades arbitrarias, las que al fin son removidas por el Gobierno, como medio de salvar el prestigio de su autoridad; pero en tiempo de guerra civil, hasta un simple oficial de gendarmería nos amenaza con fusilarnos, como acaba de pasar con ustedes. Por esto yo me voy á Lima con toda mi familia. Así no me evitaré los cupos; pues no estando yo presente, mi administrador los tendrá que pagar al doctor Cayo; pero, al menos, me veré libre de sustos y vejámenes personales.

El convoy de pasajeros llegó á la ciudad de los Reyes á las siete de la noche, ó sea con un atraso de dos horas, debido á las paradas que tuvo que hacer en los cambios, para aguardar dos trenes que subían con fuerzas de artillería y caballería, en viaje al Cerro de Pasco.

Los señores Pazmiño, Palomares y Urzúa tomaron un coche, que los condujo á la plazuela de Santo Domingo, en donde volvieron á ocupar, en el Hotel de Francia é Inglaterra, las mismas habitaciones que habían dejado el día anterior.

XI

Urzúa se levantó de la mesa inmediatamente que acabó de comer para ir á casa de sus tíos. Sus compañeros quedaron en el comedor, en compañía del coronel Martínez, que estaba algo perplejo, volviendo á ver en Lima, á los amigos que había despedido el día anterior.

En casa de la familia García Azuaga, Alfonso fué recibido por don Juan de la Cruz, que se disponía á salir á la calle, con el objeto de acudir á una llamada urgente de S. E., el Presidente de la República.

—¿Qué vuelta es esta, Alfonso?—le preguntó muy sorprendido.

El sobrino le contó, abreviando los detalles, lo ocurrido en la Oroya.

—Cuánto me alegro,—añadió el tío,—que me refieras todo esto, pues estando al cabo de lo que pasa, no me dejaré sorprender en Palacio. Te dejo. No te vayas á ir hasta que yo vuelva; pues quiero contarte todo lo desagradable que ha ocurrido ayer en esta casa; motivo por el cual, tu tía está enferma en cama. Me voy, hasta luego.

Don Juan de la Cruz salió apresuradamente, poniéndose el sobretodo en la calle. En antaños tiempos había sido civilista; pero al presente estaba completamente desvinculado con la gente de aquel grupo, sin que esto significara un desacuerdo con sus hombres ó con las ideas de ese círculo. Por la época en que don Juan hacía papel en la vida pública, era muy frecuente la inconstancia en la acción política. Un hombre sin motivo de ninguna clase y sin renegar de sus convicciones, se aislaba á lo mejor, de la lucha partidarista y se hacía independiente.

Don Juan hacía tres años que había dejado á sus correligionarios; y aunque él se titulaba independiente, era más bien gobiernista por sus afinidades con el Presidente, con quien estaba ligado por antigua amistad.

Lía se presentó. Estaba sumamente afligida; pero la presencia de su primo la animó y con fraternal amor se echó á sus brazos.

—No salgo de mi sorpresa,—le dijo,—viéndote otra vuelta aquí. ¿Vienes á quedarte en Lima de una vez? Cuánto gusto tendríamos todos; y ahora, mucho más, desde que hemos perdido un hermano.

—¿Qué estás diciendo, Lía?—le dijo él sumamente sorprendido.

—No te asustes, que no se trata de la materialidad de la muerte. Me refiero á algo peor: á una muerte moral que nos desunirá para siempre. ¡Ay! Alfonso. ¿Sabes lo que pasa? Abel se ha casado en la sierra con una desconocida, con una *tipa!* ¿Qué afecto puede existir en adelante entre nosotros, cuando nos ha herido en lo más profundo de nuestro orgullo? Mamá ha jurado no conocer á esa mujer; pero al fin madre, la noticia la ha impresionado profundamente, y ha caído en cama, con fiebre.

—¿Algo de cuidado?—preguntó el primo.

—Dice el médico que no.... Pero siéntate, Alfonso; Raquel ya vendrá; mientras tanto te seguiré contando. Anoche, estábamos muy tranquilas en el comedor, cabalmente pensando en tí, cuando el mayordomo entregó una carta á mamá. Ella la abrió, y según su costumbre, me la dió á leer. La carta era de Abel. En ella, después de muchos rodeos y de pedir muchas excusas á sus padres por no haberles pedido su consentimiento, nos anunciaba su matrimonio, en Tarma, con la señorita Natividad Orsini. Lo que le pasó á mamá en ese momento me sería muy difícil explicártelo. Primero se puso pálida como una muerta; pero reaccionando inmediatamente, exclamó con voz casi ahogada: "¡Dios mío! qué desgraciada soy con mis hijos. Marta me abandonó en los últi-

mos días de mi vida, estando ya achacosa y enferma, y en los momentos en que ustedes entraban á la vida y necesitaban su influencia y sus inteligentes consejos. Y cuando yo creía que mis desgracias habían terminado en ella, y que ustedes compensarían este sufrimiento, evitándome toda contrariedad, Abel me dá una puñalada en el corazón. ¿Qué humilde ó qué sucio origen tendrá esa mujer, cuando él confiesa en su carta,que no pidió nuestro consentimiento, porque sabía que no se lo habíamos de dar?"" Después, mamá, principió á llorar. La llevamos á su cuarto y se tranquilizó; pero cuando vino papá y tía Petita, y al saber lo que pasaba, fueron á consolarla, la escena volvió á repetirse. "Este perdió el cariño á su familia, dijo refiriéndose á Abel, en los ocho años que estuvo educándose en Alemania. Nunca olvidaré la frialdad con que me abrazó después de tan larga ausencia. Solo quería á Marta, y ella que lo entendía en sus extravagancias, era la única que lo manejaba y lo hacía obedecer en todo. Si ella no hubiera entrado en el convento, Abel no se hubiera casado. Lo único que les pido, añadió, es que no me influencien para traerme á esa mujer. Y aunque me esté muriendo, ¡oíganlo bien! juro no recibirla."

—Pero, ¿quién es esta mujer con que se ha casado Abel?—preguntó Alfonso.

—Monseñor Zavaleta y tía Petita han tomado hoy informes. Ella es una desconocida. La madre es una *chola,* nacida en un pueblo cerca de Jauja, llamado Chupaca. Vivió varios años con un italiano Orsini, que era minero en Yauli y tuvo en ella dos hijas. Una de éstas es nuestra cuñada: ¡tu prima! Alfonso. Cuando el padre se vió rico, vendió las minas y estableció en Lima una gran fábrica de jabón y velas. Es un hombre acaudalado, que ahora está en Italia. Sabemos, también, que se vino á casar con la mujer con quien vivía, cuando la mayor de sus hijas tenía diez años.

—Y ¿qué encontró Abel en esta mujer?

—No, dicen que es muy bonita y muy inteligente; pero muy falta de educación y muy cursi. La madre está

enferma del pecho, y por eso se fueron á Tarma, en donde han estado un año. Allí las conoció el dichoso de mi hermano; y como anda todo despechado, porque Beatriz no le hace caso, habrá querido darle celos, con esta belleza de la fábrica de jabón y velas de la calle del Limoncillo.

—¡Qué calamidad! mi querida Lía,—le dijo Alfonso.—¿Será posible que nunca falte en la familia un hijo que rompa la unión de ella?

Raquel y la señorita Mompox entraron en el salón, y saludaron á Urzúa con la alegría que proporciona la llegada de un ser á quien se quiere.

Avisada doña Rosa de la presencia de su sobrino, le hizo pasar inmediatamente.

—¡Alfonso, hijo mío!—le dijo sin levantar la cabeza de su almohada.—Acércate y siéntate á mis pies. Ya sabrás mi desgracia. La desobediencia de mis hijos acabará por matarme. ¿Qué te parece lo que ha hecho Abel? ¡Esto es horrible! Marta fué la primera que dió el mal ejemplo en esta casa. Dios quizo llevarse á Orbea; y fué tal el despecho que se apoderó de ella, que no tuvo sosiego hasta que se enclaustró en Santa Mónica. Quiera el cielo que nunca le pese el haber dado este paso, y que yo me equivoque al creer, que no entró al convento por vocación, sino por castigarnos con su ausencia. Marta era la alegría de esta casa. Faltó ella y como que se hizo el vacío. Por su culpa, el pobre viejo de don Atanasio fué á morir en manos de sus verdugos; y ahora, Abel, se casa fuera de nuestro círculo; y probablemente, como es tan bruto y tan testarudo, nos olvidará al saber que estamos descontentos con su matrimonio. Marta lo dominaba; pero está en el convento, y como si hubiera muerto para nosotros.

Alfonso estaba mudo. Habíase sentado en la cama de su tía y la oía sin levantar los ojos del suelo. "Faltó ella y como que se hizo el vacío." Estas palabras fueron para él una revelación. "Ahora lo comprendo todo, se dijo; mi tía sin quererlo, y sin saber lo que pasa en mi alma,

ha dado con la clave de mis sufrimientos. Me falta Marta, de la misma manera que su madre nota su ausencia. La veo viva; pero la siento muerta; y de aquí ese vacío horroroso que me anonada. Ya lo comprendo. Es el vacío, sí él vacío." Y el joven siguió repitiendo mentalmente esta palabra como si ella descifrara el estado doloroso de su corazón, enfermo de amor, desde el día en que la vió tras las tupidas rejas de su convento.

La presencia del médico puso término á esa entrevista. El doctor Medina recomendó tranquilidad para la enferma. La encontró con 28 y medio grados de fiebre y sumamente excitada. Declaró que podía sobrevenir algo cerebral, y que era mejor evitarle toda conversación y todo motivo de sufrimiento. Las niñas quedaron muy asustadas con este diagnóstico. La dejaron sola, quedando en el cuarto inmediato para atender á sus llamadas.

Cuando Alfonso regresó al salón lo encontró lleno de gente. Allí estaban monseñor, Peta, los señores Alzania, Leníz y algunas otras amistades. Todos muy apenados por la doble desgracia que afligía á la familia García Azuaga; pero naturalmente, más interesados en la salud de doña Rosa.

Don Juan de la Cruz regresó á las diez sumamente preocupado. Preguntó por su esposa, y no pudo menos de hacer un gesto, cuando le dijeron que estaba mal, y que el médico había prohibido que la hablaran.

—¡Qué contrariedad!— exclamó.— Y yo que tengo que contestar mañana mismo al Presidente, á la una del día. En fin, de todas maneras, hablaré con ella mañana temprano.

—Está usted intranquilo;—le dijo el señor Alzania.

—Qué quiere usted, mi amigo; todo se me complica: el matrimonio de este muchacho, la enfermedad de Rosa y la política, sobre todo la política. El ministerio renunciará mañana; pues sus miembros están disconformes con la labor que debe seguirse en Iquitos. S. E. está resuelto á reconocer la autonomía de Loreto. Se entiende bajo la forma federal y con ciertas modificaciones; y tomando

como base, el paso dado por esa sección de nuestro territorio, piensa presentar un proyecto á la próxima legislatura, cambiando nuestra forma de gobierno. Tendremos cuatro estados: Norte, Centro, Sur y Oriente. Las capitales, respectivamente, serán Trujillo, Lima, Arequipa é Iquitos.

—Todo esto es muy grave,—dijo el miembro del supremo tribunal de justicia.—El país no quiere ningún cambio en su constitución, y por muy miope que se le suponga, verá claro en estos manejos, que no hay otro propósito de parte del Presidente, que complacer á los loretanos. En fin, ya veremos.

—Sin embargo,—observó don Juan de la Cruz,—el Perú gusta mucho de novedades; y como Trujillo y Arequipa tienen bastante amor propio, y reconocidas ambiciones autonómicas, es probable que favorezcan el cambio.

—Ahora me doy cuenta del regreso de los delegados, —añadió el magistrado,—lo que no podía explicarme cuando ví entrar á Urzúa, quien me dijo, que estaba en Lima, con sus compañeros, desde las siete de la noche.

Las visitas se retiraron á la una de la madrugada; pero Alfonso salió un poco más tarde de casa de sus tíos.

XII

Doña Rosa pasó una noche intranquila. Al día siguiente, cuando el médico vino muy de mañana, la encontró mejor. Su estado no era grave; pero sí de cuidado, dada su edad y las impresiones morales que había sufrido en los días anteriores. Don Juan de la Cruz, viéndola tan despejada, y sabiendo por el doctor Medina, que la tarde y la noche serían de fiebre alta, aprovechó la oportunidad para consultar con ella, su propósito de ayudar al Presidente en la formación de un nuevo ministerio, á cuya cabeza estaría él. Doña Rosa le dejó hablar por largo rato, sin contestarle una palabra. Esforzábase, él, en probar que no podía excusarse de servir al amigo, en tan difícil situación. Naturalmente no le habló nada del movimiento revolucionario habido en Huánuco. Don Juan de la Cruz tenía hambre de entrar á Palacio como presidente del concejo de ministros, puesto que jamás había desempeñado; pues solo dos veces había tenido la cartera de justicia. Estando dominado por esta ambición, trataba de sugestionar á su mujer para que le diera su consentimiento y apoyo moral, sin el cual no era hombre de embarcarse en ninguna empresa. Cuando acabó de hablar, su esposa, sin moverse de la cama, pero sin apartar la vista de él, le dijo:

—¡Qué bruto eres, Juan de la Cruz! y dispénsame que te lo diga. ¿No ves que todo esto se desborona? ¿No te llama la atención, que los tres civilistas que estaban en el misterio se nieguen á reconocer la autonomía de Loreto y se retiren? ¿Tú crees que ellos obran independientemente? De seguro que Abadía, Robés y demás com-

parsa, se han reunido en la imprenta de "El Comercio," y han acordado hacerle el vacío al Gobierno; y en verdad que han hecho bien, pues ya el pueblo está cansado de las arbitrariedades y los robos de tu amigo el Presidente y de toda su camarilla. Tén por seguro que antes de un año tendremos nuevo gobierno. Hazme, pues, el servicio de tener compasión de nosotras y de no meterte en nada. Mira que viviríamos con el alma en un hilo, como pasó con la anterior revolución. ¿No recuerdas lo que nos contó el otro día monseñor, sobre el viaje del doctor Cayo á Huánuco, y los temores de que sería el primero en dar el grito revolucionario?

—¡Ah! me olvidaba decirte,— le interrumpió su esposo,—que este bribón ya se levantó en Huánuco y que ha derrotado al prefecto.

—¿Y es posible, Juan de la Cruz,—le preguntó ella con sorpresa y con rabia,—que habiendo sido proclamada la revolución, pienses entrar al ministerio? ¡Dios mío! ¡qué hombres tan sin seso! Por esto está el Perú como está; y por esto se perdió la guerra con Chile. Estás viendo al gobierno con un pie en el sepulcro, y ¿vas á ser ministro? ¡Retírate de una vez de la política! Mira, que no eres para el caso!

Después de una pausa, estando ya sosegada, agregó.

—Te prohibo que vuelvas á Palacio.

—Eso es imposible; tengo que darle una contestación al Presidente, cualquiera que ella sea.

—Pues dile que no, y déjame tranquila; que el solo pensar que has podido formar parte de un gobierno que se hunde me va á dar más fiebre.

Lía hizo una seña á su padre para que se retirara, á fin de cortar la discusión. Don Juan de la Cruz, que entre sus muchos méritos tenía el de ser obediente, salió del dormitorio, diciendo á su esposa:

—Serás complacida, Rosa. Veo que tienes razón; por ningún concepto seré ministro, aunque el Presidente se incomode.

Pasó después á su cuarto; se puso un sobretodo y un

pañuelo de seda en el cuello; y así armado de estas prendas de abrigo, dió la vuelta por toda la casa, anunciando aún hasta los sirvientes, que estaba sumamente resfriado y con principios de influenza. Hecho este anuncio, entró á su estudio y escribió al Presidente una carta muy atenta, en la que le anunciaba, que la doble enfermedad de su señora y la de él, le impedían salir á la calle y ocuparse de ver á sus amigos para organizar un nuevo ministerio, con la oportunidad que el caso requería; y que lo excusara y lo desligara del compromiso contraído la noche anterior.

En la tarde llegaron algunas visitas. Fueron invitados á comer, monseñor Zavaleta y el señor Alzania. En el comedor, don Juan de la Cruz extremó sus cuidados contra su supuesto resfriado, mandando cerrar todas las puertas y convirtiendo aquella habitación en un horno. La comida fué triste. Faltaba doña Rosa, y con ella su conversación amena, inteligente y llena de intención. Don Juan de la Cruz comió poco; indudablemente estaba enfermo, según él decía. A cada instante hablaba de la influenza que se le esperaba, y de lo mal que había quedado con el Presidente. "¡No haber podido complacerlo! lo siento en el alma," exclamó dos ó tres veces. A la hora del café llegó Alfonso. Se le invitó á comer; contestó que no tenía hambre y que cenaría más tarde. Refirió, en seguida, lo mucho que habían tenido que aguardar para conferenciar con el Presidente.

—¿No te preguntó por mí?—le interrumpió don Juan de la Cruz.

—Sí,—contestó el joven;—y le dije que estaba usted bien.

—¡Qué mal hecho, Alfonso! Se conoce que no sabes que estoy con principios de influenza, y que he quedado mal con él por esta causa. Pero sigue tu relación, que ella nos interesa á todos. Alfonso le miró con asombro, como dudando que realmente estuviera enfermo; y como su tío no le observó nada, continuó diciendo:

—Fuimos recibidos á las tres. Hasta esa hora no nos

fué posible verlo. Nos dijo, que aún no había tenido tiempo para almorzar; que la revolución se le venía encima y que no podía perder un momento. Parece que en Piura y en Puno también hay algo. Le encontramos muy alterado. Su sonrisa fué momentánea, y solo para el tiempo de saludarnos. Está nervioso y violento con la gente que le rodea. Los edecanes le tiemblan. Principió por deplorar lo sucedido en la Oroya con el capitán Chumpitáz. Después entró en materia y nos habló largamente. Nos aseguró que era federalista de convicción; que estaba persuadido, que desde Lima no se podía gobernar todo el Perú; y que su ideal era formar cuatro estados, unidos entre sí por un gobierno central. Que los civilistas lo habían engañado, haciéndole creer que la revolución podía evitarse si el movimiento de Loreto era combatido; y que siguiendo sus insinuaciones, se vió obligado á despedirnos sin acordar nada. Pero que ahora estaba convencido, que la revolución no tenía otro objeto que derrocarlo, no porque fuera federalista ni unionista, sino porque los que estaban en armas eran unos ambiciosos. Habló horrores de los demócratas, encontrando inexplicable que le hicieran la guerra, cabalmente en el momento en que trabajaba por los ideales de ese partido, eminentemente federalista. Pero de los civilistas, nos habló con más furia, y los acusó de ingratos. Deploró haberlos colmado de honores y puestos públicos, para que ahora, en el momento más difícil, le dejen solo y tal vez, secretamente ayuden la revolución. Trató á la opinión pública de elemento imbécil. Recordó su subida al mando, en medio de una inmensa popularidad; encontrando incomprensible el odio que ahora se le profesa, cuando solo había aspirado á realizar el bien del país. "Hablan de robos y de arbitrariedades, continuó, olvidando que son los desafectos de mi círculo los que más han robado. Esos son los que ahora se levantan, como pasa con el doctor Cayo, que fué mi primer ministro de Hacienda." Estando después más calmado, nos dijo: "Amigos míos, ahogaremos en sangre esta rebelión. Para ello cuento con vosotros;

y desde ahora quedamos indisolublemente unidos en la causa federalista. Ustedes han ofrecido un millón de soles anuales. Los acepto, prometiéndoles obtener del Congreso, que, por ahora, no se aumente la proporción. Eso sí, es urgente que uno de Vds. vuelva inmediatamente á Iquitos, y consiga de las autoridades federales del Estado, que se me entregue la primera anualidad inmediatamente.

—Ya pareció la madre del cordero,—dijo, interrumpiendo monseñor.

—Por último, sostuvo la necesidad de enviar un representante, para recoger esa suma y traerla á bordo del "28 de Julio," que como era natural, levantaría el bloqueo y se vendría al Pacífico con toda la fuerza. Antes de despedirnos, convenimos con él, en que el señor Pazmiño regresara á Loreto, acompañado del representante del Fisco; y que el señor Palomares, y yo, quedaríamos en Lima, como delegados de Oriente ante el Gobierno Federal.

—¿Quiénes estuvieron presentes en la conferencia?—preguntó don Juan de la Cruz.

—Unicamente los ministros de justicia y de guerra. Los demás, como ya ustedes saben, han renunciado.

—¿Y qué impresión les ha hecho á ustedes este acuerdo?—preguntó el señor Alzania.

—Muy buena,—contestó Urzúa.—Los señores Pazmiño y Palomares salieron muy contentos, y muy dispuestos para ayudar al Gobierno.

—Se conoce,—dijo monseñor,—que ustedes son nuevos en la lucha partidarista. El Presidente no les ha dicho la verdad en nada y menos en la cuestión federal, que nunca ha sido tema político en el Perú. Los demócratas la han consignado en su programa, y la llevarán á cabo si algún día suben al poder; pero ni la prensa, ni la opinión, ni nadie se ha ocupado jamás de esta aspiración. Respecto á sus quejas, ellas son infundadas: carcelazo limpio y destierro, es lo único que les ha dado á los demócratas; y sin embargo, ahora, tiene el candor de creer

que ese partido lo va á olvidar todo, porque ha proclamado la federación. Con respecto á lo que dice de los civilistas, me abstengo de decir nada: hasta ayer han comido en un mismo plato. Hoy parece que éstos se llaman á engaño, porque no se les da todo lo que quieren. Es una cuestión de panza.

Monseñor era un demócrata furioso; y aunque nunca hizo papel ostensible, era uno de los hombres cuya opinión se oía y se respetaba en el círculo.

Don Juan de la Cruz se mantuvo callado. En medio de todo, no era tonto para sus conveniencias. Lo mismo pasó con el señor Alzania, que tenía sus simpatías por el partido civil; pero que no figuraba para nada en él.

Peta entró como á las ocho de la noche, diciendo que habían tomado presos á varios pierolistas, y que había pánico en la calle. La noticia causó sensación entre los presentes; pero nadie hizo el menor comentario, ni la menor protesta, como que todos estaban en el secreto de que se conspiraba duro; y por lo menos concedían al Gobierno, siquiera el derecho de defenderse, y de poner á la sombra, á la gente más visible de los círculos de oposición.

Peta quedó desagradada, viendo que nadie le pedía detalles; y no pudiendo estarse con la boca callada, dijo:

—Pobre Juana, la mujer de Cantisán, acabo de acompañarla á la Intendencia, á donde fué llevando la cama para su marido.

—¿Lo han tomado preso?—preguntó monseñor.

—Fué uno de los primeros,—contestó la beata.—Y la pobre que está en cinta, y con cinco niños, todos pequeños.

—¡Qué horror!—exclamó el canónigo.—Ese hombre es inocente.

—¿Y quiénes más están presos?—preguntó don Juan de la Cruz.

—Muchos, muchos. En la Intendencia no quieren decir los nombres.

—Otra vez los horrores de la guerra civil,—dijo el señor Alzania.—¡Pobre país! Esto no tiene remedio.

XIII.

A las seis y media de la tarde del siguiente día, Alfonso se presentó en casa de los hermanos Cegama. Pepe habíale invitado en la mañana, para que les acompañara á una comida de toda intimidad. Celebrábase el santo de Manuelita, el único aniversario en todo el año, en que se hacía un paréntesis en la regular y muy estrecha vida, que por falta de recursos se llevaba en aquella casa. Como eran muy pobres, todo lo que se gastaba en esa efeméride era un despilfarro, una locura; pero eso mismo constituía, para Pepe, el mérito de la fiesta. ¿No merecía su hermana, el ser que más amaba, aquella modesta manifestación de aprecio? Ella que sabía los apuros pecuniarios que afligían de continuo al capitán Cegama, estimaba en todo su valor el clasicismo que se daba á su día; y cuando sus tres hermanos, á la hora del desayuno, la besaban y la abrazaban, y muy ceremoniosamente, hacían que el negrito sirviente de la casa, le presentara los regalos de los tres, los ojos se le llenaban de lágrimas, poseída de infinita ternura.

Manuelita estaba linda aquella noche. Alfonso la encontró adorable, no obstante la sencillez con que vestía. Al saludarla la cumplimentó con finura, y con mucha delicadeza aludió á la felicidad de Florimbó.

—Gracias por sus flores, Alfonso,—fué con contestación.

Ellas le probarán, Manuelita,—le contestó él,—que antes de recibir la invitación de Pepe ya había pensado obsequiarla y en venir en la noche de hoy.

Urzúa saludó, también, á Beatriz, que como siempre

le pareció una diosa por su incomparable hermosura; no obstante que no poseía gracia, ni suavidad en la expresión. Con un poco más de vivacidad, con algo que hubiera roto la perfecta armonía de su belleza, la excelencia de sus proporciones, hubiera vuelto loco á medio Lima. Además, era poco sensible, dominable, y en esta época, ya sin la soberbia y la vanidad que antes la habían dominado. Beatriz fué siempre tranquila en sus afectos, casta por temperamento y esquiva á los galanteos de los hombres. Manuelita por el contrario, era afectuosa con exceso, ardiente y dotada de admirable facilidad para ganar y retener sus afectos con el corazón y el entendimiento, mucho más que con sus atractivos físicos. Poseyendo tan envidiables cualidades de sugestión, muy hábilmente había hecho la conquista de su amiga, que andaba, recién se conocieron, por el peligroso camino de la terquedad y de la soberbia, debido á su belleza y á sus pocos alcances intelectuales. Manuelita, con mucha sagacidad, habíala sacado de esa vía, en la que hubiera sido muy desgraciada, para llevarla por una senda de obediencia á sus padres, de amor á sus hermanos pequeños y de humildad para todos los que le rodeaban. La dominó completamente y se gozaba en hacerla feliz, porque la quería, y porque trataba de educarla para que hiciera la dicha de su hermano, el día que se casara con él. A su vez, Beatriz, que nunca congenió con su madre, y que no podía abrir su corazón al viejo paralítico, con la confianza con que lo hacía con su amiga, encontró en ella un refugio en el desamparo moral en que vivía; una palabra de aliento y de consuelo para su alma, inundada de melancolía por las dolencias de su padre á quien amaba, y los maltratos de una mujer bruta y vulgar, como era la que le había dado el ser. La señorita Cegama la había enseñado á callar y á bajar la vista cuando en su casa la reprendían; y ahora, al portarse así, gozaba, reconociendo el nivel de superioridad moral que había alcanzado; ella que antes devolvía insulto por insulto, y que sostenía con igual fiereza la mirada indignada de su ma-

dre. Manuelita la había llevado al templo, por el cual anteriormente no tuvo la menor vocación, tal vez, porque nunca la indujeron por el camino de la religiosidad.

—Estamos aisladas é indefensas,—le decía su amiga. —Los hombres nos buscan únicamente para tentarnos; y cuántas veces nosotras mismas damos lugar á ello con nuestras confidencias y nuestras fogosidades. ¿Acaso podemos contar á nuestros padres ó á nuestros hermanos los desórdenes de nuestro ser, cuando el diablo anda suelto? Hay algo que pone una barrera entre ellos y nosotros, que se llama respeto; y, aunque tal respeto no existiera, ¿qué harían en favor de nuestras flaquezas? Unicamente escandalizarse de las intemperancias de nuestra naturaleza y compadecernos en nuestros sufrimientos. La iglesia es la única, Beatriz, que te enseña la verdad de la vida. Allí te convencerán que la tentación no es temporal; que ella durará mientras dure nuestra existencia; y que los únicos medios que Dios nos ha dado para defendernos, es perseverar en la lucha, acudir á la oración y huir de las ocasiones de pecar. La confesión, también, es un buen escudo: por evitarse la vergüenza de contar á un hombre tus flaquezas, no volverás á incurrir en ellas. Y si ese hombre tiene talento y te reprende con amor y castidad, acabará por sugestionar tu alma y mantenerla pura y limpia de todo pecado.

Las dos amigas tenían sus simpatías por los padres franciscanos descalzos, y donde ellos acudían los primeros sábados de cada mes.

Los jovencitos Cegama salieron al salón. Uno tenía doce años y el otro once. Estaban bien crecidos para sus edades y eran muy simpáticos é inteligentes. Alfonso los atendió mucho y conversó con ellos sobre la educación que recibían. Le dijeron que estaban en el Colegio de Guadalupe, y que estudiaban primer año de instrucción media. Los dos se sentaron al lado de María Eugenia, una hermana de Beatriz, que tendría once años y con quien los niños Cegama tenían mucha amistad.

Otra de las invitadas era una señora anciana, de tipo

muy distinguido, doña Margarita Cegama, hermana mayor del padre de los jóvenes y viuda del coronel Quiroz, muerto en la batalla de Tacna. Vivía en suma pobreza, en unión de su única hija, María Juana, una señora de treinta años, casada con un empleado de Gobierno, de apellido Artiz. Como la señora y su hijo político dependían del Estado, y los sueldos, por aquel entonces, se pagaban tarde y mal, siempre vivían terriblemente endeudados; siendo lo peor del caso, que la señora Artiz tenía cada año un hijo; y aunque algunos se habían muerto, ya el número de estos subía á siete. Era tanta la miseria de esta gente, que solo comían un plato de frijoles con arroz á las doce del día, y en la noche, á las siete, una tasa de chocolate de agua con medio pan, para cada una de las once bocas que habían en ese hogar, incluyendo un cholito de doce años, que constituía toda la servidumbre de la familia. Doña Margarita tendría sus sesenta años, era sumamente simpática, muy conversadora, y guardaba buena armonía con sus sobrinos.

Florimbó se presentó algunos minutos después de las siete. Todas le saludaron muy afectuosamente; pero la señorita Cegama se limitó á sonreirle ligeramente, y á darle las gracias por el regalo que le había mandado. El joven quedó algo cortado con este recibimiento, tan poco afectuoso; y como venía de casa de María Carvo y su conciencia no estaba limpia, comprendió que había hecho mal en visitar á la otra, en un día, en que debía haber estado en casa de Manuelita, siquiera antes que los demás invitados. La política le sacó avante y fueron múltiples las excusas que dió, dirigiéndose en especial á su novia, quien viéndole tan cortado, aumentó sus sospechas, y acabó por convencerse, que Florimbó venía de casa de su rival, y que estaba mintiendo como un carretero. Por más que hizo para dominarse no pudo disimular su tormento. Pepe, que la observaba, le hizo una seña con la vista, que le fué de gran ayuda, pues reaccionó inmediatamente y comenzó á sonreirse; pero notando que volvía á emocionarse, pidió excusas y se fué á su cuarto.

Temerosa en él, que su hermano la sorprendiera llorando, se encerró en el baño donde derramó las lágrimas que ya no podía contener en público. Estaba enamorada de Florimbó, y sentía profundo despecho por haber amado y seguir amando, á pesar de todo, á un hombre, que siquiera por gratitud, esperaba ella, que le correspondiera mejor. "Si yo no fuera tan pobre, se dijo, y tan pesada carga para Pepe, con qué placer le plantaba hoy mismo. No me queda otro recurso que casarme con él; pero para entonces, ó me ama ó le mato." Después que hubo desahogado su corazón, se lavó bien los ojos, se empolvó lo mejor que pudo para no ser notada, y regresó á la sala.

A las siete y media de la noche pasaron al comedor. Manuelita señaló los asientos y lo hizo con tal habilidad, que todos quedaron contentos. Ella, ya que no podía dejar de ponerse al lado de Florimbó, colocó á su izquierda á Urzúa. Necesitaba un hombre que le fuera de etiqueta é inteligente, como era Alfonso, para que la distrajera y le evitara entrar en explicaciones con su novio.

Todos estaban de magnífico humor; y quién lo creyera, la tía anciana, que por la triste suerte que el destino le había reservado para el último tercio de su vida, pudo haber estado con el ánimo lleno de congoja, fué la más alegre y agradable de todas las personas sentadas á la mesa. Para cada cosa tenía un cuento corto y chispeante. Se trataba en la conversación, de dar con la causa, por la que no se casaba Flora Peláez, una de las guapas muchachas de Lima. Manuelita, á propósito de esto, dijo: "Dicen que no quiere casarse." Y como todos por no observar nada, dieron á comprender que estaban acordes en que éste era el motivo, estimularon á doña Margarita á dar su opinión sobre el asunto, quien con mucha gracia les dijo:

—Hijos míos, no sean tontos: la que no se casa es porque no encuentra con quien hacerlo, ó pretende algo mejor de lo que hay en Lima. Flora debe estar enamorada de un hombre que no la quiere. Para mí, esto es todo. ¿Qué acaso no he sido yo muchacha, también?

Naturalmente, estas palabras dichas con gracia y con la sinceridad y la experiencia con que se habla á los sesenta años, produjeron en los presentes convicción é hilaridad.

—Tía Margarita,—le preguntó después su sobrina. —¿Y es cierto que en su tiempo, en las reuniones, los hombres se sentaban en un lado y las mujeres en otro?

—Sí, hijita: cierto y muy cierto; pero también te diré, que así las cosas andaban mejor. Yo crecí y me hice mujer en la creencia de que todo el mundo vivía casado. No como hoy día, que tiemblan las carnes con todo lo que se ve. Pero no solamente había mucha decencia, sino también mucha caridad. ¿Quién se quedaba sin comer, como pasa hoy? ¿En qué casa no se ponían dos cubiertos más á la mesa, para que fueran ocupados por cualquiera que llegara á la hora de la merienda? Esto sin contar con los pobres que entraban á la cocina, y no solamente se llenaban, sino que todavía recogían para llevar á la calle. Hoy día, ¿quién da un plato de comida? Es cierto, también, que con la guerra con Chile, todos hemos quedado tan pobres, que á veces los que almuerzan no comen, y si no tienen para ellos, menos tendrán para los pobres. Lo que yo no llegué á alcanzar fueron los beaterios y hermandades de caridad. Sin embargo, mucho oí hablar á *mamita* sobre el beaterio de Amparadas, á donde iban las mujeres livianas y en donde encontraban un asilo verdadero para purificar su alma marchita. Para las señoras divorciadas, había también otra cosa, que se llamaba Hospicio de Divorciadas. No como ahora, que en cuanto un marido tiene cuestiones con su mujer y la pobre es una desvalida, no hay más que hablar con el Arzobispo; y de la noche á la mañana me la ponen á la pobre en el "Buen Pastor," en donde, sea que se quede, ó que salga al poco tiempo, solo consigue deshonra.

—Y á propósito de esto, dijo Florimbó. ¿No saben ustedes nada de lo ocurrido á Montrós y á Juanita, su señora? Pues les contaré: Parece que nunca se han entendido bien en los pocos meses que llevan de casados. El

tiene un carácter fuerte y es muy recto. Ella, también, tiene el mismo carácter; aunque más parece voluntariosa y consentida, como que es hija única. Pues señor, hará como una semana que tuvieron un pleito al volver del teatro, y ella para amenazarlo le dijo que se volvía á su casa. "Ahora mismo," le contestó su esposo. Y á esa hora, como á la una de la mañana, y á pie, porque no encontraron ningún carruaje, se fueron hasta la calle de "Mariquitas," en donde vive la abuela y el padre de Juanita. Tocan la puerta, abre el portero, entran, y sin mucha ceremonia se van hasta el cuarto de la anciana, que se quedó asustada al verlos llegar de esa manera. "Señora, le dijo él, aquí le dejo á su nieta; pues me es imposible aguantarla más." Ya podrán ustedes imaginarse lo que contestaría Juanita. Lo cierto es que ella se quedó con su abuela y Montrós se fué solo á su casa. Pero dicen que ya se han reconciliado.

—¡Dios mío!—exclamó Beatriz.—¡Cómo inventa la gente! Nada de eso es cierto. Juanita ha pasado tres días en casa de su abuela por enfermedad de ella, y no porque esté peleada con su marido. Por el contrario, son muy felices. Florimbó reconoció que había cometido una *plancha:* Montrós era pariente, aunque lejano, de Beatriz. Naturalmente, trató de remediarla, lo mejor que pudo.

Cegama cambió inmediatamente de tema y le dió á la conversación otro giro más ameno, refiriendo algunas escenas de cuartel, por cierto muy jocosas; y en las que, la gracia del cuento, la proporcionaba la imbecilidad de los pobres indios que servían de soldados. Pepe tenía mucha facilidad para referir sucesos; muchos de los cuales eran en su totalidad inventados por él.

Alfonso, siguiendo el ejemplo, contó, á su vez, algunas historietas sobre la vida social de Loreto.

—Qué manera de vivir la de allá,—dijo;—en verdad que casi estamos salvajes. Matrimonios los hay pocos; y no se crea que por desafecto á este estado; sino porque no hay señoritas. Pasa lo contrario de lo que ocurre en

Lima: por cada niña casadera hay seis ó siete partidos; y ya pueden imaginarse lo pretensiosa que anda esa gente y lo mucho que lo piensan antes de decidirse por uno.

—Beatriz: ¡á Iquitos, hija! le dijo su amiga. ¿Qué hacemos en Lima? Florimbó con la política, y mi hermano con la milicia, buen par de calamidades. Decididamente nos vamos, Alfonso: escriba usted á esos solterones, que dos limeñas se pondrán en oferta al mejor partido, al que tenga más caucho.

—Yo estoy invitando á Pepe,—le contestó Urzúa, —para que se venga conmigo. Tan pronto como este lío político, en el cual estoy embarcado, se acabe, me voy inmediatamente á la montaña; y si Pepe quiere seguirme, le ofrezco una lancha, diez hombres y una habilitación de dinero y mercaderías; y lo que es más, la garantía que antes de cinco años es rico.

—Pepe, nos vamos á Iquitos,—le dijo su hermana.— Ya me veo por esos ríos, vestida de hombre, con el pelo cortado y mi escopeta al hombro, como dice Alfonso que andan las mujeres en esos viajes. Esa sí es vida! Beatriz: tú también te vienes.

—Ya lo creo, contestó la otra.

—¿Y yo?—preguntó Florimbó.—¿Dónde me dejan?

—Eso tú lo decidirás,—le dijo ella con mucha gracia. —Yo soy muy buena hermana y no consiento que Pepe se vaya solo. Así es que piensa bien lo que haces, que allá hay siete para cada una de nosotras, y si no te decides á seguirme á Iquitos, anda estirando la mano para decirnos adiós.

Todos rieron mucho, de la manera jocosa como la señorita Cegama trataba el serio asunto de su noviazgo. A Florimbó no le hizo mucha gracia la broma; y como estaba en antecedentes, comprendió el fondo de despecho que había en la chanza.

Más tarde, cuando los comensales hubiéronse levantado de la mesa y pasado al salón, llegaron de visita el señor Ochoa, misia Chepita y misia Candelarita Barbanera, y los esposos Artíz, con sus dos niñas mayores. A

las diez y media se sacó un poco de té con galletitas; y á las once, como tertulia de pobre, y de gente que no era del gran mundo, todos se habían retirado. A esa misma hora se apagaron las luces de gas, para que el consumo no fuera mayor, y con una vela, Manuelita, acompañada de su hermanitos, hizo en tres platos el reparto de lo que había sobrado del festín. Uno lo reservaron para sí; otro para la negra Chepa, que había amamantado al padre de ellos y que vivía en sus setenta y seis años; y el el último, para la tía Margarita. Este fué el más abundante y el más selecto en pavo y dulces. Eran tan pobres la tía y la prima, que los sobrinos solo comían ave, cuando Manuelita se acordaba que ellos también tenían hambre de golosinas.

—Ahora á dormir,—dijo ella á los niños.— Hoy no hemos rezado el Rosario. Ya es tarde. Además, Pepe está durmiendo, y debemos dejarle reposar. Ustedes, tampoco han estudiado sus lecciones esta noche. Mañana hay que levantarse muy temprano. Cuando yo les haga el café, deben estar vestidos, lavados y con la lección estudiada. Me olvidaba decirles una cosa: cuando hay personas mayores, los niños no hablan sino cuando se les pregunta. Lucas ha estado insoportable en esta noche; pero Luis ha estado peor con sus risas y sus juegos con María Eugenia.

—Ella me buscaba,—contestó el niño.

—¿Y tú no te fijabas cuando yo te hacía señas para que te moderaras? Bueno, yo no les reprendo, sino únicamente les advierto que esto no está bien hecho. Ahora, si ustedes quieren que *mamita* les bendiga desde el cielo, deben obedecerme.

Los dos niños, muy humildemente, se acercaron á ella y siguiendo su costumbre de todas las noches, le pidieron la bendición. "Que Dios los haga unos santos," les contestó Manuelita, después de haberlos besado.

XIV

Pasaron varios días. Al final de ellos se confirmó la noticia acerca de lo ocurrido en Piura, en donde el coronel Morón se había levantado en armas y tenía en jaque al prefecto, quien no podía moverse de la capital, hasta que no le llegaran refuerzos de Lima.

El Gobierno sacando recursos de su propia flaqueza, ó mejor dicho, dejando de pagar la lista civil, había comprado un transporte y enviado á Payta una división de 500 hombres, en su mayor parte tropa de caballería. Del centro se tenía noticia que las fuerzas del orden, al mando del coronel García, habían ocupado Tarma, Jauja y Huancayo; y que el doctor Cayo quedaba en Huánuco y Cerro. La línea de Oroya había sido dos veces interrumpida por ligeras partidas, capitaneadas por el doctor Velutini, un médico minero de Yauli, que se había hecho comandante de *montoneros*.

En Lima los negocios estaban paralizados. Los bancos habían suspendido sus préstamos, y la miseria comenzaba á sentirse de una manera alarmante. La administración pública estaba casi abandonada. El Gobierno solo pensaba en restablecer el orden, y á ello dedicaba todas sus energías y todos sus recursos. Para completar el Gabinete, por la renuncia de tres ministros, habíase buscado, ya que nadie quería ocupar las carteras vacantes, á gente desprestigiada, que solo surge en época de revuelta. La policía había sido aumentada y disciplinada, no ya como un cuerpo de seguridad, sino como un ejército que debía salir en masa á los campos de batalla. También se aumentaban las plazas de los batallones exis-

tentes, con gente reclutada entre la clase menesterosa, y se formaban dos más, para tener un efectivo de nueve mil hombres. Las cámaras no podían reunirse por falta de quorum; como que la mitad de los representantes estaban presos ó remontados por las cordilleras, huyendo de la persecución del Gobierno.

El señor Pazmiño, el más respetable y anciano de los delegados por Loreto, había partido para Iquitos, de conformidad con lo acordado con el Presidente y con sus colegas. Le acompañaba el doctor Espelucín, nombrado por el Gobierno para recoger en Iquitos la primera armada que debían entregar los federales. Dicho dinero sería traído, junto con todas las fuerzas bloqueadoras, á bordo del "28 de Julio."

Antes de partir el señor Pazmiño, volvió á despedirse de su círculo íntimo, y de las personas que más le habían distinguido en Lima. Entre ellas estaba el doctor Abadía, quien, después de recibirlo muy atentamente, comenzó á sondearlo; y viendo que el delegado no estaba muy animado en la aventura federalista, ni muy confiado en la amistad del jefe del estado, le hizo numerosas reflexiones.

—El presidente,—le dijo,—se ha tomado de ustedes como quien se agarra de un clavo caliente. No es federalista, ni lo será tampoco, si llega á vencer á la revolución. Recuerden que les dejó salir de Lima sin concederles nada; y que les llamó y les asoció á su política, el mismo día en que estalló el alzamiento de Huánuco. Necesita traer al Pacífico la fuerza que está en el río Amazonas y esto es todo. Ustedes han celebrado un pacto con un hombre que es ya un cadáver político. Cuánto más les hubiera valido tenerlo de enemigo y no de amigo. Para mí, sus días están contados. En el seno de la más estricta reserva, de caballero á caballero, le digo á usted, y únicamente á usted, con cargo de que no lo repita á sus compañeros, que la revolución es formidable. No quedará un departamento en la república que no se levante. Los robos y las arbitrariedades de este hombre

han llegado á su colmo, y como ahora está solo, porque nosotros lo hemos abandonado, ha cometido la torpeza de hacerse federalista. Los pueblos no comprenden lo que este paso político significa, y los agentes revolucionarios aprovechan de su ignorancia, para decirles, que el Gobierno ha vendido Loreto á un grupo de traidores peruanos, quienes á su vez lo venderán al Brasil, y que ustedes pagarán al doctor Espelucín la primera armada de esa venta, tan pronto como él llegue á Iquitos.

—¡Pero eso es el colmo de la infamia!—exclamó desesperado el señor Pazmiño.—Nos defenderemos; daremos á la publicidad nuestras honradas intenciones. Ante todos somos peruanos, y mil veces el sistema unitario que la anexión al Brasil.

—Las comunicaciones principian á interrumpirse,—continuó el doctor Abadía, sin contestar las protestas de su amigo.—Los pueblos comienzan á quedar aislados, y la prensa seria ha enmudecido, y no dice nada, ni en favor ni en contra. Naturalmente, con excepción de Lima, el resto de la república no sabe nada de lo que hace el Gobierno en Iquitos, y su conducta se presta admirablemente para mistificar las multitudes y levantarlas. La revolución predica la guerra de la restauración del honor nacional: la misma que llevó á Prado al poder en 1865. Triunfante ella y convertida en gobierno legal, no se daría un punto de reposo hasta no acabar de una manera radical, con la rebelión de Iquitos, para aniquilar de una manera ejemplar, el peligro de la forma federal, que en sustancia, aunque ustedes no lo vean, ni lo piensen así, no es sino el primer paso en el camino de la anexión al territorio extranjero.

—¿Y qué cree usted que debemos hacer?

—Señor Pazmiño, en verdad que yo no quisiera estar en su pellejo. La situación presente es una consecuencia lógica é inevitable de un mal paso dado por la gente sensata de Loreto. Lo más cuerdo sería proclamar una contra insurrección: volver á reconocer el principio unitario, y mantenerse en un anormal estado de indepen-

dencia, hasta que la revolución ó el gobierno triunfe. Pero esta política es muy peligrosa: ustedes han lanzado á ese pueblo á una guerra contra el occidente; y no es el momento de decirles que se han equivocado. Si tal cosa hicieran, ustedes mismos serían las primeras víctimas en ese movimiento de retroceso. A la sombra del principio federalista, deben haberse creado intereses locales, que ya no es posible destruir en un instante dado. Con los pueblos no se puede jugar. En tal situación, yo buscaría el medio de retirarme del círculo que dirige la actual política de Loreto. Y si usted y la gente que vale en ese territorio, principian á quitarle apoyo moral á las personas que gobiernan, las plazas vacantes que ustedes dejen, serán ocupadas por personas sin riqueza, sin talento y sin prestigio, quienes sin quererlo, lo harán mal y provocarán la reacción unitaria. Lo mismo que nos pasa en Lima con el actual gobierno, que caerá, solamente porque nos hemos divorciado con él y le estamos formando el vacío. Otra cosa que no deben hacer, es darle un centavo al Presidente. Ese dinero iría á parar á Londres y serviría para el destierro de este hombre, si tiene la suerte de salir con vida de esta empresa; pues es probable que lo cuelguen, como colgaron á los Gutiérrez. Este país no admite tiranos.

El señor Pazmiño no era político, ni estaba preparado para la lucha y las mezquindades de los hombres que se disputan el mando de los pueblos. Le faltaba experiencia y criterio propio para juzgar tan árdua materia. Y como en principio, aquellas observaciones eran muy ciertas, su espíritu se vió envuelto en profunda meditación, en dudas y horribles suposiciones. ¡Qué talento tan superior el del doctor Abadía! ¡Con qué habilidad le había dicho que se le juzgaba traidor y que estaba obligado á defenderse de una calumnia, que ya corría de boca en boca por todos los pueblos de la república. "Yo traidor," se dijo á sí mismo el pobre viejo. "Yo vendiendo mi patria al Brasil. ¡Qué horror! Esto me causará la muerte si no puedo desmentirlo. Basta de federación y vivamos en paz."

Como hombre leal y honrado, el señor Pazmiño cumplió su palabra y guardó en secreto todo cuanto el otro le había dicho. Pero esto mismo lo enfermó, y acabó por avergonzarlo de sus propias reservas con sus compañeros de delegación. Los señores Palomares y Urzúa le acompañaron hasta la estación del tren, y le vieron tan pensativo y tan cabizbajo que tuvieron pena de él. "Es la separación, le dijeron al señor Abadía, que estaba entre los pocos acompañantes. "Sí, les contestó el doctor, ha sido una imprudencia dejarlo ir solo." Pero para sí, se dijo: "Solo ó acompañado, es la simiente viva de la reacción de Loreto. Cuando esté en su círculo y tenga necesidad de hablar, para aliviar su corazón de la dolencia que le aflige, contará á los suyos todo lo que yo le he dicho, y los contagiará con el mismo desaliento y la misma desconfianza con que yo he perturbado su espíritu. Y como él y sus íntimos forman la sociedad del dinero y del prestigio en Iquitos, la obra de la federación está muerta."

XV

Por casa de la familia García Azuaga, las cosas no andaban bien. Don Juan de la Cruz, sea por efecto de su propia sugestión, ó en realidad, porque obtuvo el contagio de su esposa, sufrió un ligero ataque de influenza, que le postró en cama dos días. Pero quien seguía sumamente grave era doña Rosa. El mal había comprometido los pulmones, y la enfermedad podía degenerar en una pneumonía rápida y fatal.

Abel se presentó en su casa, en la noche de más gravedad. Sus hermanas, Lía y Raquel, le recibieron con frialdad, como que hacían causa común con su madre. Sin embargo, fueron ellas las que pidieron á Peta, que trabajara en el ánimo del padre, para que le mandara llamar. Abel había roto relaciones con su familia; aunque á decir verdad, no era él sino la madre, la que había provocado el entredicho. Peta se vió con don Juan de la Cruz, y le estuvo majadereando varios días, para que se llamara al *muchacho,* como ella le nombraba. Pero este buen señor, que en su casa era incapaz de resolver nada por sí solo, no se atrevía á dar su consentimiento y la mandaba donde sus hijas, quienes temerosas que Abel se presentara con su señora, se negaban también á tomar ninguna responsabilidad. "Vendrá aquí con esa mujer, decía Lía, y se armará la gorda. Mamá ha jurado no recibirla y debemos respetar su voluntad."

Viendo Peta que sus gestiones no conducían á nada, resolvió el caso por sí y ante sí, poniendo á su sobrino el siguiente telegrama: "Tu madre grave. Ven. Peta." Con este aviso, Abel dejó su señora y su suegra en Tarma, y

bajó á Lima inmediatamente. En Chosica, una de las familias que estaba allí de temporada, le impuso que su madre estaba en peligro de muerte; y este aviso lo decidió á ponerle un telegrama á su hermano Jorge, quien lo recibió en la estación de los Desamparados y lo hospedó en un hotel; pues doña Rosa había encajonado toda la ropa y los papeles de su hijo Abel, y personalmente había cerrado con llave su cuarto, como para significar que no quería vivir con él. Los dos hermanos se llevaban bien. Jorge le contó todo lo ocurrido en la casa y la gravedad de la madre. Se abstuvo de criticarle su conducta, ni de hacer comentarios sobre ella; y deseoso de hacerle menos dura y desesperada su situación, le aconsejó que se quedara en el hotel hasta las ocho de la noche, en que volvería para llevarlo á la casa, después de allanar el camino con la enferma para que lo recibiera.

Don Juan de la Cruz fué inteligenciado, por Jorge, de lo que pasaba.—Entiéndete con tu madre, hijo,—le dijo. —¿Qué puedo hacer yo en este asunto? Por mi parte está perdonado. No le guardo ningún rencor. ¿Por qué no te ves con Peta, que ha nacido para enredos, y que se presta admirablemente para llevar y traer cuentos?

La beata fué, pues, nuevamente comisionada, y esta vez por su sobrino Jorge, para que le acompañara ante su madre y tomara la palabra en defensa de Abel.

Doña Rosa había estado gravísima esa tarde. A cada momento era necesario atenderla para que la tos no la ahogara. A las ocho vino á tranquilizarse, y hasta esa hora no se le pudo hablar nada sobre su ausente hijo, que ya había venido y aguardaba en un salón de la casa.

A pesar de su gravedad, la señora Azuaga estaba en pleno uso de sus facultades mentales. Oía perfectamente bien; aunque no contestaba mucho, porque se fatigaba.

—¿Qué hay, Peta?—le dijo al verla entrar muy asustada y toda llena de misterios.—¿Vienes á decirme que me muero? Ya lo sé. Ya estoy confesada y tan pronto como el médico me lo ordene, recibiré los sacramentos.

—Rosa,—le dijo su prima,—Abel quiere verte.

La enferma entendió mal lo que se le decía. Estaba en su memoria tan íntimamente unido el nombre de Abel con el de su esposa, que pensó, en la debilidad en que estaba, que los dos deseaban verla.

—Todos, en esta casa,—le dijo,—han respetado el juramento que hice de no conocer á esa mujer. Solo tú podías ser la única, que en la hora de mi muerte, cuando estoy reconciliada con Dios y no puedo tener rencores, había de venir á humillarme. ¡Que se haga la voluntad divina! ¡Tráelos, hija!

—No, contestó la beata con precipitación.—Abel ha venido solo, y solo quiere verte....

Peta quiso decir algo más, y aún pronunció algunas palabras; pero la enferma ya no oía. Le sobrevino la tos y el mismo ahogo, que tanto la había mortificado en la tarde. Jorge y Beatriz tuvieron que acudir en su auxilio y le dieron algunos calmantes. Una vez tranquila, se hizo la dormida para que no le hablaran más.

Peta salió contrariada de la habitación de su prima. Jorge quedó en el cuarto contiguo, con sus hermanas, para acordar lo que debían decirle á Abel, que hacía rato aguardaba afuera. Hablaban en voz baja y principiaron á comentar lo ocurrido. Beatriz estaba muda. Manuelita la había aconsejado, que nunca diera su opinión ni se mezclara en asuntos de familia. Lía y Raquel estaban desagradadas del chasco.

—Me lo esperaba,—dijo la primera.—¡Pobre tía! siempre lleva la peor parte en esta casa. Ella es buena; pero tiene el don de errar. Vean lo que hizo con Martita: la llevó al convento y la enterró allí.... Sí, ha sido un soberano chasco, de buenas á primeras decirle: allí está Abel. Mamá creyó que se trataba de la mujer de éste, y debe haber sufrido mucho. Mejor hubiera sido que monseñor, que es un hombre de talento y de mundo, le hubiera hablado sobre el particular.

La beata se fué al cuarto donde estaba Abel, y se puso á llorar como una Magdalena.

—¡Por tu culpa! ¡por tu culpa! ¿Ya lo ves?—le dijo.

El sobrino se asustó, pensando que su madre tal vez estaba en agonía; pero viendo á don Juan de la Cruz muy tranquilo en el salón, conversando de política con varios amigos, se tranquilizó en el acto.

—Habla de una vez, tía Peta. Se niega á recibirme, ¿no es verdad?

—¡Hijos bandidos!—exclamó la otra, sin contestarle nada, y como hablando consigo misma.—Felizmente no me casé. ¡Dios mío! canas verdes me hubieran salido. Aunque creo que peor me ha ido con estos sobrinos.... Después, dirigiéndose al joven, le dijo:—Tú y Marta, buen par de desobedientes y voluntariosos; pero tú eres quien la mata ahora.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! que la has puesto en este estado.

—Puede ser....,—contestó Abel; y sin decir una sola palabra más, tomó su sombrero y salió de la casa, sin despedirse de nadie. Ella le preguntó, con ansiedad, si volvía, viéndole en actitud tan resuelta. El se limitó á darle las buenas noches.

La ta, muy asustada, refirió á sus sobrinos y á Beatriz lo que había pasado. "Si lo conoces, que es tan bruto y tan testarudo, ¿para qué le dices nada?" le dijo Lía.

Peta se dió, también, por resentida de estas palabras; y tomando su *manta* se fué á su casa.

Jorge pasó tres horas en el hotel, aguardando á su hermano, quien, al parecer, se fué á dormir á otra parte; y no regresó hasta la mañana del día siguiente, para tomar su maleta y regresarse á Tarma.

A las doce de la noche, cuando ya las visitas de etiqueta se habían retirado, volvióse á presentar Peta. Venía muy contenta. Llamó á un lado á sus sobrinas, á Beatriz y á Jorge, y les enseñó un pañuelo de seda, que había sido blanco, pero que ahora estaba sumamente inmundo y con algunas manchas de materia purulenta. Aquello repugnaba; sin embargo, Peta lo había traído en el seno, y de allí lo sacó para enseñarlo.

—¿Qué es eso, tía?—le preguntó Lía, llena de asco, por lo nauseabundo del objeto.

—El pañuelo milagroso de Marcela, la sierva de Dios que santifica su alma. El mismo que acaba de salvar de la muerte á la mujer de Pepe Pequeño, y á veinte ó treinta personas más, que lo han llevado con fe y pureza del alma. ¡Qué trabajo me ha costado conseguirlo! Hace dos días que ando de Herodes á Pilatos; y á no ser por las recomendaciones del portero de los padres jesuítas, el hermano Juan, no lo hubiera hallado.

—Lo traes para mamá, ¿no es verdad?—le preguntó Raquel, con alegría.

—Ya lo creo, hijita; y ya verás cómo mejora.

—Dios te lo pague,—le dijo Lía, mistificada por el milagroso pañuelo; el mismo que tomó con veneración y ya sin repugnancia.

Sorprendido don Juan de la Cruz, al ver á Peta en cuchicheos con sus hijos, se acercó al grupo, y se impuso de lo que pasaba. Vió el inmundo trapo que le enseñaron, meneó la cabeza y se retiró sin decir nada; pero en el acto llevó el chisme donde sus amigos, Leníz y Alzania, quienes sintieron gran curiosidad de ver el susodicho pañuelo de Marcela. "Es el colmo del fanatismo," dijo al oído del primero, el señor Alzania, después que Peta le hubo pasado por los ojos, con brusquedad, el objeto en cuestión.

—Soy de opinión, Peta,—le dijo don Juan de la Cruz, —que primero consultes el caso con el médico. Ese pañuelo está infecto; y yo creo que lejos de sanar á nadie, puede por contagio, proporcionar una enfermedad que no se tiene.

—Todos los médicos,—contestó la beata,—son unos descreídos, unos impíos y unos herejes. Solo tienen fe en sus medicinas. Es inútil consultar nada con el doctor Medina. Además, él se ha ido á las once y no volverá hasta mañana.

—Entonces, ¿por qué no lo haces con monseñor?

—Otro que bien baila. Desde que fué á Europa y el

Papa lo hizo monseñor, ya no cree sino en los milagros y en los santos extranjeros. Y ahora, que se ha vuelto tan aristocrático, que va á creer nada en los milagros de una negra.

—Eres una calamidad, Peta,—le dijo su pariente político.

Lía y Raquel hacían señas con la vista á su tía, para animarla en el debate. Temían que don Juan de la Cruz, siempre tan manso y tan sugestionable, se encaprichara, como descreído que era en materias religiosas, en no dar permiso para que el milagro se hiciera.

Peta cortó por el lado más sano, que fué no contestar nada al tratamiento de calamidad que se le había dado; y abandonando el salón, entró al cuarto de su prima.

Doña Rosa, como se dice vulgarmente, la había tomado en su enfermedad con la beata. La veía tan intrusa en todo lo suyo, que se sentía fastidiada de su prima. Era ella quien le había participado su gravedad, la necesidad de confesarse sin perder tiempo, y la llegada de Abel. De manera que, al verla entrar con sus hijas, comprendió que se trataba de algo desagradable.

En esta vez, se limitó á interrogarla con la vista. Estaba fatigada y no quería hablar. Peta se acortó con aquel recibimiento, y estuvo torpe en su discurso sobre la piedad de Dios, y la intercesión de los santos á favor de la salud corporal y espiritual de los pecadores. "Como tú sabes, le dijo al concluir, hay un pañuelo de una sierva de Dios, que está haciendo milagros. La mujer de Pepe Pequeño, se ha salvado, debido á la fe con que lo ha llevado durante varios días. Yo lo he conseguido, y aquí te lo traigo para que te lo pongas.

—Peta,—le contestó doña Rosa, hablando muy despacio y sin fijarse en el objeto que su prima le presentaba.—Déjame morir tranquila, y sin que mi nombre sirva para fomentar vulgaridades y fanatismos. Yo no sé si padre Azcúnaga está mezclado en estos milagros que hace el pañuelo de Marcela, ó si todo es una invención de ustedes; pero si lo primero es cierto, dile al padre de

mi parte, que en casa, hace muchos años, como tú recordarás, había una criada que se confesaba por todas nosotras en el convento de los Descalzos; que le mando este aviso y que se ande con más cuidado con sus confesadas.

—Pero Rosa,—le contestó su prima,—será posible que tú, tan piadosa y tan creyente, no tengas fe.....

La enferma tuvo ó fingió un ahogo, que cortó el discurso de la beata. Una vez que se sosegó, cerró los ojos y volteó la cara, para indicar que estaba inhábil para oir y contestar.

Contrariada Peta con este chasco, púsose, en voz baja, y á poca distancia de la cama de la enferma, á comentar la decisión de doña Rosa. "Aquí hay que traer agua bendita, dijo; pues el diablo anda suelto por este cuarto. ¡Dios mío! ¿si me pondré yo así, tan terca y desobediente, á la hora de mi muerte? Hay que contarle á su padre confesor lo que ha pasado; pues para mí, Rosa ha vuelto á caer en pecado mortal, expresándose tan sin piedad de las cosas de Dios."

Las niñas oían sin decir una sola palabra. Respetaban mucho á su madre y tenían fe ciega en su buen criterio. Recordaron, entonces, la actitud de monseñor, cuando por primera vez se habló en la casa, de la tal Marcela, y acabaron por creer que su madre había estado razonable.

Viendo Peta que nadie le contestaba nada, y que sus sobrinas no hacían causa común con ella, se puso furiosa, y sin añadir una palabra más, cogió nuevamente su *manta,* se envolvió en ella, y salió para la calle, sin despedirse, y como alma que lleva el diablo.

Lía refirió á su padre y á los señores Alzania y Leníz, el final de la aventura. "¡Qué mujer tan superior es Rosa! exclamó el vocal del tribunal supremo. ¡Quiera Dios conservarle la vida!"

Este juicio y la acción de la enferma, emocionaron á don Juan de la Cruz, y lo sumieron en triste meditación. Púsose á pensar en la soledad moral y material que se le esperaba, si acontecía la muerte de su esposa. "Quién

me dará consejos, si ella se vá," díjose á sí mismo, sin exteriorizar su pensamiento.

Un poco más tarde, Raquel, que acompañaba á su madre en compañía de Beatriz, avisó que la enferma se estaba agravando de una manera visible. La fiebre le había subido, deliraba, y como era natural, tenía un gran desasociego. Todos pasaron á su cuarto, y al verla en tan lastimoso estado, quedaron muy impresionados.

Jorge y Urzúa, este último que estaba recostado porque se encontraba enfermo, salieron precipitadamente en busca del doctor Medina, que llegó como á las doce y media. "Me lo esperaba, dijo al verla así, el mal debe hacer crisis esta noche; de lo contrario, mañana amanecerá peor y para entonces no respondo de salvarla." Recetó en el acto, y una vez que trajeron las medicinas, las administró personalmente.

Lía, presa de un gran desconsuelo, pasó á su cuarto, se arrodilló en su reclinatorio, delante de una imagen de la Santísima Virgen, é imploró y lloró durante mucho rato. Raquel, viendo á su hermana en ese estado, y no queriendo dejar á su madre al solo cuidado de Beatriz y de una criada, sacó fuerza de su flaqueza, secó sus lágrimas y armada de notable fuerza de voluntad, atendió con tierna solicitud los cuidados que la enferma necesitaba.

Como era de suponer, nadie pensó en acostarse en esa noche. Don Juan de la Cruz se paseaba por el salón, sin atender, ni oir la conversación de sus amigos, que en voz baja hablaban con Alfonso. Hasta ese momento no había creído en la gravedad de la enferma; pero ahora, veía al médico tan alarmado, que ya no le quedaba la menor duda de que su esposa se moría.

Acababa de dar la una de la mañana, cuando con gran estupor de todos, se dejaron oir lejanas y continuadas descargas de fusilería. Don Juan de la Cruz y el señor Alzania se pusieron lívidos. Alfonso, Leníz y Jorge quedaron con más serenidad.

—Pero ¿qué es esto?—preguntó el señor García.

—Alguna *montonera* que se ha metido á Lima,—contestó Jorge.

—O, tal vez, un batallón que se ha sublevado,—observó Leníz.

Urzúa, acompañado de Jorge y de un criado, subieron al techo de la casa, donde se percibía con más claridad, el tiroteo y el silbido de algunas balas perdidas, que pasaron por encima de sus cabezas, aunque á gran altura. "Niños ,vamos á bajarnos, les dijo el criado. Miren que de una bala perdida nadie está libre."

Cuando Jorge y Alfonso descendieron del techo, encontraron á toda la gente de la casa reunida en el comedor. El pánico los había desmoralizado; y hasta el médico, los criados y las niñas, se habían olvidado de la enferma, que quedó sola, con una chiquilla sirviente de ocho años. Esta, viéndose en ese abandono, se vino al comedor, diciendo que tenía miedo, y que la acompañaran. Una criada y Raquel, partieron entonces á ocupar su abandonado puesto.

—Vengo del techo,—dijo Alfonso,—donde acabo de estar con Jorge; y según nuestros cálculos, el combate tiene lugar en el Jardín Botánico ó en cerca del Hospital "Dos de Mayo."

—Indudablemente, una *montonera* que se ha metido en Lima. Pero, ¡qué audacia, cuando aquí deben haber cinco mil hombres!—dijo el señor Alzania. Contestóle don Juan de la Cruz, que aquello debía ser un ataque serio de todo el ejército revolucionario, que en masa se había descolgado desde el Cerro de Pasco; y que por tanto debía quedarse á dormir en la casa, y no exponerse, saliendo á la calle.

Estaban en esta conversación, cuando fuertes golpes dados con la aldaba, en la puerta de la calle, los dejó á todos fríos. "¡Dios mío!" ¿quién llama á esta hora? exclamó el señor García. ¿Si vendrán á tomarme preso? Jorge, hijo mío; anda con cuidado y ve quién es; pero sin abrir la puerta."

La insistencia con que seguían golpeando, alarmó más

á los presentes. Urzúa, Leníz, Jorge y un criado corrieron á la puerta de la calle, y al llegar á ella no pudieron menos de reirse, al oir los gritos desaforados de Peta, que llamaba con gran urgencia.

Jorge corrió el cerrojo, tiró del postigo; y su tía, á pesar de sus años, se puso de un brinco en el portal de la casa. "¿Qué están sordos?" preguntó. Hace media hora que llamo! Por poco no me pegan un balazo. ¿Y Juan de la Cruz?....." Le contestaron que estaba en el comedor.

—Vamos allá,—añadió,—para contarles á todos juntos lo que pasa.

Al verla entrar, el señor García le dijo:

—¡Peta! ¿será posible? ¿Tú á estas horas por aquí? Un día te matan en una calle. Pero en fin: cuéntanos algo. ¿Qué tiros son esos, que estamos oyendo hace media hora?

—Santa Catalina se ha sublevado.

—¡La artillería! ¡Santos del Cielo!—exclamó el señor García, tomándose la cabeza con las manos.

—Pero ¿con quién se bate la artillería?—preguntó el señor Alzania.

—Eso es lo que todo el mundo en la calle está preguntando, contestó la beata. El combate tiene lugar en el cuartel á puerta cerrada.

—Y ¿qué hace el Gobierno?—preguntó Leníz?

—Hay muchas carreras de oficiales montados, por las calles. Seguramente, son ayudantes que llevan órdenes á los diferentes cuarteles. También están retirando la policía, para acuartelarla.

Atentos todos á las contestaciones de Peta, nadie se había fijado en Beatriz, que sumamente pálida, y sin pronunciar una queja, habíase sentado, recostando los codos sobre la mesa del comedor. Con una mano oprimía fuertemente su frente, y con la otra, apretaba un pañuelo, el mismo que mordía con nerviosidad.

Lía hizo una seña á su tía, para que se fijara en ella;

y cuando la beata hubo notado el aviso, su misma sobrina le indicó, poniéndose el dedo en la boca, que no contara más novedades.

Todos cambiaron una mirada de inteligencia, sin decir una palabra, como que todos estaban en el secreto. Para nadie fué un misterio el dolor de Beatriz, sabiendo que su novio era capitán de artillería, y á esa hora debía estar en su puesto.

—¿Y Rosa?—preguntó Peta, para cambiar de conversación.

—¡Ay hija!—exclamó don Juan de la Cruz,—todo se conjura esta noche. ¡Dios mío, qué noche! ¡Qué te cuenten! Peta; que te cuenten, yo no tengo ánimo para nada.

Lía se hizo cargo de Beatriz. "Prométele algo á la Virgen, le dijo, y ella te hará el milagro." Su amiga no le contestó. Estaba desesperada y había perdido su piedad y su fe. Lía insistió en su súplica. "Ya es tarde, le contestó ella, no se me quita de la imaginación que le han muerto. ¡Ay, Lía! tú no le conoces. Es muy valiente y habrá ocupado el puesto de mayor peligro."

Urzúa se acercó á las dos amigas.

—Beatriz,—le dijo,—dirigiéndose á ella, voy en busca de Cegama.

—De ninguna manera, le contestaron las dos señoritas.

—Hablen más despacio,—añadió él;—mi tío puede oirnos é impedirme la salida. No crean que me propongo entrar al cuartel en medio de las balas. Lo haré tan pronto termine el combate; y para entonces, no me daré punto de descanso hasta no encontrar á Pepe, á fin de poder regresar, inmediatamente, á decirles que lo he visto sano y salvo.

—Urzúa,—le contestó Beatriz,—si no hay peligro, hágalo; pero no por mí, sino por Manuelita, á quien debe usted ver, ahora mismo, y prometerle lo que acaba de ofrecer.

— Así lo haré, — contestó Alfonso; — é inmediatamente salió del comedor en busca de su sombrero y de un abrigo, pues se sentía con principios de influenza.

Peta había pasado al cuarto de la enferma, la cual seguía delirando. Raquel le contó todo lo que el médico había dicho.

XVI

Urzúa, una vez que se vió en la calle, experimentó una sensación de frío, un extremecimiento involuntario. Aquella soledad inspiraba pavor: solo de cuándo en cuando se oía el sonido de una trompeta de guerra, ó el silbido de alguna bala perdida. El tiroteo continuaba, pero ya muy calmado. Alfonso echó á correr hacia las calles centrales; pero temeroso de que le detuviera alguna fuerza militar, creyéndole en fuga, moderó su paso. Llegó á la esquina de Mercaderes. Allí se detuvo, para presenciar el desfile de un batallón que venía de Palacio y seguía para la Exposición. Tomó, después, rumbo para San Sebastián, donde, en unos *altitos,* vivía la familia de Cegama. Alfonso golpeó la puerta de calle, y en el acto se asomaron al balcón, Manuelita y sus dos hermanos menores.

—¿Quién es?—preguntó ella sobresaltada.

—Soy yo, Urzúa.

—¡Oh! Alfonso. ¿Usted por aquí á estas horas? ¡Qué sorpresa!.... ¿Sabe usted algo de mi hermano? ¡Por Dios! No deje de decirme lo que sepa, por muy mala que esta noticia sea. ¡Hace una hora que vivo en agonía! Desperté á los primeros tiros; me vine al balcón, y por el *celador,* que es amigo nuestro, me impuse que el combate tenía lugar en Santa Catalina. ¡Pobre Pepe! ¡si le habrán muerto!.... Pero, Alfonso, ¿por qué no me contesta usted? ¿Quiere usted subir?

—No, de ninguna manera, Manuelita,—respondió el joven emocionado, y sin saber cómo explicar su visita.—He venido mandado por Beatriz, para avisarle que voy

á informarme de lo que pasa; y que, tan pronto como vea á su hermano, vendré á decirle que está sano y salvo.

—¡Dios lo quiera así!—exclamó ella.—¿Con qué le pagaré este servicio, Alfonso? Pero que sea pronto; yo quiero ver á mi hermano: ¡vivo, muerto, herido; como esté! ¡Yo quiero verlo!—exclamó en tono desesperado... Pero, usted se va á exponer por nosotros, Alfonso. ¿Y si le hieren?

—Por mí no hay cuidado,—contestó el joven.—Parto á Palacio para ver al Presidente y sacarle un permiso para entrar á la artillería. Una vez allí, no descansaré hasta no encontrarme con Pepe. Tenga usted fe en Dios, Manuelita. ¡Hasta luego!

Urzúa echó á correr en dirección contraria á la que había traído, para volver á entrar en las calles centrales.

Manuelita experimentó una alegría momentánea. En la desesperación en que se encontraba en ese momento, las palabras de Alfonso le hicieron mucho bien; sintió como si un enorme peso se le hubiera caído del corazón. Pasado este fugaz alivio, volvió á darse cuenta de la horrorosa incertidumbre en que estaba. Los tiros del combate avivaron de nuevo sus angustias y, otra vez, púsose á llorar desesperadamente. ¡Pobre niña! Huérfana de padres y sin más apoyo en el mundo que el de su hermano mayor, sintió desgarrarse su alma, al pensar que la soledad de esa noche podía ser eterna para ella; durar lo que durara su existencia. "¡Qué horrible desamparo! exclamó sollozando. ¿Dónde encontraré consuelo? ¿Quién me acompañará? ¡Qué sola me quedo! ¡No tenía más que á él, y Dios se lo lleva! ¡Ay, madre mía! tú que estás en el cielo, óyeme é implora por mí á la Santísima Virgen!..... ¡Mis hermanos pequeños! ¡Pobrecitos! ¿Quién los educará? ¿Quién se sacrificará por ellos? ¡Pepe, no me dejes! ¡Por Dios! vive; vuelve á tu hogar y retórnale la alegría y la felicidad que nunca faltaron en él! ¡Ay! yo me muero, yo no puedo más. Yo he perdido la esperanza; y aunque no lo quiera, lo estoy viendo inanimado, su rostro pálido, su alma ya ida, y su

cuerpo, allí tendido, sin encontrar una mano piadosa que cierre sus ojos, y lave su rostro, cubierto de sudor y manchado de sangre."

Cesó de hablar y comenzaron los lamentos, los sollozos, las lágrimas y los movimientos nerviosos producidos en su cuerpo por el horrible sufrir de su espíritu.

La acompañaban sus dos hermanos menores y el negrito sirviente de la casa, todos tres, de once á doce años, terriblemente asustados con el ruido de las balas y la desesperación de Manuelita. La habían visto siempre tan correcta, tan sonriente, tan amable, que ahora, al observar su intranquilidad, su manera de llorar, la extraña conversación que sostenía en voz alta, con ella misma, la creían loca y le tenían miedo.

—Vamos á comenzar de nuevo el rezo,—les dijo.—Dios lo puede todo.—Y secando sus lágrimas, marchó con los tres niños á su cuarto, donde, muy juntitos los cuatro, se pusieron de rodillas delante de una Virgen de los Dolores y un Señor San José, cada uno, con su lámpara de aceite.

Principiaron los rosarios. Terminaba uno y comenzaba otro. La pobre niña estaba tan emocionada, que á veces se pasaba del primer misterio al cuarto, y rezaba "gozosos" y "gloriosos", cuando el día era de "dolorosos." Los niños estaban rendidos de ese rezar incesante, que duraba ya una hora. Manuelita les dió permiso para que se sentaran, y bien pronto, todos tres fueron rendidos por el sueño, y la pobre se quedó rezando sola, sin tener quien le hiciera coro. Entonces, viendo su desamparo púsose á llorar. "¡No rezan!", les dijo, en el mismo momento en que se despertaron asustados. "¡No rezan!" ¡¡Así cómo puede salvarse Pepe! ¡Dios mío, si ya ustedes no quieren rezar! ¡Ay todo está perdido, ya Dios no nos oye!

Los niños comprendieron su falta, y arrepentidos de ella, y sumamente afligidos al ver el sufrimiento de su hermana, lloraron juntos con ella. Después que todos cuatro hubieron desahogado sus corazones, Manuelita

obligó á los pequeñuelos á que se acostaran, y quedándose completamente sola, volvió de nuevo al balcón. Allí, rezando entre dientes, púsose en observación, por si acaso pasaba alguna persona que pudiera darle noticias.

Alfonso llegó á Palacio y trató de entrar por la puerta de la Plaza de Armas, lo que le fué impedido. Pasó en seguida á la puerta de "Honor," donde, después del "alto, quién vive" y de haber informado al oficial de guardia, que era uno de los delegados por Loreto y que venía á ofrecer sus servicios al Presidente, se le dejó pasar y se le condujo al cuarto de edecanes. En él presenció la intranquilidad que reinaba en las altas esferas oficiales. A cada momento entraban y salían de las habitaciones del Presidente, militares y paisanos, á quienes, la gente de antecámara no se atrevía á preguntar nada.

El combate había cesado, al menos, ya no se oía ningún tiro. Después de aguardar como 20 minutos, Urzúa vió salir á S. E. acompañado de ocho ó diez militares de alta graduación y cinco ó seis paisanos. Alfonso reconoció entre ellos, al coronel Martínez y á los ministros de gobierno, relaciones y guerra. El Presidente había resuelto ir á Santa Catalina, y en su paso obligado por el salón de edecanes, reconoció á Urzúa, á quien le tendió la mano, y con una sonrisa de satisfacción, le dió las gracias por su ofrecimiento. "Joven, le dijo, si toda la gente de Loreto es tan leal y tan resuelta como lo es usted, créame que fácilmente acabaré con el espíritu de rebelión que reina hoy en el Perú. Todo está concluido; pero si usted desea ver, cómo les arreglamos las cuentas á los que perturban el orden público, véngase conmigo." Alfonso contestó algunas palabras de agradecimiento, y adheriéndose á S. E. y á su comitiva, atravesó junto con todos, el patio del ministerio de justicia, hasta llegar al de hacienda, en donde algunos de los acompañantes, él, y los edecanes, cabalgaron los caballos ensillados que se tenían listos, y salieron á la calle, seguidos por unos cuarenta hombres del escuadrón "Escolta." Tomaron la

recta de la "Unión." Apesar de ser las dos de la mañana, no dejaron de encontrarse con numerosos grupos de personas, que presenciaron en silencio, el desfile presidencial, sin lanzar un solo viva, ni hacer la menor manifestación de simpatía. Indudablemente, la masa popular de Lima estaba divorciada con la política del Gobierno. Llegaron á la plazoleta de Santa Catalina, en la que, con anterioridad, había acampado el batallón "Ayacucho," fuerte de 400 plazas. A la cabeza de esta tropa, el Presidente entró al cuartel de artillería, cuya puerta fué abierta para el objeto, cerrándose inmediatamente. La guardia estaba formada y presentó armas. El "Ayacucho" formó en columna cerrada en el primer patio, y S. E. y su gente, desmontaron, y se dirigieron al departamento de la comandancia general. Se le adherieron dos jefes; los otros dos, estaban heridos levemente, y solo faltaba uno, que no llegó en toda la noche.

Aún quedaban muchos muertos y heridos por recoger, y por todas partes se veían charcos de sangre. En el cuerpo de guardia, los heridos habían sido colocados sobre las tarimas, y los muertos en el suelo. Urzúa miraba todo aquello con horror, y al divisar, á distancia, á un oficial herido, sintió que la sangre se le helaba. No le faltaban deseos de ir en busca de su amigo; pero como nadie se separaba del grupo del Presidente, pensó en el mal efecto que podía causar, en el ánimo de sus compañeros, su inmediata deserción.

La tropa se dió cuenta de la llegada del jefe del estado, y principió á vitorearlo. Estaba todavía en mucho desorden. El combate había terminado, pero la disciplina no se había restablecido por completo. Solo una parte estaba reconcentrada en el segundo patio y formada en columna. El resto se ocupaba de recoger los muertos y los heridos.

El Presidente y sus acompañantes entraron á la comandancia. Urzúa, viendo que los edecanes se quedaban fuera, hizo lo mismo; y observando que su ausencia no había sido notada, y que nadie lo echaba de menos, ni

lo necesitaba para nada, se lanzó por los corredores de la artillería, en busca de los oficiales.

No había andado muchos pasos, cuando un capitán lo tomó violentamente del brazo, y le preguntó quién era y por qué estaba en libertad, cuando había orden que todos los paisanos que invadieron el cuartel estuvieran presos y con centinela de vista. Urzúa le dió á conocer su nombre y su entrada al cuartel acompañando al Presidente. Plá, que así se llamaba el capitán, le pidió excusas por la manera como lo había tratado y se puso á sus órdenes.

—Deseo ver al capitán Cegama,—le dijo Alfonso.

—¿Es usted pariente de él?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque está herido, y más vale que lo sepa usted, antes que le vea.

—¿Gravemente?—volvió á preguntarle Urzúa, con ansiedad.

—¡Quién sabe! está tendido en una cama y aún no se le ha hecho ninguna cura. Vamos allá.

Atravesaron una cuadra enorme, en cuyas tarimas se revolcaban numerosos heridos, y caminaron hasta llegar al cuarto en que estaba Pepe Cegama. Alfonso lo contempló con el más profundo dolor. Le vió incómodamente tendido en una estrecha cama de viaje, con los vestidos puestos y ni aún, siquiera, el calzado quitado. Solo tenía fuera la casaca militar y para que no le molestara el frío, le habían tendido su largo y pesado capote gris, que dejaba al descubierto su cara demacrada y pálida. No había perdido el sentido; se quejaba mucho, y concientemente trataba de evitar todo movimiento. En el acto reconoció á Urzúa y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Alfonso,—le dijo con voz apagada y dolorosa,—me han herido de muerte. Caí á lo último del combate, en los momentos en que daba gracias á Dios, por haberme salvado la vida, por dejarme en el mundo, en donde tanta falta hago á mis hermanos. ¡Ay, Manuelita! ¡her-

mana amada, encanto de mi alma, consuelo de mi existencia, luz de mi vida, único pensamiento de mi espíritu, es ahora, que estoy á punto de dejarte, que vengo á darme cuenta de lo mucho que te amo!.... ¡Dios mío! hágase tu voluntad; pero si me llevas, dale á ella mucha fortaleza, porque yo dudo que pueda resistir el golpe!... ¡Ay mis hermanitos, mi querida Beatriz!..... Alfonso: ¿qué son de ellos? ¿Saben ya mi desgracia?

Este profundo esfuerzo mental, este agudo dolor de su espíritu, superior al dolor corporal de su herida, le produjeron un desmayo, un intenso desfallecimiento, que llenó de congoja el corazón de Alfonso. El también lloraba, y cuando volteó la cara para mirar á su compañero, le vió anegado en lágrimas. Comprendiendo que no había tiempo que perder, preguntó al capitán Plá, si había medio de conseguir un médico, ó de trasladar al herido en una camilla á su propia casa. "Se ha mandado llamar á todo el personal facultativo del hospital militar de San Bartolomé, y antes de media hora estarán aquí con todo el material de operaciones," le contestó el oficial. Cegama había vuelto en sí, pero agotada la fuerza moral de su espíritu, solo se quejaba de su herida. Alfonso le recomendó silencio, para que no se pusiera peor, y le avisó que estaban haciendo preparativos para llevarlo á su casa, donde ya Beatriz y Manuelita, sabían que estaba herido, pero no de gravedad. Los ojos volvieron á llenárseles de lágrimas, y Alfonso, nuevamente, tuvo que enjugárselas; pues el peso de su capote y su debilidad le impedían mover los brazos. Después pidió agua, se le dió de beber, y quedó más tranquilo, preso de una ligera soñolencia. Alfonso y Plá se retiraron á la habitación inmediata, para no despertarlo con su conversación. Allí, á instancias del primero, el segundo refirió así lo que había pasado.

—Toda la culpa la tiene el capitán de guardia, quien aprovechándose de nuestro sueño y de acuerdo con la revolución, entregó el cuartel á un grupo, como de cincuenta paisanos, que entraron por la puerta del costado,

y se posesionaron del parque y uno de los torreones. Desde esos puntos nos atacaron sin piedad. Cegama, con dos oficiales y cuarenta hombres, ocupó el torreón que da á la plazuela, y debido á su valor y á lo estratégico de su posición, mantuvo á raya el avance de los revolucionarios: dominaba el patio principal y no los dejaba moverse de sus puestos; en cambio, soportó por una hora, el combinado fuego de la guardia de prevención, que estaba sublevada, y el de los invasores. Yo no sé cómo pudo resistir tanto; y si no hubiera sido por él, la revolución hubiera triunfado, como que toda la defensa del cuartel estaba en su torreón. Como es de suponer, la tropa que dormía en las cuadras, entró en la mayor desmoralización al oir los tiros. Yo levanté á mi compañía y la saqué al patio; pero recibimos un fuego tan nutrido, que nos vimos obligados á retirarnos. Además, habían apagado las luces, veíamos muy poco, y no sabíamos quiénes nos atacaban. Como á la hora del combate, viendo los asaltantes, que el fuego del torreón se hacía cada vez más débil y suponiendo con razón, que las municiones les estaban agotadas, se envalentonaron y salieron de sus guaridas, para tomar por asalto á la gente de Cegama. Entonces, los que estábamos en las cuadras, pudimos ver el insignificante número de los que nos atacaban, y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, conjuntamente los atacamos. La guardia de prevención vino en auxilio de ellos, pero sin éxito, á pesar de que pelearon muy duro, pues la derrota se había pronunciado en el paisanaje, que solo pensó en huir por la misma puerta por donde había entrado, lo que tampoco consiguieron, y por lo cual se entregaron incondicionalmente. De los cuarenta hombres que tenía Cegama, solo diez habían quedado en pie; los demás estaban muertos ó heridos, habiendo sido él, el último en caer. Como siempre sucede, la tropa que había sido leal, se lanzó sobre la guardia, y la asesinó casi indefensa, como que estaban exhaustos de municiones. La corneta tocaba, "alto el fuego," pero la calma no se restableció hasta que las luces no

fueron encendidas. Pudimos apreciar, entonces, la enorme cantidad de muertos y heridos. Casi todos eran militares. Esto indignó á la tropa contra el paisanaje, y fué necesario emplear mucha energía para impedir que se fusilara á los rendidos.

Noticiados el capitán Plá y Urzúa, después de mucho esperar, que habían llegado los médicos, salieron en busca de uno de ellos, el que vió á Cegama, y declaró que estaba mal herido en el pulmón izquierdo; y que era imposible trasladarlo á su casa, hasta que no se le hiciera una primera cura; pues una segunda hemorragia sería fatal. Se improvisó en el cuarto del herido una sala de operaciones, donde el facultativo, acompañado de dos practicantes, procedió á trabajar á puerta cerrada, después de haber despedido á todos los curiosos y amigos del paciente. Lo mismo hacían otros médicos. Los que podían aguardar sin peligro, su curación hasta el día siguiente, fueron enviados, á pie, ó en camillas al hospital. También habían llegado varias carrozas, las que salieron tan atestadas de soldados muertos, que las mulas casi no podían con los carros.

Urzúa y Plá quedaron muy silenciosos, en la sala inmediata, aguardando que terminara la curación del enfermo. De pronto, les sorprendió la detonación de una descarga de fusilería Salieron al patio y notaron que todo estaba muy tranquilo: la gente había sido confinada en su totalidad á las cuadras, donde estaban sobre las armas, y solo quedaban francos los oficiales que tenían á cargo, el cuidado de algunos heridos. Plá habló con el cabo de un piquete, que amontonaba los muertos en un carro, y éste le dijo, que en el *canchón* estaban fusilando á los prisioneros. Llevados por la curiosidad, los dos jóvenes se dirigieron al citado lugar; pero un centinela puesto en la puerta, les prohibió la entrada. El teniente López, del escuadrón "Escolta," que montaba esa guardia, y que era primo hermano de Plá, le contó en mucho secreto, que acababa de fusilar á dos prisioneros, por orden directa del Presidente. Urzúa y Plá se mi-

raron aterrorizados y se abstuvieron de comentar el hecho. Momentos después, los dos amigos, vieron avanzar hacia el mismo sitio en que estaban de pie, con el teniente López, un grupo de doce soldados del "Escolta," armados de carabinas y sables, resguardando á cuatro prisioneros, vestidos de paisano. Venía de jefe un edecán, que mandó hacer alto á su tropa, y que conferenció, durante un rato, en voz muy baja, con el teniente López.

—"¿A dónde nos llevan?" preguntó con voz altanera uno de los presos. "¿Para qué tanto secreto?" dijo otro. Urzúa los miró con profunda compasión. "¡Pobre gente!, pensó; algunos momentos más y serán pasados por las armas; pero están ignorantes de su sentencia, y por eso tienen la entereza de preguntar con insolencia á dónde los llevan."

—¿Cómo fusiló usted á los otros?,—le preguntó el edecán al teniente.

—Los hice amarrar espalda con espalda, y como gritaban mucho, les puse á cada uno su mordaza.

—El Presidente debiera buscar á otras personas para fusilar á sus prisioneros,—le dijo el edecán.—Si no fuera por el temor de seguir la misma suerte de esta pobre gente, créame, que me negaría á cumplir la orden. Pero lo que me horripila, es la manera como este hombre fusila á sus enemigos: estos infelices no saben nada de la sentencia que se ha dictado contra ellos: no tendrán tiempo para rezar ni un padre nuestro; pero ni siquiera para encomendar algo á sus familias. ¡Esto es salvaje! ¡cruel!.... Mañana mismo renuncio la carrera.

—Apresúrese usted á fusilarlos,—le respondió el teniente.—El Presidente debe estar aguardando las descargas, y por cualquier mala inteligencia se corre, en esta noche, el peligro de ser despachado al otro mundo.

—¡Qué bandido! ¡Y yo de cómplice suyo!.... Pero, ¿dónde consiguió usted cordeles para amarrar su gente?

—Aguarde usted, le contestó el teniente; y levantando la voz, dijo: "Sargento: entregue al cabo de ese piquete las *sogas* que le dieron en el parque."

La orden fué cumplida; y el cabo en persona, amarró con los cordeles que se le dieron, las manos de los prisioneros, después de colocárselas detrás, en medio de las protestas y los gritos de los más timoratos, que comenzaron á sospechar que se les iba á fusilar. La voz de avance fué dada, y todos, inclusos Plá y Urzúa, penetraron al *canchón,* enorme patio cuadrado y cercado por altas murallas. Dos faroles de gas alumbraban pobremente los cadáveres de la primera ejecución. Hasta ese sitio llevó á sus víctimas el edecán del Presidente, y por primera vez le comunicó su sentencia. La escena que siguió á este anuncio de muerte fué horrorosa. Aquellos prisioneros se dieron cuenta cabal, de haber sido conducidos hasta allí para ser asesinados miserablemente, sin darles tiempo para preparar su conciencia en el postrer momento de su vida; sin un instante de reposo para pensar en Dios, en cuyas manos en breves momentos pondrían sus espíritus; ni aun siquiera para deshacerse de las prendas que tenían, y poderlas enviar á sus hogares; ó para realizar el deseo de hacer un encargo, una disposición testamentaria; ó por lo menos, el tiempo preciso para pronunciar algunas palabras, que significaran el último adios que enviarían á los suyos. Y al darse cuenta de su crítica situación, al ver los preparativos de la tropa, y al reconocer en los cadáveres tendidos en el suelo, los cuerpos de sus jefes, perdieron el juicio, y dando alaridos horrorosos, se lanzaron sobre sus verdugos, y aunque maniatados, tuvieron rabia y fuerza para romper la muralla de hombres, que rifle en mano se preparaba para victimarlos. El cabo dió orden de perseguirlos, y entonces, los oficiales y Urzúa, todos cuatro con el corazón helado y el pensamiento en suspenso, presenciaron la más cobarde de todas las persecuciones. La tropa se lanzó sobre aquellos míseros hombres, cada uno de los cuales corrió por su lado con la agilidad del loco, la fuerza del histérico y el chillido de la fiera á quien se acosa. Al fin cayeron al suelo, y dos de ellos, los más jóvenes, echados bocarriba, se defendieron con los dientes y con los pies hasta que la

soldadesca estúpida y sedienta de sangre, los mató, acuchillándolos con los sables. Los otros fueron cogidos en peso y conducidos al lugar de partida; pero estaban muertos de susto, y como no podían tenerse en pié los fusilaron en el mismo sitio en que se habían desplomado.

El cabo repasó con la vista sus víctimas para cerciorarse de que estaban muertos. Uno de ellos, al ser removido, volvió en sí. "Un encargo, un encargo," dijo con voz moribunda. Los oficiales y Urzúa, casi de una manera instintiva, se acercaron á él. Alfonso dobló una rodilla y le vió de cerca al aproximar su rostro. Era un joven como de 25 años, muy blanco y muy hermoso. Estaba acuchillado y la sangre le salía por sus heridas. "Irá usted á mi casa, Carrozas 24, le dijo á Urzúa; verá á mi madre y le dirá que muero pidiéndole su perdón y su bendición. He sido un mal hijo. Este tenía que ser mi fin. Dios me perdone. Ahora, hágase su voluntad y mátenme cuando quieran. Ya me he reconciliado con Dios y con mi madre." El cabo le dió un tiro en la cabeza y cesó de hablar.

Urzúa, absorto, casi sin darse cuenta de lo que hacía, se vió en la puerta del *canchón*. Allí presenció la llegada de otro grupo de prisioneros. Atraído por el olor de la sangre, tal vez hubiera vuelto á entrar en ese recinto de muerte, á no acordarse de Pepe. El capitán Plá estaba no menos impresionado. Alfonso le cogió del brazo y le dijo: "Tenemos que sacar á Cegama." Entraron en el cuarto de éste y le encontraron tan pálido como un cadáver; pero ya desvestido, perfectamente vendado y cubierto con sábanas y frazadas de lana. El asistente ayudó al practicante en la tarea de amarrar á la camilla dos astas de banderolas, con el objeto de dar comodidad á las personas que cargaran al enfermo. Alfonso se vió con el médico, y supo por él, que Cegama estaba muy mal herido en el pulmón izquierdo y que no se podía asegurar nada respecto á su curación. Le aconsejó que le abrigaran mucho antes de sacarlo á la calle, y que durante la madrugada, le administraran por cucharadas,

un medicamento cuya fórmula recetó. Por último, que no lo desvendaran hasta que él no lo viera, al día siguiente.

Plá andaba buscando gente para cargar al herido y al fin llegó con 12 hombres. Habló con Cegama, á quien alentó mucho, diciéndole que tenía esperanzas de verlo sano muy pronto; y que por el momento, se preparara á sufrir un poco por la molestia que le ocasionaría el viaje. "Que me llamen á Alfonso" le contestó. Cuando Urzúa se presentó delante de él, le dijo: "Vete á casa, por delante, y prepara á Manuelita. ¡Qué espectáculo el que le espera! y felizmente me llevan herido y no muerto." Alfonso es apresuró á cumplir con el encargo de su amigo; pero antes de abandonarlo, se cercioró bien, que el herido había sido esmeradamente arropado, y que tenía la cabeza y casi toda la cara abrigada. Después talló á los soldados, para que los cuatro cargadores de cada turno, fueran del mismo tamaño; y por último, estuvo hasta majadero con el paciente capitán Plá, al recomendarle el cuidado que debía emplear, y la necesidad de que personalmente acompañara á su camarada. Al querer salir del cuartel, encontró dificultades, como que vestía de paisano y los oficiales de guardia no lo conocían. Tuvo, pues, que ir en busca de un edecán amigo suyo, que garantizara por él. Con tal motivo, se asomó por una de las ventanas del salón, en que estaba el Presidente y los suyos. S. E. ocupaba el centro de una mesa, alrededor de la cual tenía á los ministros de gobierno, de guerra y de relaciones exteriores; además, cuatro personas que Alfonso no conoció. Urzúa preguntó á su amigo, el edecán, por el coronel Martínez.

—Ese sí que es un valiente y un hombre de honor,—le respondió el oficial.—Inmediatamente que se ordenó el fusilamiento de los coroneles Bendoya y Merú, que fueron los primeros, se levantó de su puesto, y desafiando con la mirada al Presidente y á sus ministros, se fué para no volver más. El de relaciones exteriores quiso hacer lo mismo; pero no con la entereza del coronel Mar-

tínez, sino dando la excusa, que no se sentía bien. Entonces su colega, el de gobierno, se lo impidió. "Usted forma parte del ministerio, le dijo, y no es este el momento de ir atrás. El coronel Martínez no tiene ningún puesto oficial en este consejo, y por eso lo hemos dejado salir." El pobre hombre estuvo cobarde y se quedó; y véalo usted: pálido como una cera.

Urzúa se fijó en él, y le vió tan anonadado, que le inspiró lástima. En cambio, la cara de tigre que en esos momentos tenía el Presidente le causó desagrado. También estaba pálido; pero no con la palidez del sufrimiento, sino con aquella que produce la satisfacción de la venganza cumplida. Hablaba poco y parecía inmutable: ni se alteró, siquiera, cuando dos oficiales á quienes, en alta voz, mandó fusilar, lo maldijeron y lo trataron de asesino. Una que otra vez se sonreía; pero al hacerlo, sus facciones se contraían tan horriblemente, su boca hacía un gesto tan horroroso, y sus ojos se volteaban de tan extraña manera, que su aspecto inspiraba miedo y repugnancia. Los ministros de guerra y de gobierno interrogaban á los prisioneros; pero él, personalmente, daba la condena de muerte, en voz baja y con una sola palabra; ó moviendo afirmativamente la cabeza, cuando los ministros se limitaban á preguntarle con la vista, el castigo que deseaba para sus víctimas.

Al fin, Alfonso, se vió fuera de esa mansión de odio. Al encontrarse libre y solo en la calle, al sentir con placer la fresca brisa de la madrugada, orear amorosamente su frente enardecida, pensó que despertaba de una horrible pesadilla y se restregó los ojos. Tuvo un momento de felicidad al pensar que todo aquello había sido un sueño; pero las detonaciones de una nueva descarga, repercutieron en su corazón, y dolorosamente le volvieron á sumir en sus penosos recuerdos. Pensó en ir á casa de sus tíos para desahogar su alma, contando todo lo que había visto; pero vió que no tenía tiempo, y se fué, lo más pronto posible, á la calle de San Sebastián, donde encontró á la señorita Cegama, sola y recostada

en el balcón de su casa. La hermana de Pepe le reconoció en el acto y se imaginó lo peor, al verle llegar sin él. Quiso hablarle; pero no pudo. Una especie de nudo le oprimía la garganta.

—Manuelita,—le gritó Alfonso desde la calle.—Dé usted gracias á Dios por haberle salvado la vida á su hermano. Casi todos los oficiales de Santa Catalina han muerto; Pepe solo está herido.

La joven, presa de una terrible nerviosidad, bajó violentamente las escaleras de su casa, abrió con precipitación la puerta de calle, y bruscamente se puso delante de Urzúa.

—¡Está muerto!—le dijo;— y me lo niega usted. Sería imposible que me lo pudiera negar. Le veo tan horriblemente pálido y demacrado, que no puedo creer lo que ha dicho. Le exijo que me diga la verdad.

—Nunca he jurado por las cenizas de mi madre,—le contestó Alfonso, emocionado;—pero ha llegado el momento en que tengo que jurar por lo que me es más sagrado, para que me crea usted y cese de sufrir. Pepe está herido, de gravedad, en los pulmones; lo traen sus soldados, y antes de un cuarto de hora le verá usted aquí. Prepárese, pues, para recibirlo, y tenga juicio, Manuelita, que no es el momento de llorar, sino de salvarle la vida. Arréglele su cuarto: que todo esté listo. Yo tengo que dejarla un momento: voy á la botica con una receta que me dió el médico de la Artillería.

—Alfonso, me vuelve usted el alma al cuerpo,—le contestó profundamente emocionada y con los ojos llenos de lágrimas. No se demore; mire que estoy sola.... ¡Dios mío!—exclamó después de una pausa,—¡me lo entregas con vida: ahora solo falta que lo salves!

Urzúa la dejó, y efectivamente se fué á la botica de la calle de Mercaderes. Manuelita se sintió mucho más animada. Le había llorado por muerto y ahora sabía que solo estaba herido. Sin embargo, la noticia la trastornó: iba de un lado á otro sin hacer nada; despertó á los niños, los hizo vestir y les comunicó que traían á Pepe herido.

Al regresar Urzúa á la casa, con la medicina que había comprado, se encontró en la calle de San Agustín con Plá, que acompañado de sus soldados llevaba al herido.

—Alfonso,— le dijo, todo asustado:— el pobre Cegama ha dejado de quejarse. Le he llamado y no me contesta. Creo que se ha muerto.

—¡Canario!—exclamó Urzúa, dando un salto, como si le hubieran clavado una puñalada.—Y yo que le he dicho á su hermana que está vivo!.... ¡Dios mío! es preferible mil veces morirse, que pasar lo que yo estoy pasando esta noche.

La camilla fué puesta en tierra y el herido examinado en medio de la calle. Estaba caliente; pero el corazón apenas le latía. Al parecer estaba agonizando. Alfonso pidió á la tropa una cuchara. Como es de suponer, ninguno la tuvo. Entonces extrajo de un tirón la tapa de su reloj, y haciendo de ella un envase, la llenó del líquido contenido en el frasco, y la dió á beber al enfermo, quien se reanimó notablemente. Al llegar á la casa, Manuelita bajó las escaleras para recibir al enfermo. Alfonso le indicó con energía, poniéndose el dedo en los labios, que debía guardar silencio y mucha compostura. Los niños, que habían bajado también, tiritaban de miedo y estaban agarrados al traje de su hermana. Jamás habían visto un espectáculo de muerte tan sangriento, como el que tenían á la vista. Pepe fué colocado al medio de su cuarto. Se le descubrió la cara, y al ver á su hermana se sonrió. Seguramente había creído morir sin verla, y su presencia le llenó de gozo. Manuelita, haciendo un esfuerzo sobrenatural para no llorar, le correspondió de igual manera.

—Ya ves, Pepe,—le dijo,—lo bueno que es estar bien con Dios. Como siempre has sido tan buen cristiano, el Señor te proporciona la oportunidad de ser traído á tú casa, para que te cures. Ya verás qué pronto te ponemos en pie. ¿Qué cosa se ha propuesto, alguna vez, tu hermana Manuelita, que no la haya conseguido? ¿Tú lo recuerdas, Pepe? Ya verás cómo te curamos.

—El joven no contestó. Había perdido el habla.

—Ahora, quédate tranquilo,—continuó ella.— Deja que me ocupe de buscar al médico, á nuestro buen amigo, el doctorcito Sánchez. También quiero prepararte un buen caldo de gallina.

Plá quedó con el enfermo, y la tropa aguardando órdenes en la escalera. Manuelita y Alfonso salieron juntos del cuarto del herido y caminaron hasta legar al balcón, en donde ella rompió á llorar, poniendo término á su fingida tranquilidad, sin temor de ser oída por su hermano.

—Calma,—le dijo su amigo.—Aún quedan esperanzas de salvarlo.

—¡Imposible, Alfonso! Si veo que se está muriendo. Si ya no tiene habla y está tan pálido, que creo no le ha quedado una gota de sangre en el cuerpo. ¡Pobre hermano mío! nuestra desventura le arrebata la existencia cuando más derecho tiene á ella. ¡Y yo sin poderlo remediar! ¡Urzúa, por Dios! ¿qué hacemos para salvarle la vida?

—En primer lugar,—le dijo el joven,—que Luis se haga acompañar por el negrito de esta casa, y vaya á traer al doctor Sánchez. El estado del paciente lo requiere. Al mismo tiempo, que Lucas se haga acompañar de un ordenanza, y se llegue al conventillo de San José, y se vuelva con el señor Ochoa. Todo hombre que está en peligro de muerte necesita auxilios espirituales. Por último, que Plá, que está obligado á regresarse inmediatamente á su cuartel, por orden superior, se llegue primero á la calle de Belén, y de parte de Vd., avise á Beatriz lo que pasa; y después, tome la calle del Sauce, y cuente el suceso á doña Margarita. ¡Ah!, me olvidaba, que Lucas vaya, también, á San Marcelo, y llame á Florimbó.

—No,—contestó Manuelita con presteza;—nada de novios en estos momentos.

Urzúa no insistió. Toda la casa fué puesta en movimiento; como que la señorita Cegama encontró muy razonables todas las disposiciones de su amigó, con excep-

ción de la del novio. Ella, acompañada de Alfonso, quedó, con el herido, que seguía en su soñoliento estado. Ya no tenía fuerza para nada. Se estaba muriendo con toda la tranquilidad de una persona á quien le abren las venas en un baño de agua tibia.

El primero en llegar fué el médico, quien se dió cuenta de la gravedad de Cegama, y recetó inmediatamente, encargando á Urzúa que corriera á la botica y le trajera un enérgico estimulante, para hacer funcionar el semiparalizado corazón del joven oficial. Cuando Urzúa regresó con la medicina, se encontró con el señor Ochoa, que con toda tranquilidad, aguardaba una reacción favorable en el enfermo para poder hablar con él. Hacía pocos momentos que había entrado. Al ver á Manuelita la abrazó y la besó en la frente. "Hija mía, le dijo, Dios pone á prueba la bondad de sus criaturas. Te ha tocado el turno. Quiera el Señor, en sus altos designios, conservarle la vida á tu hermano; pero si le lleva, feliz él, que sale de las miserias de este mundo con el alma todavía inocente. Bienaventurados los limpios de corazón, dijo Jesús, porque de ellos es el Reino de Los Cielos. Aquí, hijita, en este rincón de la sala me voy á sentar. La casa está en mucho trajín. Que me avisen cuando Pepe esté mejor, para confesarlo, aunque no lo necesita; pues al caer herido, habrá hecho tan piadoso acto de contrición, que ya Dios le tiene perdonados todos sus pecados. ¡Qué dicha! ¡Bendita sea la Misericordia Divina!"

Poco después llegó Beatriz acompañada de Peta. La hermosa niña, al saber por Plá la gravedad de su novio, habíase excusado con la familia García Azuaga, y venídose, muy apurada, á casa de los hermanos Cegama. Todos, en el hogar de doña Rosa, se prestaron para acompañarla; pero Pepe, que gozaba con verlo y saberlo todo, exigió imperativamente, la preferencia en ese acompañamiento.

Las dos amigas, al encontrarse, se confundieron en un tierno y amantísimo abrazo; y juntas derramaron sus lágrimas, sin decirse una palabra. Tomaron, después,

asiento al lado del señor Ochoa, y la hermana del herido, refirió á Beatriz todo lo que sabía sobre el caso. "Aguarda, le dijo, que el médico nos deje entrar. Para cuando llegue ese momento, prepárate para verlo en agonías, y quiera Dios, que su palidez no te produzca la horrorosa impresión que á mí me ha hecho. Me siento enferma, Beatriz. No sé qué pasa en mi cabeza. Se me hace el efecto, que en ella hay un volcán próximo á estallar."

—Más religión, hijas mías,—les dijo el señor Ochoa, —y menos apego á los bienes terrenales. Todo lo que se nos es dado aquí es perecedero. La existencia corporal es fugaz. Solo es eterna la vida espiritual. Desprendamos nuestros corazones de las cosas temporales; y así, al perderlas, nuestra alma no será conturbada.

Peta, no obstante que nunca había estado en esa casa, ya se había paseado por ella, como si hubiera sido la suya. Entró hasta la cocina, y todo lo registró. Es cierto que no era únicamente curiosidad lo que la tenía en movimiento: buscaba una persona de confianza, que entrara en el cuarto del herido, lo que nadie podía hacer por haberlo impedido el médico, y colocara á Pepe el pañuelo de Marcela. Peta seguía á la pesca de milagros; y ya que doña Rosa había sido tan poco complaciente con ella, hacía diligencias para tomar la revancha, y creía haberla encontrado en un hombre que estaba en agonías. ¡Qué triunfo para Marcela! pensaba la beata, si Cegama, por virtud divina de aquel pañuelo se levantaba de su lecho de muerte! En esta vez, como en la anterior, sus esfuerzos volvieron á ser inútiles, por no haberse encontrado la manera de colocar el objeto al pecho del paciente, materialidad indispensable para que el milagro se realizara.

El médico, en compañía de Urzúa, ponía su ciencia al servicio de su enfermo, que cada vez quedaba más insensible. Desesperado del mal éxito de sus esfuerzos, y como último recurso, acudió á las inyecciones; pero tampoco le dieron resultado. Entonces dirigiéndose á Alfonso, le dijo: "mi amigo, este es un caso perdido. ¡Pobre mozo! no le veo remedio, como que sin sangre no se pue-

de vivir. Prepare usted á la gente, porque esto va ligero. Yo me voy; pero si por una casualidad amaneciese vivo, no deje usted de llamarme á las seis de la mañana, para venir á verlo."

Alfonso hizo pasar al señor Ochoa y le dejó solo con el herido. Ya Pepe había perdido el conocimiento. Sus ojos estaban velados por un soplo de muerte, y su mirada tenía la fijeza de los que se van. El sacerdote le llamó varias veces, y como si algo oyera, movió los párpados, y reflejóse en su vista inmóvil, los últimos destellos de una vida, que tan bruscamente terminaba en él. "Dios te ampare! ¡Dios te favorezca! hijo mío, en este supremo instante en que principia para tí la vida eterna. No tengo duda que ya te has despedido de todos los lazos que te ligan á la tierra, y que has puesto tu alma en las manos del Señor. Confía con toda fe en su grandiosa misericordia. Tu existencia ha sido un modelo edificante de virtud, y es mucho lo que has amado para que no seas perdonado. Espera, pues, con alegría en el Reino de los Cielos. Desde lo más íntimo de mi alma, doy perdón á tus pecados, te bendigo y te auguro la eterna bienaventuranza. Dichoso tú que estás entre los elegidos; que siempre gozaste de la Divina Gracia, y que ahora entregas tu alma al Criador, en medio de sus bendiciones y rodeado de los seres que te son queridos."

Notó el señor Ochoa que las facciones del moribundo se perfilaban, tocó su frente y la halló fría. Comprendiendo que se acercaba el momento fatal, fué en busca de la familia. Abrazó á Manuelita, á Beatriz y á los dos niños, y con voz solemne y profundamente emocionado les dijo: "El Señor se lo lleva, porque quiere tenerlo á su lado. Conformémonos con su santa voluntad; y pidamos para nosotros, míseros pecadores, igual suerte cuando nos llegue nuestro turno. Vamos hacia él y acompañémosle sin llantos ni lamentaciones, sin nada mundano que turbe la paz con que está entregando su alma á Dios."

Manuelita había cesado de llorar. Ya no sufría, como que había perdido la noción de la realidad. Sus ojos es-

taban enjutos, su mirada vaga y su expresión indefinible. "Está *volada,* dijo Peta, en secreto, á su sobrino. Alfonso se extremeció. Jamás había oído esa palabra; pero no necesitó comprenderla para darse cuenta, de que la beata hacía referencia á la pérdida de la razón. "Sí, sí, dijo Manuelita, indudablemente al cielo. Vamos, Beatriz, usted también, Alfonso; el negrito que no entre: es muy travieso. Vamos."

—Beatriz,—dijo Urzúa á la joven,—haga usted algo por su amiga .Esto sería el colmo. He visto morir mucha gente esta noche; he visto asesinar á los hombres de la misma manera que se cazan fieras; estoy viendo apagarse la vida á Pepe, todo lo he soportado y tengo todavía valor para ver más sangre y más lágrimas. Pero á ella, loca, lanzando una risotada en este momento, ¡por Dios! eso no podría soportarlo. Su risa me partiría el corazón, me dejaría idiota. Dele usted algo á esta niña: un poco de bromuro, cualquier cosa; aunque lo mejor sería llamar al médico. Pepe se muere; pero debemos salvarle la vida á su hermana. Esto sería el colmo!

El doctor Sánchez fué llamado nuevamente. Estaba escrito que no debía dormir esa noche. Cuando volvió, á las cuatro de la madrugada, los encontró á todos arrodillados alrededor del lecho del que ya era un cadáver. José Cegáma, capitán de artillería, acababa de morir. Su alma se había ido con las últimas sombras de la noche. ¡Pobre joven! La muerte le llevaba, como había dicho Manuelita, cuando más derecho tenía á la vida. Cuando principiaba á hacer papel en ella, y cuando más falta hacía á los suyos. Todo un mundo de esperanzas, todo un futuro amorosamente ideado y aguardado, toda una viva realidad de ensueños, de encantos, de miserias sufridas con abnegación y alegría, todo terminaba violentamente en ese hogar. La suerte marcaba nuevos rumbos, nuevos nidos. En la necesidad de vivir, ya que el corazón tiene tanto apego á esta mísera existencia, cada cual tomaría su camino, más ó menos lleno de espinas; tal vez florido y perfumado al fin de la jornada, porque así es la vida.

XVII

Alfonso se retiró como á las seis de la mañana. A esa hora se fué al hotel y se acostó. La fiebre le había aumentado notablemente, pero como estaba muy cansado se quedó dormido.

Al salir de la casa, lo dejó todo en orden. Los niños habían sido enviados donde la Barbanera, desde que al lado de su hermana solo servían de estorbo. El señor Ochoa se despidió á las cinco y media, para llegar en tiempo á San José y decir su misa. Peta salió, también, á esa hora; y no paró hasta llegar á la calle de Belén, no tanto para imponerse de la salud de su prima, como para ser la primera en contar lo acontecido en Santa Catalina, y en casa de Cegama.

Pepe había sido lavado y vestido con su uniforme militar, por Alfonso y por su primo político, el señor Artíz. Después lo colocaron en su propia cama. Estaba blanco como un papel, y en nada se había desfigurado. Más bien parecía una persona dormida.

Cuando los jóvenes terminaron y se retiraron del cuarto, Beatriz y doña Margarita, entraron en él y lo arreglaron todo con más amor y más delicadeza. Sobre la cómoda, colocaron las imágenes de los santos que fueron de su devoción, y las iluminaron con la pálida luz de una lámpara de aceite. A la derecha de su lecho, y sobre una mesita, pusieron otra lámpara; y en un artístico vaso, las últimas flores que él mismo había comprado. Poeta y filósofo, su alma se extasiaba en sus momentos de soledad, contemplando los múltiples colores, y las bellas y veriadas formas de esos remedos de la humana primave-

ra, de esas rosas, margaritas y tulipanes, que fueron para él, sin que nunca lo supiera, imagen viva de su fugaz existencia. En ellas se inspiraba, cuando cogía el lápiz, y en sentidos versos cantaba su amor, y sus ansias de un mejoramiento más conforme con sus ideales. Beatriz recordó su decidida predilección por ellas, y se las colocó á su lado. Quiso que le acompañaran en su despedida; que perfumaran y embellecieran su lecho de muerte, ya que tanto él las había querido en vida. Después le besó la frente, se arrodilló á su lado y le contempló sin derramar una lágrima. Por primera vez le miraba, sin encontrar correspondencia. Doña Margarita la dejó sola. Entonces principió á hablar en voz muy baja. "Insensible como soy, dijo, trabajo me costó quererle; pero fué tan fino, tan sugestivo; lo veía tan amoroso con su familia, lo encontré tan superior á los otros hombres que me asediaban, que al fin llegó á serme agradable; y posteriormente, ya no podía vivir sin verle. Mi padre y él: los únicos seres que he amado. Mis hermanos, con excepción de María Eugenia, no han hecho más que chismearme, y mi madre, nunca me ha perdonado el haber nacido árida en afectos, como si yo tuviera la culpa de ello. En mi niñez, me maltrató todo lo que pudo. De mujer, ya que no puede hacerlo, me hiere de palabra cada vez que hay ocasión. El viejo; ese sí que me quiere; ese sí que sufre al verme apática. Presume lo desgraciada que seré, y por eso ha reconcentrado en mí todo su cariño y me ama locamente. Pero él, también se irá, así, violentamente como éste, que ni siquiera ha tenido tiempo para decirme adios. Alfonso me dice que preguntó por mí. Debe ser cierto, porque me amaba. Yo también le he querido y le seguiré queriendo. Su recuerdo no se apartará de mi memoria, y dada la manera como cautivó mi corazón y lo indiferente que me son los hombres, dudo que algún día llegue á serle infiel. Se ha ido en los momentos en que debía unir mi suerte á la suya. Mi padre, según lo han dicho los médicos, se irá el día menos pensado; y entonces, me quedaré sola. Siquiera

Manuelita tiene á su novio, que le ama, y que es correspondido por ella. Sus pleitos y sus contínuos celos, solo sirven para comprobar que ambos se quieren. Se casará; si acaso no con él, con otro; como que le sobran atractivos y corazón. Sus hermanos crecerán, y serán nuevos consuelos para ella. ¿Pero yo?....."

Florimbó llegó á las seis de la mañana. No sabía nada de lo que pasaba en casa de los hermanos Cegama. En la noche había oído los tiros. Quiso levantarse, pero su madre le pidió que no lo hiciera; y como tenía muy poca voluntad de salir á la calle, estuvo muy obediente, y se volvió á quedar dormido hasta el día siguiente. La señora, con más interés que él por la cosa pública, no obstante que el político era su hijo y no ella, se levantó al rayar el alba. Salió á su puerta de calle, y allí estuvo hasta que halló un transeunte, que le relató lo pasado en Santa Catalina. En el acto pasó al cuarto de su hijo, lo despertó y le dijo: "El combate ha sido en la artillería; vístete y corre á casa de Cegama, que tal vez está herido. En caso contrario, los dos hermanos agradecerán tu atención."

Florimbó se quedó frío al entrar en la sala de los *altitos* de San Sebastián y notar el aspecto mústio y compungido de las personas que le recibieron. Se dirigió inmediatamente donde Alfonso, quien con la tranquilidad del que todo lo ha pasado y sufrido, se limitó á darle la noticia muy lacónicamente. "Pero, no puede ser," exclamó el recién llegado, con la vehemencia del que se resiste á creer una enorme desgracia. Entonces, Urzúa le llevó al cuarto mortuorio, donde la emoción de Florimbó fué todavía más intensa. "¡Imposible, no puede ser! volvió á decir. ¡Pepe, soy yo, Pablo, quien te llama!" le gritó al cadáver. En vano aguardó algunos momentos, sin obtener respuesta. Anonadado por la magnitud de esta desgracia, superior á su fuerza moral, cruzó sus brazos, los puso sobre el hombro derecho de Alfonso, y dejando caer su cabeza, quedó idiotizado por breves momentos. Su amigo le sacó del cuarto, le llevó

al comedor y allí le dejó con doña Margarita, mientras, él, avisaba la visita á las dos amigas.

Manuelita lo recibió, teniendo á su lado á Beatriz. Florimbó, más impresionado que afligido, apoyó su codo sobre su doblada rodilla, y sujetando su inclinada cabeza con la mano del mismo brazo, permaneció unos cuantos instantes en esa posición de súplica. "Perdón, Manuelita, le dijo. He estado torpe en no suponer que la acción podía realizarse en Santa Catalina, y que esta desgracia debía pasar. ¡Pobre Pepe! He llegado tarde....." Continuó con sus excusas y sus lamentos. Beatriz le acercó una silla, y en ella se sentó. La joven parecía muda. Estaba envuelta en una manta negra y no se dejaba ver la cara. Su amiga hizo comprender á Pablo, haciéndole señas con las manos, que no estaba bien de la cabeza, lo que no era cierto. Manuelita había recuperado por completo sus facultades mentales. Su desesperación y su ansiedad habían llegado á su colmo. Ahora solo quedaba en ella una profunda tristeza, una inconsolable melancolía, un deseo de huir; pero huir muy lejos, á otras regiones de la tierra donde se sufriera menos. Estaba con el alma dolorida, muy decepcionada y muy fuera de lo normal, para pensar en su amor; para encontrar en las pretensiones matrimoniales de Florimbó, algo que mitigara la irreparable pérdida que había sufrido. Además, no era su pretendiente persona sugestiva; y en esos momentos, ni su acción, ni su palabra, le proporcionaban ningún consuelo. Ella, que intelectualmente le era muy superior, comparó su llegada á última hora, cuando todo estaba consumado, con la actividad de Alfonso, entrando en un cuartel para traérselo todava vivo, y darle la oportunidad de verlo sonriente en su última despedida. No lo encontró ridículo por esto, ni digno de censura; pero sí, le tuvo pena, al ver su negligencia, su falta de perspicacia, por no haber adivinado lo que pasaba y haber adquirido, así con ella, méritos importantes. Pensó, también, en su soberbia resolución de no haberle llamado, cuando Alfonso se lo propuso; pero recapacitando, nue-

vamente sobre lo hecho, volvió á convencerse que había estado correcta, en no aprovecharse de las ventajas de la situación. Quiso proceder así, para no coartar la libertad del joven, que quién sabe hubiera creído, que se le llamaba para forzarle á renovar sus votos de fidelidad, ante el cadáver del hermano, tal vez cuando ya pensaba olvidarla por María Calvo, ó por otra. Por eso, no obstante, que su corazón estaba muy adolorido, muy dispuesto al perdón y muy ansiosa de encontrar en los suyos nuevas fuentes de consuelo, se abstuvo de decirle nada. "No vaya á creer, pensó ella, que le estoy buscando, porque he quedado sola y pronto estaré en la miseria."

Alfonso despertó á las doce del día. Notó que le dolía todo el cuerpo, especialmente la cabeza y la cintura, y ya no tuvo duda, que había sido cogido por la epidemia de influenza, que reinaba en Lima. Llamó al criado y al señor Palomares. Ambos vinieron inmediatamente y le aconsejaron que no se levantara, y que aguardara al médico del hotel, quien lo puso bajo un severo régimen de curación, y le tuvo confinado una semana en su cuarto, sin permitir, en los primeros días de la enfermedad, que se le diera ninguna noticia, ni le causaran impresiones, temeroso de que la fiebre le subiera más y le afectara el cerebro. Emocionado con todo lo visto la noche anterior, y aniquilado su cuerpo por la falta de sueño y por el frío y la llovizna de la madrugada, su materia fué hallada débil por el mal, el que tomó enorme vuelo en las primeras 48 horas. Toda su familia se alarmó y vino á verle. Peta, que parecía hecha de hierro, no obstante sus anteriores trasnochadas, se prestó, con el afecto y la solicitud que la distinguían, en compañía de dos beatas más, á velar al enfermo durante dos noches seguidas. En la última, y en el momento de más delirio, ella y sus compañeras de devoción, colocaron al pecho del enfermo el susodicho pañuelo de Marcela. "Aunque el médico diga que no, dijo Peta á sus amigas, yo lo encuentro muy grave. Ni siquiera se da cuenta de lo que estamos haciendo con él. Es cierto que no está de muerte; pero en los

milagros, es mejor proceder como en la medicina, donde es preferible preveer que curar." Al día siguiente, las tres hermanas de espíritu, volvieron á las doce meridianas, ansiosas de conocer el estado del enfermo. Le encontraron con la fiebre baja, muy sonriente y tomando con apetito su almuerzo. "Se ha hecho el milagro, dijo Peta. ¡Alabado sea el Señor! Alfonso: cuando te levantes, tienes que confesarte y comulgar en acción de gracias, pues el Cielo te ha salvado la vida por la intersección de una de sus siervas." Urzúa, maliciosamente, se hizo el que no sabía nada.

—¿A qué debo la dicha de estar con vida?—preguntó.

—Al pañuelo de Marcela,—le contestó su tía.—Métete la mano en el pecho y lo encontrarás. Anoche, cuando estabas delirando, te lo puse bien prendido á tu camisa de dormir.

—¡Ay! tía,—le dijo el sobrino, fingiendo profunda pena, y haciendo todo lo posible por contener la risa.—Seguramente pusiste mal los alfileres, y uno de ellos me pinchó. A no ser por esto, no hubiera descubierto que tenía adherido á mi cuerpo aquel pañuelo. Solo que, debo confesarte, que como no sabía lo que era y como lo ví tan sucio, me inspiró asco y lo arrojé á la vacía que uso para mis menesteres corporales.

—¡Impío!—le gritó su tía amenazándole con los puños, é inmediatamente tiró la portezuela de la mesita de noche, y quedó absorta al ver, el ya histórico pañuelo de Marcela, miserablemente tapado con las deyecciones del enfermo.

—¡Masón! ¡Judío! ¡Hereje! ¡Excomulgado!—le gritó, sin que el sobrino hiciera la menor protesta. ¡Te has ensuciado en él!

Tratando Alfonso de contener la risa, para no enojar á su tía, bajó la cabeza; pero habiendo cometido la imprudencia de levantarla, contempló la cara estúpida de aquella creyente, en que se pintaba el dolor y la rabia, y se echó á reir. Peta comprendió, entonces, toda la malicia de su sobrino; y como una arpía se lanzó sobre él,

le cogió de los cabellos, y por varias veces, sacudiendo con vehemencia su cabeza, se la golpeó contra el respaldar de madera de la cama en que estaba. Viéndose tan mal tratado y temiendo que su tía lo ahorcara, lo que hubiera sido fácil, en el estado de debilidad en que estaba, principió á gritar como un chiquillo á quien azotan. Las otras beatas, que también gritaban, se lanzaron en su defensa, y cuando la batalla estaba en todo su furor, acudieron á los gritos, el señor Palomares y otros huéspedes del hotel, quienes presenciaron, sin darse cuenta de lo que pasaba, todo lo grotesco de aquella escena. Al fin vino la paz. Entonces, Alfonso, comprendiendo lo pesado de su broma, y avergonzado de ella, se acostó y se tapó la cabeza con la sábana, sin dar ninguna explicación. Peta, blanca como el papel de la ira que había tenido, se envolvió en su manta. Sus compañeras hicieron lo mismo, y sin despedirse de nadie, salieron todas tres como unas brujas, que van á cabalgar escobas para visitar al diablo.

En su convalecencia, Urzúa supo por don Juan de la Cruz, el escape dado por su tía Rosa, quien estuvo dos días entre la vida y la muerte. Sin embargo, había quedado tan débil después de su enfermedad, que por este motivo habíase ido á Chorrillos, junto con toda su familia. Como es de suponer, Alfonso contó á su tío todos los horrores que había visto en Santa Catalina. "¡De qué buena me he librado! exclamó el señor García. Cómo me hubiera visto con esas matanzas, siendo yo el presidente del concejo."

Otro que no faltó un solo día á la habitación de Alfonso, fué Pablo Florimbó. Por él se impuso del suntuoso entierro hecho por el Gobierno al finado capitán Cegama. Puesto de cuerpo presente en una capilla, que se le arregló en el cuarto de banderas en el cuartel de artillería, fué conducido, después, sobre la cureña de un cañón, con gran acompañamiento militar, al cementerio general. El Presidente en persona había visitado á Manuelita; y por su orden, se le entregaron un año de suel-

dos. En todo esto había mucho de política. No obstante que el finado, con su comportamiento se hizo acreedor á estos honores, pudo traslucirse que el verdadero móvil de tanta recompensa, estaba en el deseo del Gobierno, de hacer méritos con el ejército para captarse su lealtad. Respecto á la señorita Cegama, le contó, que la visitaba todas las noches en su retiro, que por entonces era el cuarto del finado, el que encontraba muy concurrido con personas de su íntima confianza. Allí se veía de continuo con Beatriz, la señora Margarita, las Barbanera, el señor Ochoa y el doctor Sánchez. También había presenciado algunas visitas de condolencia, hechas por gente distinguida, las que, únicamente, recibía la tía de la huérfana. Los hermanos Cegama, aunque pobres, estaban muy bien relacionados con los buenos círculos de Lima.

Manuelita continuaba en su profunda melancolía. Había perdido el apetito, su espiritualidad y su amable carácter. No estaba idiotizada, como que contestaba á todo con mucha lucidez y con el buen juicio que siempre tuvo; pero sentía tan poco amor á la vida, se había vuelto tan apática, había cobrado tanto odio á la luz, á los colores, á las flores, á la música, á la naturaleza en una palabra, que solo hallaba confortable retiro en la obscuridad de su cuarto. Las visitas hablaban entre sí, haciendo su charla lo más amena posible, y excluyendo de ella al finado, para no tocar la llaga; y si, algunas veces, la instaban á dar una respuesta, respondía con un sí ó con un no. "Cuando la saludo, dijo Florimbó, solo me contesta con las palabras "buenas noches." Y si insisto en hablar con ella, y le pregunto cómo se siente, únicamente me dice que está mejor. No puedo sacarle una frase más. ¡Pobre niña! Para mí está perturbada y esta idea me aterra. Es ahora, que me parece que la voy á perder, que siento la magnitud del cariño que le profeso. Lo que no comprendo hasta hoy, es por qué no me mandó llamar la noche fatal, habiéndolo hecho con Beatriz y con su tía. Algún día descubriré con ella este pun-

to." Urzúa no le contestó nada; pero recordó la negativa de Manuelita y hasta sus palabras: "nada de novios en estos momentos."

Alfonso quedó sumamente débil después de su enfermedad, y como su madre había muerto de tuberculosis y podía ser un candidato á tísis, si no se cuidaba, el médico le hizo salir inmediatamente á la Chosica, donde le tuvo un mes. Todo ese tiempo vivió en mucha soledad; pues casi todas las familias de Lima, que por esa época habían ido allí en busca de mejor temperamento, tuvieron que regresar á la capital, á causa de que, todas las noches, la *montonera* se tiroteaba con las avanzadas de un batallón, que estaba estacionado en ese lugar.

Sus amigos y su familia le visitaban los domingos; pero ninguno estuvo tan fino con él, como el señor Palomares, quien tan solo por acompañarlo, se pasó ocho días en aquella soledad. En las mañanas se levantaban los dos muy temprano, y á pie, paseaban una y dos leguas por aquellas serranías. De todo hablaban en esas excursiones: de las riquezas vírgenes del Perú, del porvenir de la patria, de la revolución, de su gobierno federal y de la amistad con el Presidente; y al recordar al tal amigo, los dos se miraban maliciosamente y se sonreían. Congeniaban en opiniones, y para ninguno de ellos era un misterio el por qué los hombres de la Administración los tenían de aliados.

—Ni es federalista, ni siente la necesidad de protegernos,—dijo el señor Palomares, refiriéndose al jefe del Estado.—Necesita nuestro dinero, y que le dejemos en paz para retirar sus fuerzas del Amazonas. Por esto se ha entendido con nosotros. Sin embargo, haríamos mal traicionándolo en estos instantes. Creo que lo más prudente es aguantarnos en paz con él y con todos, hasta que la situación se aclare por aquí.

Don Juan de la Cruz hacía una vida patriarcal en Chorrillos. Desligado con todos los partidos políticos, veía correr la bola de nieve, sin el menor temor de verse envuelto en ella. Esperaba tranquilo el triunfo de uno

ó otro bando, para plegarse al victorioso, con la maña con que siempre lo hacía. Los negocios industriales, en los cuales tenía interés, estaban casi todos paralizados; de manera que, por ellos, tampoco estaba obligado á ir á Lima. Monseñor y sus otros amigos le visitaban y comían con él jueves y domingos, y le contaban todo lo que ocurría en la capital. Se había comprado un enorme sombrero de paja, y no obstante el frío de la estación, se bañaba en el mar en compañía de sus hijas, todas las mañanas; y en las tardes, paseaba con ellas por el "Salto del Fraile," las "Chacritas," "Villa," atreviéndose á veces, á irse á pie con las dos señoritas, hasta el Barranco, y regresar después en el tren de seis, á comer con el apetito de un colegial y á dormir con la tranquilidad de un bienaventurado.

Doña Rosa iba recuperando con rapidez sus fuerzas, y daba también sus paseos; aunque no se atrevía á caminar tanto, como lo hacía el roble de su marido. Una noche, hablando con él, le aconsejó que visitara al Presidente. "Todavía no ha caído, le dijo; y quién sabe, si no cae. En el Perú, y en estos tiempos, lo imprevisto es lo que ocurre. Naturalmente, no te comprometas á servirlo en nada. Dile que estás desengañado de la política, y que no te ocuparás más de ella."

Un domingo, don Juan de la Cruz encontró al Presidente en el palacio de los virreyes. Le halló muy tranquilo y sin el menor enojo contra él, por no haberle organizado el gabinete que le encargó.

—Mi amigo García,—le dijo:—usted es de los constantes; y como no somos amigos de hoy ni de ayer, me complazco mucho al verle entre los pocos que me visitan. ¿Recuerda usted cuando encontraba esto lleno? Ya volverán cuando aplaste á estos canallas de revolucionarios.

Don Juan le habló de las enfermedades habidas en su casa, exagerándolo todo. De su caída en cama, precisamente, el mismo día en que debía buscar amigos para formar un ministerio. Después, con mucha diplomacia,

deploró los alzamientos habidos en provincias, y la intentona de Santa Catalina.

—Urzúa le habrá contado todo lo ocurrido aquella noche,—le dijo el Presidente;—y aunque él no hubiera estado allí, no le habrían faltado á usted medios de saberlo todo, como que para nadie es un secreto, en Lima, la manera cómo liquidé mis cuentas con esos caballeros. ¡Miserables! ochenta bajas me hicieron entre muertos y heridos. Cada vez que me acuerdo de ellos, siento que no estén vivos, para darme el placer de fusilarlos otra vez... No le perdoné la vida á ninguno: ¿para qué?... ¡Bandidos! ¡conspiradores de oficio! casi ninguno de ellos había peleado en nuestra guerra con Chile; pero sí estaban listos para ensangrentar á su patria, para fusilar á sus hermanos. Allí me ví cara á cara con el coronel Merú. Al verle, recordé los veinte años que este hombre ha estado conspirando. Lo único que ha hecho en su vida, es vivir del dinero que se le daba para levantarse contra los gobiernos constituídos, ó pasarla en el destierro muriéndose de hambre, por ser incapaz de trabajar en nada. Fué la pesadilla de Pardo, que le tuvo varias veces preso. Continuó en sus revoluciones contra Prado, hasta que entró al poder con Piérola, el 21 de Diciembre de 1879, para después hacerle, á su mismo caudillo, la revolución en Ayacucho. ¿No cree usted que he hecho un bien á la patria, fusilando á ese miserable?

—Indudablemente,—contestó don Juan de la Cruz.

—Y poco más ó menos como él, eran todos los demás: indefinidos ó cesantes de la lista militar; personas sin oficio ni beneficio, y á la pesca de puestos públicos. Lo que el Perú necesita es un dictador, un tirano, que barra con todos los revolucionarios y con todos los *pansistas*. Yo pude haberlo sido: subí al poder lleno de prestigio, y contando, como cuento hasta ahora, con la lealtad del ejército. No me falta energía: creo haber dado varias pruebas en mi vida, y si éstas no bastaran, allí está lo de Santa Catalina. En fin, me sobran cualidades para tirano, pero me han echado á perder. Los civilistas, se-

guramente asustados de mi popularidad, de mi importancia política, y temerosos que algún día llegara á ser un Porfirio Díaz, me han corrompido. Es condición indispensable para ser candidato á la tiranía, el ser inmaculado. Una vez arriba, ya se puede hacer todo: hasta vender el país; pero para subir, es menester no tener mancha. Es cierto que son muy contados en el Perú, los que pueden tirar la primera piedra; pero por eso mismo, para llegar á ser tirano, es menester estar entre esos pocos; haber tenido sagacidad y templanza para resistir la tentación, habiéndome faltado una y otra. Y después de todo, ¿para qué? para nada, para estar tan pobre como antes. Comprendo que por uno ó dos millones, se renuncie á la gloria de pasar á la posteridad como un personaje ilustre; pero haber cometido tanta arbitrariedad, tanto abuso, haber encarcelado á la poca prensa que no se vendía, para no tener nada, en verdad que ha sido estúpido. Usted sí que se armó, mi amigo García, con el célebre contrato de la sal,—le dijo socarronamente el Presidente;—y esto es, que solo tenía usted la cartera de Justicia. ¡Qué hubiera sido si hubiera tenido la de Hacienda!

—¡Qué esperanza! excelentísimo señor,—le contestó el exministro, rojo de vengüenza:—promesas y nada más que promesas. Allí quien se armó á la de verdad, fué Chávez García, que nos engañó á todos, y se quedó con 200,000 soles. Así son las cosas, se encanalla uno, y se adquiere mala fama, para no tener nada.

Los dos amigos, prudentemente cambiaron de conversación, como que ninguno de ellos quería ser franco. Buscaron otro tema, y siguieron hablando hasta la caída de la tarde. Don Juan de la Cruz no quiso quedarse á comer, y regresó por el tren de seis á Chorrillos, ofreciendo á su amigo, repetirle sus visitas.

XVIII

Alfonso regresó á Lima. Había permanecido en Chosica un mes entero, y su primera visita fué para su tía. Encontró á doña Rosa muy repuesta de salud y muy olvidada de sus achaques morales. Al verle ella se rió mucho, recordando la broma que le había jugado á Peta. "Así mismo era tu madre, le dijo. Siempre andaba bromeando. Naturalmente, nos quedamos muy serias cuando nos contó lo sucedido; y en cuanto á tí, cuídate de no hablarle más del asunto, y menos de sonreirte, cuando la veas."

Aquel día en que Urzúa visitó á su tía era domingo, y como de costumbre, por el tren de seis, vinieron los señores Alzania y Leníz, Petita Otzuarte y monseñor Zavaleta. Todos tuvieron mucho gusto al volver á ver á Alfonso, y encontrarlo en buena salud, aunque todavía un poco delgado. Peta se sonrió con él inmediatamente que le vió. "¡Hijo de mi alma! Ven á mis brazos y perdona mis arrebatos, le dijo. Porque te quiero y te amo como tu madre es que me permito ligerezas contigo, como también con todos tus primos." Alfonso se hizo el enfermizo y el débil, temeroso de que su tía acometiera de nuevo contra él, y mansamente se dejó abrazar. "Tanto que te quería Lía. ¡Si teviera ahora, tan hermoso como estás!" La tía, arrebatada por su entusiasmo, le volvió á abrazar, y le besó apasionadamente, con toda la ternura de una madre. Una de sus sobrinas presenciaba aquella escena, y encontrando raro aquellos besos, muy pocas veces prodigados á ellas ó á sus hermanos, se echó á reir, y exclamó en voz alta.

—¡Aquí están enamorando á Alfonso; y nada menos que su tía! ¡Mamá, ven á ver!

—No te pesara tenerlo de novio,—le contestó Peta,—si no estuvieras comprometida con Bengóa. Buen mozo, joven, rico, ¡ay! hijita: cuántas se estarán volviendo bizcas para cazarlo.

La comida fué animada. Ninguno de los comensales tenía parientes asesinados en Santa Catalina, ni enfermos con influenza, ni presos ó remontados por las breñas haciendo la revolución al gobierno: y por tanto, no tenían motivos de aflicción. La única que faltaba de la mesa era Beatriz. Todos la querían en aquella casa, y la echaron de menos con sentimiento. Quien sentía más su ausencia era Leníz, el que dirigió una mirada muy significativa á doña Rosa. "El primer día que vaya á Lima, le dijo ésta, la visitaré y la traeré para que pase algunos días con nosotros."

Don Juan de la Cruz pidió á sus amigos noticias sobre la política. Monseñor meneó la cabeza y muy seriamente dijo: "Mal, esto va muy mal." Aprovechó, después, un momento en que el mayordomo no estaba en el comedor, para decir, casi en secreto: "Arequipa, Puno y Cuzco sublevados. El prefecto de Arequipa es el único que ha podido aguantarse en su puesto. Esta noche salen tres mil hombres para Mollendo." La noticia produjo sensación y los comentarios fueron numerosos. Volvióse á hablar nuevamente de lo ocurrido en la Artillería; asunto que por un mes fué el tema de conversación en todo Lima, y especialmente en la casa García Azuaga, en la que tantas veces, cada cual había repetido lo oído en la calle. Sin embargo, ninguno de los presentes conocía los detalles vistos por Urzúa, quien tomó la palabra y dejó á sus oyentes terriblemente impresionados, cuando acabó de referir y de comentar los horrores presenciados por él en aquella histórica noche.

—No hablemos más de política,—dijo don Juan de la Cruz.—Esto enferma; sobre todo á mí, que he podido ser el presidente del consejo de ministros el día de esas ma-

tanzas. ¡Dios mío! tiemblo solo de imaginarlo. Peta, tú que eres un bolsón de novedades ¿no tienes nada social ó religioso que contarnos?

—Sí, por mi desgracia,—contestó la beata;— pues resulta ahora, que he sido chasqueada; que Rosa tuvo razón en no usar el malhadado pañuelo que le llevé; y que ya no hay tal santa, ni tal sierva de Dios en Marcela, sino una endemoniada, un bostezo del infierno, que ha engañado al padre Azcúnaga y á todo aquel que creyó en ella.

—Eso sí es interesante,—dijo con entusiasmo monseñor.—Cuéntenos todo lo que sepa, Peta; pero con detalles. Usted sabe que siempre la oímos con agrado.

—Pues señor, como yo no soy baúl de nadie, ni tenía por qué ocultar nada, le conté al padre superior todo lo que había pasado con Rosa; más, el encargo que ella me dió para el padre Azcúnaga, y que ustedes recordarán, fué de avisarle, que en casa había una mujer que se confesaba por todas nosotras en los Descalzos. Todo fué oirme, y ponerse furioso al saber lo que pasaba. Dió la razón á Rosa, por no haber querido usar el pañuelo; y, delante de mí, llamó y reprendió duramente al pobre hermano portero, á quien acusó de haber practicado actos de idolatría, haciéndose depositario de un objeto vulgar, y prestándolo por favor, como si se tratara de algo sagrado. Supe, después, que en ese mismo día se vió con el padre Azcúnaga, y que le encargó más prudencia y más reserva para con sus confesadas. Al día siguiente, me volví á ver con él. Estaba más calmado. "Todo se explota en la vida, me dijo, unos por candor, otros por entusiasmo religioso, los más por entretenimiento, y no pocos por maldad, gustan de ver aumentadas las cosas, para satisfacer ese hambre del corazón, fomentado por el poder de la fantasía, siempre en pos de algo sobrenatural, de algo superior que saque al espíritu de la vulgaridad en que vive. No me disgusta esta fe, esta creencia en la virtud de Marcela, como que ella es una enseñanza viva de lo que puede la gracia divina, ese don

que Dios concede á sus elegidos; pero no por esto permitiré que se explote la piedad de esa mujer, y el nombre de nuestro austero padre Azcúnaga, con invenciones de milagros, como si se tratara de una Bernardita. Tal vez ella vaya en ese camino; pero qué distante está todavía de él. No es únicamente la austeridad, la piedad religiosa, el arrepentimiento perfecto de los pecados y el apostolado que se ha impuesto de conquistar almas para el Cielo, lo que constituye la santidad. Hay mucho más en ese espinoso camino; y Marcela, aún no ha llegado á los linderos, á esa frontera de la existencia santa, que conduce á bienaventuranza eterna." Pasaron algunos días, y una mañana, estando yo oyendo misa, el padre Azcúnaga me mandó llamar, y me obligó á que le refiriera lo acontencido con Rosa, y, palabra por palabra, lo que ella me había encargado para él. Noté que se quedó pensativo. Estuve tentada de contarle la barbaridad que este impío de Alfonso, hizo con el pañuelo de Marcela; pero....

—Peta, hija mía,—le interrumpió en broma doña Rosa,—mira que estamos comiendo.

—Comprendí,—continuó la beata, sonriéndose de la advertencia,—que aquello era demasiado pesado, para contarse á un señor tan virtuoso como es el padre Azcúnaga. Me hizo, después, otras preguntas y me despidió muy secamente. Pasaron dos días. Una tarde en que el Santísimo estaba descubierto en San Pedro y la iglesia llena de gente, varias personas que aguardaban alrededor del padre Azcúnaga, vieron salir á éste de su confesonario y levantar violentamente la *manta* de una mujer, que vista por todas, resultó ser Marcela. El padre, sumamente excitado, le gritó, casi en voz alta: "Endemoniada, me has engañado. Vete y no vuelvas más." Volvió á sentarse, pero notando que se sentía mal, se retiró á su habitación, en donde estuvo quince días, sin dejarse ver en la iglesia, ni en el ocutorio. Una vez que Marcela fué expulsada del templo, salió de él inmediatamente, y al descender las gradas del atrio, Manuelita Gastelumendi, se acercó á ella y le besó la mano. Ya pue-

den ustedes imaginarse, la curiosidad que se despertó en todas nosotras por saber lo ocurrido. Los padres estuvieron muy reservados en los primeros días; pero después lo han contado todo. Lo primero que hicieron fué averiguar quién era Marcela y dónde vivía; pues resulta, ahora, aunque ello parezca mentira, que nadie se preocupó nunca de saber de dónde había salido esta mujer y en qué parte habitaba. Es cierto que ella conseguía que no la siguieran, y como ya se había hecho una persona de respeto, nadie se atrevía á preguntarle nada. A su confesor le tenía dicho, que vivía con su hermana, en una casa de misericordia, en Maravillas; y que las dos se ganaban el pan, cosiendo ropa de soldado. Ahora que la verdad se ha descubierto, se sabe que Marcela, ni siquiera se llamá así. Su nombre es Bonifacia, y vive y sirve, desde que nació, en casa de las Barbanera, pues su madre fué esclava de la familia.

—Y ¿por qué se cambió el nombre?—preguntó don Juan de la Cruz.

—A eso voy,—contestó Peta.—Las relaciones de Marcela con el padre datan de tres meses. Al conocerle por primera vez, se le presentó como una mujer de mala vida, á quien Dios le había tocado el corazón. En su confesión general, le contó los más horrorosos pecados de lujuria y de impudor. Todo esto acompañado de un arrepentimiento tan perfecto, y de un dolor tan profundo de sus faltas, que á veces se ponía inconsolable en su llanto, y en sus dudas sobre si tendría perdón de Dios. En desagravio de sus culpas, pedía al padre terribles penitencias para cumplir. Una vez solicitó permiso para disciplinarse. El padre la autorizó para darse cincuenta azotes con una correa. Al día siguiente se presentó en el confesonario casi desfallecida. Tuvo un vértigo que la postró en tierra, y al ser recogida por otras mujeres, le vieron en el brazo un cilicio que le producía sangre. Después confesó al padre que se había dado doscientos azotes y que se hubiera dado mil, si no se hubiera desmayado. El padre le prohibió las penitencias corporales, te-

miendo que se muriera. Al mes de estarse confesando, le contó que había entrado en una de esas casas malas de Abajo el Puente, y que había conquistado para el Cielo, á seis niñas que allí vivían, incluso, un hombre de costumbres pervertidas; y que por causa de su evangelización, la dueña había tenido que cerrar la casa. Le dijo también, que para convencerlo de su apostolado, le iba á traer á dos de esas niñas, para que se confesaran con él. Efectivamente, pasados dos días, se presentó una muchacha, como de 22 años, que nunca se había confesado, y que declaró, que su madre la había vendido á los catorce años, á un señor muy conocido en Lima, y que, desde entonces, había perdido la honestidad de su cuerpo y la moral de su alma. A la semana, se presentó otra, más joven, cuya vida había sido tan escandalosa, que el padre, á veces se tapaba los oídos, horrorizado de lo que contaba. Las dos llegaron sumamente arrepentidas y deseosas de vivir y morir en una vida de castidad. Dijéronle, que estaban muy agradecidas á Marcela por haberlas librado de las garras del demonio. Después de estas dos muchachas, se presentaron, en el término de dos meses, como cinco mujeres, todas de edad, entre los cuarenta y los cincuenta años, y por el estilo de las anteriores. Una había asesinado á su marido, lo había partido en pedazos y lo había enterrado en el corral de su casa, sin que la policía, ni los vecinos se hubieran impuesto de nada. Otra de ellas, había sido la mano dirigente en un famoso robo que hubo en Lima en 1878. Todas estas mujeres se presentaron mandadas por Marcela, para que el padre acabara la labor de librarlas de las llamas del infierno. En los últimos tiempos de esta aventura, Marcela comenzó á expresarse en un lenguaje superior, al vulgar que siempre empleaba, y á profundizar ciertos puntos religiosos, con una elevación de conceptos y una entonación de voz, que llamaron la atención de su confesor. Sin decírselo directamente, le dió á comprender, que sentía en su interior algo sobrenatural que la tenía dotada de una celestial clara videncia. Le dió por predecir

las cosas, y tuvo la poca piedad de decirle al padre Azcúnaga, que sus días estaban contados, y que antes de un año, sus restos descansarían en el campo santo. Imprecionado su confesor con esta noticia, austerizó su vida, y de solo pensar que se moría, se puso delicado de salud. Ya duraba esta aventura tres meses, y en ella estaba todo Lima, especialmente la gente que se confiesa en San Pedro, cuando el aviso de Rosa y las sospechas del padre, provocaron la escena que ya les he referido. En esa tarde, Marcela hacía el papel de una señora conocida de Lima y esposa de un general.

—Lo que yo me temía desde un principio,—dijo la señora Azuaga,—que Marcela hacía por ella y por todas sus catequizadas.

—De manera, dijo don Juan de la Cruz,—que no han habido tales muchachas arrepentidas, ni señoras asesinas, sino Marcela, única y personalmente, que representaba el papel de todas.

—¡Cómo! ¿qué todavía no lo has comprendido?—le preguntó su esposa.—En esas siete personas no hay sino una sola, y ésta es la susodicha negra.

—Pero ni siquiera, esa única persona que existe es ella,—agregó Peta;—pues no hay tal Marcela, ni tal pecadora, ni tal arrepentimiento. La única mujer que existe en todo este lío, es Bonifacia, la criada de las Barbanera; una mujer que ha vivido cuarenta años en la mayor virtud, sin escandalizar, ni engañar á nadie, y sin haber faltado jamás á la honestidad, ni antes ni después de que muriera su marido. Las Barbanera están horrorizadas con lo que pasa, y temiendo que la castiguen, la han escondido no sé dónde. Ayer hablé con misia Candelarita. "¿Qué te parece, Peta, me dijo, lo que pasa con Bonifacia. Una mujer tan virtuosa y tan sosegada. ¡A lo que estamos expuestas! ¿Si en la vejez nos dará por ser judías ó masonas? ¡Ay! hija, lo que es poder del demonio. En casa hubiéramos metido la mano al fuego por ella. ¿No estará loca?" me preguntó. Le respondí, que los jesuítas decían que no. "Eso mismo dicen de ella,

me contestó, el doctor Villasana y el señor Ochoa." Díjome, después, que hacían tres meses la notaban muy preocupada y hablando sola; y que, como su costumbre ha sido pasar la mitad del día en la calle, desde que en la casa no tiene mucho que hacer, ellas, ni sospechaban que estaba empleando su tiempo, en darle tan pesada broma al padre Ascúnaga, especialmente, en aquello de que se iba á morir.

—Y ¿por qué se ha escondido Marcela?— preguntó doña Rosa.

—No lo sé,—contestó su prima.—Los padres no intentan nada contra ella.

—Y, aunque pretendieran,—dijo don Juan de la Cruz. —Legalmente no pueden hacer nada.

—¿Qué piensa usted de esto, monseñor?—le preguntó doña Rosa.

—El caso es raro, y quien debe dar su opinión sobre él, es el señor Alzania. No se trata aquí de una pecadora, ni de una mujer arrepentida. Yo la creo una loca, y es la ciencia médica la que debe tomarla á su cargo, en primer término; y después, la jurídica.

—¿Qué ha contestado Bonifacia,—preguntó el señor Alzania á Peta,—cuando las Barbanera le han pedido explicaciones sobre el móvil de sus acciones?

—Nada en sustancia,—contestó la interpelada.—Dice y se contradice á cada momento; pero sostiene, que no comprende la causa que la impulsaba á ir á cada momento al confesonario, y que está arrepentida de lo sucedido. Que ella no ha inventado nada: que todo lo que ha dicho al padre lo ha visto; solo que, no sabe, si ha sido en sueños ó despierta. Que recuerda muy bien haber estado en la calle de la Contradicción y haber conquistado á todas las mujeres de aquella casa; y que podría describir, hasta con puntos y comas, las facciones del hombre afeminado que estaba allí, y á quien, también, evangelizó. Que le parece no haber hecho el papel de ninguna persona; sino haber referido únicamente, lo que á ella le contaban las mujeres con quienes hablaba. En

suma: unas explicaciones tan raras y un decir, y un contradecir las cosas tan marcado, que si esto no se llama locura ó demonios en el cuerpo, yo no sé qué nombre tiene.

—He aquí un caso,—dijo el magistrado,—en que no se sabe dónde acaba la razón, ni dónde principia la locura; ni si la una es completa, ó la otra es total. Indudablemente, existe en ella, lo que la ciencia llama una degeneración; que en sí no es locura, ni tampoco una perturbación cerebral, sino una anormalidad de espíritu. El punto es todavía muy obscuro, y los médicos alienistas, que son los hombres en la materia, casi siempre se quedan perplejos, sin poder explicar lo que ven, como que rara vez se presentan dos casos iguales. Si por causa de todo este lío, esta mujer hubiera cometido un crimen, el Tribunal tendría que proceder de acuerdo con la información de un alienista, que por lo regular es otro anormal que solo ve degeneraciones, y que después de mucho hablar, pide la absolución del reo.

—¿No cree usted, que sea una neurótica ó una histérica?—preguntó el canónigo.

—No,—replicó el vocal.—Su acción ha sido eminentemente intelectual: es un trabajo habilísimo de imaginación, que de ningún modo ha sido provocado por desórdenes nerviosos. Las histéricas son vulgares y extravagantes en sus actos, cuando no sensuales; siendo así que, en Bonifacia, no hay nada de esto. Por el contrario: predomina en ella el misticismo y la espiritualidad en muy alto grado. Lo que me extraña es, que esta mujer haya podido vivir cuarenta años en paz, dotada como está de un gran talento, porque indudablemente lo tiene, y de una tendencia tan marcada á la celebridad y á lo novelesco. En medio de todo, es muy sensible, que la ya histórica Marcela, haya sido descubierta cuando todavía su santidad estaba verde. A no haber sido así, con la fama que estaba adquiriendo, hubiera hecho más tarde á la de verdad, lo que hasta ahora solo logró conseguir con la imaginación. Nuevos pañuelos hubieran salido para

hacer milagros y todos los desvalidos, los desgraciados y los pobres de espíritu, en sus ansias de un mejoramiento moral y material, hubieran acudido donde ella, y donde el padre Azcúnaga; y lo que al principio fué una ficción se hubiera convertido en una realidad. Por este medio, Lima, en sus tiempos modernos, hubiera tenido una santa.

—Poco á poco, señor Alzania,—le interrumpió monseñor,—que por ese camino se va al materialismo. Y si la virtud y la maldad no son sino productos de la degeneración y de la anormalidad del cerebro ¿qué premio, ni qué castigo caben, respectivamente, en una y en otra? Si lo oyera á usted don Bartolomé Herrera, de quien fué su discípulo muy querido.

—Qué quiere usted, mi amigo,—le contestó emocionado.—Cuando la cabeza está blanca de canas, pero el corazón está joven, hay valor para claudicar. La ciencia lo ha trastornado todo; y hasta las ideas morales y jurídicas, por tanto tiempo ejecutoriadas, han sido hoy puestas en tela de juicio popular.

XIX

Al día siguiente, que fué lunes, Urzúa aprovechó la noche para visitar á Manuelita. La encontró sola, sin más compañía que la de Beatriz. La sala estaba muy enlutada y casi á obscuras, con el gas á media luz; por lo que aquello inspiraba horror. Los niños seguían donde las Barbanera, y hasta el negrito sirviente, enfermo de miedo y de melancolía, abandonó la solitaria casa y se fué donde su *máma*.

—Estoy muy vieja, y trabajo durante el día como un macho—decía misia Margarita— para darme todas las noches, un trote desde el Sauce hasta San Sebastián, para ver á mi sobrina.

Y, al quejarse así, la buena señora hablaba en verdad; como que, cuando faltaba el sirviente, tenía que hacer hasta el trabajo de lavar los platos. Le gustaba quejarse, y hablando con sus nietos, exclamaba:

—¡Lo que son las cosas! Yo que nací y crecí viendo quince sirvientes en mi casa; y que por ser la viuda de un militar distinguido, que murió heróicamente en Tacna, debería tener mi sueldo íntegro. ¡Qué vamos á hacer! ¡paciencia! Esto ya no es patria, ni nada que se le parezca; ó como dicen los negros: "ni chicha ni limonada." Me dan tercera parte de mi haber; y éste nunca me lo abonan.

Mejor pagado estaba el yerno, el señor Artíz, que por ser empleado del ministerio de Justicia, no estaba inscrito, como su suegra en la lista pasiva; pero, para el caso era igual, pues apenas le daban un sueldo para Pascuas y otro para 28 de Julio. Para salvar la dificultad y te-

ner con qué comer, se veía obligado á vender los demás, á mitad de su valor, á miserables usureros, que los negociaban por su totalidad con los empleados del ministerio de Hacienda. Aquel hombre vivía enfermo moral y materialmente. Se sentía mísero y cobarde, sin ánimo para su trabajo, sin iniciativa para hablar ó para escribir, y menos para actuar. Corporalmente era un montón de huesos. Tenía cara de hambre, y en realidad su estómago sufría de necesidad, como que más de una vez, en la mesa, disimuladamente dejaba de comer los consabidos frijoles con arroz, el único plato que se ponía para no disminuir la ración á sus siete hijos. Su esposa tenía más valor moral; pero como le quería y se daba cuenta de sus penas, sufría tanto como él.

—Es una lástima,—decía ella á su madre,—que el pobre no haya nacido con las uñas largas, para robar en la administración, como lo hacen los demás. ¡Qué bien le vá á nuestro compadre en la Intendencia, con las casas de tolerancia y con las de juego! Tampoco es hombre de montar á caballo é irse á la revolución. Seguramente comió mucha *mazamorra* cuando niño, y ha salido *flojo;* pero en cambio, y gracias á Dios, no es vicioso: es bueno, tiene talento, y es probable que si el Perú no desaparece, yendo como vá, pueda alcanzar á ser director de un ministerio, y entonces tengamos 300 soles.

Toda esta gente se sentía tan fatigada de noche, que ninguno se hallaba con ánimo para visitar á Manuelita. Quien menos iba era el señor Artíz. "Aquel espectáculo de las cortinas negras, decía á su mujer, y la vista del cuarto de Pepe, enferman á cualquiera." Su esposa y su suegra se reían de su cobardía, y al principio no faltaron una sola noche; pero pasada la primera quincena, habían limitado sus visitas, como antes, á solo una vez por semana. Las amistades, y entre ellas, el padre Ochoa y las Barbanera habíanse retirado de su frecuencia á la casa, pasadas las primeras dos semanas. Florimbó era de los más constantes; pero siendo redactor de un periódico, no siempre disponía de la noche para verla.

Urzúa notó con sorpresa, desde las primeras palabras que cambió con Manuelita, que el tiempo no había cicatrizado en nada su dolencia. Poco más ó menos, estaba tan apática, tan indolente, tan absorta y tan melancólica, como la había dejado la noche del trágico suceso. Le recibió sin alegría, sin entusiasmo; muy lejos de esto: su presencia le recordó sus horas de angustia y se puso más triste. "Está usted muy flaco, Alfonso. Cuídese," fué todo lo que le dijo. Después, solo contestó con monosílabos. Beatriz habló por ella. Era la misma de siempre. Alfonso la encontró tranquila y muy conforme con su suerte. No estaba triste, ni fingió estarlo. Urzúa le contó varias aventuras ridículas, que había presenciado en Chosica y se rió de ellas muy cordialmente. Manuelita, ni siquiera prestaba atención á lo que hablaban los dos jóvenes.

A las diez de la noche, una negra vieja, antigua criada de la casa Mompox, vino por Beatriz, la que llegó á su casa acompañada por Alfonso. Manuelita se quedó en la única compañía de *ña Chepa,* su *máma-máma,* como ella le decía; ó sea su abuela de leche, desde que esa mujer había amamantado á su padre. Por el camino, la señorita Mompox dijo á su amigo:

—Estaba ansiosa de que usted volviera de Chosica, pues Manuelita no está bien. A veces se me figura que está perturbada. En verdad, yo no sé lo que tiene. Me hace el efecto de un reloj que ha recibido un golpe y que sigue andando; pero que se atrasa y se adelanta, y se pára cuando quiere, para volver á caminar de nuevo. Yo y Florimbó le hacemos mil reflexiones; le decimos que tiene hermanos que educar, y que siquiera por ellos debe sacudir la melancolía y volver á su estado normal; pero nuestras palabras le entran por una oreja y le salen por la otra. Ella le tiene á usted estimación y respeto; la otra noche me decía: "Alfonso tiene carácter y sagacidad: encarriló mi dolor y mi desesperación la noche de mi desgracia, y me obligó á respetarme á mí misma, y á mantenerme en cierto límite de dignidad y de dominio

propio, que tal vez me hubieran faltado, no teniéndolo presente, y que, quién sabe, me hubieran llevado á cometer disparates ó extravagancias." Siendo éste el concepto en que ella le tiene, ninguno más á propósito que usted, para sacarla de la apatía en que vive y hacerle la vida más normal y más grata.

—Está usted en un error,—le contestó él.—Vea cómo me ha recibido esta noche. Quien debe hablarle, y muy duro, es el señor Ochoa. Su virtud, sus años, el afecto que le tiene Manuelita, la circunstancia de haber acompañado á Pepe en sus últimos momentos, le dan autoridad sobre ella y fuerza á su palabra, para conmoverla, que es lo que ella necesita para salir de su idiotismo. Vaya usted mañana, á las cuatro de la tarde, que yo me presentaré á esa hora con el señor Ochoa y haremos la prueba.

La señorita Mompox se despidió de su amigo en la puerta de su casa; y como es costumbre en Lima, reciprocó la galantería, ofreciéndole su hogar. Al día siguiente, á la hora convenida, Alfonso visitó á la señorita Cegama, acompañado del señor Ochoa. Manuelita estaba con Beatriz.

En la mañana, Urzúa había estado en el conventillo de San José, y había contado al capellán lo que ocurría. El buen señor se limitó á deplorar lo que pasaba, y, con sinceridad, se sintió apenado por no poder remediar lo que sucedía. "¿Qué puedo hacer yo, con mis pocos alcances intelectuales en el desgarrado corazón de Manuelita, que al perder á su hermano lo perdió todo?" Alfonso le probó que estaba en un error: que no se buscaba el auxilio del amigo, sino del sacerdote; que Manuelita, en su indolencia, se había olvidado hasta de Dios. "Ya no se acuerda de El, ni de su Santísima Madre, le dijo. Todo su pensamiento lo tiene reconcentrado en su difunto hermano, cuyo retrato tiene á la cabecera de su cama, para besarlo todo el día. Si esto no es idolatría, yo no sé cómo calificarlo." Quedóse el señor Ochoa sumamente afligido.

—Pero, Alfonso, hijo mío,—le replicó.—Yo no soy

el hombre para el caso. No es perdón, ni consuelo, ni amor lo que ella necesita; y esto es lo único que mi corazón sabe dar. ¿Por qué no se ven con el padre Pérez, venerable descalzo, que es su confesor?

—Quien sabe amar y perdonar, todo lo puede,—le contestó Alfonso.—Hoy mismo, señor, estaremos en su casa, y lo que usted no pueda conseguir, no lo obtendrá nadie.

—No creí, hija mía,—díjole el sacerdote á Manuelita, después de saludarla,—encontrarte en esta postración material en que te hallo, ni en este abandono que has hecho de tu alma. ¿A dónde vas por ese camino? Lo primero que pide Dios, en las desgracias que nos manda, es conformidad de espíritu, resignación y bendiciones para su santo nombre; y todavía no veo nada de esto en tí. ¿Qué has hecho de tu fe? La has perdido; las has dejado naufragar, como también tu caridad y tu esperanza. ¿Qué has hecho de tus hermanos, dónde están? ¿Qué es de ese pobre negrito, que salía sonriente á recibirme el sombrero y á besarme la mano? ¡Ha huído enfermo! No pudo soportar la soledad de esta casa, la atmósfera de muerte tan poco cristiana, que aquí reina, como si ésta fuera una mansión maldita. ¿Qué significan esos pesados crespones negros, que obscurecen esta sala? ¿Por qué están cerradas las ventanas? ¿En qué lugar de tu corazón está Dios? No debe estar muy cerca desde que la alegría no existe en tí. Todo lo has ahuyentado; de todo te has desprendido: solo piensas en él, y no en su alma, sino en su materia. ¿Sabes cómo es llama esto? ¡Idolatría! ¡Sí! te has vuelto idólatra; y desde el cielo, tu hermano que te ve, reprueba tu conducta, y toca mi pobre entendimiento, sensibiliza mi corazón, para que te lo diga, y para que te reciba en mis brazos, y llore junto contigo la nueva desgracia que te aflige.

El señor Ochoa habíase puesto de pie y dejaba reclinar sobre su pecho la cabeza de Manuelita. La joven, terriblemente desconsolada, lloraba como no lo había hecho desde el día en que murió Cegama. Beatriz y Alfonso pu-

siéronse, también, de pie y lloraban con igual sentimiento.

—No haya resistencia, hija mía, á los suaves impulsos de la voluntad divina, que llama en tu alma. Normaliza tu vida; trae á tus hermanos, continúa su educación, porque ésta hubiera sido la voluntad de Pepe si te hubiera podido hablar. No los abandones un momento más; que compartan contigo tus alegrías y tus sufrimientos. Que el júbilo inunde tu hogar. Saca esos trapos negros: todo eso es pagano. Vuelve á tu vida religiosa: sigue confesándote en los Descalzos. Aliméntate; paseate por las mañanas en el campo: eres un montón de huesos y hasta tu rostro se ha desfigurado terriblemente. En cuanto á su memoria, aleja de su cuarto sus muebles, guarda con cuidado sus ropas y cubre con un velo blanco su retrato.

Concluyó de hablar y volvió á tomar asiento. Alfonso hizo lo mismo. Pero ella siguió de pie abrazada de Beatriz y derramando sus lágrimas.

—Llora, hija mía,—continuó después de una larga pausa.—Desahoga tu corazón, tanto tiempo opreso por el sufrimiento; y quiera Dios, que estas lágrimas sean las últimas que derrames en tu vida. No á todos se nos ha dado igual tiempo en esta fugaz existencia, y puesto que la tuya está en sus comienzos, no marchites las flores de tu primavera; no esterilices tu alma á los sentimientos de amor, de alegría y de esperanza. Tienes por delante un mundo de sucesos; eres la protagonista de una historia, cuyas páginas en blanco debes llenar; y no te será permitido que huyas, cobardamente, del único camino que conduce á la tierra de promisión, á ese lugar bendito donde están los elegidos del Señor, y en dónde, mediante Dios, nos encontraremos algún día..... Te dejo, Manuelita, pero antes de partir, pídote perdón por la dureza con que te he reprendido. Bien sabes cuánto te amo, y con cuánto placer daría los últimos días de mi existencia, si á cambio de ellos, pudiera aliviar tu alma de la dolencia que te aflige. Te volveré á ver den-

tro de ocho días; y si, para entonces, la sonrisa ha vuelto á tus labios, este pobre viejo podrá decir á Dios, cuando le pida cuenta de su sacerdocio, que en esta ocasión, hizo algo más, que dar consuelos y perdonar pecados, que es lo único que hasta hoy he hecho.

Volvió á levantarse; pero en esta vez fué para despedirse. Besó en la frente á Manuelita y á Beatriz; y acompañado de Alfonso, llegó hasta el conventillo de San José, donde tenía sus habitaciones. Urzúa se despidió de él, dándole las gracias por su acción; y cuando le dijo, que el espíritu divino había iluminado su inteligencia esa tarde, haciéndole hablar con notable elocuencia, se emocionó y las lágrimas asomaron á sus ojos. "Hago lo que puedo." le contestó.

XX

La familia García Azuaga tuvo que salir de Chorrillos, pues no había noche en que las avanzadas de las *montoneras* de Villa y Cañete no tirotearan con las tropa estacionadas en la Escuela de Clases. Don Juan de la Cruz, que nunca brilló por su valor, se pasaba las noches en vela, apenas oía un tiro.

—Aunque la gente sensata y los políticos de Lima, saben que no soy gobiernista, y hace mucho tiempo que estoy divorciado con la política,—decía á sus hijos, —estos bárbaros revolucionarios son capaces de fusilarme.

Doña Rosa, que no sufría de tales miedos, y que de buena gana no se hubiera movido de Chorrillos, se burlaba de su esposo. "Qué pretensioso te has vuelto, Juan de la Cruz, le decía en broma. Los *montoneros* te desprecian; convéncete de ello." El señor García no admitía, ni siquiera en juego, que se pusiera en duda su alta personalidad política; y mucho menos, que se pensara con desdén, lo mucho que la patria perdería, si efectivamente lo fusilaran. El buen señor se molestaba á la de verdad, viendo á su esposa reirse de su fama.

—A lo que sí estamos expuestos,—dijo la señora Azuaga,—es á que nos pongan un cupo terrible, y á que te lleven en rehenes hasta que lo paguemos. Todo Lima nos cree millonarios, con la herencia de don Atanasio, cuando en realidad solo nos han dado una *puchuela* de esa enorme fortuna, que íntegra y legalmente solo pertenece á Marta.

—Pero, ¡quién nos va á perseguir!—le contestó con ironía.—¡Pobres diablos que somos!

Doña Rosa se abstuvo de contradecirle. Nunca disputaba con él por pequeñeces. Por el contrario: siempre le daba la razón en todo aquello que no tenía importancia; como también, le aguantaba con paciencia sus majaderías y sus regaños.

Si la vida en el campo era intranquila é insegura, no lo era menos en Lima, donde reinaba el terror. Al Gobierno todo le olía á soga; en todas partes veía una conspiración; y, en realidad, sus sospechas no eran infundadas. Se conspiraba mucho, y eran numerosas las personas que estaban calificadas de revolucionarias. Para vigilarlas, se había establecido un ejército de espías, todos muy bien rentados, y con grandes recompensas, en caso de que descubrieran algo gordo. El pueblo los conocía con el nombre vulgar de *soplones,* y los encontraba en todas partes, como que habían sido escogidos en todas las clases sociales. Los más numerosos eran unos *zambos* matones, que garrote en mano, se pasaban la mitad del día en la Intendencia, para cobrar su diario, y la otra, en las tabernas y casas de prostitución, á la pesca de algún complot, para hacer la denuncia consiguiente y ganarse la prima. Pero también los habían de levita y sombrero alto, y muchos de ellos eran jóvenes de distinguidas familias, que se codeaban con el círculo aristocrático en las calles y en los salones, y que por ser difícil de reconocerlos, con la misma facilidad que á los *zambos* matones, eran mucho más peligrosos. Esta dificultad, originó numerosas sopechas infundadas en personas que eran incapaces de hacer tan odioso papel, y dió lugar á terribles acusaciones, á pleitos de palabra y de obra, y á odios y venganzas. Por lo regular, toda persona que simpatizaba con el Gobierno, ó que se mantenía neutral, se le tenía por espía; y las acusaciones fueron tantas, que hasta dos hijos del señor García fueron calificados de soplones. También habían mujeres. Peta fué llamada privadamente por el Intendente, y propuesta para ocupar

una plaza en tan infame servicio. Naturalmente, rechazó indignada, los diez soles diarios que se le ofrecían, para contar todas las noches, lo mucho que debía oir en las iglesias y en las casas de familias distinguidas, que ella visitaba. Esto la desagradó tanto, dado su orgullo, que incondicionalmente, y sin ninguna retribución, se ofreció al representante de una junta secreta revolucionaria que había en Lima, la que ocupó sus servicios. Recibía de ella dinero y mensajes para entregarlos en Chorrillos, á una persona, que por las noches se iba á "Villa" y se ponía en relación con los *montoneros*.

Como en realidad medio Lima conspiraba, pues el odio contra el Presidente y su círculo había llegado á su colmo, y como los *soplones* algo descubrían ó inventaban, las cárceles estaban llenas. Pocos fueron los civilistas prominentes, que se escaparon, siquiera de un arresto de doce horas; pero como faltaban pruebas, nada se les pudo hacer. Los demócratas sí que eran tratados con todo rigor, con denuncias ó sin ellas. Se empleó tanta crueldad con esta gente, que al fin, solo los ancianos y los enfermos se quedaron en sus hogares. Todo el personal útil de este partido, que pudo salir de Lima, se fué á la revolución.

El castigo que más se empleaba en la Intendencia era el látigo; y como algunos se negaban á confesar nada, ó en realidad no tenían nada que decir, los flagelaban sin piedad, al extremo de tener que enviarlos moribundos al hospital, á donde, muchas veces, llegaban muertos.

Habiendo sido la publicidad tan difícil, y habiéndose acumulado tanto para decir contra la tiranía del Gobierno, no quedaba otro recurso, para los conspiradores, que usar el pasquín. La prensa seria de oposición hacía tiempo que estaba muda; y las noticias de sensación, solo se sabían por hojas sueltas anónimas, cuyo reparto era peligrosísimo para las personas encargadas de hacerlo.

Todos los días se ideaba un nuevo medio para dar circulación á los sucesos adversos al Gobierno. Uno de ellos fué buscar á Manongo, el consabido mandadero de las

monjas de Santa Mónica, y lanzarlo por las calles centrales, con numerosos ejemplares de una hoja incendiaria. Para esto fué necesario engañarlo por dos personas completamente desconocidas por él, quienes le dijeron, que esos papeles se referían á una Bula del Papa. El pobre hombre, que no sabía leer ni escribir, y que era muy religioso, se prestó de buen grado y sin ninguna retribución á ese reparto; pero como era de esperar, fué tomado preso antes de concluir su cometido. Conducido á la Intendencia, solo pudo confesar, que dos señores le habían dado esos papeles, diciéndole que eran cosas de iglesia. Se le mandó azotar para que denunciara los nombres de sus cómplices; y como no los pudo dar porque no los conocía, le siguieron azotando hasta que se desmayó, primero,y se murió después. La noticia produjo terrible indignación en Lima; y hasta en los círculos del Gobierno, se reconoció que se había asesinado, sin necesidad, un pobre hombre. Las monjas pusieron el grito en el cielo: se quejaron al Arzobispo, y por conducto de su síndico, Sinforoso Olivares, pidieron el cuerpo de su mandadero para enterrarlo. La intendencia lo negó, diciendo que ya estaba enterrado y que había muerto de una indigestión. Pasadas las primeras semanas del suceso, quisieron hacerle, en su propia iglesia, unas suntuosas honras, pero el ministro de Gobierno las prohibió, ansioso de echar tierra, á todo trance, sobre un asunto que había conmovido al pueblo de Lima; especialmente á las clases bajas, á las que pertenecía Manongo. Pocas veces, como en esta ocasión, la conciencia pública estuvo más conforme en convenir, que se había asesinado cruel y cobardemente á un inocente.

Alfonso y el señor Palomares vivían muy desagradados con la política de rigor que observaba el Gobierno; y aunque en verdad, ellos no tenían arte ni parte en aquel modo de manejar las cosas, se sentían avergonzados de tener por aliado al Presidente. Esto les tenía retraídos y viviendo muy modestamente en su hotel de la calle de Santo Domingo, sin visitar á nadie, y casi en-

tregados á la lectura, como que no tenían nada que hacer. Naturalmente, deseaban con toda el alma, que la revolución fuera aplastada ó que triunfara. Estaban tan cansados de la política, de la que nunca se habían ocupado, que ya poco les importaba la federación: lo único que querían era la paz.

Pocos días después de haber regresado Urzúa de Chosica, resolvió cumplir la triste misión de llevar á una madre la última voluntad de su hijo. Abrió su libro de apuntes y leyó: Carrozas, número 24. Estando en la plazuela de Santo Domingo, no era corta la distancia que debía recorrer; sin embargo prefirió hacerla á pie, para pasear los barrios altos de la ciudad, aquellos que en su niñez recorría en los días de semana santa; primero, en Viernes de Dolores, para ver la famosa procesión que salía del Cercado; y después, en Jueves Santo, para visitar los monumentos de las iglesias del Carmen, el Prado, Santa Ana, Santa Clara, y los demás, de los otros monasterios de esos barrios. Marta le acompañaba en esas excursiones, y los dos, muy tomados de la mano, se echaban á andar, bajo la supervigilancia de *ña* Melchora, que, pacientemente, á pesar de sus años, se andaba con ellos medio Lima en esas noches, para que al día siguiente, Alfonsito y Marta, contaran con gran orgullo á sus padres, que habían estado en veinte y una iglesias, y que habían visto *judíos, pasos de cena, lavatorios, Señor en el Huerto,* y otros muchos pasajes más de la Pasión de Nuestro Señor.

Urzúa pasó por la plaza de Bolívar, la Escuela de Artes y Oficios, el costado del Puente Balta, la cuadra de "Siete Pecados," sin encontrar en su tránsito nada de nuevo. Las calles exactamente iguales, sin un solo edificio moderno; todas ellas pavimentadas con piedra rodada de río, y tan sucias, que parecía que nunca las habían barrido. Las iglesias, las encontró catorce años más viejas y más descuidadas: descoloridas en su exterior, y tan desaseadas y ruinosas en sus altares que daban pena. Mugrientos escaños servían de asiento á los fieles; pero

lo que más le impresionó, fueron los pisos de ladrillo rojo ordinario, húmedos y negros por lo mucho que en ellos se escupía.

Al fin llegó á la casa número 24 de la buscada calle. Atravesó el zaguán y penetró en el patio de un caserón viejo de dos pisos, ruinoso y sumamente desaseado. Allí vivía solo gente pobre: familias blancas en plena miseria, amontonadas en tres ó cuatro habitaciones, y codeándose día y noche con los vecinos del interior, hombres solteros ó sin familia, que vivían en un solo cuarto, casi todos sin oficio ni beneficio, y dependiendo del Estado en calidad de *indefinidos* de la lista militar, y en condiciones propicias para el vicio y para el crímen. En las familias habían muchas viudas de jefes y oficiales, muertos en la guerra con Chile; la mayor parte muriéndose de hambre, porque la Caja Fiscal no les pasaba un centavo de las pensiones que les había reconocido el Congreso. Algunas se habían lanzado á la prostitución clandestina, la que ejercían de día y fuera de sus hogares; pero las más, se mantenían virtuosas y luchaban contra viento y marea, prefiriendo soportar privaciones y trabajar como unas bestias, antes que dar mal ejemplo á niñas de 13 y 14 años, hijas suyas, por cuyo amor sufrían todo con verdadera abnegación.

Los departamentos eran diez y los cuartos para solteros diez y seis, siendo tan solicitados, unos y otros, que apenas se desocupaba algo, el portero hallaba inmediatamente nuevo inquilino. Motivaba aquella demanda, la circunstancia de haber pocas casas en el barrio, que reunieran las apetecidas condiciones de aparente decencia que buscaban sus inquilinos. Aquello no era *callejón, ni ventanita de reja, ni departamento* con sala para la calle. Tampoco se admitían allí personas de color, ni hombres de oficios bajos, como policía ó sirviente de hotel, ó mujeres de conducta visiblemente indecorosa. En aquella gente todo se había perdido menos la vergüenza. Nadie había renunciado al orgullo que les co-

rrespondía por su nacimiento; y aunque es cierto que tenían muy pocas esperanzas de una resurrección material, de un resurgimiento, que volviera á colocarlas en ese nivel de bienestar en que vivieron en mejores épocas, no por esto cedían una pulgada de terreno, en aquello de ser hijos legítimos y de gente conocida.

—¿Quién fué su padre de usted, mi vida?—le preguntó una tarde una vieja abuela del segundo piso, á una nueva vecina, que con siete hijos, vino á ocupar el departamento contiguo á la calle.

—Mi padre,—le contestó la otra, levantando muy alto la frente,—fué escribano del Ministerio de Hacienda, y más de una vez, Bolívar, Santa Cruz y Castilla se codearon con él en las oficinas públicas.

—Pancracia Callejas, servidora de usted,—le dijo la vieja tendiéndole la mano;—pues aunque somos del mismo barro, no es lo mismo la sartén que el jarro. Hay aquí muchas gentes, que no se sabe de qué plato de caldo han salido.

La otra se sonrió.

—No basta tener la cara blanca,—añadió la anciana,—para que seamos iguales. Por esto, todos los días peleo con mis nietos para que usen su segundo apellido. "Mamita, dame plata", me contestan los muy condenados. ¡Pobrecitos! Como estamos en una época de hambre solo aspiran á comer.

La consabida abuela levantaba el moño, tal vez más alto que las demás vecinas, porque nunca en su pequeño departamento, que era el mayor de todos, por tener cinco piezas y una cocinita, se dejó de poner la olla al fuego: se comía dos veces por día y se cenaba pan y chocolate. Para las otras, aquello era un despilfarro, un hartazgo de comida inconducente é inmoderado. Y era que, á pesar del naufragio material ocurrido en ese hogar, todo se había perdido, menos el buen juicio de doña Ursulita, la hija de doña Pancracia, una viuda con cinco hijos, dos hombres y tres mujeres. Los primeros, mocetones de 15 á 14 años, respectivamente, tra-

bajaban á jornal donde Backus y Johnston, en la cervecería de los Descalzos, y ganaban al día de siete á ocho reales. Las niñas también trabajaban, en costura ordinaria las menores, y la mayor, la interesante Florita, haciendo bordados. Esta última acababa de cumplir sus 18 años y era un tipo de belleza, de gracia y de inteligencia. Conociendo su madre todo el peligro que había para esa niña, viviendo en la vecindad mujeres de sospechosa conducta, y de hombres que habían estado en presidio por crímenes políticos, la cuidaba como un dije de oro. Siempre que salía á la calle la llevaba en su compañía, y jamás perdió oportunidad de fomentar en ella el orgullo de su raza, á fin de mantenerla en tal estado de soberbia, que le fuera imposible, no solamente caer, pero ni aún descender al nivel moral en que estaban algunas otras señoritas de la misma casa, asistiendo de contínuo á bailes, en los que se dejaban galantear groseramente por mozos de su clase, ú otros jóvenes de la aristocracia, que concurrían allí, esperando pescar fácilmente en ese río revuelto por la necesidad de alimento y de lujo.

En otro tiempo, doña Ursulita, había sido rica y había alternado con lo mejor de la sociedad. Su marido, el coronel don Roque Zúñiga, le votó toda su fortuna; y cuando murió en Huamachuco, peleando valientemente con los chilenos, solo le dejó la gloria de su hazaña. Desde esa época vivía en la obscuridad, en montón, y en contacto con gente pobre y poco más ó menos de su mismo origen. A veces bajaba á las calles centrales, para hacer compras de sedas y otros objetos para los bordados de su hija. Ella vestida de negro, color que siempre usó desde la muerte de su marido, y Florita con su traje oscuro sencillo; las dos muy envueltas en sus *mantas* de merino negro. Los mozos de la esquina de Mercaderes, que se precian de saberlo todo y conocer á medio Lima, se volvían locos de curiosidad por saber sus nombres. Ellas pasaban muy serias, sin darse por entendidas de los galanteos y piropos, que la mala edu-

cación limeña pone en boca de su juventud decente. Un viejo de 60 años, edecán de Gobierno, era el más cargante de estos cupidos ridículos. Fastidiada doña Ursula de sus insistentes galanteos, se detuvo una tarde delante de él, y encarándosele, le dijo: "á gato viejo, ratón tierno". El pobre hombre se cortó, no tuvo nada qué replicar; y como el grupo de amigos con quienes estaba, reía despiadadamente de la ocurrencia de la señora, se molestó con ellos y hasta se enfermó de la burla.

Encontrábase muy de tarde en tarde, la viuda, con señoras que había conocido allá en su juventud y tratado de igual á igual; pero que ahora la diferencia de fortuna las había distanciado. "Ursula, cómo estás, le decía la esposa de algún hacendado ó capitalista. Qué ingrata eres. Conste que fuí yo la que hizo la última visita. Qué hermosa está Florita. ¿Por qué no la llevas á casa? mis hijas tendrían á orgullo tenerla por amiga." La señora Zúñiga agradecía la buena intención; pero conociendo lo que puede la envidia y la maledicencia, explicaba, con muy buenas razones á su hija, el secundario lugar, el sitio de favor que debía ocupar en los salones de la gente rica. "Pobre de tí, hija mía, le decía, si agraciada como eres, llegaras á cautivar el corazón de algunos de los jóvenes que visitan esas casas. Lo primero que te echarían en cara es vivir en las Carrozas y no tener con qué comer, como si esto fuera una afrenta. ¡Por Dios, Florita! no seas ambiciosa, no vayas á esos centros: serías muy desgraciada y me harías derramar muchas lágrimas".

Alfonso habíase parado en medio del patio, y como no sabía el nombre de la familia que debía visitar, quedóse sin saber qué puerta llamar. Paseó la vista por los corredores altos, y al fin dió con las narices de doña Pancracia, que le observaba hacía un rato, por la parte rota del vidrio de una mampara. En el acto le hizo señas, y como el otro no se diera cuenta de ese movimiento de sus dedos, le llamó de palabra. "Tome usted asiento," le dijo, después de hacerlo pasar á la salita, y

al ver la manera atenta con que Urzúa la saludó, quitándose el sombrero y su porte distinguido y elegante. Florita bordaba en la misma sala, por ser el sitio de más luz en la casa, y quedó cortada al verse en traje de hogar, con los cabellos sueltos, en presencia de un mozo tan guapo. Algo avergonzada, quiso levantarse; pero su abuela la detuvo diciéndole: "Niña, sigue tu trabajo". La nieta obedeció sin decir una palabra. Puso los ojos en su labor y siguió bordando. Principió entonces, el interrogatorio de doña Pancracia, quien con mucha finura obtuvo de Alfonso, contestación á las preguntas que le hizo sobre el objeto de su venida á esa casa, su nombre y hasta su vida y milagros.

—¿Con que es usted Urzúa?—le dijo sonriéndose. No era su padre tan buen mozo como usted, aunque se le parece bastante. ¡Ursula!—gritó, levantando la voz, —ven que te voy á dar una sorpresa.

La señora Zúñiga, una mujer como de 50 años, todavía muy hermosa, alta y de cabellos semi-canos, salió en su traje de quehaceres domésticos, é interrogó con la vista á su madre, como diciéndole: "cómo te permites llamarme en esta facha delante de una persona decente".

—¿Sabes quién es?—le preguntó la vieja, sin hacer caso del reproche. El hijo de Urzúa, el de ese hombre que tanto te persiguió para casarse contigo.

Doña Ursula se ruborizó, á pesar de estar en la tarde de su vida. Todo lo ocurido en sus días pasados, cuando tenía sus veinte años, vino á su memoria. Recordó su belleza, su fortuna, la admirable posición social de su familia, y la tenacidad de Urzúa, un hombre bajo de cuerpo, con el doble de su edad, aunque es cierto que con talento y dinero, pero sin ser un buen mozo. Recordó, también, haberle hecho caso al principio, sugestionada por su palabra, su caballerosidad, su clara inteligencia; pero después....., ni ella misma sabía lo que había pasado después. No le abandonó por otro, nó. Parece que él se convenció que no era amado y poco á

poco la fué dejando. Vacante su corazón, la pretendieron otros: ninguno era completo: el que más le gustó fué un joven muy hermoso, que resultó un tonto, un afeminado y amigo de chismes, como si fuera una mujer. Además, no podía olvidar su primer apasionamiento. "Para casarme con éste, se decía, cada vez que se le presentaba uno nuevo, mejor hubiera tomado á Urzúa"; y como el recordado era muy feliz y muy querido en su matrimonio con Lía Azuaga, no dejaba de sentirse intranquila, al pensar que había sido una tonta en no haberle elegido. Pasaron diez años y al encontrarse con 30 se vió vieja. Entonces, tomó lo primero que se le presentó: un buen mozo de cincuenta navidades: el coronel Zúñiga, que le votó todo lo que tenía, y que murió en la batalla de Huamachuco, dejándola en la miseria y con cinco hijos.

Alfonso quedó absorto contemplando á esa hermosa mujer de tipo distinguido y de facciones aristocráticas, que pudo haber sido su madre. Doña Ursula experimentó igual sentimiento de sorpresa. Le sentó á su lado, y, por largo rato, estuvo haciéndole numerosas preguntas. Hacía 14 años que no tenía noticias de su exnovio. La última vez que le hablaron de él, fué para contarle que se embarcaba para Europa, en compañía de un niño, su único hijo, después de haber pasado por el dolor de ver morir tísica á su amada Lía. Alfonso le refirió que era totalmente huérfano, que estaba solo en el mundo y que venía de Iquitos, donde ganaba la vida fácilmente. La viuda le miraba con viva curiosidad en el curso de la conversación. Habíase apoderado de su ánimo un sentimiento extraño, cierta preocupación al verse delante del hijo de Urzúa. "¿Para qué me lo ha traído el destino? preguntábase con ansiedad. Ni él, ni yo nos hemos buscado nunca: si siquiera sabíamos que estábamos en la tierra!" Miró á su hija; la vió muy bella con sus hermosos ojos azules, y su pelo rubio sueltos y en desorden, echado para atrás, dejando al descubierto su frente amplia y admirablemente de-

lineada. "Qué poco faltó para que hubieran sido hermanos", meditó con pena, con una especie de arrepentimiento por no haber aceptado á Urzúa, allá en sus 20 años, cuando el otro la perseguía sin tregua.

—Alfonso,—le dijo con sentido afecto,—aquí no visita nadie, pero con usted se hará una excepción. Desde que nos arruinamos nos hemos metido en esta casa y vivimos de nuestro trabajo, sin ver la cara de nuestros antiguos amigos y menos de nuestros muchos parientes. No somos felices; pero tampoco somos desgraciados. Por hoy, tenemos con qué comer; y como al presente, esto es lo más difícil en Lima, podemos decir que hemos ganado la mitad de la batalla. Para mañana, Dios proveerá, y mediante nuevos recursos podré educar á mis hijos varones y hacerlos dos hombres útiles, para ellos mismos, y para su patria. Soy acreedora á sueldo íntegro, como viuda de militar muerto en el campo de batalla; pero este hombre que nos gobierna es un bandido, un ladrón que se lo roba todo. ¡Qué le importa á él que las viudas y sus hijos se mueran de hambre! Pero ya lo colgarán, como á los Gutiérrez, y para entonces, el Perú resucitará y cada cual volverá á ocupar su nivel.

Alfonso se puso de pie para despedirse, después de agradecer con toda sinceridad, la entrada que se le daba en ese hogar, en el cual, la pasada historia de su padre le abría un nuevo campo de afectos, una estimación tan súbitamente despertada, que apenas pudo expresar su gratitud, impresionado como estaba.

Estrechó la mano á las dos madres, y saludó con mucho respeto á la angelical Florita, á quien no se dió la menor parte en la conversación, y que, sin levantarse de su asiento, correspondió de igual manera el saludo de ese hermoso joven, introducido en su casa de una manera tan novelesca.

Doña Pancracia le acompañó hasta el corredor, y le indicó el departamento en que vivía la señora Caridad Quinteros, la madre de Pedro, el joven asesinado en el

cuartel de Santa Catalina. Bajó la vetusta escalera, que comunicaba los altos con los bajos, y volvió á encontrarse en el amplio y húmedo patio de aquel vecindario. Doña Pancracia, desde el piso superior, volvió á indicarle, con el dedo, una mampara mugrienta, cuyos vidrios rotos habían sido sustituídos con papeles de periódicos engomados. Le recibió una joven como de 22 años, fea, alta, delgada y vestida de negro, quien se sorprendió, que á su puerta llamara un hombre, que parecía caballero por su traje y por sus modales. Alfonso le explicó la triste misión que traía.

—Pase usted adelante,—le dijo visiblemente emocionada.—Tome asiento. Deme su sombrero y su bastón. No sabe usted cómo le hemos buscado. Uno de los soldados que vió morir á mi hermano vino á vernos: nos contó lo que había pasado y nos dijo que el pobre, ya en agonías, había dado la dirección de su casa, y en voz baja, á un oficial, algo más que no pudo oir. Dios se lo pague, señor Cegama, por haber venido hasta aquí, á esta pobre morada. Una amiga nuestra, que habló con uno de los capitanes de la "Escolta de S. E.", se informó, que un capitán, de apellido Plá, podía dar razón de usted. Al fin, después de mucho trabajo, conseguimos ver al citado Plá, que solo pudo decirnos, que usted se llamaba Cegama, que no sabía dónde vivía; pero que podían darnos su dirección, en casa de su prima; aunque nos dijo que ésta estaba loca, y que por tanto era inútil preguntarle nada. A pesar de esto fuimos á aquella casa, situada en la calle de San Sebastián, en donde una niña muy hermosa nos recibió y nos dijo, con mucha pena, que Cegama había muerto. Indudablemente que en todo esto hay un enredo, que usted pone término, viniendo personalmente.

Alfonso le dió á conocer su verdadero nombre y le presentó sus excusas por la tardanza, contándole su enfermedad y su convalecencia en Chosica.

La joven, que se llamaba Eva, preguntó á Urzúa, si había algo desagradable en el encargo de su hermano;

y cuando supo que todo se reducía á una solicitud de perdón y á un acto de arrepentimiento hecho por el difunto, se quedó muy consolada. Le pidió permiso para dejarle solo y se fué al cuarto de su madre, á contarle lo que ocurría.

Alfonso pasó revista con la mirada, á los viejos muebles que adornaban la salita, entre los que figuraban unos cuadros antiguos, colgados de la pared, y una descolorida y rotosa alfombra. La mesa de centro daba sostén á un reverbero de kerosine. Con más gusto se habían arreglado las cosas en casa de las Zúñiga. Es cierto, también, que los muebles y la alfombra estaban más presentables, y que las hábiles manos de Florita suplían con antimacasares y otros adornitos la carencia de objetos lujosos.

No faltaron deseos á doña Pancracia, y á su hija, de referir á Urzúa la historia de la señora Quinteros; sin embargo, había en ella partes tan inconvenientes, que prefirieron no decirle nada. En su pobreza no tenían más escudo que su virtud y su prudencia; prefirieron, pues, guardar silencio, y que fuera la indiscreción de otra persona, la que le contara, la historia de sangre que pesaba sobre la señora Caridad. Para nadie, y menos para los vecinos de esa casa, era un misterio, las terribles acusaciones de complicidad que se habían hecho contra la madre de Eva, en 1878, con motivo del asesinato de don Manuel Pardo. Desde los primeros momentos del juicio, su nombre estuvo en boca del asesino y de los cómplices; y casi á raíz del crimen, fué encarcelada y sometida á numerosos careos con los reos, y á varios interrogatorios de los jueces. A pesar de la habilidad del Fiscal, solo pudo evidenciarse, su contacto con Montoya y con los otros; y como ella, que era mujer habilísima y gran carácter, á su vez probó, que asistía á esas juntas con el objeto de conseguir de los conjurados, que desistieran de su criminal propósito, al fin fué puesta en libertad. La justicia cesó de acusarla; pero la conciencia pública siguió señalándola con el dedo, y

muchas de sus amigas y de sus parientes se retiraron, poco á poco, de su casa. Su marido, un hombre muy virtuoso, que la adoraba, y que vino á darse cuenta del crimen que se le imputaba, el mismo día en que la tomaron presa, experimentó tal horror por ella, que le tuvo miedo, y perdiendo hasta sus sentimientos paternales, la abandonó y se fué á Guayaquil, donde vivía enredado con otra mujer y formando nueva familia. Doña Caridad soportó estóicamente su desgracia. No puso de su parte nada para reconciliarse con su gente. Se metió en su casa, y pobremente se puso á vivir de su costura y de la renta que le producía una casita de su propiedad, que tenía en el Callao. Reconcentró todo su afecto en sus dos hijos; pero el mayor de ellos, Pedro, principió á darle muy serios disgustos, desde sus 12 años. A los 18, era ya un mozo borracho y crapuloso, viviendo con una querida, y casi por su cuenta, desde que sabía ganar con su trabajo de mecánico, lo que necesitaba para sus vicios. Su madre empleó todos los medios imaginables para reducirlo, siquiera á que respetara su hogar, y no se presentara mareado en él. Todo fué inútil: el mozo era incorregible; y como Eva amenazó con irse á un convento, si seguía siendo el juguete y la burla de su hermano, que le echaba en cara su fealdad cada vez que venía ébrio, doña Caridad no tuvo mas recurso, para librarse de él, que votarlo de la casa. Libre, en la calle, ya sin ningún freno, acabó de corromperse. Felizmente era fuerte; trabajaba mucho durante el día, y no tuvo necesidad de lanzarse al crímen para vivir. En estas condiciones fué hablado para asaltar el cuartel de Santa Catalina. Se le dió un efectivo de cien soles y se le ofreció el grado de sargento mayor, si la conspiración triunfaba. El dinero recibido se lo dió á la mulata con que vivía. Para nada se acordó de su casa; fué solo en el momento de morir, que pensó en Dios y en su madre.

Doña Caridad, abrazada por su hija, se presentó en la salita. Estaba de riguroso luto. Su paso era lento, co-

mo que no veía nada, teniendo sus ojos cubiertos con un pañuelo, que empapaba con sus lágrimas. Era una mujer alta, delgada, de cabellos blancos, morena, con cara de mal genio y con facciones duras. Tomó asiento y por largo rato se mantuvo llorando, sin pronunciar una palabra, sin dejarse ver el rostro. Eva estaba tan llorosa como su madre, y sin que lo notara Urzúa, le contempló apenado y sumido en los negros recuerdos de aquella triste noche. Encontró en sus faciones algo que le daban parecido á su difunto hermano. Esto la enterneció más, al recordar que por ella, Pedro fué votado de su hogar; lanzado á la calle, donde se acabó de perder, al extremo de haber vendido miserablemente su vida por cien soles. Recordó sus juegos y alegrías, cuando los dos eran niños; haberle tenido afectos muy sentidos, y haber formado causa común con él, en los días tristes, en las horas nubladas de la madre. Después, cuando ambos crecieron, la cosa cambió. La naturaleza que tan ingrata fué con ella, no dándole un rasgo de belleza, se le dió todo al joven, cuando más justo hubiera sido haber dividido entre los dos esa hermosura, que tanta falta le hacía á ella. Pedro, que siempre fué un estúpido, un mozo desposeído de sentimientos nobles, sin nada de respeto por su madre y por su hermana, miraba á Eva como un ser desgraciado. Posteriormente, cuando le dió por beber, díjole, fea, con tanta frecuencia, que la otra acabó por odiarle y por influir en su madre para que lo votara de la casa. Todos estos recuerdos venían á su mente, ahora, en el momento de liquidar esa reciente historia, tan trágicamente terminada en él; ahora, que le veía arrepentido en sus últimos momentos, asesinado y arrojado á la fosa común, sin saber en qué sitio reposaban sus restos, para ir á su tumba y amorosamente adornarla con flores y regarla con sus lágrimas. Para consolarse de sus penas, había ofrecido á Dios, acompañar á su madre hasta el fin de sus días. Cuidarla y amarla mucho, por eso mismo que era tan desgraciada; y después profesar de hermana de

la caridad y correr por los hospitales y casas de misericordia, donde esperaba que siendo tan fea, nadie atentaría contra su honestidad, la que en ella, como en otras, no estaba defendida por el escudo de la virtud ní de la religiosidad.

En la madre el dolor era mayor. Aquel sufrir venía de muy atrás. La muerte de su hijo no le hizo gran impresión. Venía llorando su pérdida desde que lo votó de su hogar, apiadada de Eva, que se moría de rabia cada vez que el otro, borracho, le decía fea. Reflexionaba las consecuencias de este terrible paso, y al comprender que había hecho mal, lloraba sin consuelo. Ya su corazón no resistía como antes, como en aquellos tiempos en que, con notable entereza, reciprocó de igual manera el desprecio con que le trató la sociedad en que vivía. Tuvo en ese entonces, fundadas esperanzas en sus dos hijos; y ahora, que presenciaba la realidad, sentía todo el peso de su infortunio: el uno, un loco, muriendo asesinado; la otra, decepcionada y esperando que ella muriera para acabar obscuramente, en el servicio de un hospital. Qué doble decepción para ella, que en sus horas de tristeza se consolaba viéndoles crecer, en la esperanza de que los dos la vindicarían ante el mundo; especialmente él, á quien deseaba encargar la misión de abogar por el nombre de su madre, tan befado, tan humillado, por esos mismos que más debieron haberla defendido en el momento de la prueba; por su esposo, por aquél á quien calificó de idiota y de cobarde, cuando se embarcó para Guayaquil, para no volver más.

Su imaginación se remontó á los días de su juventud, á esos tiempos en que fué feliz, en que se casó á su gusto, con un hombre á quien amaba y de quien era amada. Después, el trágico suceso del 78. La casualidad, la suerte, el destino, no sabía ella cómo calificarlo, la llevó á "Canta-Gallo," el sitio en que se fraguaba el asesinato. Crecida en el seno de una familia completamente clerical, que odiaba el régimen civil y que acusaba á Pardo de hereje y de ser origen de todas las desgracias de la

patria, su alma se envenenó con la sed de venganza que existía en sus padres y en sus tíos. Dotada de una imaginación exaltada, con inteligencia para comprender todas las marañas de la política, leía á diario, y únicamente los periódicos de oposición, como que en su casa no habían otros; y al ver que, hasta la hoja religiosa, aconsejaba barrer con toda la *argolla,* acabó por convertirse en una fanática, en una revolucionaria consumada. Por de pronto había que aniquilar al tirano, al enemigo de la religión, al excecrable, y estas ideas que no se apartaban de su mente acabaron por trastornarla. Su marido se reía de ella, y como la quería, la encontraba adorable, oyéndola declamar. ¡Pobre hombre! tomaba la cosa en broma, porque nunca supo que ya su esposa estaba lanzada á la acción, que vivía en contacto con los hombres más fanáticos del círculo opuesto y que era objeto de explotación. Los otros, viéndola valiente, discreta y persuasiva la echaron de carnada, sugestionándola antes, para que jamás pronunciara sus nombres. En ese estado de ánimo se creyó inspirada por Dios, y resueltamente emprendió su obra. Recordó la manera como logró dominar á los sargentos, la admiración con que la oían, y la facilidad con que hubiera podido disuadirlos de sus criminales propósitos, si así lo hubiera querido. Pero su fanatismo había ido muy lejos y ahora, después de tantos años, comprendía toda la responsabilidad de su falta, todo el inmenso daño que había hecho á su patria, á su familia, á ella misma. Reflexionó en la esterilidad de su crimen, convencida como estaba ya, que las cosas habían continuado peor que antes, y que los más grandes ambiciosos se habían aprovechado, para asaltar el poder, del vacío hecho por ella en el equilibrio político. Pero lo que más le preocupaba era la guerra con Chile, venida según lo había oído hasta la saciedad, porque Pardo había muerto; y perdida, porque él y su partido no estuvieron al frente de la defensa. Las tropas chilenas habían invadido su patria, sus clarines hirieron sus oídos, y tras ellos el cúmulo de desgracias, los asal-

tos al poder, la vergüenza y la miseria. Y ella, había contribuído á todo eso: había tenido el candor de creer que era un hombre, y no un pueblo pervertido y desmoralizado, lo que había ocasionado la caída. Ahora lo veía claro, la sangre de Pardo quemaba su corazón, haciendo ancha herida en su conciencia. La muerte de su hijo, así miserablemente victimado, ¿acaso no era un castigo? Nunca lo puso en duda. Veía la mano de Dios ensangrentando su hogar, como ella ensangrentó el ajeno; y temblaba al pensar que todavía estaba viva, que aún le quedaba una hija, y que la escena de sangre podía repetirse.

En medio de su dolor experimentó cierto consuelo al oir las palabras de Alfonso. Su hijo había muerto arrepentido. El Señor habría recibido su alma; y siquiera, ese peso menos, tendría en adelante sobre su conciencia. La austeridad de costumbres, el temor de Dios, y el amor al prójimo en que le había educado, dejaron algo en su corazón; y todo ello, que tan inútil le fué en el fugaz curso de su vida, le sirvió de áncora de salvación en el momento de su agonía. El dolor de la madre era inmenso; pero su razón se abría paso para convencerla, que era mil veces preferible verle muerto y arrepentido, que vivo, crapuloso y despreciado por todos.

Urzúa se despidió, llevando la impresión de haber presenciado una conformidad muy extraña, en el ánimo de esa madre. La vió llorar, pero en silencio, sin protestas, sin un grito de odio, sin una imprecación contra aquellos hombres que habían asesinado á su hijo. Qué raro le pareció todo esto.

XXI

Completáronse cuatro meses desde el día en que el doctor Cayo inició el movimiento revolucionario, que tan amargamente afligía á la república. En todo ese tiempo, el Gobierno no se había dado un punto de reposo para pacificar el país. Sin embargo, la insurrección tomaba cada día más cuerpo. Era lo raro en esta guerra, que las tropas leales no perdían una batalla. A cada momento la prensa oficial daba cuenta de un combate, librado con los facciosos y perdido por ellos, con grandes pérdidas de armas y municiones, de jefes y oficiales muertos y heridos, ó puestos en completa derrota. Pero al día siguiente, el mismo caudillo hacía su aparición por otra parte, y nuevamente las escenas de lucha y de fuga volvíanse á repetir. Y no se crea que la prensa gobiernista mentía, ni que tales encuentros y victorias no habían acontencido. Los combates eran de verdad, pero las derrotas de mentira; como que convenía á los *montoneros* no dar jamás una batalla decisiva, sino únicamente amagar las fuerzas del Gobierno. De esta manera las obligaba á reconcentrarse en las capitales de provincia, á quemar inútilmente su parque y mantenerlas en jaque, para poder operar libremente por los caceríos, hasta donde no llegaba la acción oficial. Por dos veces las tropas del Presidente habían tomado el Cerro, sin que el doctor Cayo les hubiera puesto la menor resistencia; pero inmediatamente las había sitiado á distancia, cortándoles la comunicación con Lima, por el sistema de fraccionar sus fuerzas, en tres ó cuatro grupos, cada uno de los cuales llamaba la atención por

diferentes partes. La línea férrea de Oroya costaba un triunfo, y para mantenerla expedita, 500 hombres la resguardaban en sus principales puntos, especialmente en los viaductos, que los *montoneros* querían volar con dinamita. Y, á pesar de tanto esfuerzo, solo Tarma, Jauja y Huancayo, en el centro, estaban libres de la acción revolucionaria. Todas las demás ciudades pasaban, diariamente, por la alternativa de ser ocupadas por el Gobierno ó por la revolución.

En el norte, solo Piura daba que hacer á las autoridades enviadas de Lima; pero no con la tenacidad de la gente que operaba en Junín. Un coronel Morón, al frente de doscientos hombres montados, se paseaba, casi impunemente por varias provincias de ese departamento, sin pretender ocupar la capital, ni derrotar al prefecto, á cuyas fuerzas tenía cansadas, por lo mucho que corrían en su persecución.

En el sur el asunto era grave: con excepción de Arequipa y Moquehua, todo lo demás estaba perdido. Puno fué recuperado una vez por las tropas enviadas de Lima; pero asaltada, sorpresivamente, la fuerza que la custodiaba, por un grupo del pueblo que se insurreccionó una noche, quedó nuevamente fuera de la lista de las ciudades leales al gobierno constituído.

Las fuerzas bloqueadoras de Iquitos habían regresado á Lima, después de un viaje de dos meses por mar, habiendo atravesado todo el río Amazonas y gran parte de la América del Sur, por el Estrecho de Magallanes, desde el Pará hasta el Callao. Este refuerzo de tropa, en todo unos 800 hombres, vino muy bien al Presidente, para custodiar el palacio de los virreyes, que audazmente, y en un momento de descuido, podía ser asaltado. En cuanto á dinero, el "28 de Julio" apenas trajo unos cien mil soles, del millón ofrecido por los delegados federalistas; y para esta miseria, fué necesario que el representante del Fisco, amenazara al presidente del Estado Federal de Loreto, y que el Ministro de Hacienda de aquella sección territorial, lo sacara por fuerza del alto

comercio de Iquitos, como un adelanto sobre derechos de aduana. Distanciados los dos gobiernos, el de Lima y el federal, por cuatro mil leguas de agua que separaban á las dos capitales, por la vía de Magallanes, y cerrada la comunicación por tierra, el Presidente podía perder toda esperanza, hasta que el país no se pacificara, de recibir un centavo más de los loretanos, como tampoco de amenazarlos con un nuevo bloqueo.

Todos estos sucesos producían en el espíritu público un estado agudo de sobresalto, de contínua intranquilidad, que como era natural, se reflejaba en Lima con mayor intensidad que en ningún otro lugar de la república. Se vivía en pleno reinado del terror: el destierro, el encarcelamiento, la profanación del hogar, se llevaban á cabo sin la menor forma de juicio. Nadie las tenía todas consigo, ni aún los políticos más audaces y ambiciosos. Si los que sufrían las consecuencias de la tiranía oficial, temblaban de miedo por la falta de garantías constitucionales; los verdugos tampoco brillaban por su tranquilidad: la revolución podía triunfar, y acaso ¿no sería la prisión, el destierro, cuando no la ira popular, colgándolos de un farol, lo que pondría término á sus crueldades?

Las tertulias en casa de la familia García Azuaga habíanse suprimido, por fingidas dolencias de doña Rosa, quien como mujer de talento, quería evitarse el desaire de ver sus salones vacíos. Nadie visitaba por el temor de encontrarse con gente de ideas contrarias, ó con *soplones* de levita, que por lo menos podían levantar una calumnia.

Monseñor Zavaleta habíase embarcado más de lo regular en la acción directiva de una junta revolucionaria, y como algo se había traslucido, se le vigilaba muy de cerca. Dos espías rondaban su casa para saber quiénes le visitaban, y una beata *soplona,* le seguía en la calle, en Catedral; y los domingos, le aguardaba hasta las nueve de la noche, hora en que salía de casa de doña Rosa Azuaga, donde seguía comiendo, como de costum-

bre. Este espionaje le tenía enfermo: temía ser humillado, estropeado ó tal vez asesinado, en una de las noches, en que solo, se iba desde Belén hasta su casa, situada en la calle de Zárate.

Don Juan de la Cruz estaba nerviosísimo. No era un misterio para él, ni para nadie en su casa, las peligrosas correrías en que andaba Peta Otzuarte; siendo así que, cada vez que la veía entrar á su morada, algunas veces sofocada, intranquila y pálida, temblaba como un azogado, imaginando lo que esa diabla estaba haciendo, y lo mucho que lo comprometía. ¿No era él un amigo del Presidente? ¿Por lo menos no debía ser neutral? Estas ideas le amargaban la existencia. En cierta ocasión la pescó en el saloncito contiguo á su cuarto, cosiéndose un paquete de cartas á la sobrefalda de su traje.

—¡Mujer me comprometes!—le dijo.—Si el Presidente supiera que de mi casa salen cartas para la revolución. ¡Dios mío, eres una calamidad!

Por toda contestación, la beata le hizo un gesto al voltearle la cara, y se fué al cuarto del baño, donde á sus anchas acabó de coserse las susodichas cartas.

Doña Rosa, què casi sin darse cuenta, ó quién sabe si sugestionada por monseñor y sus otros amigos, se había vuelto revolucionaria, guardaba una neutralidad muy original, en las peleonas que tenía su marido con Peta. Decía, que no deseaba tomar parte en el asunto, y, lavándose las manos como Pilatos, dejaba á su prima hacer lo que quería, al extremo de haberse hecho de la vista gorda, una vez que, un hombre aprovechó de lo insospechable que era la residencia del señor García, para venir á ella y en el callejón de la casa, entregarle trescientas libras en oro, lo que hubiera sido imposible hacerlo en otra parte, sitiado, como estaba ese hombre, por numerosos espías.

—Con razón triunfan las revoluciones en el Perú,—decía el señor García á su esposa.—Si hasta yo mismo estoy sirviendo de tapadera á los conspiradores. Nada me extrañaría si mañana me contaran que una parienta

del Presidente, ó del ministro de la guerra, se vale de la influencia de ellos mismos para mandar armas á los *montoneros.*

—Qué equivocado estás en tu juicio, Juan de la Cruz, —le contestó doña Rosa.—Las revoluciones triunfan, porque la opinión pública las promueve y las sostiene; porque llega un día, en nuestra vida nacional, en que hasta la gente que no vive ni entiende de política, se impacienta, se carga de odio con todo lo que oye y lo que ve, y resuelve dejarse matar en una calle, al pie de una barricada, antes de continuar bajo la presión de un tirano.

Al fin sucedió lo que era de esperar. Una tarde, Peta Otzuarte fué denunciada por un *soplón,* y tomada por un inspector, con un paquete de veinticinco tiros de Remington en la *categoría.* Llevada á la Intendencia, se le puso inmediatamente en un calabozo con centinela de vista, después de haber sido registrada, sin el menor miramiento ni respeto á su pudor, por un oficial y un sargento. Comprendiendo ella que sólo su audacia podía salvarla de mayores vejámenes, y tal vez de que la fusilaran, contestó con altanería al oficial de servicio, antes de que la encerraran.

—Me llamo Petronila Otzuarte y Azuaga, y soy hermana política del doctor don Juan de la Cruz García, senador de la República, y el amigo de más confianza que tiene el Presidente. El que me ponga un dedo encima pagará con su vida su atrevimiento.

La bravata produjo su efecto, mucho más, que la gente de la Intendencia estaba bajo la impresión del asesinato de Manongo, y las órdenes dadas por el ministro de Gobierno, de castigar con igual pena, al que matara á otra persona. Nadie, pues, se atrevió á más, y terminado el registro, se limitaron á ponerla en un calabozo.

Como el hecho tuvo lugar públicamente á las cuatro de la tarde, en la estación de la Encarnación, en el momento en que Peta tomaba el tren para Chorrillos, numerosas personas presenciaron la prisión, entre ellas

una hermana de espíritu que estaba presente y que corrió á la calle de Belén, á dar parte de lo ocurrido á doña Rosa. Recibió esta noticia con mucha calma; hacía tiempo que esperaba ese aviso, dado el atrevimiento con que su prima llevaba municiones, dinero y cartas al citado balneario. No pasó lo mismo con don Juan de la Cruz, que dió rienda suelta á su furor.

—¡Beata de los demonios!—exclamó.—¡Qué necesidad tiene de meterse en estos líos! Ojalá la fusilaran ó le dieran cincuenta azotes, que es lo que necesita para que se quede quieta toda su vida! Naturalmente, me vá á comprometer en su declaración: dirá que en mi casa se las arreglaba para amarrarse en los fustanes las cartas, las municiones y todo lo que le daba la gana de llevar á la revolución. ¡Qué calamidad de mujer! Creo que hasta una ametralladora hubiera llevado si hubiera tenido fuerza para cargarla. Lo que es en esta vez, no soy yo quien va á la Intendencia á sacarla, y menos donde el Presidente. ¡Qué dirá este hombre de mí! ¡Es el colmo que hasta los mismos parientes nos dén tóxigos como éste!

Doña Rosa le dejó hablar y gritar hasta que se cansó. No le contradijo en nada; pero cuando su marido se hubo tranquilizado, ó mejor dicho, se hubo asustado de todo lo que había proferido contra la pobre beata, y buscaba su mirada para conocer su opinión en el particular, ella le dijo:

—Tienes razón, Juan de la Cruz; pero una Azuaga no puede quedar más de seis horas en una inmunda prisión. Véte directamente donde el Presidente, dile lo que se te antoje, inventa el mejor cuento que se te ocurra; trátala de bruja, de loca, de lo que quieras, pero no te separes de él hasta que no te dé la orden de libertad.

El jurisconsulto, que había oído parte de esta relación con los ojos fijos en el suelo, levantó la cara y la miró con asombro, cuando dijo: "hasta que no te dé la orden de libertad." Ella sostuvo con tal energía su mirada, que el otro no titubeó un segundo en ponerse de pie;

pero al fin hombre débil, comenzó á renegar de nuevo contra su parienta, y ya sin guardarla el menor respeto la trató hasta de ramera.

El Presidente tenía cierta especie de amor por don Juan de la Cruz. Todo lo que se relacionaba con este hombre le caía en gracia. Le recibió muy sonriente, diciéndole, que nunca hubiera imaginado que una mujer pudiera llevar municiones bajo de las caderas.....; que no tenía ningún obstáculo para ponerla en libertad, lo que iba á hacer inmediatamente, después de hablar con ella, por lo cual podía irse tranquilo. Conducida Peta á presencia de S. E., éste, sin decirle que había visto á su pariente, la amenazó con flagelarla si no denunciaba á sus cómplices. La beata tuvo miedo y cantó clavo cinco nombres de personajes prominentes, de los que cuatro, al saber su prisión, con tiempo se pusieron en fuga, y sólo uno pudo ser tomado y encarcelado.

Manuelita había cesado de llorar á su hermano: las lágrimas no asomaban ya á sus ojos con la misma facilidad que en los primeros meses de su desgracia; pero su alma seguía inundada de melancolía. Habíase adelgasado, estaba pálida como si estuviera en una convalecencia, sus ojos habían perdido algo de su fuego y su sonrisa mucho de la viveza de su expresión. Su voz suave y melodiosa, su acento tranquilo, su infinita ternura, le daban un aire cándido, el aspecto de un ángel nostálgico descendido del cielo y echando de menos la vista de Dios. Estaba interesantísima con su ropaje negro, con sus cabellos echados para atrás y peinados con extremada sencillez. Había concentrado su cariño en sus dos hermanos, que también, seguían terriblemente impresionados. Conmovidos hasta en lo más recóndito de sus almas, en ambos el despertar á la vida, el madrugar á la existencia, habíase adelantado, por lo menos, en dos años. Ahora discutían con su hermana, observaban sus opiniones, y hasta la reprendían, como que ya muy poco faltaba, en ellos, para que la igualaran en buen juicio. Vivían en la más estrecha unión, contribuyendo cada uno,

por su parte, á regularizar la existencia común de ese hogar, tan feliz en otro tiempo como nunca lo volvería á ser. Sosteníanse con el año de sueldos que el Gobierno había dado á Manuelita, al día siguiente de la muerte de Cegama; y como en nueve meses más, aquellos recursos tocarían á su fin, habíanse trazado sus planes de nueva vida: Manuelita daría lecciones de piano, y sus hermanos irían á trabajar á una fábrica de tabacos, donde torciendo cigarros, se ganaría, cada uno, ocho reales diarios. No querían los niños perder su año escolar en el colegio de Guadalupe, y por eso, y porque tenían todavía reservas, se mantenían estudiando.

Beatriz compartía su tiempo, como en los pasados meses, en sus tres casas: la suya, la de Belén y la de San Sebastián. No se había verificado en ella el menor desmejoramiento físico; seguía siendo, por su belleza, la diosa de Lima, la esquiva á múltiples ofrecimientos de corazón y mano. Ya en dos ocasiones, en los tres meses transcurridos, acompañada de su criada, sin decir una palabra á Manuelita para evitarle sufrimientos, habíase ido muy de mañana al cementerio general, á visitar la tumba del excapitán Cegama. Le llevaba flores, y amorosamente las desparramaba por el suelo de su pequeño panteón de familia; se arrodillaba al lado de sus restos, y con los ojos fijos en las letras de su nombre, destacadas en el mármol, rezaba sin darse cuenta de lo que hacía, como que su alma, desandando lo que el tiempo había caminado, se posaba en los años de felicidad, dulcemente corridos en la amable compañía de aquel prometido esposo. Se daba cuenta ahora de lo mucho que le había amado, extrañándole no haberlo sabido cuando él estaba vivo. La última vez que visitó su tumba, púsose á pensar en su porvenir, y al verse tan sola, con un futuro tan incierto, sintió frío. Hubiera querido reposar allí, tranquila, como ya lo estaba el otro. Recordó entonces, la escena ocurrida entre ella y su padre, cuando le contó la muerte de su novio, ido sin despedirse, sin decirle una palabra, siquiera una sonrisa. El viejo se emo-

cionó profundamente; lloró la desgracia de su hija y la abrazó con ternura. No le dijo nada, pero al desprenderse de sus brazos y al notar que estaba pálida, como nunca la había visto, la volvió á abrazar. "La providencia lo ha querido así: hágase su voluntad." Fueron sus únicas palabras. Hombre de gran talento, profundo conocedor del corazón, ¿qué podía haberle dicho en ese trance? Su madre, á pesar de que era muy bruta, ó tal vez por indicación de su esposo, se abstuvo de comentar la noticia en ningún sentido. La dejó vestirse de luto, y seguir corriendo de día y de noche, fuera de su hogar, á las casas de sus amigas; pero resuelta á impedir que, en esta nueva ocasión, se enamorara de otro hombre tan pobre como lo había sido Cegama.

El que andaba algo preocupado era Pablo Florimbó. Veía á Manuelita tan correcta en su noviazgo, tan poco exigente en fijar fecha para su matrimonio, tan llena de valor en la miseria que le afligía, que no sabía qué juzgar de ella. Unas veces la encontraba superior y se encantaba de la fuerza de su carácter; en otras, le acometía la duda, y confundía la delicadeza de sus sentimientos, con lo que él creía, que era falta de amor. Quien más le inquietaba era Urzúa; sin quererlo estaba celoso. Le veía tan unido á ella, tan oportuno en auxiliarla en sus horas tristes, ejerciendo tanta sugestión sobre su ánimo, que sufría cada vez que le encontraba en la casa. Naturalmente, jamás exteriorizó sus dudas: Alfonso se hubiera reído de ellas, como que nunca pasó por su cerebro la idea de hacerle traición. Ella hubiera ido más lejos, y quién sabe, considerándolo indigno de su cariño por haber dudado, le hubiera devuelto su anillo.

Fué Beatriz quien explicó á Pablo la causa que había normalizado á su novia; él mismo la vió dos días después de la entrevista con el capellán de San José: la encontró sonriente, comunicativa, dejándose ver á la luz del día; y aunque es cierto que esto le proporcionó enorme alegría, y que estuvo felicísimo en dársela á conocer y en acabar de consolarla, en cambio no pudo menos de

sentir pena al saber que gran parte de esa metamorfosis se debía á Alfonso. Así lo declaraba el señor Ochoa, encantado como estaba, viendo los resultados de su obra. Bondadoso y sin un átomo de vanidad, no podía comprender cómo él había hecho ese milagro. Beatriz, que tenía memoria, le repetía palabra por palabra, los mejores trozos de su peroración; y el anciano al oir eso que había dicho y que ahora se sentía incapaz de repetir, se quedaba atónito, sin poderse explicar qué pudo haber pasado por su ánimo esa tarde, para haber podido hablar así. Reconocía que la fuente de su labor estuvo en la sugestión que Alfonso ejerció sobre él; y daba infinitas gracias á Dios por haberle proporcionado la ocasión de haber hecho, siquiera una vez, algo más que perdonar pecados y dar consuelos.

—De cuánto somos capaces,—contestó á Beatriz,—cuando el espíritu bueno llama á nuestra alma. ¡Jesús mío! ¡Salvador amado! aparta de mi camino á los hombres de mala voluntad. Débil materia como soy, á penar de mis canas, qué sería de mí, si así como en esta ocasión me sugestionaron á realizar una acción buena, me indujeran mañana á cometerla mala!

Temeroso Pablo, que Alfonso organizara excursiones matinales para distraer á Manuelita, imaginó ciertos paseos á las fábricas y construcciones que existían en las afueras de la ciudad. Casi todos los días, á las siete de la mañana, la señorita Cegama acompañada por Beatriz, María Eugenia, y uno de sus hermanos, encontraba á Florimbó en un lugar convenido de antemano, y juntos paseaban por espacio de dos horas. Alfonso vino á tener noticia de estas salidas por sus propias amigas, y como era natural, se ofreció para acompañarlas. Esta decisión, que al principio desagradó mucho á Pablo, le curó radicalmente sus celos, al ver la manera como él la trataba, en la libertad y confianza que se establece en un paseo matinal, que se repite diariamente. Le vió acercarse con indiferencia á las dos jóvenes, hablar de todo, bromear con ellas; y de vez en cuando profundi-

zar el tema de la existencia, y hacerlo con tan notable facilidad de lenguaje, con tan profundo estudio de la materia, con ejemplos de una experiencia personal tan viva, que le asemejaban á un viejo cansado de aprender en el libro abierto de la realidad. Todo esto contribuía á fomentar la unión que ya existía entre Alfonso y las dos señoritas. Ellas, que ya le conocían á fondo, notaban en su alma deficiencias inexplicables. Reconocían en él talento, gran corazón; pero le sentían raro, falto de entusiasmo y susceptible de largas horas de apatía. Le querían, tal vez, más de lo que él las amaba; y por esto mismo, en lo más recóndito de sus almas, las dos sentían el pueril encono de su amor propio herido, no habiendo sido objeto, ni la una ni la otra, de un galanteo fino, de algo que revelara la pena de no poderlas enamorar porque estaban comprometidas. Con Beatriz la cosa era más ostensible: hacía tres meses que su corazón estaba vacante por la muerte de Pepe; sus asiduos enamorados, entre ellos Leníz, habían renovado sus gestiones con más calor, sin contar algunos nuevos que habían sentado plaza en su regimiento de adoradores. Sólo Alfonso no se rendía, y su vanidad de mujer hermosa sentíase herida. Felizmente no estaba enamorada de él, como tampoco lo estaba Manuelita: era una pura coquetería de las dos; un vicio de amor; el ansia de poseer más.

El joven nunca se dió cuenta de estas puerilidades. Las quería como se quiere á una hermana. Jamás pasó por su mente el deseo de enamorarlas; sin que hubiera en su conducta virtud alguna, sino frialdad, indiferencia por toda mujer que no fuera Marta. La monja seguía preocupándolo; su imagen no se apartaba de su alma. Ella continuaba dominando en su corazón, con la misma intensidad que en los primeros días en que la vió en su convento. Todo su pasado había vuelto á su memoria, y esta resurrección de un afecto, que tan profundo le fué á los dieciseis años, hacíale daño ahora, como que ya no poseía, ni esperaba alcanzar, las delicias de la reciprocidad, esa sentida correspondencia, tan llena de

casto amor, de inefables alegrías, que hicieron de su adolecencia la edad de oro de su vida. Pero lo que más le hacía sufrir era su absoluta reserva: el silencio con que guardaba su secreto. Comprendía todo el delito, que para el mundo y para su familia podía significar su amor á una monja. ¡Qué decepción tan horrible, qué horas tan amargas para doña Rosa, dotada como estaba, de un verdadero espíritu religioso, de un santo respeto á las cosas que eran de Dios! ¡Qué sufrimiento, si se hubiera impuesto de la loca pretensión, que atormentaba á su sobrino! Y dejando á un lado lo religioso, cuánta pena, al darse cuenta, que Marta hubiera encontrado el novio de su agrado, en su primo Alfonso, si á la muerte de Orbea no hubiera entrado al convento. Urzúa prefería sufrir solo; su pena se parecía á la que se produce en el alma por la pérdida de un ser querido: dolor infinito, lleno de melancolía, que no se aminora en lo más mínimo, por la circunstancia de ser un hecho consumado, que no tiene remedio. Una mañana que paseaba con Manuelita y que estaba muy triste, estuvo á punto de confesar sus cuitas, viendo que su amiga le preguntaba con insistencia la causa de su aflicción. Vaciló por un momento acerca de lo que debía hacerse, y acabó por sonreirse y no decirle nada. Prefería pasar por romántico, ser objeto de antojadizas suposiciones, que no inspirar lástima. Temía, además, que Marta llegara á conocer su secreto y se riera de su locura. Así lo creía él, porque ignoraba qué un fenómeno igual ocurría en el corazón de la monja. También en ella habíase despertado su pasado afecto por su primo Alfonso, como que su alma sensible y cariñosa, refractaria á entregarse por entero al amor místico de un ser invisible que no había enamorado su corazón, sentía la necesidad de querer y de ser querida, de mantenerse ocupada, y no en el vacío en que vivía desde la ida de Orbea. En varias ocasiones, Urzúa acompañado de su tía, de Lía y de Raquel, habíala visitado en su convento. Tras las tupidas rejas del locutorio, presentábase Marta, apacible, mansa, melancólica,

con la sonrisa de los conformados. Sus facciones se perfilaban cada vez más; seguía adelgazándose con sus ayunos y sus penitencias corporales. ¿A dónde iba por ese camino? Su madre, que nunca tuvo la menor duda, cuando afirmaba que fué el demonio del despecho lo que la condujo á esa mansión, se daba cuenta de todos sus sufrimientos. La recordaba en sus años de alegría, cuando vivía juguetona, entusiasta por lo bello, por el lujo, por la riqueza, por el confort; con un corazón de artista, sensible á lo místico y á lo profano. Ahora, la hallaba en un claustro, haciendo vida común con todo el desecho social allí aglomerado; con personas á quienes el fanatismo religioso, su inutilidad para la vida marital, ó decepciones terribles, habían arrojado al convento; todas más ó menos deshumanizadas, con un plato de comida seguro como si fueran presidiarias, dedicando su tiempo á interminables devociones, á puerilidades y á chismearse las unas con las otras. Qué horrorosa debía ser para Marta una existencia tan ingrata, tan sin ideales, tan desprovista de actividades morales y materiales, estando en sus 27 años, radiante de hermosura, con todas las fogosidades de su ardoroso temperamento, dueña de una inmensa fortuna, y pudiendo escoger, á falta de Orbea, y aun hasta de Alfonso, entre los muchos que la amaron en sus días de felicidad. Su noviciado la engañó: se sintió tan feliz en la soledad de su celda, libre de aquel continuo batallar con su madre. Encontró en la afectuosidad de sus compañeras y en las formas del culto tanto consuelo, que al fin se decidió á profesar. Después, la muerte del viejo, su herencia, la venida de Alfonso, el despertar á la vida mundanal y tantas cosas más, que ella nunca sospechó, resucitaran en su alma y mucho menos en su cuerpo. Estaba vencida: los pronósticos de su madre se habían cumplido; aquel Divino Jesús con quien ella se había desposado, ya no la amaba como en sus días de noviciado, tal vez porque ella misma le era infiel, no dándose á El por entero, ni eliminado de su corazón el profano y sentido afecto que

experimentaba por su primo. Despechada al verse así vencida, en divorcio continuo con el sentir de su corazón, con el despertar de todas sus pasiones, habíase propuesto matar su sensibilidad, establecer el reinado de la razón y de la voluntad, naturalmente, á expensas de su propia individualidad, indivisible en su esencia. Consultábase con su confesor, un hombre de pobre criterio, que nunca pudo entender los desórdenes de su alma, y que miserablemente confundía la lucha en que ella vivía consigo misma y sus locos desvaríos, con una santidad, de la que vivía encantado, y de la que había dado cuenta á la madre abadesa. Viendo Marta que eran infructuosas sus consultas con el capellán, y que en aquella casa nadie sabía darle el remedio para sus males, había acudido á la lectura del año cristiano, en la parte referente á la vida de los santos. Quería aprender, quería posesionarse de los medios que ellos emplearon para luchar contra el demonio, contra el mundo y contra la carne. Y cuando tales victorias, declaraba el narrador, habíanse obtenido en aquellos bienaventurados, porque sobre ellos había descendido la gracia divina, como que estaban entre los elegidos del Señor, tiraba el libro contra el suelo, como que ella no buscaba saber todo lo que Dios puede hacer por sus criaturas, sino imitar á los santos en lo que ellos habían hecho para sí mismos; por su propia voluntad, con el solo auxilio de su razón, sin nada del apoyo celestial, de ese sobrenatural, del cual no quería saber nada, desde que Dios ya no la oía, á pesar de que tanto le había llamado. No teniendo á la mano nada moral que encaminara su alma por el sendero de paz y conformidad á que ella aspiraba; sin la palabra de un ser superior que le mostrara otros caminos de salvación; sin nadie que la comprendiera, que adivinara la causa de sus sufrimientos y que la consolara, resolvió amansar su cuerpo con las terribles penitencias á que acudieron los santos. Sugestionada por los ejemplos de tan mística lectura, habíase lanzado por igual camino, y materialmente se estaba matando. Cilicios, ayunos, largas horas

de rodillas en el coro, en cuyo lugar, á veces, su donada le recogía desmayada, agotaban sus fuerzas y acabarían por librar su alma de su rebelde materia. Su padre confesor nunca se dió cuenta de su culpabilidad en ese suicidio, que la soberbia disfrazada con el manto de la misticidad estaba llevando á cabo. Sus compañeras de claustro eran bastante idiotas para dar con la causa de su austeridad. No veían sino la materialidad de los hechos, y se alegraban que una monja de la orden estuviera en camino de santidad. Así tendrían en el Cielo una elegida del Señor, que les ganaría con sus ruegos la bienaventuranza eterna.

XXII

Peta andaba un poco cortada. Oía misa temprano, visitaba poco á los padres jesuítas, y no se demoraba, como antes, largos ratos en el atrio de San Pedro, contando y oyendo á las demás beatas todo lo que pasaba en Lima en el mundo social y político. Se decía de ella, que la habían azotado en la Intendencia, y aunque esto era grosera calumnia; sin embargo, no tenía medios para probar lo contrario. Vivía, pues, avergonzada; y como en verdad, á falta de azotes, hubo un registro en sus ropas interiores, muy desprovisto de buenas maneras y de todo respeto á su pudor, la pobre sufría el peso de la ofensa. Habíase pacificado y héchose neutral, no teniendo la menor queja contra el Presidente.

Alfonso la visitó en su casa el día de su cumpleaños, y le llevó un lindo prendedor de oro, con tres brillantes pequeños, de mucho gusto y muy serio como para su edad. Ella, que no estaba acostumbrada á tales distinciones, como que sus amigos y parientes la trataban muy á la vaqueta, le abrazó con ternura, asegurándole, que le quería como no había querido á ninguno de sus sobrinos. Era afectuosa en extremo, bien intencionada, ingenua, nada egoísta, siempre dispuesta á servir á su prójimo; pero ignorante, fanática, revoltosa é incapaz de estarse quieta. No carecía de cierto talento natural; poseía imaginación, mucha memoria; pero era muy vulgar: creía en *penas,* en brujas, en almas endiabladas, sobre todo, tenía fe ciega en los milagros, aunque no podía citar un ejemplo de haber sido favorecida alguna vez por ellos. Los padres jesuítas le tenían gran estima-

ción, siendo una creyente perfecta y una servidora leal y desinteresada de la orden. Nunca les pidió nada; en cambio, ellos la ocupaban muy á menudo para saber lo que pasaba en Lima en los salones de la aristocracia, para llevar á esos mismos sitios la palabra de propaganda á favor de la Compañía, y conseguir nuevos prosélitos en la gente que no se confesaba, ó que lo hacía una vez al año con el cura de la parroquia. Era ella el cartel parlante que anunciaba las grandes fiestas que se daban en la iglesia de San Pedro, especialmente en el día de San Ignacio; y la que más empeño tomaba para que, en tan clásico aniversario, las señoras de alto tono acudieran al templo, con todo el lujo que la festividad exigía, en coche particular, el que dejaban en la calle del "Gato," en larga fila, patentizando así á los transeuntes, la presencia de todo el señorío de Lima. Cuando la prensa liberal, alguna de las cámaras, ó el mismo Gobierno, alborotaba el cotarro clerical con alguna medida opuesta al artículo cuarto de la Constitución, ó mejor dicho contra la Compañía de Jesús, Peta no esperaba el toque de zafarrancho de combate, ni la menor insinuación de los padres, para lanzarse á la acción, y hacer de palabra y de obra su labor reaccionaria. Su origen aristocrático le daba entrada á la sociedad del dinero y del linaje. Su padre, un coronel de la Independencia, alcanzó el honor de ser edecán de Bolívar, y posteriormente en la república, el grado de general de brigada. Sus servicios militares y su matrimonio con una Azuaga, familia que desde fines del siglo XVIII venía figurando entre lo mejor de la sociedad limense, le colocaron en muy buena posición social. No tuvo más hija que Peta, á la que dejó al morir, únicamente, el derecho á un montepío, del cual vivió la beata toda su vida; pero naturalmente, sin holgura, como que nunca obtuvo que le pagaran con puntualidad, ni con integridad, los cien soles que le correspondían. Por razones económicas, habíase pegado, hacía muchísimos años, á una prima por parte de padre, doña Juana Marurí, una viuda que vivía muy sola y muy des-

consolada, desde la muerte de sus dos únicos hijos. En casa de ella, una enorme mansión con más de treinta cuartos, tres patios, jardín, cochera y huerta, vivía Peta y la numerosa servidumbre de mujeres, en su mayor parte mulatas, todas al servicio de la viuda, con excepción de una, Brígida, que pertenecía en cuerpo y alma á su *amita,* la niña Petita.

Doña Juana no era rica: sólo tenía la casa que habitaba, y otra de cuyos arriendos comía. Llevaba una vida triste y solitaria, y como no era devota, ni siquiera tenía la distración de la iglesia, y la sociedad de la gente de sotana. Peta congeniaba poco con ella, y no encontrando grata su compañía, raras veces se sentaba á su mesa. La popularidad de la beata y su carácter, le mantenían abiertas las puertas de siete ú ocho casas ricas, donde no tenía más que llegar para que la instaran á comer ó almorzar. Natural era, pues, que no lo hiciera muy á menudo con su prima; sin embargo, se llevaba bien con ella, á pesar del contraste, entre la una, casera al extremo de no salir más que á misa, y la otra, casi viviendo en la calle; pero como ni Peta quería sacarla de sus costumbres, ni la prima deseaba retenerla á su lado, no tenían por qué chocar. A veces se pasaban varios días sin verse, y cuando se encontraban, después de estas ausencias, Peta tenía tanto que contarle, que sus visitas, aunque de tarde en tarde, le eran muy gratas á la otra.

La situación financiera de la señorita Otzuarte no era holgada; sin embargo, soportaba con valor sus miserias, sin acudir nunca á sus parientes, ni á sus amistades para pedirles dinero, y mucho menos á doña Rosa ó á su prima Juana. Don Juan de la Cruz le consiguió siempre del cajero fiscal, el pago de su montepío; pero con motivo de la guerra civil que afligía al país, habíanse suspendido todas las pensiones de gracia, inclusive la de ella, que se vió obligada á buscarse nuevos medios de vivir, resuelta como estaba á no arrimarse á nadie, temerosa de perder la independencia de su lengua y de su acción. Avispada como era, no se ahogó en la dificultad, y

se puso á fabricar ungüentos para quitar pecas. Recordaba que en su juventud, una de sus tías, que era muy pecosa, se las quitaba, usando una mezcla de sebo con zumo de limón agrio; y que, las citadas manchas de la cara no le volvían, hasta que la señora cometía la imprudencia de ponerse al sol. Como tenía buena memoria, recordaba perfectamente las proporciones de uno y otro ingrediente; y sin mucho pensarlo, se puso á la obra con un capital de dos soles y veinte y cinco centavos. Los ingredientes no eran raros; más costo que ellos exigía el envase en cajas de madera, las que tenía que comprar en las droguerías.

Alfonso la encontró muy despeinada, usando como guardaropa un mandil inmundo y pegada á un bracero, en el que ardía un buen fuego de carbón de madera, manteniendo en ebullición una regular cantidad del sebo contenido en un perol. Un poco cortada por haber sido sorprendida en su labor, lo que sucedió por imprudencia de su criada, mintió al decirle que estaba haciendo un dulce de *manjar-blanco,* para una amiga suya, cuyo santo se celebraba al día siguiente; y dejando el oficio á su servidora y cofrade, Brígida, se arregló los cabellos, se puso otro traje, y atendió á su sobrino, que entonces le presentó su obsequio. Sumamente gozosa por la doble fineza, especialmente por la visita, lo que nunca hacían los García Azuaga, con el pretexto de que su tía Petita nunca estaba en casa, y de haber sido obsequiada con algo de tanto costo, la beata quiso hacer ostentación de uno y otro honor; y llevando de una mano á Alfonso y con la otra, el obsequio, le paseó toda la casa, le presentó á su prima Juana y á toda la servidumbre. Después le hizo sentar; conversó con él; habiéndole dicho, entre otras cosas, que se enamorara de la muchacha que más le gustara, que por muy encumbrada que fuera, ella tenía bastante sagacidad é influencia para colocarlo en el candelero. Le pidió, después, que le hiciera un letrero con letras grandes, que dijera: *Pomada infalible para las pecas, veinte centavos la caja.* "Es un encargo, le dijo, que

me ha hecho Barbarita Aldumete, una de las señoras que tiene su tendujo en la calle de Judíos. Le han dado para la venta esa pomada, y me dicen que es muy buena. Recomiéndola á tus amigas, Alfonsito, especialmente á Manuelita, á quien se le ve una que otra cuando está de *negligé.*"

Urzúa, que estaba impuesto por la indiscreción de Lía y de Raquel, de la firma social, Aldunate, Otzuarte y Compañía, (la compañía era la criada, Brígida, que compraba los ingredientes y llevaba las cajas á la calle de Judíos), para la fabricación y expendio del ungüento para las pecas, tuvo el buen sentido de no darse por entendido de nada; por el contrario, para que la beata no guardara la menor sospecha, le habló horrores de todos los ungüentos, diciéndole, que el de las pecas, debía ser un menjurje indecente y venenoso; pero que sin embargo, le dejaba dos soles para diez cajas, las que pensaba regalar á Manuelita, que siempre se quejaba de no poderse quitar las pocas visibles que tenía.

Después que se despidió de su tía, quedóse Urzúa pensando en el triste término de la mayor parte de la aristocracia peruana, que figuró en los comienzos del siglo XIX. La independencia, que hirió de muerte los intereses de la madre patria, también acabó con la gente privilegiada. Eliminada la esclavitud, excecrada la ociosidad, modificada la ley con la supresión de los mayorazzos, y puesta la nobleza al nivel de igualdad con la milicia y la administración, formadas en su mayor parte por hombres oscuros, pero audaces y dotados de ilustración y talento, por ley sociológica, sucedió lo que había ocurrido en otras partes: el elemento nuevo les arrebató su fortuna, les anuló sus privilegios, y solo les dejó sus pergaminos, y á muy pocos la solariega mansión en que habían nacido, el terruño que solidaridaba el título; la vetusta casa en cuya fachada todavía se ostenta el escudo de armas con que el Rey les honró. Peta, con toda la nobleza de sus dos ramas, llegaba al término de sus días en la más completa ruina. Su estirpe terminaría con su

muerte, ya que su fortuna hacía muchos años que había desaparecido, por el despilfarro de sus padres.

Al salir Urzúa de casa de su tía, se encontró con Manuel Bengóa, el novio de Lía, que acababa de llegar de Cerro Azul, donde su padrastro, mejor dicho, su padre adoptivo, tenía á cargo de él una gran hacienda. Ansioso de no ocuparse de ella en todo el tiempo que durara su luna de miel, habíase dedicado durante cuatro meses á vigilar personalmente las atenciones del fundo, con el objeto de ponerlo todo en orden y poder hacer entrega formal de la administración, al señor Castellanos, un experto agricultor de mucho renombre. Era Bengóa bajo de cuerpo, nada buen mozo, pero bueno y de corazón muy sano. Acababa de cumplir 27 años y estaba deseosísimo de casarse con Lía, á quien amaba apasionadamente. Saludó á Alfonso con mucho cariño, y le invitó á que le acompañara, á conocer la casa que estaba amueblando para formar su hogar. Caminaron algunas cuadras, conversando muy alegremente, hasta llegar á la calle de la Rifa, donde Alfonso admiró una linda casita de dos pisos, acabada de construir por el señor Andújar, expresamente para el matrimonio de su sobrino. Pensaba Bengóa alquilar los bajos y ocupar los altos. Subieron á ellos y los pasearon, desde el salón hasta la cocina, en todo siete cuartos, deliciosamente arreglados para que sirvieran de nido á la enamorada pareja. En casa de la familia García, se hacían también algunos preparativos; pues aunque el tiempo no estaba para diversiones ni fiestas, como se trataba de la primera hija que iba á casarse en la familia, sus padres querían hacer algo.

Una semana después de este encuentro, tuvo lugar la boda de Manuel Bengóa con Lía García Azuaga. La ceremonia se verificó á las ocho de la noche en la Iglesia de la Recoleta, la que fué decorada de flores con el más exquisito gusto y profusamente iluminada. Bendijo la unión monseñor Zavaleta, que estuvo felicísimo en su peroración á los novios. Terminada la ceremonia, solo

el círculo íntimo de la familia concurrió á la casa, para despedirse de los recién casados y beber, á su salud, una copa de champagne. Lía, muy emocionada, se despidió de sus padres y de sus hermanos, á las nueve de la noche. Doña Rosa la abrazó con ternura, la besó repetidas veces, y visiblemente afectada, pero sin derramar una lágrima, le dió su bendición. No era en ella en quien pensaba en ese momento, como que Lía no era la primera de sus hijas que dejaba el hogar. Marta lo había hecho, dos años antes, de una manera clandestina, deseosa de vengar la muerte de Orbea; raro capricho cuyas consecuencias desastrosas se exteriorizaban ahora. Con anterioridad á los tristes sucesos, doña Rosa, vivía encantada de la señorita Avellaneda. Habíase sentido tan orgullosa de su belleza, de su intelectualidad, de ese recurso tan poco común con que se captaba los afectos de las personas, que nunca pudo conformarse con su ausencia. Sintió tan enorme vacío en su hogar, halló tan solos sus salones después de su enclaustramiento, que todo esfuerzo en ella fué vano para consolarse con otras cosas. Ni Lía, ni Raquel, poseían las envidiables cualidades de su hermana, y esto mismo aumentó su sufrimiento.

En la puerta del templo, en la Recoleta, á la hora en que la muchedumbre se abría en filas para dar paso al séquito nupcial, y en los momentos en que la apretura impide caminar de prisa, oyó claramente la voz de una mujer, con la cara cubierta por la *manta,* que dijo para que ella lo oyera: "Qué chasco para Rosa esta boda; ella que es opuesta á que ninguno de sus hijos se case;" á lo que contestó la compañera, otra *tapada:* "Es que ya tiene experiencia con lo que le pasó con Marta y Abel." Creyó reconocer en la voz de la última que habló, la persona de una amiga suya, con quien se visitaba muy frecuentemente y á quien tenía cariño. Esta circunstancia le hizo más efecto. Que la gente vulgar y mala dijera que ella tenía la culpa del monjío de Marta, le importaba poco pero que personas de sentido común, sus amigas,

le hicieran responsable de la resolución disparatada de su hija, eso sí que la irritaba, que le amargaba la existencia. Tenía convencimiento de haber obrado bien en los dos casos, muy diversos de Marta y Abel, y le incomodaba que no le dieran la razón, y que por maldad, por error de concepto ó por pasión, se le culpara de lo que había pasado.

Fué costumbre en Lima celebrar los matrimonios de noche, y como por la época en que Lía se casó estaba la *manta* en todo su furor, prestábase, como mandada hacer, para cubrirse la cara por completo, dejar solo los ojos al descubierto, y así de incógnita, decirle las verdades al más pintado. La policía, en tales bodas, cuidaba el orden en la iglesia y aún impedía la entrada á la gente no invitada; pero en la puerta, á la entrada ó salida de la comitiva, se limitaba á dejar el paso expedito, oyendo con impasibilidad las groserías que las *tapadas* lanzaban al rostro de los novios y de los invitados. Si doña Rosa fué objeto de comentarios entre las curiosas y de malos juicios, en sus propios oídos, no lo fué menos don Juan de la Cruz, Peta y el señor Leníz. Llamáronle al primero, camaleón, anfibio, girasol. Al señor Leníz, que iba en compañía de Beatriz, le dijeron muy despacio, pero no lo suficiente para que su compañera no lo oyera: "Cásate con la mujer con quien vives y deja á esa pobre niña." Pero á Peta le dijeron más, como que la llamaron: "Azotada en la Intendencia y vieja adefeciera." Esto último con motivo de haberse puesto, en esa noche, algunos adornos en la cabeza, que le caían muy mal, acostumbrada como estaba, hacía treinta años, á no usar otra cosa que la *manta*.

XXIII

Varias noches después de celebrada esta boda, Alfonso hizo su segunda visita á la familia de doña Pancracia Callejas. Tanto ella, como doña Ursula y Florita, tuvieron mucho gusto en verlo otra vuelta por la casa. ¿No era una gracia, que siendo él un joven aristocrático y de fortuna viniera á verlas? Urzúa las saludó con respetuoso cariño. Dos visitas más, que encontró en la salita, quedaron cortadas en presencia de una persona tan elegante y tan fina. Una de ellas, don Bartolo Cusini, era un italiano dueño de la pulpería de las Carrozas y de una hermosa chácara en el valle de la Magdalena. Era un hombre bajo, grueso, de grandes espaldas, muy blanco, de hermosos ojos, franco, sin el menor barniz de educación, expansivo, riendo siempre á carcajadas y encontrando gracia en todo cuanto oía. De corazón sano y humilde, á pesar de su fortuna, seguía siendo el hombre modesto, paciente y avaro de centavos, que hacía años había llegado á la pulpería de las Carrozas. Vino al Perú estando muy niño, traído por su tío, don Antonio, el propietario de una bodega en el mercado de la Concepción, quien lo educó y lo lanzó en el camino de la labor perseverante y en la vida de economía, que al fin le habían dado una posición independiente y holgada. No le faltaban veinte mil soles, y como tenía gran afición al campo y á sus anexas labores de cultivar viñas y hacer vinos, vivía en la chácara, sin abandonar por esto la pulpería á sus dependientes, la que visitaba todos los días, una ó dos horas, para recoger el dinero de las ventas y pedir al comercio por mayor, las mercaderías que

le faltaban. Desde que se volvió chacarero, renunció á ponerse detrás del mostrador, en mangas de camisa, para vender por medios y centavos. Usaba ahora saco, aunque sin chaleco; y como se afeitaba cada dos días, indudablemente, tenía mejor presencia. No parecía un caballero; pero sí un industrial, un hombre de trabajo. Las negras de los *callejones* de la vecindad, que por tres lustros le habían visto á toda hora del día, que se bromeaban con él y hasta le tuteaban, principiaron á llamarle don Bartolo; especialmente las muchachas del barrio, á quienes él había acariciado y obsequiado cuando estaban pequeñas, y que ahora, en sus quince y veinte años, se la daban de señoritas muy recatadas, mostrándose serias con él, sin apearse del don y tratándole de usted.

Aquella noche, el señor Cusini había venido á casa de doña Ursula por primera vez, á pedirle su consentimiento para que le sirviera de madrina en su matrimonio. Hacía muchísimos años que conocía á la familia. Numerosas veces, doña Pancracia, ya tarde de la noche, no queriendo despertar á la negrita sirvienta, se ponía la *manta* en la cabeza y atravesando la calle, compraba personalmente á don Bartolo, el pan y el queso que faltaban para el chocolate. Sus nietos, Narciso y Nazario, á pesar de la enorme diferencia de edad, habían jugado á la brisca y á las adivinanzas con él. El italiano era, pues, un buen conocido de la familia, pero sin pretensiones de amistad: hombre completo de trabajo, nunca pensó en visitar á nadie, y menos en una casa, como la de doña Pancracia, que aunque en pobreza, se vivía en mucho orgullo. Cuando don Bartolo se vió rico, mejor dicho, cuando exteriorizó su riqueza, dejando el mostrador, no andando en mangas de camisa y comprando chácara, tenía 34 años y resolvió casarse. Fijóse en Florita, á la que veía pasar por delante de su tienda, en compañía de su madre; pero existiendo entre él y la familia Zúñiga tan grande distancia en origen y en cultura, no sabía el pobre hombre cómo insinuarse en sus pretensiones. La amistad estaba limitada á los dos jóvenes,

á quienes obsequiaba mucho, llevándoles repetidas veces á la chácara á comer tallarines, rabioles, pulentas y otros platos de su país. Un día tuvo la idea de invitar á toda la familia para que concurriera á un almuerzo á la Magdalena; pero sus amigos, Narciso y Nazario Zúñiga, que fueron encargados por él para hacer la invitación, le dieron la negativa de la madre, muy llena de excusas, como era natural, pues no deseaban chocar con don Bartolo. Cuando esta invitación tuvo lugar, las dos señoras estaban al cabo de las aspiraciones del italiano; y como, ni Florita, ni ellas, se sentían muy inclinadas al tal matrimonio, querían desengañarle sin herirle. "Tal vez más tarde, si las cosas no se componen, y si la chica llega á sus veinte años sin haber conseguido un buen partido, sea conveniente aceptarlo; pero al presente, sería un disparate." Esta era la opinión de doña Ursula, y como ella pensaba toda la familia. A pesar de lo burdo que era Cusini, y de su falta de tacto social, comprendió todo el alcance de la negativa; pero como estaba enamorado de Florita, soportó con paciencia el desaire y siguió perseverando en sus propósitos. No estaba apurado por casarse: la aguardaría cinco y diez años, convencido, que cuando la otra se viera en mas edad, sin ningún noviazgo serio, le haría más caso que al presente.

Por este mismo tiempo visitaba la pulpería, una mulatita de la misma edad que Flora, tal vez no tan bella como ella, pero indudablemente, mucho más hermosa. A pesar de tener por madre á una negra, era casi blanca y de pelo muy lacio. Sumamente desarrollada, tenía un cuerpo lindo, sin ser gruesa, por la perfecta redondez de sus líneas. Si Florita era la reina del barrio, en la gente aristocrática, Belén, que así se llamaba la mulata, reinaba sin rival en el elemento popular y en la gente apasionada por el color honesto. Vivía en compañía de su madre, ña Feliciana, una mujer tan negra como un carbón, y de su abuelo, ño José la Cruz, famoso ladrón del Cercado en tiempo de Castilla y esclavo anteriormente de don Domingo Elías, á quien sirvió de guarda-

espaldas en sus correrías políticas. Libertado con la manumisión, se hizo jefe de una partida de bandidos que merodeaba en los alrededores de Lima. Batida ésta en tiempo de Pezet, y obligados los cofrades á desunirse, ño José la Cruz se hizo mayordomo de chácara, oficio en el cual había envejecido, hasta llegar á los 76 años, en completo estado de inutilidad, para vivir de la caridad de su hija, que era lavandera y que trabajaba en compañía de la nieta.

Don Bartolo se consolaba de su suerte enamorando á Belén. Florita estaba muy lejos de él, y solo de tarde en tarde la veía pasar; en cambio, la otra se presentaba todos los días á comprar jabón para su lavado, cabalmente á la hora en que él llegaba de la Magdalena. Era seria y orgullosa. Vivía en la convicción, que no había nacido para casarse con negro, ni aún con blanco pobre. La gente de su clase la miraba con respeto, teniendo á orgullo que entre la gente de color, hubiera una belleza que eclipsara, en parte, la de Flora. Aunque no necesitaba que la cuidaran, pues tenía más cabeza que corazón; sin embargo, su madre no la dejaba nunca sola. Más de una vez, *ña* Feliciana, había recibido el soplo de andarse con cuidado con ciertas mujeres de mala vida y peor oficio, que andaban á la caza de la muchacha, por cuenta de golosos solterones y aun de señores casados; y como en una ocasión, abofeteó á una de ellas, una tarde, en la puerta del *callejón* en que vivía, la persecución había disminuído. Don Bartolo era el único que tenía carta blanca para enamorar á Belén, por los medios que le fueran de su agrado. La muchacha se dejaba galantear y abrazar: ella y su madre estaban convencidas, que cuanto más avanzara el hombre en esas libertades que se permitía, más á fondo se iba en el terreno que pisaba. Sucedió al fin lo que tenía que pasar: el italiano se enamoró de ella, y viendo que la muchacha no quería nada por caminos torcidos, se decidió á pedirla en matrimonio. Obligado á dar una explicación á sus compatriotas por ese cambio de ideas, en sus asuntos matrimoniales, les dijo:

"Florita é muy linda, má é muy aritocrática. La Belén é la que á mí me entiende." Florita ni siquiera le miraba en la calle; al paso que Belén le buscaba sin el menor escrúpulo. Natural era, pues, que la segunda hubiera triunfado en toda la línea, derrotando rápidamente á su rival.

Aunque don Bartolo era del más bajo origen, no dejó de molestarle la negrería de parientes que se iba á echar encima. Por esto siquiera quiso tener por padrino á un rico y distinguido compatriota suyo; y por madrina, á doña Ursula, la mujer de más respeto que había tratado en su vida. Aquella noche, el novio hizo su petición de una manera oficial, como que, anteriormente, ya la había hecho por conducto de doña Pancracia, á la que llamó una tarde en su paso por la pulpería, para sondearla en el asunto. La abuela le dió muy cordialmente el sí, y tuvo mucho gusto, que por este medio, terminaran las pretensiones del expulpero sobre Florita, para la que esperaba algo que estuviera á la altura de su linaje.

La otra persona que estaba en casa de doña Ursula, la noche que Alfonso hizo su visita, era Manuel Lecuona, un joven como de 24 años, alto, flaco, trigueño, de una fisonomía vulgar, aunque inteligente y trabajador. Pertenecía á una familia muy modesta, y casi obscura por su origen, que vivía holgadamente por la unión de todos sus miembros. Estaba formada por siete varones, dos casados y cinco solteros, viviendo todos al lado de sus padres, para cuyo sustento contribuían. Manuel era el menor. Estaba empleado en una hacienda en las afueras de Lima, ganando 60 soles, casa y comida; y con tan escasos recursos, había pensado casarse, y nada menos que con Florita, que soñaba con algo mejor, y que no le hacía caso. Bella como pocas, despertada á los estímulos del orgullo, soñando con un mundo más feliz que aquel en que vivía, y con todo el romanticismo y los anhelos de la edad primaveral, Florita aún no sabía lo que le faltaba para completar su dicha. En su imaginación todo se

perfilaba vago, indeciso, con cierto sello de idealismo. No sostenía coqueteos con nadie, y menos con sus enamorados Cusini y Lecuona; pero faltaba saber, si su conducta era un mérito propio, ó si de por medio estaba la mano de doña Ursula, adivinándolo todo y conduciéndola por el camino de la seriedad y el orgullo. El joven agricultor seguía las aguas de su ex-rival, don Bartolo, en aquello de no precipitar los acontecimientos; y como no era un visitante tenaz, ni un apasionado peligroso, la familia Zúñiga admitía con agrado las visitas que le hacía cada dos ó tres meses, cuando recibía permiso para pasar en Lima tres ó cuatro días.

A las diez de la noche llegaron los jóvenes Narciso y Nazario, un par de mocetones muy robustos, de admirable salud, y ambos de muy agradable y franca fisonomía. Venían de una academia nocturna, en la que aprendían inglés y teneduría de libros, ya que el día lo dedicaban á lavar botellas donde Backus y Johnston. El italiano que había estado un poco cortado en la visita, y que no hacía sino reir muy cordialmente de las ocurrencias de Alfonso, se sintió más á sus anchas; y juntándose á ellos, les contó que estaba haciendo en la chácara un vino muy exquisito, pero que le faltaban envases.

Manuel Lecuona comprendió desde el momento en que Urzúa entró á la salita, todo el formidable poder de aquel rival, si acaso estaba decidido á quitarle lo muy poco que había ganado en el corazón de Florita. Fijóse varias veces en ella, y la vió entusiasta y contenta cuando Alfonso hablaba, y siguiéndole con los ojos el movimiento de sus acciones. Por cierto, no le daba tan fuerte en las noches en que él la visitaba solo. Lo que es la vida: las señoras tuvieron un rato agradabilísimo en todo el tiempo en que Urzúa estuvo en su pobre hogar. Su presencia les recordó sus buenos tiempos, sus años de juventud en que la visitaba el señorío de Lima. Estas reminiscencias, animábalas á seguir perseverando con valor y fe en su honrada vida de miseria, esperanzadas en su resurrección material, ya que su orgullo nunca fué perdido. En

cambio, el pobre Lecuona se retiró con el alma enferma, profundamente decepcionado de la vida y con propósitos, si no de pegarse un tiro, por lo menos de aislarse, de meterse á fraile, de huir de aquella sociedad que tan mal pagaba sus sinceras aspiraciones, sus tiernos afectos, su ansia de vivir amando siendo amado. Era el menor de los siete hijos: el Benjamín de la casa, el predilecto de su madre. La buena señora, que ya estaba muy anciana, lloraba no poder tenerlo á su lado; no ser rica para retirarlo de su empleo; de esa hacienda que le mantenía tan lejos de ella, cabalmente en los últimos días de su vida. Volvíase loca de contenta, cuando ocho días antes, el muchacho le avisaba que había obtenido un permiso; y cuando llegaba por el tren de la sierra, á las cuatro de la tarde le aguardaba con ansiedad y le recibía con la misma alegría, que si hubieran pasado muchos años sin verle. Durante su permanencia, le acompañaba en la compra de sus ropas y de sus encargos, y le obsequiaba cada tarde con un nuevo plato de comida, deliciosamente preparado; y en la noche le aguardaba hasta las doce y una de la mañana, horas en que él regresaba del teatro, ó de sus visitas, para servirle personalmente el chocolate, contarle alguna novedad ocurrida en los meses de ausencia ó consultarle algún proyecto para invertir sus ahorros en tal ó cual cosa. Aquella noche, Manuel llegó malhumorado y sonriendo forzadamente. Su madre comprendió que tenía un pesar; pero prudente como era en todos sus actos, se abstuvo de preguntarle nada, viendo que su hijo se mantenía en reserva. En el curso de la conversación, supo que venía de casa de Florita, y entonces lo comprendió todo; se dió cuenta cabal del despecho de su hijo; y conociendo que no por hablarle de ese asunto, ni por derramar sus lágrimas, cambiaría su suerte, disimuló su emoción y le habló de todo, menos de la ingrata. En cambio extremó sus mimos, sus atenciones, sus afectos; le habló de cosas interesantes; de futuros días de ventura; y á fuerza de ternura maternal consiguió ahogar sus tristezas. Cuando Manuel se fué á

dormir, la besó en la frente, como lo hacía todas las noches; pero en esta vez, duplicó el ósculo y le mostró su faz sinceramente sonriente, ya sin las sombras de aflicción traídas de afuera.

Ocho días después de esta visita, tuvo lugar el matrimonio de don Antonio Cusini con doña Belén Peralta, en el templo de Santa Ana, en medio de muy selecta concurrencia, no habiendo entre los invitados más cara negra que la de doña Candelaria. Comprendía la parentela y la vecindad del *callejón* en que habitaba la desposada, que Belén por su color claro, su hermosura y su matrimonio con un extranjero rico, habíase levantado de su nivel social. La respetaban en su nueva posición, y amorosamente, sin despecho, ni envidia, le cedían el paso, para que entrara sin tropiezos en la sociedad blanca á que tenía derecho. Era uno de los suyos, conquistada al mundo superior en que ellos no vivían por su color y su falta de cultura. Los hijos de Belén serían caballeros, y aunque es cierto que renegarían de su orígen, al menos, quedaba abierto con el ejemplo, el camino de la confraternidad entre el blanco y el negro. El más infeliz de ellos, el famoso exbandido del Cercado, *ño* José la Cruz, un negro como un carbón, tendría biznietos señores; y acaso, ¿á todos los demás no cabría más tarde ó más temprano igual suerte?

La iglesia estaba llena de gente: todo el barrio de las Carrozas había acudido á presenciar el acontecimiento del día. Ño José la Cruz con sus amigos y parientes, y todo el vecindario del *callejón* de "El Santísimo Sacramento" y de otros de la misma calle, muy decentemente vestidos y con mucho orden, presenciaban desde las naves laterales la ceremonia. Al centro del templo, entre el séquito nupcial, veíase mucha gente conocida de la colonia italiana y algunos bomberos de la "Roma," á cuya institución pertenecía don Bartolo. Señoras habían pocas, y de señoritas solo se veía á Florita, que llamó la atención notablemente, entre los concurrentes, por su hermosura, y que iba del brazo con Alfonso. Manuel Le-

cuona, que pensaba con mucha filosofía, se abstuvo de ponerse celoso por esto, y acompañó en todo el acto á doña Pancracia, á quien adulaba mucho, conociendo todo el poder de la anciana sobre la voluntad de su hija y de su nieta.

Belén estaba sencillamente vestida, pero como tenía un cuerpo adorable, sus ropas le caían muy bien y le daban un aire distinguido: el de una completa señorita. Estaba preciosa esa noche, y á no ser por la presencia de *ña* Candelaria, nadie hubiera sospechado su ascendencia africana. Doña Ursula la besó con sinceridad al despedirse de ella. "Soy tu madrina, le dijo y estoy obligada á servirte de guía en tus dificultades. No espero que las tengas, pues te casas con un hombre que te quiere; pero si alguna vez no te entiendes con él, no procedas con violencia y no des ningún paso hasta no consultarte conmigo, que bastante mundo tengo, para no saber aconsejarte cuál es el camino que debes seguir para encontrar tu felicidad." Florita también la abrazó; era la primera vez que se hablaban. Belén, modesta y humilde por atavismo, estaba encantadora con su aire cándido de profunda bondad, de inconsciente sencillez. "Me caso á mi entera satisfacción, Florita, le dijo; y deseo para usted igual dicha." Ansiosa de halagarla, se le ocurrió esa idea, viéndola del brazo con un joven tan hermoso y tan distinguido, como era Alfonso.

Terminada la ceremonia, los novios se despidieron de la concurrencia en la puerta de la iglesia. Aunque don Bartolo había tomado y amueblado una linda casita en la calle del Carmen Alto, siguió el consejo, que con anticipación le dió doña Ursula, de no invitar á nadie á tomar la copa de champagne en ella, temerosa de tener que asistir como madrina á ese agasajo, en el cual se hubiera visto obligada á codearse con gente de color. Terminada la despedida, montaron en un coche y se fueron á la estación de la Encarnación, para tomar el tren de diez, que los condujo á Chorrillos, donde pasaron ocho días en un hotel.

Esa manera de terminar la boda fué de muy poco gusto para doña Candelaria y su padre; pero ansiosos de no chocar con su yerno tan á raiz de su parentesco, permitieron la ida de los novios al campo, á cambio de celebrar ellos la fiesta en el *callejón,* siquiera por dos días, con los dependientes de la *pulpería,* la que fué cerrada por igual tiempo, y con todo el vecindario. Don Bartolo les dió cien soles para la fiesta, mucho licor y algunas conservas en lata. Ellos compraron un pavo, muchas gallinas, varios *jamones del país,* mucha *chicha* y aguardiente. Todo como para un festín, que teniendo cincuenta personas, pudiera durar cuarenta y ocho horas.

XXIV

Pasaron muchos meses más. El doctor Cayo cumplió su año y medio de labor revolucionaria. En todo ese tiempo su personalidad no se eclipsó un solo día. Derrotado repetidas veces, jamás abandonó el territorio de sus operaciones, ni perdió su parque, ni ninguno de los valientes jefes que le acompañaban. En dos ocasiones entró en cuadro al Cerro de Pasco, y debido á su genio organizador, volvió, las mismas veces, á cubrir todas sus bajas, y á ponerse en el fuerte pie de guerra que necesitaba, para hacer frente á los 1,500 hombres de fuerza regular, que le perseguían sin descanso.

En el norte y en el sur la lucha seguía igual suerte. Convencido el Gobierno, que solo oponiendo doble número de tropa á la revolución conseguiría vencerla, y siéndole esto imposible por falta de recursos, acometió el atrevido plan de abandonar el sur de la república á manos de los insurrectos, á fin de concentrar sus fuerzas en el centro, y derrotar totalmente al doctor Cayo, para después, viéndose libre de él, hacer la reconquista del sur con todo el grueso de su ejército. Arequipa fué, pues, abandonada, como también Ayacucho y Moquehua; ya que lo demás, especialmente Puno y Cuzco, hacía mucho tiempo que estaba en poder de la junta revolucionaria. Reconcentrada en Lima toda la fuerza efectiva con que contaba el Presidente, con excepción de la del norte, que apenas subía á unos 1,200 hombres, se envió á Junín un cuerpo de ejército, fuerte de 3,000 plazas, las que debían operar, en combinación, con los 1,500 que habían entre Tarma y Jauja. El doctor Cayo no contaba con

más que 1,200 hombres, y como no podía ser auxiliado, inmediatamente, con armas y municiones, ó con algún refuerzo del sur ó de Huaraz, tenía fatalmente que sucumbir. Si su plan anterior había sido el de hacer la guerra de guerrillas, ahora debía concentrarse lo más posible y formar un solo cuerpo de toda su tropa, á fin de ponerla á salvo. De esa manera podría evitar la fatal derrota por secciones, cosa que podía hacer muy bien el Gobierno, contando con 4,000 infantes y 500 hombres de caballería, que igualmente se dividirían para ocupar los flancos y los puntos de retirada. Las tropas constitucionales venidas del sur, estuvieron en Lima lo menos posible, como que, de la rapidez de la acción dependía en gran parte el éxito. Además, se tenía noticia que la junta de gobierno, radicada en el Cuzco, había tomado sus providencias, enviando un valioso contingente de armas al doctor Cayo, y ordenando que, una división de 1,200 hombres, saliera inmediatamente para el departamento de Huancavelica; y aunque era cierto que, andando las cosas bien, el contingente de armas no podía llegar á Junín antes de un mes, y el refuerzo de tropas antes de diez semanas, sin embargo, el Gobierno no quería fiarse de estos cálculos, ni andar con pies de plomo, sabedor que en la guerra, lo imprevisto es lo que descompone los mejores planes. Efectivamente: su ejército tuvo que estacionarse ocho días en Chosica, mientras se armaba un nuevo puente, para reemplazar el que había sido volado con dinamita, por el comandante de *montoneros,* doctor Velutini; y otros ocho en la Oroya, en espera de la reposición del puente de alambre, que existía en ese lugar. Todo esto dió tiempo al doctor Cayo, para reunir sus fuerzas, abandonar el Cerro; y burlando la presencia de los 1,500 soldados estacionados en Tarma y Huancayo, al mando del coronel García, trasladarse á Izcuchaca y hacerse fuerte en Pucará. Las fuerzas del coronel García tomaron la ofensiva, y le picaron la retaguardia, hasta enfrentarse con él en Pucará. Estaban á punto, ambos ejércitos, de presentar batalla, cuando el citado jefe cons-

titucional, á pesar de tener fuerzas superiores en las tres armas, recibió orden de flanquear al doctor Cayo y ocupar Huancavelica, con el objeto de cortarle la retirada al sur, y de impedir que recibiera el auxilio de armas y de tropas que le venían del Cuzco. Tan hábil maniobra, fué admirablemente ejecutada por el coronel García, que optó por quedarse en Pampas, para estar así más cerca del enemigo.

En Lima se sabía ya, que el doctor Cayo huía para Huancavelica; que el coronel García lo había flanqueado tomándole la delantera, y que su derrota incondicional era un hecho, desde que los 3,000 soldados de refuerzo, al mando del coronel Pereda, habían al fin cruzado el río de la Oroya, y tomando la ruta de Jauja, lo estrechaban cada vez más. Todo esto causó profunda depresión de ánimo en los círculos de oposición. Para la mayoría, la revolución estaba concluída. Recuperando el centro, tomado el armamento en viaje é interceptados los 1,200 hombres, enviados en auxilio del doctor Cayo, se esperaba que Arequipa, Puno y Cuzco se recuperarían sin disparar un tiro. El Presidente fué el primero en cantar victoria; y para restablecer completamente la confianza del pueblo á su favor, principió á salir á la calle, lo que antes no hacía. Volvió á ocuparse de la administración pública, abandonada hacía un año; se mostró magnánimo, poniendo á muchos presos en libertad; y cesó en sus persecuciones. Es cierto, también, que el pueblo había parado de conspirar; ya nadie emigraba á la revolución; y los civilistas, con diversos pretextos, habían cerrado sus cajas y no había manera de sacarles un centavo.

Monseñor Zavaleta estaba tan profundamente apenado con este desenlace, después de haber batallado un año entero con el mejor éxito, que se enfermó y se encerró en su casa. Don Juan de la Cruz, no obstante que recibía de su señora el consejo de continuar quieto, había cesado de asegurar que era independiente. En una sola semana, y después que las fuerzas salieron para el centro, se per-

mitió visitar, sin el permiso de doña Rosa, dos veces al Presidente, y aun almorzar una mañana con él y con la runfla de militares, que de continuo estaban en Palacio.

Apenas unos cuantos demócratas furiosos, seguían gritando que la revolución duraría, lo que durara el Presidente en el mando; y que al día siguiente que fuera derrotado el doctor Gayo en Junín, éste, ú otro caudillo, haría su aparición en otro lugar con fuerzas iguales á las vencidas. En verdad que con la boca era muy fácil decir esto, y aun ser creído por la gente vulgar; pero no hablaban, ni pensaban de la misma manera, los círculos pudientes, los hombres que daban el dinero para la revuelta: para ellos, todo había terminado, por lo menos, por mucho tiempo. Ejércitos se improvisan en dos ó tres semanas, caudillos sobran, y aun medios de subsistencia, como que el cupo y el pillaje pueden dar de comer á miles de soldados; pero armas y municiones solo podían conseguirse en Chile, en Bolivia ó en Nueva York, á un precio exageradísimo, corriendo infinitos riesgos de perderlas, al tratar de introducirlas, para que llegaran al término de su destino. Derrotado el doctor Cayo, y perdidos los 1,200 expedicionarios en viaje á Huancavelica, sólo podía pensarse en una nueva intentona, bajo la base de 3,000 rifles; y esto, no se compraba con dos ni con tres reales. El ochenta por ciento de los contribuyentes para la revuelta eran civilistas, y según decía el doctor Cayo, nunca había visto gente más cicatera. Todo lo que le habían mandado eran 800 armas, 10,000 tiros y 39,000 soles, en dinero efectivo. A no haber vivido el cupo, y de las manos libres en que dejaba á sus tropas, para que se rebuscaran como pudieran por el campo, no habría podido subsistir ni una semana. La gente del sur, y los alzados en Piura y Cajamarca, se quejaban de igual escacez. Y á juzgar por estas miserias, ya es de suponer cómo faltaría el dinero en la segunda etapa, si en la primera, con todo el entusiasmo del momento y las iras de la ofensa, habían estado tan poco liberales. Es cierto, que más de la mitad de esa gente da-

ba su plata por puro patriotismo: los tiempos del huano habían pasado; y ya el Estado no era la vaca lechera de los antaños tiempos, que centuplicaba con favores y dádivas, en efectivo, los servicios y los préstamos recibidos para el triunfo de la revolución; ya tampoco existía en el Perú la casa de Dreifus, con su caja abierta, para pagar todas las revueltas que Piérola le hiciera á Pardo ó á Prado. La nación estaba en la miseria, las industrias principiaban á renacer, y nadie poseía el menor entusiasmo para gastar, lo poco que se tenía, en armar revoluciones, que en llegada la hora del triunfo, solo proporcionarían á los capitalistas garantías, ya que era imposible vivir con un presidente, que se creía dueño del país, y lo gobernaba y lo explotaba como si fuera su chácara. Lo mismo hacían en provincias los prefectos; y en Lima, al Alcalde Municipal, á quien llamaban el *yanacón* de la cáchara presidencial, y cuyo nombre estaba muy bien puesto, pues era el más descarado de todos los favoritos.

Manuelita y Beatriz habíanse casado algunas semanas después de cumplido el primer aniversario de la muerte de Cegama. La primera con Pablo Florimbó y la segunda con don Antonio Leníz. Este último matrimonio, casi lo había hecho doña Rosa, apreciando en todo su valor la viudez moral de la joven, su carencia de afectos, su falta de sentimientos filiales para con su madre y la dolencia cada día más grave del doctor Mompox. Ansiosa de abrirle el camino que ella no encontraba, se decidió á conducirla, y le aconsejó que se casara con un hombre que le daría prestigio social, riqueza, tranquilidad de espíritu y paz con todos los suyos. Muerte Pepe, casado Abel, ¿acaso debía pensar en la runfla de insignificantes que pretendían su mano? No había duda, que uno de ellos reunía en juventud, en talento y en riqueza de afectos, cualidades superiores á las de sus rivales, inclusive don Antonio; pero si ella no le correspondía á ninguno, ¿por qué había de ser tan terca en no aceptar al ricacho, cuando todos le aconsejaban que lo tomara? En medio del desconsuelo en que vivía, presa su alma de in-

curable apatía, con mezclas de fastidio y cierta exteriorización de idiotismo, alegrábase de su anormal estado, al pensar en lo mucho que pudiera sufrir, si, sugestionada por ese hombre que llevaba la superioridad entre todos sus enamorados, hubiérale correspondido, poniendo su corazón en manos de él. Nuevas luchas, nuevas intranquilidades; la renovación de todo el pasado con su triste historia de egoísmo materno, de soberbia filial. Y ahora, indudablemente, con la oposición de Manuelita, que hubiera sentido humillada la memoria de Pepe, al verle reemplazado por uno nuevo, que sin poseer sus méritos, había alcanzando igual puesto en el corazón de su amiga. Con Leníz la cuestion era muy diferente: no se trataba de un reemplazo, de un nuevo afecto en el corazón de ella. Aquello era un convenio razonable, prudente, forzoso. En la necesidad de casarse, ya que su pobreza así lo exigía, debía escoger, para honrar la memoria del excapitán, un hombre por el cual no sintiera amor, y del que obtuviera todos los provechos sociales que dan el buen nombre y la fortuna, ya que, á falta de verdadera felicidad, hay que embriagar el alma con vanidades, con adulaciones, con la satisfacción que produce el respeto, las consideraciones y la envidia de los necios. No fué, pues, Manuelita, opuesta á esta unión; muy al contrario, la patrocinó con afán hasta que se llevó á cabo. La muerte de su hermano habíala despertado por completo á la realidad de la vida, y el amor que le tuvo, la volvía egoísta con la mejor de sus amigas. Ya no soñaba como antes; sus ilusiones no estaban completas, como que su alma, torpemente, había sido conmovida por la mano del destino. Una sola noche de tempestad, había bastado para que el huracán hubiera arrojado á la locura del viento su amoroso hogar, aquel nido tanto más querido, cuanto que fué un rezago adorado del que formaron sus infortunados padres.

Pero quien, indudablemente, trabajó más en favor del matrimonio de Beatriz, fué doña Rosa, que nacida con cierto espíritu de dominio, gustaba de arreglar las cosas

á su modo; y ya que sus hijos se negaban á seguirla por el prosaico sendero de las conveniencias sociales, que ella les señalaba, lo hacía en esta vez, con una protegida.

—Hija mía,--le dijo.--No se casa uno para hoy ni para mañana; el matrimonio se hace para toda la vida, y hay que hacerlo en condiciones tales, que acabada la juventud y la belleza no venga el arrepentimiento. Es una desgracia casarse muy joven; también lo es, hacerlo muy tarde; pero entre una y otra fatalidad, es preferible la última. No te niego, que no hay nada más encantador que envejecer juntos, que apaciguarse á un mismo tiempo, y descender al sepulcro con muy pocos años de intervalo; pero todo no se puede apetecer, y á cambio de adquirir ciertas venturas, hay que sacrificar otras; y en esta selección, hay que desechar las que solo tienen el brillo del romanticismo, porque, á semejanza de las flores, son las que más pronto se marchitan en la vida espiritual. No encontrarás fogosidades, ni arrebatos, ni éxtasis de amor en el hombre que te recomiendo para esposo; tampoco los necesitas, como que nunca te dió por las intemperancias; pero á falta de todo esto, te sobrará respeto y verdadero amor. El único escollo en tu matrimonio pudieran ser los celos de él; pero por fortuna estás curada de amor, después del trágico fin de Cegama, á quien quisistes de verdad; y aunque eres joven, dudo que en tu alma se despierten apasionamientos tardíos é inesperados. Generalmente no se quiere bien dos veces: el verdadero amor seca el corazón para siempre cuando no encuentra correspondencia. El tiempo, ó el ansia de encontrar un consuelo, puede hacernos creer que amamos nuevamente; pero en realidad, en esto no hay sino un entusiasmo, más ó menos duradero, ó una alucinación. Leníz te quiere, te colmará de atenciones, te hará la vida agradable, y siquiera por gratitud, te verás inclinada, de una manera natural, á corresponder sus afectos. Tiene mucho mundo y si sabe engañarte, con eso que ahora llaman sugestión, te hará feliz. Oyele cuando te hable, aprecia el peso de sus palabras, y no olvides que es

algo filósofo en la manera de tomar las cosas, y que te sería de mucho bien seguir su doctrina. Acompáñale en su camino, no como una carga pesada que lo fatigue á la mitad de la marcha; dale tu mano con firmeza y con lealtad, para que ni tú, ni él, tropiecen con las asperezas de la vida, y para que rendida la jornada, puedas entregar tu alma á Dios, libre de remordimientos y de tristezas. Mirando la cuestión bajo otro aspecto, recuerda que tienes seis hermanos, que tú eres la mayor, y que por consideración á ellos debes cederles el paso que hoy les obstruyes. Juana y María son casi dos señoritas. Ellas quieren también lujo, sociedad, amigas, educación; pero si de preferencia hay que atenderte á tí en todo lo que esto cuesta, á ellas les quedará muy poco. Ya has gozado bastante de la vida. Por eso que eres la mayor, te bajaron el traje muy temprano; desde entonces, poco ha sido todo lo que ha ganado tu padre para presentarte correctamente, como lo hace, sin un detalle de economía, sin nada que desdiga tu buen nombre, ni te avergüence en el distinguido círculo social en que figuras. Casándote con un hombre rico, no te faltará coche, un palco en la ópera, *rancho* en Chorrillos, en fin, numerosos lugares á donde concurrirán tus hermanas y se abrirán paso en la vida, de la misma manera que tú lo has hecho. En los pueblos, como en las familias, siempre hay uno que se sacrifica por la ventura delos demás. Dios mismo, nos dió ese ejemplo viniendo al mundo á morir crucificado para la salvación de los hombres. Te ha tocado esa suerte, y si eres cristiana, debes sacrificarte cumpliendo con lo que se te ha impuesto. Hay algo más: nunca te has llevado bien con tu madre, y te lo digo, porque esto no es un secreto para nadie. Conozco que eres una buena muchacha, pero ella no te comprende. No creas que trato de halagarte, como que siemre he pensado, que Marta hubiera sido más feliz, si á cambio de su exquisita sensibilidad, de su riqueza en afectos, hubiera poseído todas tus apatías. Tu padre, que es un hombre muy hábil, ha tomado siempre tu lado, aunque con ello sabía que amargaba

la vida de su esposa; y si por desgracia faltara, lo que pudiera suceder desde que su salud no es buena, la escasez de recursos por un lado, y por otro la falta de buen entendimiento entre ustedes dos, sería fatal para toda la familia, especialmente para tus pobres hermanas, la parte débil é inocente de la cuestión, que como siempre sucede, es la que paga los platos rotos. Beatriz, por amor á ellas cásate con Leníz. Algún día te lo agradecerán; y aunque así no fuera, tú habrás cumplido con tu deber. Por último, no olvides que Cegama fué tu novio, en lo cual estuviste muy acertada, pues el joven valía. No le traté más que una vez, y quedé muy prendada de sus cualidades. Tampoco olvides, que Abel, mi hijo, fué tu pretendiente, aunque no correspondido, en lo cual estuviste muy correcta, desde que ya estabas comprometida. Y últimamente, que en la vida hay que ser consecuente. No tengas la menor duda, que descenderías mucho del aprecio que se te tiene, si te casaras con una persona que no fuera superior ó igual á los mencionados.

En Manuelita, su matrimonio fué el término natural de numerosas circunstancias, conspirando todas ellas á ese fin. Amando y siendo amada; doblemente sola por la muerte de su hermano y la falta que Beatriz le haría, cuando estuviera al lado de su esposo; sin recursos para vivir; con dos hermanos menores á quienes deseaba educar; y resuelta á dejar la casita de San Sebastián, aquel nido en que fué tan feliz y en donde á cada paso veía un recuerdo de su hermano, se casó con Florimbó por su propia voluntad, por amor. Pablo, que en los últimos tiempos de la vida de Cegama, habíase comportado algo indiferente con ella, por motivo de sus muchas ocupaciones, y por la deferencia que tenía por María Carvo, enmendó, en muerte de Pepe, el rumbo de su conducta; y en sucesivas ocasiones, dió á su novia valiosas pruebas de un afecto verdadero. La circunspección de Manuelita, su valor moral y su dignidad, le decidieron á seguir este nuevo camino; y quién sabe, si también, los infundados celos con Alfonso.

María Carvo puso de su parte, todos los medios posibles para que esta unión no se verificara; pero cuando se convenció que su labor era ineficaz y que no conseguiría cambiar la voluntad de su amado Pablo, tomó las cosas con calma, cesó de incomodarse, no le trató más de ingrato, y buscó y consiguió la oportunidad de conocer á Manuelita. Y cuando Florimbó esperaba, que el despecho la llevara á cometer una acción indigna, quedó encantado y agradecido al saber lo bondadosa que era con su novia; y la manera tan delicada como supo halagarla. Procedió con tanto talento, que Manuelita, y con ella otras personas más, llegaron á poner en duda todo lo que habían oído de esa rival, y á creer en la sinceridad con que ofrecía su amistad. Su regalo de boda fué uno de los más valiosos. El hecho fué comentado en Lima. Peta contó la noticia, una noche de sobremesa, en casa de su prima Rosa, en medio de una sonrisa general, de muy malicioso carácter. "En la vida social, dijo monseñor, todo es cuestión de forma. Solo á Dios no se engaña. Sea cierto ó no, todo lo que se ha dicho de esta señora, su conducta presente revela dos cosas: talento y caridad para con Manuelita. Por muy culpable que sea esa mujer, es una predestinada al Reino de los Cielos. Por de pronto ha salvado su honor."

Los dos matrimonios tuvieron lugar, de una manera muy privada, en el Palacio Arzobispal, donde S. I. bendijo ambas uniones. Manuelita derramó copiosas lágrimas al abandonar su casita de la calle de San Sebastián, aquel nido de amor y felicidad en que vivió diez años, en compañía de su finado hermano.

Doña Rosa tuvo una nueva contrariedad en su vida de hogar, por motivo de ciertos amores que existían entre su hija Raquel y el joven Mario Samperio. Peta, como de costumbre, fué la del chisme en esta nueva ocasión. Lo supo todo por una cofrade suya, y no estuvo tranquila hasta que no llegó á casa de su prima, y de una manera muy secreta, para no indisponerse con su sobrina, le contó todo lo que á ella le habían referido. En

sustancia no había gran cosa, aunque, á decir verdad, el asunto podía ir muy lejos, como que la señorita García Azuaga había fijado sus ojos en el joven Mario, y cada día se enamoraba más de él. Habíanse conocido en la calle de la Rifa; ella desde el balcón de la casa de su hermana Lía; y él, desde la *ventana de reja* en que vivía, en unión de otro compañero. La calle estaba de por medio; pero como el balcón no distaba mucho de la susodicha ventana, con facilidad podían verse.

Desde el primer día que los esposos Bengóa ocuparon su casa, notaron con desagrado, la vecindad del frente, compuesta, no solo de Mario y su *serrano* compañero, sino de ocho ó diez estudiantes más, que llegaban á cualquier hora del día, especialmente en la noche, y debatían con el entusiasmo propio de la juventud, sus temas universitarios, las cuestiones políticas de actualidad y las religiosas, en las que todos brillaban por sus doctrinas radicales. Es cierto, que jamás ninguno de ellos se permitió la menor mala crianza con sus vecinos. Todos poseían buena educación, finas maneras y respeto para con los extraños; sin embargo, molestaba á los esposos Bengóa, en su luna de miel, la presencia de unos testigos tan maliciosos. En su felicidad, hubieran querido estar un poco más solos; no ser observados, ni envidiados por esa runfla de jóvenes, casi todos de 22 á 26 años, y con bastante talento para adivinar lo que pasaba en ese nido. Uno de ellos, de lengua bastante larga, había contado á una familia amiga de doña Rosa, con toda la intención del estudiante, lo feliz que era Lía en su matrimonio. Esto obligaba á los esposos á tener, generalmente, sus celosías cerradas y las cortinas caídas; lo que también, facilitaba á ellas el recíproco espionaje, sin temor de ser vistas. Bengóa no encontraba mucha gracia en estos aguaites; pero no pasaba lo mismo con Raquel, que estaba enamorada de Mario, y con Lía, que gustaba de ver lo que hacían los hombres en el seno de la confianza, y de oirlos en sus discusiones. Para esto, las dos aprovechaban los momentos en que estaban solas, por

la ausencia de Manuel. En esas reuniones el tribuno era Samperio, á quien sus amigos admiraban y visitaban para oirlo en el desarrollo de sus temas. Estaba en sus 28 años; tenía una cara fiera por la energía de su expresión, el ceño duro de su mirada y su abundante cabellera. Parecía un león, pero un león hermosísimo, de grandes, oscuros y rasgados ojos, de una nariz romana perfecta y de una boca grande, pero con un gesto muy lleno de simpatía. Usaba barba á lo Jesús Nazareno; era alto, fornido, casi un atleta; en suma, un personaje interesante. Intelectualmente brillaba por su elocuencia, su talento cultivado y la riqueza de sus imágenes; pero la anormalidad de su alma, su origen y su educación, habían enfermado su espíritu, y lo mantenían lleno de profundas tristezas y de amargas decepciones. Había escogido para su lectura á los autores más escépticos, y como resultado de ello vivía en la duda. Su tema favorito era la negación, en el terreno moral; y la picota en el material, para destruirlo todo, porque para él todo estaba mal hecho. A pesar de su exagerado radicalismo, en la práctica no era un hombre peligroso, como que le faltaban cualidades para ir más allá de la teoría. Perezoso, indolente, sin fe, sin carácter, incapaz de luchar contra la adversidad, desconfiado hasta con sus mismos amigos, sin más medio de sugestión que su palabra, y sin poder acompañarla con el ejemplo, no pudo hacer nunca el papel de caudillo, como que le faltaba lo principal para ser un *leader:* dominio sobre sí mismo y sobre los demás. En su idiosincracia había mucho de atávico. Su padre, un pobre diablo por su orígen, habíase levantado por su talento; pero divorciado, por muchas causas, con los hombres de su época, no hizo otra cosa para vengarse de ellos, que echarles lodo con verdades y con calumnias. Naturalmente, por ese camino la vida le fué difícil; apenas tuvo para comer, y murió en la mayor miseria. Se casó con una mujer distinguida, casi una aristócrata; una loca, que se escapó una noche con él, dando un gran escándalo en Lima, y que murió poco tiempo

después. La familia rompió con los dos y llevó su crueldad al extremo de renegar del parentesco del hijo, á quien sus primos no trataban de primo, ni sus tíos de sobrino. En esta atmósfera de hambre y de odio creció y se hizo hombre Mario. Apenas tuvo edad para escribir con soltura, ayudó á su padre en la diatriba, en la labor de ensuciar honras por medio de un periodicucho semanal, cuyo nombre, "La Letrina," retrataba de cuerpo entero todo el cinismo y el odio del autor de sus días. Naturalmente, en él no cabía la alabanza; ¿como había de ser así, cuando el solo nombre del periódico manchaba al que aparecía en sus letras de molde? En épocas de revuelta, la lectura de ese semanario dió á su padre con qué vivir. En esos tiempos, ¿quién no gusta de oir el mal decir de los enemigos? En cambio, en tiempo de paz, era una vergüenza para una familia, tener en el hogar, tan indecente hoja; la que al fin desapareció con la enfermedad y la muerte de su redactor.

Desde muy joven, Mario principió á trabajar para comer, para ayudar á su padre y para hacer su carrera de jurisprudencia, la que todavía no había podido concluir, faltándole solo el recibirse de abogado. Su principal renta consistía en varias clases que daba en colegios particulares, lo que apenas le alcanzaba para comer y vestirse mal. Escribía muy á menudo, para la prensa, artículos literarios de mucho gusto; pero ninguno de los diarios, ni aún "El Comercio," que era el mejor parado financieramente, le daba nada. Había buscado de compañero de vivienda á un joven cuzqueño, de familia rica, que aspiraba á ser diputado á congreso, cuando terminara su carrera en leyes; y que pagaba solo la casa, (aunque según convenio, ese abono corresponda á los dos), á cambio de rozarse con su círculo, de oírlo, de aprenderse sus giros de lenguaje, su declamación y muchas de sus ideas.

Lía se enamoró de este hombre. Le veía tan hermoso á través de las celosías del balcón de su cuñado, se encantaba tanto oyéndole declamar sobre temas que no

comprendía, que poco á poco fué interesándose por él, y después, le fué imposible resistir la tentación de corresponder á sus miradas, aunque firmemente resuelta á no pasar de allí. Su hermana la protegía, aunque sin mucha voluntad, temerosa de que sucediera lo que al fin pasó, y esto fué, que Raquel dejó de tomar la cosa en broma y de puro pasatiempo, para darle toda la seriedad de un amor correspondido, al extremo de recibir cartas de él. El aviso á la madre, vino, pues, muy á tiempo.

Doña Rosa, con la experiencia tenida con Marta, comprendió todo el peligro de la situación, y lo imprudente que podía ser llevar la cuestión á punta de lanza, como lo hizo la primera vez. Si un Orbea le pareció poco para su hija, cómo hallaría al hijo del redactor de "La Letrina," al vástago de ese bandido que llenó de deshonor el hogar de la familia de su mujer, y de lodo otros muchos más? Y si acaso, Mario Samperio hubiera sido un joven juicioso y timorato, habría encontrado menos culpable la correspondencia de Raquel; pero, ¿no era el hijo tan anormal como el padre y no debía dar más que hacer á la sociedad, estando dotado de más talento y de más radicalismo?

Raquel comprendió que había sido chismeada y que su madre lo sabía todo, al verla caer en cama y abrazarse de ella, con los ojos llenos de lágrimas y sin decirle una palabra. Ya doña Rosa no era la mujer de antes: había perdido su carácter: Marta y Abel la habían humillado, revelándose contra su autoridad. Desde entonces, venía diciendo que la desobediencia de sus hijos acabaría por matarla; y en parte no se había equivocado. Con anterioridad á los tristes sucesos que amargaron su vida, jamás se vió en ella un momento de debilidad, una lágrima en sus ojos; pero desde aquella fecha en que Marta juró sus votos monásticos, habíase vuelto sensible; y es que á pesar de todo seguía amándolos, sin un átomo de despecho, sin el menor deseo de que les fuera mal. Sus hijos habían heredado todo su carácter, toda

su terquedad; ninguno tomó nada de la melcochada voluntad de don Juan de la Cruz; y ella, que bien tarde venía á darse cuenta de esa altivez, pensaba ahora, que más conseguiría con sagacidad y persuasión, que con enojos y firmezas.

—Algo te aflije, madre mía,—le dijo Raquel, una tarde que la vió sumamente afligida, suspirando y hablando de su muerte, y pidiendo á Dios, que perdonara á sus hijos, lo mucho que la habían hecho sufrir.

—Ya mis ideas se perturban, ya no tengo voluntad, hija mía,—le contestó,—ya me estoy idiotizando, ya pongo en duda si hice mal en oponerme al noviazgo de Orbea y si ahora no soy una soberbia, al no admitir en mi casa á la mujer con que se ha casado tu hermano. Todo esto me pasa porque he perdido la fe en mis convicciones, cansada como estoy de luchar sola y sin éxito. Juan de la Cruz piensa como yo; mejor dicho, me lleva el amén en todo; pero es incapaz de prestarme el menor apoyo moral ó material. Los amigos y los parientes, más vale no esperar nada de ellos. Los que brillan por su prudencia, llevan su egoísmo al extremo de guardar silencio cuando les hablamos de nuestras aflicciones, comprendiendo todo lo odioso y lo expuesto que es meterse en ajenas cuestiones de familia. Por el contrario, los que han nacido con el prurito de inmiscuirse en todo, y por caridad, según dicen ellos, pretenden hacer nuestro bien y el de nuestros hijos, acaban por convertir el hogar en un infierno. ¡Pobre del que recurre á ellos! Queda aún una persona donde acudir, el confesor; pero qué amarga experiencia tengo yo con el mío. No tienen hijos y esto lo explica todo. Obsesionados por su misión evangélica, creen que la religiosidad es lo único que debe buscarse en el hombre para aceptarle como esposo; y que por muy dudosa que sea su conducta, por muy poco amable su carácter y por muy triste su nacimeinto, lo tiene todo si ama y teme á Dios. No se detienen á profundizar si hay verdad ó hipocresía en ese sentimiento. "Es de la causa, es un soldado de Cristo," es lo único que nos contestan.

Es cierto que quien acude al templo, tarde ó temprano, al fin encontrará la salvación de su alma; pero si su arrepentimiento sincero y su perseverancia en el bien, le vienen en el momento en que cae en su lecho para recibir la muerte, no es verdad, ¿que por toda una vida ha llenado de amargura y de vergüenza su propio hogar, y el corazón de su esposa? Por lo regular no son los buenos, sino los malos, los que acuden á la fuente divina de la penitencia; y es en ese grupo donde nuestros confesores quieren encontrar los esposos para nuestras hijas. ¡Cuánto se ha opuesto el padre Arréjola al matrimonio de Lía, por las radicales ideas de Bengóa! ¡Qué valiente adefesio hubiera hecho yo, si hubiera seguido sus indicaciones! Lo mismo pasó con Marta, habiendo llegado al extremo de decirme, que buscara otro confesor, si continuaba oponiéndome al enlace de mi hija con Orbea. ¿No me dijo un día, en el confesionario, que me preparara á dar cuenta á Dios de la muerte de ese joven? Todavía le llora, y dice, que mientras hayan lágrimas en sus ojos, le seguirá llorando. No tienen hijos, y por esto, sus corazones ansiosos de anidar afectos humanos, acaban por enamorarse, con locura de un confesado, de la misma manera que una solterona ama á una gata ó á un loro. Si no fuera tan hábil, y no tuviera un fondo de bondad tan perfecto, hace tiempo que le hubiera dejado. Además, necesito un hombre que me sea superior, tal como encuentro al padre Aréjola, que sepa dominarme hasta cierto punto, que me humille en mis soberbias y me lleve al camino de la reflexión y de la justicia. ¡Cuánto no me ha dicho sobre el matrimonio de Abel! "Es Dios quien os castiga," me dijo á raíz del suceso; añadiendo después: "Mucho cuidado ahora con Jorge, y sobre todo con Raquel; sí, con ella, porque sigue vuestras ideas de no consultarse con su confesor, en cuestiones de matrimonio. ¡Cuidado con que le toque otro judío como Bengóa!"

Doña Rosa se fijó en su hija al pronunciar estas palabras; la vió terriblemente demudada, y comprendien-

do que había dado en la parte sensible de la dolencia; y que, á juzgar por esa impresión, había en ella terreno bien fértil para conducirla al arrepentimiento y al enmiendo de su yerro, aprovechó las circunstancias, y rompió á llorar con tales muestras de dolor y desconsuelo, que Raquel, profundamente conmovida, se arrodilló al lado de su lecho, lloró tanto como ella y le dijo:

—Madre mía, comprendo el motivo de tus lágrimas y el por qué de tus sufrimientos. No me digas una palabra más, porque estoy arrepentida. Te he ofendido: lo reconozco. Mi falta es enorme: he fijado mis ojos en un hombre que no puede ser mi esposo. He recibido sus cartas, aunque no las he contestado; pero por esto solo me siento tan indigna de llamarme tu hija, de ser una García Azuaga, que si tu perdón no me llega muy amplio me moriré de dolor.

Doña Rosa, algo más tranquila, le contestó:

—Y esto es, hija mía, que no conoces la historia de ese joven, ni sabes quién fué su padre. Más valdría que no lo supieras, porque así tendrías menos que avergonzarte, cuando te cuenten que desde las columnas de un semanario inmundo, cuya publicación revela el estado degradante en que vivimos, esa gente ha lanzado al rostro de tu padre todos sus defectos, y como si esto no le fuera suficiente, ha inventado las calumnias más infames, las especies más groseras que se pueden arrojar á la cara de un hombre. Y todo eso ha sido hecho por la prensa, en un papel indecente, voceado para la venta en las calles públicas, y sin que hubiera habido manera de arrancarle la lengua á ese miserable; porque todas las leyes, las civiles, las religiosas y las del honor impedían acercarse á él; y no digo matarlo, pero ni siquiera tocarlo, tal era el grado de miseria moral y material en que vivió. Una bofetada hubiera sido suficiente para arrojarlo en tierra y tal vez privarle de la vida; pero con estos hombres, es preferible ser víctima y no verdugo. Un crimen cometido con esa gente mancha doblemente. "Ladrón, ignorante, fantoche, servil, traidor, co-

barde," son las frases más sencillas del vocabulario que empleó contra tu padre; y junto con él, ¿qué personaje visible pudo escapársele? Leníz, Alzania, Robés, Abadía, el coronel Martínez; hasta el pobre monseñor, á quien siempre trató tan sin piedad, diciéndole que era un sacerdote glotón y lujurioso! Raquel,—le dijo en tono solemne,—si tienes talento y vergüenza, niega, pero con energía, con rabia, cuanto se diga de tí en este asunto. Te has manchado sin saberlo; y necesitas ahora mucha prudencia y una conducta muy sabia, para que lo borres todo, de manera tal, que nunca nadie pueda echarte en cara, que correspondiste á las miradas de un miembro de esa familia maldita!

XXV

Estando el doctor Cayo en Pucará listo para recibir el ataque del coronel García, vió con sorpresa, que á presencia suya, y en el mayor orden, las fuerzas que mandaba este jefe, hicieron su retirada al sur. Al principio, no le desagradó que le cedieran el campo de esa manera; pero, casi inmediatamente, se dió cuenta del movimiento envolvente que se estaba operando en rededor de su tropa, y de la hábil manera como le habían cerrado la retaguardia. Los 3,000 hombres salidos de Lima, avanzaban sobre él; y viéndose así encorralado, se puso á pensar si más le valía huir á la montaña, por Comas; descender á la costa, por Yapyos; ó presentar combate al coronel García, en Izcuchaca, que era la parte más débil de sus enemigos. Había reunido concejo de oficiales y estudiaba, en compañía de ellos, el plan que debía adoptar para salvar su ejército, cuando fueron sorprendidos con la llegada á Pucará, del contingente de armas enviado, hacía 30 días desde el Cuzco, y que al cruzarse en Pampas con el coronel García, se había salvado de una manera casual, debido á lo obscuro y tempestuoso de la noche. Con este refuerzo, en todo 600 rifles y 20,000 tiros, el doctor Cayo, sin perder un segundo, contramarchó sobre Huancayo, plaza rica en reclutas y provisiones de todo género, y en pocos días reorganizó su ejército y lo puso en 1,500 hombres. En este pie de fuerza, salió en busca de las tropas del orden, que estaban acampadas en Jauja, y que estudiaban la manera de atacar á su enemigo de una manera tal, que ninguno de los vencidos pudiera escapar. Para conseguir este objeto, se habían dividido en dos divisiones de 1,500 soldados cada una, que

muy paulatinamente avanzaban paralelamente, para no dejarlo escapar á Tarma, y obligarlo por fuerza á dar combate. El plan del doctor Cayo, según la opinión general, era de lo más atrevido; y á un juicio de los menos, un disparate: lanzarse sobre 3,000 hombres, que indudablemente lo derrotarían, teniendo en Pampas un enemigo débil y con solo 1,200 soldados, era en verdad algo incomprensible, y su ejecución, dió por resultado disgustos entre los amigos de la causa, y la renuncia de varios jefes, antes de la salida de Huancayo.

El choque inevitable tuvo lugar á los dos días de marcha, en Huaripampa, á las orillas del río Mantaro y en las cercanías del puente del mismo nombre. La primera división de los constitucionales rompió el fuego á las cuatro de la tarde, lo que indudablemente fué una imprudencia, estando la noche tan encima, y pudiendo aguardar la llegada de la segunda mitad, de la que sólo le separaba ocho horas de viaje. Las fuerzas del gobierno cargaron con valor y entusiasmo, y en una hora pusieron en completa derrota al doctor Cayo, quien tuvo que sacrificar lo mejor de su gente para contener el empuje de los contrarios, y conseguir que su ejército pudiera ejecutar su retirada en orden, por el único punto por donde podía hacerla, que era el puente de Huaripampa. Terminado el movimiento, cortó el puente y coronó las lejanas faldas del Mantaro, en su lado opuesto; pero la maniobra le costó 400 hombres de sus mejores tropas, entre muertos, heridos, ahogados y prisioneros. Hecho esto, resolvió jugar el todo por el todo, y lanzarse sobre la capital de la república, á sabiendas de que nadie le perseguiría en Junín, por haber cortado todos los puentes del Mantaro, incluso el principal de ellos, que es el de la Oroya. Para asegurar mejor el éxito de su jornada, colocó frente á Huaripampa, á una distancia de dos leguas, á la vista de sus victoriosos enemigos, numerosas tiendas de campaña, alguna tropa desarmada y una banda de guerra, que tocaba diana en las horas reglamentarias. Engañado así el comandante general de las fuerzas

constitucionales, vino á darse cuenta de que estaba incomunicado con Lima, tres días después del combate, cuando ya el doctor Cayo había llegado á Chicla, y se había apoderado de aquella estación.

El Gobierno, que diariamente recibía en Palacio, aviso del movimiento de sus tropas en Junín, y que se pasó cuatro días sin saber nada de ellas, después del último telegrama, en el que el coronel Pereda le avisaba que un combate con el doctor Cayo era inevitable, vivía en la mayor angustia. Pero su ansiedad fué mayor en la última noche, algunos minutos después de las ocho, cuando el telegrafista de Chicla, después de anunciar que avanzadas enemigas invadían en gran número el pueblo y la estación del ferrocarril, enmudeció del todo. Como es de suponer, vino la incertidumbre y con ella, el pánico en Palacio, donde nadie pensó dormir esa noche, y mucho menos el Presidente, que puso todo el ejército sobre las armas, y hasta el amanecer se la pasó á caballo visitando cuarteles. El hombre, lo mismo que toda su gente, estaba nervioso y buscaba en su salida á la calle algo que calmara su intranquilidad. ¿Qué puede haber pasado? era la pregunta que á cada momento hacía á sus jefes, sin que ninguno fuera tan pesimista para responderle, que el doctor Cayo había derrotado las fuerzas del coronel Pereda, y libre de enemigos marchaba sobre Lima. Como á todos convenía creer lo menos malo, siquiera para sufrir menos, habíase aceptado como un hecho, la creencia de que el doctor Velutini había asaltado la guarnición en Chicla; lo que también parecía imposible, existiendo allí un batallón de 350 hombres, atrincherados y con artillería, que podían haber aguantado 48 horas, seguros de recibir refuerzos de la capital.

Al día siguiente, la ansiedad general llegó á su colmo, cuando se supo, que sucesivamente hora tras hora, iban enmudeciendo las comunicaciones telegráficas con San Mateo, Matucana, Surco, San Bartolomé y Chosica. Ya no hubo la menor duda por parte del Gobierno, que un ejército bajaba por la línea de Oroya, y estaba arro-

llando á su paso, á las pequeñas guarniciones del camino. En efecto, el doctor Cayo bajaba con una intrepidez admirable. Tomó Chiela á las ocho de la noche con sólo su cuerpo de ayudantes y 40 hombres de tropa. El ataque fué tan osado y tan inesperado, para los 350 soldados que estaban allí de guarnición, que todos se pusieron en precipitada fuga, al ver que se les atacaba por tres puntos diferentes. Cuando llegó el grueso del ejército, á las 12 de la noche, la plaza estaba tomada, y con ella dos locomotoras, diez carros, dos coches y numerosas armas y municiones, llegadas de la capital en la tarde del mismo día. Sabiendo el doctor Cayo que el tiempo en esos momentos vale oro, y que sólo su audacia podía salvarlo, resolvió no perder un solo momento, y al día siguiente, que fué lunes, bajó por tren con toda su tropa hasta Chosica, donde pernoctó, habiendo enviado sus avanzadas hasta Santa Clara, sitio en que tuvieron lugar los primeros tiroteos, con un destacamento de caballería, enviado por el Gobierno, para observar el avance de los revolucionarios.

EnLima, el estado de agitación é inquietud era indescriptible. Para nadie era un misterio lo que pasaba, ni nada nuevo, que la ciudad iba á ser el campo en que debía dirimirse, por medio de un horroroso combate, la suerte de la contienda. Con tal motivo, veíanse las calles llenas de gente, especialmente los mercados y las tiendas de víveres, donde las familias compraban provisiones, en cantidad suficiente para un estado de sitio que durara un mes. La policía fué retirada del servicio urbano y acuartelada en las comisarías, abandonándose, así, la población á su propia suerte. La mayor parte de los hombres andaban armados, como que nadie se creía seguro y en cualquier parte, un persona, podía ser asaltada y aun muerta inmediatamente. Una tienda de chinos, en la calle de Maravillas, fué robada y sus moradores asesinados. En los *callejones* de Malambo y de Cocharcas tuvieron lugar numerosos crímenes por venganza; pero ninguno hizo tanta impresión, como el espectáculo pre-

seneiado en el mercado de la Concepción, por centenares de personas, que á las nueve de la mañana, vieron á un hombre darle diez puñaladas á su propia mujer. Después de estos sucesos no quedó una sola puerta de calle abierta en la ciudad, como que nadie se creía seguro. La mayor parte de los soplones estaban reunidos en la Intendencia, de donde no se atrevían á salir, temerosos de pagar con su vida la sed de sangre que había en el pueblo, especialmente en numerosas personas hostiles al gobierno, que se paseaban por las calles, y que solo esperaban la presencia del caudillo en las murallas de la ciudad, para plegarse á las fuerzas invasoras. Este estado de intranquilidad y desorden era debido al pánico que reinaba en las esferas oficiales. El Presidente era, tal vez, el más sereno de todos; pero su energía y su valor se estrellaban ante la desmoralización y la cobardía de los hombres que le acompañaban. Como si todo estuviera perdido, y no quedara otro recurso que tomar la defensiva, se convino, en consejo de oficiales, defender la ciudad sin salir de ella. Pretendía S. E. tomar el mando de los 4,000 hombres que tenía á sus órdenes y batir al doctor Cayo en las afueras de Lima; pero la mayoría no le quiso oir; y como si el Palacio de Gobierno, y no la capital, fuera lo único que debía defenderse, se mandó acuartelar en la mansión del ejecutivo, 1,500 soldados de infantería, 300 de caballería, ocho ametralladoras y cuatro cañones. El resto de las tropas fué dividido en tres divisiones: una quedó en la artillería, otra ocupó los cerros de San Bartolomé y el Agustino, y la tercera los alrededores del "Hospital del 2 de Mayo" y del Cementerio General.

La noche se pasó en la mayor intranquilidad. Desde las seis de la tarde, algunas partidas de caballería principiaron la ronda de la ciudad, en las calles centrales, en las que se notaba aglomeración de gente y cierto espíritu de insurección en las masas, que felizmente no fué llevado á la acción. Bastaba, pues, la palabra de los oficiales, para que los grupos se disolvieran sin necesidad de acudir á la fuerza. La batalla era esperada para el

día siguiente, y nadie quería adelantarla. Lo que más había en el pueblo era curiosidad: casi el sesenta por ciento de esa gente que, imprudentemente abandonaba sus hogares, iba á la pesca de noticias; y como era natural, corrían de boca en boca las especies más increíbles. Todo se ponderaba, muy especialmente la actitud del doctor Cayo, á quien, por lo menos, se le daba un ejército de 3,000 hombres, fuera de otras ventajas más, como cierto sistema de torpedos con el cual se volaría Palacio, y toda su gente, á última hora. A las ocho principió á circular la noticia, que un grupo de gente, de aspecto patibularia, estaba marcando con una cruz negra, de enorme tamaño, las puertas de calle de algunas casas habitadas por gente gobiernista. Esto despertó la curiosidad de los grupos centrales, que hicieron una recorrida por varios jirones, y pudieron contar hasta nueve casas marcadas con aquellos fatídicos emblemas de muerte, de odio, de saqueo y de incendio. Entre ellas estaban la del ministro de la guerra, la del intendente, á quien habían jurado colgarlo de un farol por su complicidad en la muerte de Manongo, y la de don Juan de la Cruz García, el gran amigazo del Presidente.

Peta, que no había regresado á su casa desde las ocho de la mañana de aquel día, corriendo de un lado á otro para saberlo todo, tuvo noticia de la señal puesta en casa de sus parientes, y corrió á la calle de Belén, donde encontró á su gente algo inquieta, como estaba todo Lima aquella noche, pero sin mayor alarma, como que nadie, en ese hogar, se había dado cuenta de la amenaza que se les había hecho con aquel signo negro. Todos estaban reunidos en el saloncito de recibo y la noticia cayó como una bomba. Don Juan de la Cruz, que nunca brilló por su valor, fué dominado por tan terrible pánico, que hasta se le quitó el habla. Repuesto de su dolencia, con las atenciones que se le prodigaron, pidió á su hijo Jorge que le acompañara en su escapada por los techos, á otra casa de la vecindad, donde estaba radicada la Legación Inglesa. Peta le observó, que no habiendo ningún

peligro en la calle, debía salir por ella, y no, como un gato, por las azoteas, donde podía romperse una pierna ó ser tomado y muerto como un ladrón. Por toda respuesta, el señor García, la miró con rabia, sin decirle una palabra, como si encontrara estúpida la proposición de su prima política. Doña Rosa, que aun en sus horas de tribulación conservaba su serenidad, hizo una seña á Peta para que no insistiera, y lo dejó huir por los techos, á esa hora y así tan intempestivamente, en la compañía de Jorge y del mayordomo de la casa, una persona de toda confianza para ellos; pero con el pretexto de que se pusiera un abrigo y de que le entregara las llaves para sacar sus papeles y ponerlos en salvo, lo demoró algo, á fin de dar tiempo á que Peta llegara á la Legación Inglesa, y anunciara á la gente de la casa, que el senador García se refugiaría en ella, asaltándola por los techos, lo que avisaba para que no le recibieran con un tiro, como si fuera un huésped importuno. Terminada esta gestión, doña Rosa ordenó á Jorge y á Raquel que se hospedaran en casa de Bengóa, y que no volvieran por la calle de Belén hasta que ella no fuera por ellos. Sus hijos protestaron de esta separación y pidieron por favor á su madre, que les permitiera acompañarla, y en último caso, morir á su lado. Doña Rosa, cuya energía tomaba todo su vuelo en las horas de peligro, les reprendió por su desobediencia y les hizo salir, casi sin más ropa que la que tenían en el cuerpo. Cuando se vió sola dijo á Peta:

—Lo que soy yo me quedo y defiendo mi casa. Ahora mismo, para que no crean que todos nos hemos corrido, encenderé el gas en los cuartos de ventana que dan á la calle y me instalaré en ellos. Naturalmente, no tengo el propósito de esperar que me echen la puerta abajo para ponerme en salvo, ni tampoco cruzarme de brazos en vista del peligro que nos amenaza; para la cual, tú, Peta, que tampoco eres mujer de miedos, vete ahora mismo á casa de monseñor Zavaleta, y cuéntale que estoy amenazada de morir achicharrada como si fuera una bruja. De

esta manera, cuando se declare la derrota por parte de las fuerzas del Gobierno, podrá prevenir al doctor Cayo, para que se me trate con más humanidad.

—Al instante, hija,—le contestó su prima.—Sé dónde debo encontrarlo y voy sobre segura. Terminado este encargo, aquí á tu lado me tendrás, y, ó nos salvamos juntas ó morimos de la misma manera.

El día martes, Lima se despertó á las cinco, con el estampido de los cañonazos que se disparaban en el cerro del Agustino, y el lejano rumor de un tiroteo no muy intenso. Ya no hubo la menor duda, que el doctor Cayo pretendía forzar el paso y entrar en la ciudad. Esta osadía acabó de desmoralizar á las fuerzas constitucionales, para quienes se les hacía imposible creer, que el doctor Cayo, á sabiendas,—porque debía saberlo, que habían 4,000 soldados de las tres armas,—se atreviese á tanto, si antes no hubiera derrotado en Junín, los 3,000 hombres del coronel Pereda.

Las torres de las iglesias de San Pedro, San Agustín, La Merced, San Francisco y la Catedral fueron ocupadas por 300 celadores, distribuídos en grupos de cincuenta hombres en cada templo. El resto, y algo de gendarmes de á pie, fueron echados en grupos á la calle, con el estúpido objeto de tomar presas á las personas que traficaban por las vías públicas; lo que dió por resultado, que varias comisarías quedaran atestadas de personas indefensas y pacíficas, que por curiosidad ó por quehaceres habían abandonado sus hogares. Tanto celo hubiera sido mejor empleado, en contener los ataques de dos partidas, como de cuarenta jóvenes cada una, en su mayor parte estudiantes de la Universidad, que revólver en mano, se lanzaron sobre las torres de San Francisco y San Pedro, lugares en los que, respectivamente, fueron auxiliados por los profesores del Seminario Conciliar de Santo Toribio, y los padres jesuítas, quienes les abrieron las puertas y les indicaron los caminos para llegar á las torres. Los asaltantes se portaron con tanto valor, y se presentaron tan inesperadamente, que bastó

unos cuantos tiros y la muerte de unos pocos celadores, para que los demás se rindieran incondicionalmente. Esto tenía lugar, poco más ó menos, á las nueve del día, hora en que el doctor Cayo flanqueaba las fuerzas constitucionales que ocupaban el Agustino, y tomaba las inmediaciones del Cementerio. Su éxito se debía á la bravura con que sus tropas peleaban. Todo lo que había traído, eran 900 hombres mal armados y peor municionados; gente en su mayoría serrana, harapienta y muriéndose de hambre. Indudablemente que los enemigos que pretendían cerrarle el paso, no sabían esto; de lo contrario, el más mínimo esfuerzo habría valido para terminar la jornada. Ocupaban los gobiernistas magníficas posiciones en las faldas de los cerros; pero en la creencia de que peleaban con la vanguardia de la revolución y que detrás de ésta estaba el grueso del ejército, no se atrevían á bajar al llano, y dar una carga á la bayoneta, que hubiera puesto término al combate. Al parecer estaban disciplinados y compactos, pero en realidad, apenas les unía en esos momentos, el color del uniforme y la necesidad de pelear juntos para no ser arrollados. En cambio, en las filas contrarias, qué diferencia tan sensible con el espíritu y el entusiasmo de aquellos rotosos *cholos*, peleando cada uno por su cuenta, sin esperar la palabra del caudillo para emprender el ataque, ni mirando si la retaguardia estaba cubierta para prepararse á la fuga. La mayoría por patriotismo, unos pocos por ambición, y todos por hambre, por frío, por ansiados deseos de terminar con la muerte ó de ver realizadas las soñadas aspiraciones de retornar al hogar, después de varios meses de agitada é invisible vida, estaban dispuestos á vencer ó á morir. En sus filas se peleaba por convencimiento, y en los pliegues de su bandera se encerraba el programa de una regeneración por tantos años peleada y nunca conseguida. Para ellos el momento era solemne, como que la situación no admitía término medio.

—Triunfa ese hombre y el Perú desaparece, ó conseguimos la victoria; y entonces, nuevamente, como otro Lá-

zaro, la nación resucitará de su sepulcro, rompiendo sus ligaduras y echando afuera sus elementos podridos.

Así pensaba el doctor Cayo y estas fueron sus últimas palabras, en la noche del lunes, en la víspera de la batalla, cuando tristemente reclinado sobre una mochila, que le sirvió de almohada en sus pocas horas de sueño, enfermo de alma y cuerpo, hablaba en tono tranquilo á sus jefes y oficiales, sin arrebatos, ni elocuencias, y encendía en el alma de cada uno la más elevada idea de la patria; vívida fe en la necesidad de morir por ella, para fundar una república libre de tiranos en el interior y de conquistadores en el exterior. Y como poseía todas las cualidades del caudillo, había conseguido ponerlos en primera línea entre sus convencidos, entre sus hombres sin duda y sin temor, tales como los necesitaba para vencer á un ejército, que era cinco veces superior al suyo.

Qué contraste tan notable entre esta fe y la desmoralización que reinaba en Palacio: los unos completamente unidos, soñando en la ventura de la patria, y resueltamente decididos á morir ó á triunfar; los otros, casi en su mayoría, dispuestos á salvar su vida á toda costa, sin la menor esperanza en la regeneración del Perú, esperando el momento oportuno para romper filas y encerrarse en sus hogares, ó huir al extranjero á comerse en silencio los cuatro reales robados por medio de plazas supuestas, ú otros negocios ilícitos. Los que no estaban manchados con el dinero del fisco, y aún podían levantar la frente muy alto,—y entre estos estaba el coronel Martínez—pedían ejemplar castigo, por lo menos la destitución de esos compañeros, y vivían en lucha contínua con el Presidente, á quien convenía hacerse de la vista gorda, como que la hora de barrer no era la presente.

—Señor: el coronel Tal está robando.

—Lo que me extraña es que todos no roben,—contestaba S. E.—y el que usted y otros se mantengan honrados y leales, me hace esperar el triunfo de nuestra causa y días de menos vergüenza para nuestra adminitración.

El hombre tenía muchas lágrimas y mucha sangre en

su camino; pero dotado de un alma superior no se manchó nunca haciendo ruindades, ni cometiendo pequeñeces. Por esto, sucesos que á otros le hubieran amargado la existencia, como las matanzas de Santa Catalina, no producían en él el menor remordimiento, convencido como estaba, que sólo cortando cabezas y destruyendo elementos perniciosos podía regenerar al país. Comprendía que había hecho un malísimo gobierno, pero seguía creyéndose caudillo y predestinado para mandar la república. La verdad era, que á la sombra de su nombre, muchos de los suyos, tanto los de levita como los de casaca, habían explotado y tiranizado al pueblo, y él, tal vez, sin saberlo, pagaba esas ajenas culpas. Por causa de esta ignorancia no comprendía, porqué se le odiaba al extremo de haber sido colgado de una torre si le hubieran hallado á la mano. Las viudas le hubieran cortado á pedacitos, creyéndole cómplice en la compra de sus sueldos á vil precio; y sin embargo, no fué él quien obtuvo los provechos de esa judáica y rastrera operación. Fueron sus empleados de hacienda los que se mancharon y enriquecieron con el pan y las lágrimas de los pobres y de los huérfanos; pero como era el jefe, sin saberlo, recibía y sufría las maldiciones de que su alma estaba cubierta.

El combate en las afueras de la ciudad continuó todo el día, con ligeras variantes de éxito por uno y otro bando, y sin que ninguno de los combatientes hiciera gran esfuerzo para quedar con el campo. La victoria no vino á obtenerse, por parte del doctor Cayo, hasta la caída de la tarde, hora en que las fuerzas del Gobierno, que coronaban el cerro del Agustino, descendieron al llano, viendo que no se les enviaba ningún refuerzo, y temerosos de no poder resistir el probable ataque nocturno de las fuerzas enemigas. El doctor Cayo les picó la retaguardia y les siguió de cerca hasta la plazuela de Cocharcas, situada ya en la misma ciudad, donde hizo alto. La noche se pasó en la mayor intranquilidad y en un contínuo tiroteo entre las avanzadas de ambos lados.

Los primeros albores del miércoles descubrieron la

presencia de las fuerzas invasoras, en una extensa línea de batalla, que principiaba en el convento de San Francisco y terminaba cerca de los parques de la Exposición. Estableció el doctor Cayo su centro de operaciones en la plaza de Bolívar; colocó sus cañones en las torres de San Pedro y San Francisco; y como, aunque tenía mucho pueblo, no disponía en exceso de armas y de municiones, armó trincheras con cuanto encontró á la mano, especialmente con las lozas y las piedras del pavimento. Apercibidos los contitucionales de este avance, ocuparon en el acto las torres de la Catedral, San Agustín, Santo Domingo y la Merced; y, en número de 1,800 hombres, opusieron su paralela línea de combate, en todo el jirón de Carabaya. Apenas aclaró el día se rompieron los fuegos. Cerca de cuatro mil hombres, en un reducido espacio, casi enfrentados los unos contra los otros, á distancias de 100 y 200 metros, y auxiliados por cañones y ametralladoras, descargaban incesantemente sus armas y se batían sin tregua ni cuartel. Las guarniciones de las torres hacían lo mismo con su artillería, y en todas partes la mortandad era horrorosa. De Palacio se contestaba, con piezas de á 24, el cañoneo de las torres de San Francisco y San Pedro; y por dos veces, los constitucionales consiguieron enmudecer el fuego de las dos improvisadas baterías. Si esto tenía lugar por lo alto, por encima de los techos de un vecindario de cien mil almas, encerradas en sus hogares y sin medios de huir para ningún lado; por las calles, á la altura de los primeros y segundos pisos, el espectáculo era más sangriento. Se respiraba una atmósfera de humo y de plomo. Miles de balas perdidas rompían los débiles tabiques de las construcciones de Lima, penetraban en los hogares y hacían mortífero efecto en hombres, mujeres, niños y ancianos; muchos de los cuales fueron asesinados en sus propios lechos, en el mismo escondite escogido para librarse de los proyectiles. El ruido era ensordecedor y tan perfectamente uniforme, que sólo se notaba una variante en las descargas de las ametralladoras, ó en los

estampidos de los cañonazos. En el espacio de cuatro horas, que mediaron entre las seis y las doce del día, por cuatro veces, infructuosamente, las fuerzas del Gobierno emprendieron el asalto, sin conseguir que los invasores se rindieran. El combate siguió flojo y distanciado de posición á posición, hasta las cuatro de la tarde, hora en que mil hombres, al mando del coronel Martínez, abandonaron Palacio; y tomando la recta de la Unión, entraron por la plazuela de Guadalupe para flanquear las fuerzas del doctor Cayo.

La derrota de las 12 del día había impresionado hondamente á las fuerzas acantonadas en la mansión del Ejecutivo. El Presidente no podía explicarse cómo 1,800 hombres de sus mejores tropas, eran impotentes para concluir con un ejército, entrado á la capital, según se sabía ahora, con menos de mil personas; y aunque era cierto que se le habían unido otras mil en las afueras de la ciudad, gran parte estaba desarmada y sin municiones. Como es de suponer, el hombre estaba de un humor negro, y ansioso de ponerse al frente de sus batallones para terminar la jornada de una vez, audaz propósito al que, unánimemente, se opuso su consejo de oficiales.

El coronel Martínez, que desde el primer día fué de opinión de salir fuera con 2,000 hombres y batir al doctor Cayo en Vitarte, aprovechó la depresión de ánimo que reinaba en el ejército, para atacar al ministro de la Guerra, quien, apoyado en la sospecha de que la tropa al ser sacada á campo raso se desbandaría sin disparar un tiro, había aconsejado la encerrona en Palacio. Rechazados en el ataque de la mañana, era el momento de luchar con los que sostenían el estúpido plan de combatir, por fracciones, en las calles de Lima. El coronel Martínez volvió, pues, á la carga sobre su plan primitivo, que en esta vez consistía en salir con mil hombres y auxiliado por las fuerzas de la Artillería, atacar el flanco débil del doctor Cayo. Desprestigiado el ministro de la Guerra con sus derrotas, renunció su cargo; y como por delica-

deza, los jefes de cuerpos que lo habían sostenido en su opinión, no podían hacer lo mismo, prestaron su asentimiento al plan citado y pidieron ir en la expedición, para probar que no era el miedo lo que los hacía prudentes.

El coronel Martínez atacó con entusiasmo, y durante una hora puso en gran aprieto á las fuerzas del enemigo; pero desatendido por el Comandante General de Artillería, que no le envió un solo hombre, y teniendo la noche encima, abandonó el ataque para emprenderlo al día siguiente, regresando como á las siete de la noche á Palacio, sin que se le hubiera desertado un solo hombre, no obstante su paso por las avenidas de la Exposición y la Magdalena. La tropa y la oficialidad dieron, pues, sin saberlo, un solemne mentís á la calumnia que se les había levantado; y aunque es cierto, que tanto el coronel Martínez como el Presidente, tuvieron gran satisfacción al saber que contaban con la lealtad del ejército, también se dieron cuenta, que ya era tarde para vencer, después de dos retiradas. La última, la de las siete, fué la que más desmoralizó á los gobiernistas; y probablemente la que dió más ánimo al doctor Cayo, quien teniendo una noche de por medio, se aviaría de municiones y de gente, y volvería á dar la cara, al día siguiente, con mayores probabilidades de éxito.

A las nueve de la noche, un grupo de varios vecinos de la capital, con una enorme bandera blanca y con hachones encendidos, sacados de la bomba "Roma,'" se presentaron en las puertas de Palacio en misión de paz. Venían á pedir á nombre del doctor Cayo, la celebración de un armisticio, por un plazo que terminara á las dos de la tarde del siguiente día. La proposición no podía ser más desventajosa para los constitucionales, que por toda una noche y la mitad del siguiente día, debían presenciar impasibles la reorganización tranquila de las fuerzas de la revolución; y lo que más importaba, el aprovisionamiento de municiones, lo que era imposible prohibir por los medios pacíficos, aunque se pactara algo en contrario. Con todo,el Presidente aceptó lo propuesto,

á las pocas palabras que cambió con los delegados, sin consultar una palabra con nadie. La vuelta del coronel Martínez, dejando la batalla indecisa, le tenía profundamente apenado; y como en la prima noche de ese día, al visitar á sus tropas, fué desagradablemente chasqueado, cuando se le respondió que eran soldados muertos los 400 cuerpos tendidos en fila y que él tomó por gente durmiendo, no quiso continuar su visita, emocionado al extremo de no haber dirigido una palabra de aliento á las tropas, que de pie, mustias y sombrías, le presentaban las armas. Poco después pasó á las oficinas de los ministerios, y quedó horrrorizado del número de heridos que se revolcaban por el suelo sin la menor asistencia médica. Aquello era un espectáculo horripilante; todo estaba manchado de sangre: muebles, papeles, los mismos estantes; siendo lo más sucio el pavimento, lleno de coágulos rojos, de vómitos y pestilentes deyecciones de los heridos. El más inmundo matadero de cerdos estaba mil veces más limpio y con menos mal olor. Algunos habían expirado, y sus bocas desagradablemente contraídas, con la lengua y los dientes visibles, mostraban el dolor y la desesperación que acompañaron á esos infelices en el postrer instante de su existencia. Los que aún estaban con vida, ocupaban las más incómodas posiciones; sólo los muy levemente heridos habíanse sentado; la mayoría se desangraba, envuelta en sus capotes grises, tendida en un piso de madera y sin la menor cubierta que mitigara la dureza de esos improvisados lechos. Los gritos y los lamentos subieron de punto, cuando los menos graves pudieron levantar la cara y reconocer al jefe, al caudillo, por cuya causa morían tan miserablemente. El Presidente les miró con compasión, sin que de su boca saliera una palabra; y no pudiendo soportar ese espectáculo ante el cual se sentía cómplice é impotente, se retiró sin querer ver más heridos.

El armisticio se firmó á las diez de la noche, y desde esa hora, las compañías de bomberos, las de salvamento, parte de la policía y numerosos voluntarios, se presta-

ron generosamente á levantar heridos y conducirlos al Palacio de la Exposición, donde se improvisó un hospital de sangre, ya que en el "Dos de Mayo" 'y en "San Bartolomé" era imposible colocar un hombre más. Las carrozas tampoco pudieron dar abasto para el oficio, y fueron usadas, para conducir los muertos al Cementerio, las carretas de la baja policía.

Alfonso abandonó su hotel á esa hora, y solo, sin la compañía del señor Palomares, que se sintió sin valor para visitar el campo de batalla, se lanzó á las calles centrales. En primer lugar visitó al Presidente, lo que le costó trabajo, como que los centinelas de Palacio tenían orden de no dejar el paso franco á ninguna persona. Le encontró triste, abatido y sin ganas de cambiar una palabra con nadie. Al contestarle el saludo se limitó á darle la mano. Urzúa, en vista de su estado de ánimo, tampoco le dijo nada. El coronel Martínez era el único que le acompañaba. Amigos de levita hacía tres días que no aparecía ninguno por sus puertas; y ahora, hasta los mismos jefes de cuerpo le dejaban solo. Moralmente estaba derrotado. Aún le quedaban numerosos soldados en Lima y 4,000 hombres en Junín, que habiendo llegado á la Oroya, deberían bajar de un día á otro; pero no era fuerza material lo que necesitaba. Le hacía falta lo que al doctor Cayo le sobraba: opinión pública; y por esto, hasta él mismo había perdido la fe en su causa.

Alfonso visitó después la ciudad, en la extensa zona en que había tenido lugar el combate. A no ser por la luz del astro de la noche, difícil le hubiera sido caminar por las calles, como que la mayor parte de los faroles de gas estaban abaliados é inservibles. Sólo la escasa y melancólica luz de una luna en creciente, iluminaba con la mansedumbre de una paz venida de otro mundo, esos jirones tétricos, sembrados de cadáveres y llenos todavía de heridos, en contínuos lamentos, en un llamar estéril á la piedad de sus semejantes. La guerra había endurecido el corazón de la siempre caritativa tres veces coronada ciudad. Más de un moribundo, armado de una pie-

dra cogida del pavimento, y sacando fuerzas de su flaqueza, se había arrastrado hasta llegar á la puerta de uno de esos hogares, para golpearla y pedir por Dios, por piedad, siquiera un vaso de agua que calmara su sed y que hiciera menos tomentoso su paso á la vida eterna. Y como nadie le había contestado, allí mismo, envuelto en sus miserables ropas traídas de la sierra, después de enviar el último adios á su pobre hogar, á esos seres queridos dejados en la triste choza, entregaba su alma mártir por la redención de las libertades de su pueblo. La nueva aurora del siguiente día, el nuevo sol, le hallaría cubierto de tierra en una fosa común, sin un recuerdo, sin una inscripción que perpetuara su sacrificio. Había muerto por su patria; los caudillos del movimiento le habían dicho que debía dar su sangre por la regeneración de ella. Y él, sin averiguar si había lealtad en ese llamamiento, y si esos hombres que le buscaban, mañana mismo no lo harían tan mal como el tirano, había dado lo único que poseía: su vida. Su madre, sus tiernos hijos, su infeliz esposa, se cansarían de aguardar en las altiplanicies andinas; en el apacible pueblo, por donde en mala hora, para ellos, pasó la ola revolucionaria. Preguntarían con ansiedad una y mil veces y nadie les daría detalles, como que la víctima había muerto sola, recogida y arrojada en montón y en la obscuridad de la noche, al campo santo de aquella ciudad, á donde llegó por vez primera para redimirla de su opresor.

Estos pensamientos pasaron por la mente de Alfonso, al ver con sus propios ojos, las agonías de numerosos heridos, en las mismas puertas de esos hogares; donde indudablemente se oían los lamentos. Un hombre de aspecto decente, vestido de paisano, había caído muerto en la mitad de la calle; y su perro, en esos momentos más leal y más cristiano que los suyos, era el único que le acompañaba hacía muchas horas, sin cesar de olerlo y de aullar tan lastimosamente, que nada humano hubiera acongojado tanto el corazón.

Siéndole imposible llegar hasta el núcleo de las fuer-

zas revolucionarias, por impedirlo las avanzadas, y temiendo ser tomado por un espía del Gobierno, Alfonso, se fué á la calle de Belén, donde encontró á su tía únicamente acompañada de una criada, pues Peta se había ido á la calle desde las ocho de la noche, en que cesó por completo el fuego. La señora estaba muy tranquila: tenía noticia que sus hijos estaban bien, y además, la seguridad que le había dado monseñor Zavaleta, de que su casa sería defendida por las fuerzas de la revolución, en caso de que el pueblo la atacara.

Al día siguiente, jueves, Lima tomó un aspecto menos repugnante. La ciudad había sido aseada en la noche, y ahora, sin muertos ni heridos abandonados en la calle, presentaba mejor aspecto. Sin embargo, aún se veían numerosas humaredas producidas por el achicharramiento de caballos muertos, que en pleno estado de descomposición se quemaban con petróleo. Se encontraban, también, muchos charcos de sangre y gran cantidad de hilos y postes telefónicos en el suelo. Las torres y fachadas de los templos de San Francisco, la Catedral, la Merced y San Pedro estaban llenas de boquetes hechos con las balas de cañón, y acribilladas de proyectiles de rifle y ametralladora. Los mercados y las tiendas de víveres fueron abiertas, y esto fué un alivio para la gente pobre, que se había pasado 36 horas sin comer, por no haber hecho acopio de provisiones.

El armisticio no solamente sirvió para aliviar la suerte de los heridos y enterrar á los muertos, sino también para acercar á los hombres influyentes de Lima, y facilitarles su cambio de ideas sobre la manera de poner término á tan salvaje matanza. El venerable magistrado, señor Alzania, en compañía de otras distinguidas personas más, consiguió del decano del cuerpo diplomático, la reunión de sus colegas, con el fin de nombrar una comisión que mediara entre el Presidente y el doctor Cayo, á fin de arribar á la paz. Nombrados para tal objeto los ministros de la Santa Sede, Inglaterra, Francia y España, se firmó á la una del día, del jueves, una

hora antes de la señalada para romper nuevamente el fuego, por mediación de ellos, y entre los representantes de ambos bandos, un convenio, en virtud del cual los dos ejércitos cesaban en sus hostilidades, debiendo quedarse el doctor Cayo en Lima y las fuerzas constitucionales en Chorrillos. El mando supremo sería entregado por S. E., á una junta de gobierno compuesta de cinco miembros, nombrados por el civilismo y por el partido demócrata, respectivamente, dos cada uno, y el restante, por el Presidente. Las tropas que comandaba el coronel Pereda, debían quedar en Matucana hasta nueva orden.

A las nueve de la noche de ese mismo día, el exjefe del Estado, clandestinamente y acompañado de su secretario y de un edecán, abandonó el Palacio de Gobierno y se escondió en la casa de un pariente suyo. Su último ministro de Guerra, el coronel Martínez, se encargó de entregar el despacho de la administración al personal designado para formar la junta de gobierno, la que fué formada por los civilistas, doctor Robes y general Marisana; los demócratas, monseñor Zavaleta y don José Ozuna, y por el gobierno caído, don Juan de la Cruz García, á quien costó no poco trabajo encontrar. Su señora, que sabía para qué lo buscaban, y que deseaba con ahinco que no fuera ministro, ocultó hasta el último el lugar de su residencia; pero hallado al fin en su escondite, fué sacado y conducido á Palacio, donde con gran contento, aceptó el puesto que en persona le dió el Presidente. A la una de la madrugada, cuando regresó á su casa, después de haber trabajado varias horas con sus colegas para conseguir la estabilidad del país, fué recibido furiosamente por su esposa, quien le echó en cara su imbecilidad en aceptar un puesto, que sólo podía proporcionarle disgustos y deslealtades. Don Juan quedó confuso y pesaroso por haber procedido tan ligero y sin contar con la voluntad de su señora.

—Qué quieres, mujer,—le contestó,—me sacaron de la Legación y me llevaron á presencia del Presidente,

que me dijo: "amigo García, veo que soy un obstáculo para la tranquilidad del país y por esto renuncio mi puesto. Al retirarme á la vida privada sólo deseo garantías para mis tropas; que no las disuelvan; y como usted es la persona en quien tengo más confianza, le pido que me represente en el nuevo gobierno, y que defienda los fueros de esos valientes á quienes es menester conservar en el ejército."

—Ya verás lo que te hacen,—le respondió doña Rosa, —y el triste papel que se te espera.

Efectivamente, pasados tres días, las fuerzas constitucionales acuarteladas en Chorrillos, fueron desarmadas y licenciadas después de habérseles dado un mes de sueldo, todo lo cual fué contrario al pacto de paz. Y don Juan de la Cruz, el hombre á quien el Presidente le confió su ejército, sea por debilidad ó por ambición, firmó el decreto de licenciamiento, sugestionado por monseñor Zavaleta, que lo indujo á la traición, diciéndole que era el momento de evolucionar, entrando en primera línea con los *oportunistas* del nuevo régimen.

Al día siguiente de inaugurado el gobierno provisional, se convocaron á elecciones generales en toda la república, incluso Loreto, que había vuelto á jurar la constitución unitaria de 1860. La noticia llegó á Lima en un cable muy lacónico enviado desde Manáos. Alfonso y su compañero recibieron también el mismo aviso, pero con más detalles, é igualmente por medio de un cable que les hizo el doctor Pazmiño, el cual decía: "Gobierno autonomista se hizo imposible en Loreto. Delegación suprimida. Constitución del 60 proclamada. Presidente federal y ministros fugaron. Por patriotismo he aceptado puesto prefecto. Todo tranquilo. Amnistía proclamada para todos, excepto empleados públicos acusados de robo de dinero fiscal." Los dos exdelegados se acordaron de las palabras del doctor Abadía: "Ustedes perderán su dinero, su tiempo y su sangre sin conseguir la autonomía que desean, porque ni tienen razón para pedirla, ni se hallan en condiciones para gobernarse por sí mismos.

El Perú es Lima y en saliendo de Lima, todo es anémico, es incompleto en todo orden." Terminada su misión, desengañados de sus ilusiones, ansiosos de trabajar y de ayudar á la patria por otros medios menos fantásticos, resolvieron salir inmediatamente para Iquitos, por la vía de Panamá, Nueva York, Barbadas y Pará.

XXVI

El "Arequipa," de la Compañía Inglesa de Vapores, retiró la amarra que le sujetaba á la boya, y puesto al garete, abandonó el puerto del Callao en la noche siguiente á aquella en que se firmó el convenio de paz. A su bordo iban el expresidente del Perú, el coronel Martínez, el señor Palomares, Alfonso María Urzúa y otros personajes subalternos de la terminada lucha civil. Hicieron su embarque en una lancha de vapor, puesta á las órdenes de ellos por la Junta de Gobierno, la que partió del muelle de guerra á las doce de la noche. Allí, en tan silencioso embarcadero y á tan altas horas de la noche, casi de una manera misteriosa y en tropel, invadieron la embarcación. El pueblo seguía desenfrenado y había que cuidarse de él: su sed de sangre no se calmaba; aún quería más víctimas, y como ninguno de sus verdugos fué hallado, era ya fiebre lo que había por encontrar, aunque fuera al más mísero de ellos, para colgarlo de un farol. Una cuerda pendía de la torre de la Catedral; pero por fortuna para la historia del Perú, S. E. el expresidente, no fué encontrado; no obstante que, solo, sin guardias ni cuidantes, y únicamente acompañado de su secretario particular, salió aquella noche del lugar en que se ocultaba y se embarcó sin disfraces ni muestras de cobardía. Su casa particular fué incendiada, lo mismo que la del Intendente; habiéndose librado la del exsenador García, por la actividad con que procedió el Gobierno á salvarla.

Alfonso, no obstante los repetidos avisos de su tío, de estarse oculto hasta el momento de embarcarse, siguió

andando por las calles de la ciudad, aunque es cierto que lo hizo en un coche cerrado. De esta manera se dió tiempo para despedirse de sus tíos, de Peta, de sus primos, de los esposos Florimbó, Bengóa y Leníz, de la familia Zúñiga y de algunas otras amistades. Sus despedidas fueron cortas, como que los ánimos estaban bajo la impresión de horribles combates oídos y sufridos á las puertas de los mismos hogares. Todo interés, todo sentimiento, toda pena estaba amortiguada por esa atmósfera de sangre y de fuego que aún pesaba sobre la ciudad, en cuyas calles habían quedado tendidas dos mil personas, entre muertos y heridos. Numerosas familias estaban de luto, y entre ellas las de algunos inocentes, muertos en sus propios hogares por las balas perdidas, que no respetaron ni aun los sótanos de las casas. El señor Arzobispo, á las seis de la mañana del martes, vió caer herida de muerte á su propia hermana, una anciana de 78 años, la que murió desangrada en sus brazos, por haber sido imposible á esa hora, conseguir un médico.

Manuelita se emocionó al decir adiós á su amigo Alfonso. Veía irse al hombre que más hizo por ella en su reciente desgracia. A su ángel bueno, al ser que dotado de un alma superior y desprovista de vulgaridades, jamás se dió cuenta de todo el cúmulo de consuelos y tranquilidades que le había proporcionado en sus días de tristeza. Vivía muy reconocida á sus bondades, y porque tenía en él completa fe, le confiaba ahora á su hermano Lucas. Normalizada su vida, ella que siempre pensó en la educación de sus hermanos, á ruego de Alfonso, le entregaba á uno de ellos para que lo llevara á la montaña, y á su lado se hiciera un hombre de trabajo. No querían los niños, dominados por un atávico orgullo, depender de Pablo en su crianza. Por esto, todos juntos convinieron en que Lucas iría por delante á la labor, y que con los ochenta soles que Urzúa le pagara, se atendiera á la educación del otro hermano, en su estudio de ingeniero. Esta separación afectó vivamente á la familia, que por el momento quedó más reducida.

En el hogar de Beatriz, Alfonso experimentó una emoción muy diversa á la sentida en el nido de Florimbó. En éste todo era afecto, sacrificio, sentidas esperanzas en próximos días de consuelo, de contento y de recompensa. En casa de Beatriz todo se sentía frío, como si un vendaval de nieve hubiera pasado por sus puertas. Ella había perdido ese adorable encanto que siempre le dió su marcada muestra de fastidio. Ahora sonreía y conversaba como antes no lo había hecho; pero para aquél que, como Alfonso, hubo sondeado toda la apatía de su carácter, le era imposible creer que todo eso era cierto. Y como no lo hacía con mucho arte, que nunca ella tuvo talento para fingir, notábase todo el convencionalismo de su nuevo modo de ser. Sin embargo, en presencia de su amigo, y en el momento en que el joven le dijo que seguía su vida de aventuras y que se despedía por un tiempo muy largo, hubo en ella un cambio, un paréntesis en su fingida alegría. Urzúa, en su pasada historia de amor le significaba la única reliquia que le quedaba en el mundo después de Manuelita. Todo lo podría olvidar, menos la fraternal y tierna solicitud con que su amigo salvó á su prometido de morir en un cuartel. Y tras de esto, numerosas horas de consuelo pasadas á su lado: sus matinales paseos en la agradable compañía de él y de los esposos Florimbó. Recordaba sus ensueños políticos, sus disertaciones sociales, sus enseñanza filosóficas, sus relatos tan llenos de novedad y de interés. Era mucho lo que había aprendido á su lado, y esperaba que el fondo de amarga y filosófica conformidad hallada en él, le sería de utilidad, á ella, en el curso de su vida. El señor Leníz, al parecer, estaba contento y satisfecho de su suerte. Fino y caballeroso, abrazó á Alfonso y le colmó de atenciones. ¿Era feliz? ¿sentía todo eso? Urzúa quedó en la duda, y á su juicio, corrientes muy contrarias pasaban por su alma y acabarían por aislarlo y volverlo egoísta, sentimiento que nunca existió en él.

En casa de la familia de Zúñiga la entrevista fué con-

movedora, no tanto por la ida de Alfonso, que sólo era un amigo querido, sino por la partida de Narciso, el mayor de los niños, á quien Urzúa llevaba á Iquitos en las mismas condiciones que Lucas Cegama. Salía ganando 80 soles, ya no lavaría botellas donde Backus y Johnson, y con este dinero se educaría su hermano y su familia sería menos infeliz; pero esa partida para tan lejanas tierras, á un lugar en que una carta para llegar tardaba 45 días, y por un tiempo que no podía ser muy corto, les mantenía á todos sumamente apenados. La de más entereza era doña Ursula, ya que en Florita y en doña Pancracia la partida de Lucas las tenía inconsolables.

El vapor partió como á la una de la madrugada. Hasta esa hora ninguno de los pasajeros quiso entregarse al sueño; casi todos vagaban por la cubierta, solos, incomunicativos, buscando los lugares obscuros y retirados de la toldilla. Hacia el lado de babor, cerca de la popa, se veía un grupo de cuatro personas discutiendo con calma y en voz baja. Por la entonación y giros de lenguaje, Alfonso conoció que eran chilenos, seguramente venidos de Valparaiso, en viaje á Panamá y Europa. Uno de los camareros le confirmó sus sospechas, y le puso al corriente del alto puesto que en la política y en la finanza de su país ocupaban todos ellos. Este dato picó su curiosidad, y escondido en una de las escotillas, quedó amargamente impresionado al oir el tono de fingida conmiseración, de desprecio y de marcada avaricia con que hablaban del Perú.

—Este es un país imposible,—dijo uno de ellos,—y yo creo que ya es tiempo de intervenir. No le quitaremos su independencia, pero será indispensable establecer la misma ocupación militar de 1881, hasta la época en que esta gente pueda gobernarse por sí misma.

—¡Pobre Perú!—exclamó el otro;—un país tan rico y tan digno de mejor suerte. Fué un error no haberlo anexado á nuestro territorio á raíz de la guerra del Pacífico; pero aún hay tiempo para ello; yendo como vá,

bien pronto será fruto maduro que caerá por su propio peso en nuestras manos.

Qué penosa impresión le hicieron estas palabras, y qué bien merecidas las encontró. Cinco años de guerra nacional habían desmembrado, humillado y empobrecido á la república; y cuando se esperaba que fuera el arrepentimiento, la paz y el trabajo, los frutos de tan dura lección, aún no tenía término la corruptela, la muerte, la ruina y el envilecimiento. "¿Qué atávica ley nos persigue? ¿qué maldición divina nos hace imposible el gobierno propio? ¿Será que no tenemos condiciones de vida nacional? ¿qué aquí se ha perdido la vergüenza y el patriotismo?" Estas y otras reflexiones vinieron á la mente del joven, teniendo su alma, en esos momentos, bajo el dominio del despecho y de la rabia. Por eso mismo que aquellos juicios eran ciertos, su sufrimiento era mayor. Temeroso de oir algo más desagradable, que lo exasperase y le hiciera perder la calma que seguía conservando, dejó la escotilla y subió á cubierta. Allí, sobre un pequeño taburete, acurrucado como si tuviera frío, con la cabeza soportada por sus propias manos, y en actitud de profunda meditación, encontró al expresidente. Urzúa se detuvo á su lado, viendo que le miraba como si tuviera algo que pedirle.

—He sido víctima de la corrupción de mi época,—le dijo;—á la sombra de mi nombre se ha cometido todo género de horrores; y como yo soy la figura culminante de mis tiempos, mañana cuando se escriba la historia, se echará sobre mí toda la culpa de las desgracias que afligen á la patria; se me señalará como el origen de todos los retrocesos sufridos por el Perú en los años de mi gobierno. Mi falta estuvo en no haber tenido mano de hierro para castigar y moralizar á todos aquellos que abusaron de mi bondad. "Es necesario darles *mamadera,*" me decían mis altos consejeros. "Qué hubiera sido de Pardo, si al día siguiente de haber tomado el mando les hubiera quitado á los suyos las pitanzas de la época." Les dejé hacer lo que quisieron y aquí estuvo mi desgra-

cia. Estos remordimientos amargarán el resto de mis días y descenderé al sepulcro sin haber hallado consuelo. ¡Oh! cómo se me diera nueva oportunidad de gobernar! ¡Con cuánto placer haría el bien del pueblo, á cambio de todo el mal que le he hecho! Pero ya es tarde, ¿quién me creería? Ni aun los míos. La obra está consumada y no es el momento de las promesas. Por hoy no me queda más que el destierro, las amarguras del ostracismo, y el quedarme quieto, para que los nuevos hombres que suben, no encuentren tropiezos, ni se vean obligados á dar pitanzas y beneficios á los hombres que les acompañaban para conservar su lealtad. La mitad de los que se elevan con el doctor Cayo subieron también conmigo. Quiera Dios que estén arrepentidos como yo lo estoy, y que cambiando radicalmente de rumbo, conduzcan á nuestro amado Perú por la senda del progreso que yo no pude abrirle.

Alfonso no le contestó. Siguió oyéndole sin que se le ocurriera algo oportuno que le consolara su pena, su profundo arrepentimiento. Cuando se hubo cansado de hablar, se levantó de su asiento y nuevamente en otro lugar, volvió á acurrucarse solo y con la cara hacia el mar.

Urzúa buscó después á los jóvenes Narciso y Lúcas, y al fin los halló hacia el lado de popa, juntos, llorosos é inconsolables, mirando sin cesar la luminosa aureola, que en el cielo indicaba, allá en el lejano horizonte, la posición de la ciudad amada. Los dos al ver á su protector, trataron de sonreirse y ocultarle su pena. El tampoco se dió por entendido de ella. No quiso ser testigo de sus debilidades, y mucho menos darles á conocer que estaba al cabo de ellas. Quería acostumbrarlos á sufrir en silencio sus amarguras, para que sacaran de ellas todos los provechos de sus enseñanzas. Quería que la desgracia, lejos de serles un abismo, como pasa con los espíritus débiles, les sirviera de escala para subir la cuesta de la vida. Nacidos en la época del derrumbe, llegados á los comienzos de la juventud completamente deshereda-

dos, quería Alfonso que se dieran cuenta cabal de su suerte, para que no esperaran nada de influencias extrañas, y se hicieran hombres por sí mismos. Sus padres se perdieron por su no interrumpida carrera de prosperidad; por esto bastó un día de adversa fortuna para que el desastre fuera completo. Los que no murieron en los campos de batalla, vagaban sin fe, sin consuelo ni esperanza, y seguían hablando de huano y salitre, como si el Perú, al perder esas malditas riquezas, lo hubiera perdido todo. Educado Urzúa en la escuela del trabajo personal, acostumbrado á arrancar con sus propias manos los frutos de la naturaleza, quería que sus protegidos caminaran por igual camino. Si sus padres hubieran resucitado, nuevamente hubieran muerto de vergüenza al saber que sus hijos habían lavado botellas y torcido cigarros; y como por ley atávica, existía en los jóvenes ciertos escrúpulos al recordar sus bajos oficios, quería Alfonso convencerlos, que de nada debían estar tan orgullosos, como de haber principiado codeándose con el pueblo y en los oficios del pueblo. Estaba convencido que era necesario prestigiar el trabajo, desacreditado con una esclavitud durada tres y medio siglos, y en ese sentido hacía su labor.

Más tarde, Alfonso, sin sueño, y ya sin nadie que le hiciera compañía, siguió moviéndose intranquilo por la cubierta del "Arequipa;" y en los momentos en que las luces del puerto se perdían allá en lontananza, por última vez se despidió de Lima, la metrópoli querida, donde su espíritu seguiría viviendo en todo el tiempo que su ausencia durara. No había un solo afecto en su alma que no tuviera raíces profundas en ese suelo amado, donde moraban los seres adorados de su existencia. Marta, su amor imposible, sus tíos, Peta, sus primos y otros afectos nacidos y crecidos en las horas de angustia y de consuelo. Volvía al trabajo, lleno de amargas enseñanzas, tan conocedor de la política y de sus hombres como si hubiera nacido en ella, avergonzado de ser peruano y de tener que dar su nacionalidad en el extranjero; pero re-

suelto á no renegar de su patria, y decidido á enriquecerse para volver algún día á sacrificarse por la república; á poner incondicionalmente su fortuna y su talento al lado de buena causa. Su alma estaba enferma. pero no muerta por los desengaños. Seguía soñando en próximos días de ventura, como que tenía fe profunda en la regeneración de su pueblo. Exaltada su imaginación, débil su materia con tanta emoción sufrida, vió una luz sobrenatural que coloreaba brillantemente la enorme bahía del Callao, cuyas dársenas y muelles estaban atestadas de buques que ya no cabían más. Líneas férreas que llegaban hasta allí, después de haber cruzado toda la república, daban paso á interminables trenes cargados de riquísimos productos y de numerosos pasajeros, ya libres y felices, salidos con veinte ó treinta horas de anticipación del Cuzco, de Iquitos y de otras ciudades fronterizas al Brasil y á Bolivia; y Lima, ya unida á su puerto, con un millón de habitantes, reinando sin rival en todo el Pacífico. Y cuando se dió cuenta de su delirio, exclamó con fe: ¡No es un sueño! Algún día mis ojos lo verán!

FIN

EN PREPARACION:

"DIEZ AÑOS DESPUÉS"

Ó SEA LA CONTINUACIÓN DE

"LA CIUDAD DE LOS REYES".

Terminada la descripción de la Lima revolucionaria en su período histórico de 1884 á 1895, de la ciudad empobrecida por la guerra del Pacífico, con un gobierno militar asesorado por un elemento civil en el que hace figura prominente, D. Juan de la Cruz García, se hace necesario continuar la narración, relatando los sucesos ocurridos en los diez años posteriores.

En esa segunda novela será descrita la Lima pacificada, la ciudad rica, embellecida y regenerada por el trabajo y las virtudes cívicas de sus hijos; la Lima de Piérola, Romaña y Candamo en la administración, de Tovar en el arzobispado, de Alzamora y Payán en la finanza y en el movimiento industrial, de Elguera en el gobierno municipal, de Vidal Uria y González Prada en los extremos opuestos del fanatismo sectario, de Olavegoya y Barreda en la institución de Beneficencia, de Javier Prado y Ugarteche en el movimiento intelectual; sin que falten nuevas beatas, por desgracia sin el fondo de amor que caracterizó á Peta, y nuevas María Carvo, y otros muchos personajes más de la pasada y de la nueva historia. Y como la evolución política, social y económica ha sido grandiosa en la segunda época, el contraste con la primera, será lo más interesante de los "DIEZ AÑOS DESPUÈS".

Nueva York, Marzo 16 de 1904.

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER
CANCELLED
SEP 8 1987
AUG 18 1987

WIDENER
CANCELLED
SEP 12 1988
SEP 23 1988